FRANK MCDONOUGH

LA GESTAPO

MITO Y REALIDAD DE LA POLICÍA SECRETA DE HITLER

CRÍTICA

Índice

Portada
Dedicatoria
Introducción
1. El origen de la Gestapo
2. Los hombres de la Gestapo
3. La vigilancia de la fe religiosa
4. A la caza de los comunistas
5. Denuncia a tu vecino
6. La guerra racial contra
7. La persecución de los judíos
8. La Gestapo a juicio
Glosario de términos en alemán y organizaciones
Fuentes y bibliografía
Lista de ilustraciones
Agradecimientos
Imágenes
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Para Emily, con amor

Introducción

Paul Schneider era un pastor evangélico protestante abierto de miras nacido el 29 de agosto de 1897 en la pequeña ciudad rural de Pferdsfeld, en la zona de Renania. En un sermón del 8 de octubre de 1933 criticó a Ernst Röhm, jefe de las tropas de asalto nazi, por pensar que se podía lograr una revolución nazi sin una «renovación espiritual interior» del pueblo. Sus comentarios fueron puestos en conocimiento de las autoridades eclesiásticas locales. El obispo de la zona de Renania, miembro del movimiento filonazi Cristianos Alemanes, advirtió a Paul para que dejara de difundir desde el púlpito semejantes críticas contra los dirigentes nazis. En una carta a sus padres, Schneider escribió: «Pese a mi deber cristiano de obediencia, no creo que la iglesia Evangélica pueda evitar entrar en conflicto con el estado nacionalsocialista». En febrero de 1934, Paul fue juzgado por ser «políticamente poco fiable» por la jerarquía eclesiástica protestante. Para ejercer aún más presión, fue relegado a la función de pastor en dos pueblos rurales remotos: Dickenschied y Womrath, cuyas poblaciones no sumaban ni mil habitantes. El 11 de junio de 1934, Paul Schneider desafió de nuevo al Partido Nazi local. Esta vez protestó contra un guardia de asalto nazi que dijo durante un servicio fúnebre por un difunto miembro de las juventudes hitlerianas que el mártir nazi Horst Wessel tenía «seguidores celestiales». La Gestapo recibió un informe de la reacción crítica de Paul, que acabó en una cárcel local «bajo custodia preventiva». Los parroquianos locales firmaron una petición solicitando su liberación. Fue puesto en libertad. Durante el inverno de 1935-1936, la Gestapo recibió informes de Schneider en como mínimo doce ocasiones por hacer comentarios contra los nazis. En 1937, la Gestapo le prohibió vivir o incluso predicar en toda la zona de Renania. En un acto de desafío abierto a esta orden de «exilio interno», Paul regresó a su parroquia local y siguió predicando. El 3 de octubre de 1937

dio otro sermón crítico, que fue seguido por un agente local de la Gestapo. Schneider fue detenido y enviado a la cárcel de Coblenza. El 27 de noviembre de 1938 fue trasladado al célebre campo de concentración de Buchenwald. Lo pusieron en régimen de aislamiento. Por la tarde solía recitar en voz alta versos de la Biblia en la ventana. Leonhard Steinwender, un cura católico y compañero preso, describió a Paul como «un personaje heroico al que todo el campo profesaba respeto y admiración. No había tortura que impidiera que apelara una y otra vez a la conciencia de los guardias de las SS y del comandante del campo». Paul sufrió un maltrato horrible por parte de los guardias de las SS por expresar su opinión. Alfred Leikam recuerda: «Schneider fue expuesto a graves torturas corporales, humillaciones y agonías, además de brutales palizas». Incluso Karl-Otto Koch, el despiadado comandante del campo de Buchenwald, se percató de que no podía doblegar a Paul Schneider. Decidió liberarlo con la condición de que firmara una declaración en la que prometiera no regresar jamás a su parroquia local ni volver a predicar. Se negó a firmarla. El 18 de julio de 1939, Paul Schneider fue asesinado en la enfermería del campo de Buchenwald con cinco inyecciones letales de estrofantina. Su desconsolada viuda y sus seis hijos no pudieron abrir su ataúd ni verle debido al terrible estado en que se encontraba el cadáver. En su funeral en Dickenschied aparecieron doscientos ministros de la iglesia Confesional protestante local, acompañados de una enorme multitud de parroquianos locales, para presentar sus respetos a un individuo que había demostrado una valentía extraordinaria. Paul Schneider fue el primer pastor evangélico protestante asesinado por desafiar al régimen nazi por motivos religiosos.[1]

Este nuevo libro examina las historias intensas y perturbadoras de personas detenidas por la Gestapo. El autor no pretende ofrecer un relato verdaderamente exhaustivo de la historia administrativa de la Gestapo, pero sí tiene intención de combinar una explicación general, respaldada por una cantidad notable de estudios publicados, y una interpretación novedosa, basada en fuentes originales de los archivos alemanes, de cómo operó la Gestapo entre 1933 y 1945. Se centra exclusivamente en lo que ocurrió dentro de Alemania (*Altreich*) en la época nazi, y no en los territorios ocupados por el régimen de Hitler durante la segunda guerra mundial. El

principal objetivo de este libro es investigar el impacto de la Gestapo en los ciudadanos alemanes que vivieron con el gobierno de Hitler. Empieza con un estudio detallado de cómo se creó la Gestapo. A continuación se adentra en la trayectoria y los métodos de los agentes de la Gestapo, y ofrece algunos datos nuevos sorprendentes. Luego pasa a examinar las víctimas clave del terror nazi, en particular disidentes religiosos, comunistas, marginados sociales y judíos. En estos capítulos la tragedia humana de las víctimas ocupa el lugar central. También se estudia hasta qué punto la Gestapo recibió la ayuda del público, la policía criminal (Kripo) y los organismos de asistencia social. Asimismo, se incluye un detallado capítulo final donde se explica el destino que corrieron los agentes de la Gestapo en los juicios posteriores a la guerra. En general, el libro constituye una importante contribución para comprender el terror en la sociedad nazi.

En el período inmediatamente posterior a 1945, los historiadores consideraron la Alemania nazi una dictadura totalitaria todopoderosa. Durante aquella época aparecieron numerosos estudios, la mayoría escritos por autores de fuera de Alemania. Hannah Arendt, en su influyente obra *Los orígenes del totalitarismo*, planteaba que todos los regímenes totalitarios confían en una policía secreta para infundir miedo en la mente de todos los ciudadanos y así lograr que se esfuercen en reprimir cualquier señal de descontento. También defendía que la principal tarea de toda policía secreta totalitaria no era descubrir crímenes, sino detener a personas que respondían a la categoría de «enemigos del estado». Asimismo, apuntaba que el papel de la población era crucial en la denuncia de los opositores.[2] Dentro de este marco de análisis totalitario, Adolf Hitler era retratado como el omnipotente «amo y señor del Tercer Reich». Se daba por supuesto que la propaganda nazi había lavado el cerebro del pueblo alemán,[3] y que la Gestapo era una organización enorme, con agentes por todas partes. Los documentales en televisión, así como novelas y películas, han reforzado esta visión popular.[4] En realidad, todo aquel que aceptó y apoyó al régimen nazi gozó de una gran libertad individual. El régimen de Hitler gozaba de una enorme popularidad. Una vez uno tiene en cuenta este hecho fundamental, empieza a entender la realidad de cómo era la vida dentro de la Alemania nazi.

La Gestapo (*Geheime Staatspolizei*) o policía secreta del estado era el elemento clave en el sistema de terror nazi, pero es preciso entender que empezó como un departamento de la policía, creado en 1933 para ocuparse de los opositores al régimen de Hitler. Hoy en día la palabra Gestapo sigue evocando sentimiento de miedo y horror. Aun así, la primera historia general de la Gestapo, escrita por el historiador francés Jacques Delarue, no se publicó hasta 1962.[5] Se basaba exclusivamente en las pruebas publicadas de los juicios de guerra de Núremberg de finales de la década de 1940, y situaba a los principales dirigentes de la Gestapo (Hermann Göring, Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich) en el centro del análisis. Delarue intentó explicar cómo operaba la Gestapo no solo en Alemania, sino en toda la zona europea ocupada por los nazis.[6] En aquel momento ofreció un retrato familiar de la Gestapo, como el epicentro omnipotente del brutal terror nazi, y afirmó que todo el pueblo alemán estaba sometido a una vigilancia constante.[7]

Esa imagen de pesadilla de la Alemania nazi no empezó a cambiar hasta la década de 1970, cuando historiadores alemanes empezaron a estudiar con mayor detenimiento la época nazi gracias a la reciente apertura de los archivos alemanes. El énfasis cambió del enfoque hitlocéntrico tradicional de la «historia vista desde arriba» (intencionalista), hacia una nueva perspectiva de la «historia vista desde abajo» (estructuralista). El historiador alemán Martin Broszat fue fundamental para este cambio de rumbo radical. En su libro de 1969 *The Hitler State*, retrataba a Adolf Hitler como un «dictador débil», responsable de unas descarnadas luchas de poder entre individuos incompatibles, dentro de un sistema caótico de imperios burocráticos que competían entre sí y provocaba divisiones.[8] Más tarde Broszat reunió a un equipo de élite de historiadores para trabajar en una gran obra de seis volúmenes titulada *Bayern in der NS-Zeit* («Baviera en la era nacionalsocialista»). El «proyecto Baviera», como se denominó, estudiaba la resistencia al gobierno de Hitler en la vida cotidiana.[9] Concluía que el gobierno nazi era mucho menos totalitario en la práctica que en la teoría. El público tenía mucha más flexibilidad para criticar y quejarse de lo que se había supuesto. El verdadero dinamismo del régimen nazi de Hitler procedía de los jóvenes burócratas nazis radicales, que gozaban de una

enorme autonomía. Adolf Hitler aprobaba con frecuencia políticas cada vez más radicales que otros ya habían puesto en práctica. El modelo totalitario original quedaba expuesto como una manera imprecisa y poco concluyente de examinar la Alemania nazi.

Este enfoque de la «historia desde abajo» en el estudio de la Alemania nazi llevó a centrarse con más detalle en la relación entre la Gestapo y el pueblo alemán. El motivo de la escasez de obras sobre esta organización era la cantidad limitada de fuentes disponibles. La mayoría de los archivos de los casos de la Gestapo fueron destruidos hacia finales de la segunda guerra mundial por los bombardeos de los Aliados o de forma deliberada por el propio régimen nazi. Solo en la región de Renania quedaba un buen número de archivos. El historiador alemán Reinhard Mann examinó una muestra aleatoria de 825 archivos de los 73.000 casos de la Gestapo que se conservaban en el archivo de Düsseldorf. Mann falleció antes de completar su obra, que nunca se publicó traducida al inglés. Sin embargo, sus averiguaciones preliminares constituían una potente rectificación al retrato ortodoxo de la Gestapo como «policía del pensamiento» omnipotente al estilo orwelliano de *1984*.[10] Sentó las bases de lo que ahora se conoce como la «interpretación revisionista» de la Gestapo.

Mann demostró que la Gestapo jamás contó con suficiente personal para espiar a todo el mundo. Era una organización pequeña sin muchos recursos y explotada al máximo, con menos de 15.000 agentes activos para vigilar todos los crímenes políticos de 66 millones de alemanes. Los oficiales de la Gestapo no eran los nazis brutales con un compromiso ideológico que refleja el mito popular, sino detectives de carrera que entraron en el cuerpo de policía muchos años antes de que Hitler llegara al poder. La mayoría de investigaciones de la Gestapo se iniciaron por avisos del público general. Aun así, Mann no deducía que la Gestapo fuera un instrumento de terror ineficaz. Al contrario, concluía que destinaba sus limitados recursos a grupos que definía como fuera de la «comunidad nacional», sobre todo los que movilizaban de forma activa el descontento entre la población. No obstante, el estudio de Mann presentaba algunos problemas clave. Por ejemplo, se concentró en conflictos personales entre

«alemanes comunes», y excluyó del análisis un estudio exhaustivo de los grupos clave de la oposición, en particular comunistas, judíos, trabajadores extranjeros y un grupo de definición amplia llamado «marginados sociales».

El historiador estadounidense Robert Gellately, en su libro *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*, publicado por primera vez en 1990, realizó otra contribución muy significativa a nuestra idea de cómo funcionaba la Gestapo dentro de la Alemania nazi.[11] Gellately adoptó el enfoque de Mann de usar una muestra aleatoria de archivos de la Gestapo, pero examinó otra región totalmente distinta: Wurzburgo, en la Baja Franconia, Baviera. Gellately también estudió grupos distintos de los de Mann al concentrarse en archivos relacionados con judíos y trabajadores extranjeros. Reveló que las denuncias eran cruciales en el 57% de los casos que había consultado. El estudio de Gellately respaldaba con rotundidad la idea de que la Gestapo era una organización sin suficiente personal, reactiva, que dejaba en paz a la gran mayoría de alemanes «comunes». Demostró con mayor claridad cómo el apoyo del público respaldaba el trabajo de la Gestapo.[12] Sin duda, Mann y Gellately desacreditaron la idea popular de una Gestapo como parte de un estado policial todopoderoso que imponía su voluntad a una población aterrorizada. Desde este punto de vista, la organización no suponía una amenaza real para los ciudadanos que respetaban la ley en la Alemania nazi.

Otro historiador afincado en Estados Unidos, Eric Johnson, en su extenso libro *El terror nazi*, publicado por primera vez en inglés en 1999, ofreció una importante y matizada rectificación a la tendencia general de considerar la Gestapo muy parecida a una fuerza policial moderna sobreexplotada. Johnson centró su investigación en una muestra aleatoria de archivos judiciales de Colonia, y una cantidad limitada de archivos de casos de la Gestapo de la ciudad de Krefeld, en Renania, complementados por entrevistas con los supervivientes y aportando pruebas estadísticas. La obra de Johnson confirmaba que la Gestapo era una organización pequeña basada en la colaboración del público, y demostró que trataba a los «buenos» ciudadanos alemanes con guantes de seda. La mayoría de

alemanes no le tenía ningún miedo. Discrepaba con Gellately en un aspecto importante, pues defendía que los agentes de la Gestapo tenían mucha más iniciativa y eran más brutales.[13]

Mi interés personal por el papel de la Gestapo surgió a raíz de la biografía extensa de Sophie Scholl, una estudiante universitaria de Múnich de veintiún años detenida por la Gestapo el 18 de febrero de 1943 por distribuir panfletos contra los nazis, para luego ser interrogada y ejecutada cuatro días después en un simulacro de juicio organizado a toda prisa por los nazis y presidido por Roland Freisler, conocido como «el juez adjunto de Hitler».[14] El interrogador de Sophie fue Robert Mohr, un agente de la Gestapo tranquilo y profesional, que actuó a modo de detective «común», no un nazi despiadado movido por la ideología nazi. El libro dejaba patente la importancia de estudiar las investigaciones de la Gestapo con mucho detenimiento. También planteaba dos preguntas importantes que merecían ser investigadas. En primer lugar, ¿todas las investigaciones de la Gestapo se llevaron a cabo con la eficacia demostrada en el caso de Sophie Scholl? En segundo lugar, ¿los agentes de la Gestapo siempre actuaban con la comprensión demostrada por Robert Mohr?

Para adentrarse aún más en esas dos importantes preguntas, decidí examinar una amplia gama de archivos de casos de la Gestapo relacionados con las personas perseguidas por la organización en la sociedad alemana entre 1933 y 1945. Dicho proceso requería un análisis mucho más amplio. La mayor cantidad de archivos que han sobrevivido en Alemania se encuentra en el archivo de Düsseldorf, que alberga 73.000. Este libro se basa principalmente en esos archivos, pero va más allá del análisis de la ciudad de Düsseldorf realizado por Reinhard Mann para abarcar una sección transversal mucho más amplia de casos de la Gestapo de toda la región del norte de Westfalia, donde habitaban cuatro millones de personas durante la época nazi. Me dieron libre acceso a todos los archivos. Bajo el gobierno nazi era una región muy industrial, con una gran población católica, un contingente menor de protestantes y una comunidad judía de tamaño medio en las principales ciudades. Las fuentes del archivo de Düsseldorf se complementan con documentos oficiales, expedientes

judiciales, memorias extensas y entrevistas orales. En conjunto, las fuentes me han permitido ofrecer una visión general de cómo operaba la Gestapo y cómo trataban a sus víctimas.

El libro se centra sobre todo en una gran variedad de grupos que eran objetivo de la Gestapo, incluidos comunistas, disidentes religiosos, marginados sociales y judíos, pero también estudia las motivaciones de aquellos que denunciaron a las víctimas. El principal problema con los archivos de la Gestapo a menudo no es lo que está registrado, sino lo que omiten. Es de sobra sabido que la Gestapo utilizaba lo que llamaban «técnicas de refuerzo del interrogatorio», que con frecuencia incluían duras palizas de castigo, pero no quedaba registrado. He intentado aportar pruebas de los posteriores juicios a la Gestapo y relatos de testigos que revelaran hasta qué punto estaban extendidas estas brutales prácticas.

El punto clave de este libro no es la cantidad de casos de la Gestapo, sino su calidad. En el archivo de Düsseldorf hay miles de expedientes extremadamente breves. Este libro se basa en investigaciones de la Gestapo muy detalladas, a menudo con cientos de páginas e interrogatorios a numerosos testigos.[15] Este enfoque lleva al lector a la vida cotidiana de un grupo transversal de personas comunes y extraordinarias que vivieron durante la época nazi con una gran variedad de orígenes sociales. En las próximas páginas nos sumergiremos en los barrios de vivienda pública para la clase trabajadora, la fábrica local, la cervecería de la esquina, el restaurante local, las casas, e incluso los dormitorios de ciudadanos alemanes normales. Así, la historia oculta del Tercer Reich sale a la luz como nunca antes.

Entre la multitud de historias individuales fascinantes que se estudian en el libro están: testigos de Jehová que tienen el valor de negarse a renunciar a su fe, curas y pastores que no son silenciados, comunistas que se niegan a llegar a un acuerdo, operarios de fábrica que escriben pintadas, jóvenes que forman grupos de disidentes, trabajadores que denuncian a compañeros, vecinos que informan sobre personas que escuchan emisoras de radio extranjeras, esposas que informan sobre sus maridos, amantes que se denuncian entre sí, y la destacada historia de un hombre «ario» alemán y su prometida judía que lo arriesgan todo por amor.

Lo que sale a la luz con más claridad que nunca en este libro es el elevado nivel de autonomía del que gozaba la Gestapo para manejar los casos, y la cantidad de tiempo, a menudo interminable, que les dedicaba. La mayoría de investigaciones empezaban con una denuncia de un miembro común del público. Además de imponer su voluntad, la Gestapo pedía a los ciudadanos comunes que vigilaran conductas disidentes. Lo que no pudieron prever era que muchos de esos chivatazos se producirían por motivos personales.

En contra de la creencia popular, la Gestapo no se limitaba a detener y entregar individuos a las puertas de los campos de concentración. La mayoría de casos acababan descartados y sin cargos, o con un castigo de una indulgencia sorprendente. Los agentes de la Gestapo procuraban garantizar una decisión sobre el castigo antes de que expirara la orden inicial de «custodia preventiva» de veintiún días. Solo los casos que la Gestapo consideraba graves ascendían en la cadena de mando hasta el fiscal general, que tomaba la decisión final. La Gestapo reservaba el trato más duro para los que consideraba opositores políticos, religiosos y raciales clave. La norma, y no la excepción, era que los presos fueran liberados de la custodia al finalizar las investigaciones. Para una organización a menudo representada como un grupo que actuaba fuera de la ley, en esta obra revelo que seguía pautas legales muy estrictas.

La autonomía concedida a los agentes de la Gestapo a menudo desembocaba en decisiones variadas, con frecuencia estrambóticas. En las próximas páginas el lector se sorprenderá por la dureza o la indulgencia demostrada en cada caso. Algunos procesos que sobre el papel comportaban la pena de muerte son descartados sin cargos, mientras que otros que parecen triviales terminan con un trato severo. Todos los casos son investigados con el habitual rigor alemán. En este libro los agentes de la Gestapo no aparecen como el estereotipo de demonio, sino como un grupo muy heterogéneo que no se puede clasificar con facilidad de «hombres normales». Durante las últimas etapas de la guerra, la Gestapo dispensó un trato mucho más brutal a los «enemigos del estado», y el uso de las «técnicas de refuerzo del interrogatorio» estaba mucho más extendido.

Al penetrar en lo más profundo de los casos de la Gestapo, este libro ofrece una entrada original en la vida cotidiana dentro de la Alemania nazi que invita a la reflexión, y ofrece una imagen de diversas víctimas del terror nazi.

1
El origen de la Gestapo

Alemania contaba con una larga tradición de espionaje político. Durante la revolución de 1848, el rey Luis I de Baviera consintió el seguimiento de opositores políticos en las cervecerías locales. Cuando se creó el imperio alemán en 1871, el gigantesco estado de Prusia, que abarcaba el 60% del territorio alemán, tenía su propia policía política (*Politische Polizei*), llamada Departamento V, bajo la dirección de Wilhelm Stieber, nacido en Merseburg, Sajonia, el 3 de mayo de 1818 y procedente de una clase media consolidada. Se licenció como abogado antes de entrar en el cuerpo de policía.[1] Se hizo célebre como el «espía maestro» de Bismarck, y fue decisivo en los servicios de inteligencia alemanes, tanto nacionales como en el extranjero. Stieber dio las siguientes instrucciones a los agentes:

> El agente debería ser obligado a mantener algún tipo de actitud que escoja mientras esté externamente en consonancia con los requisitos comerciales o de otra índole del país en el que trabaja ... Es preciso comprender que es necesario que nuestro agentes inspiren confianza en los círculos donde se desarrolle su centro de acción, y consolidar esa confianza con la apariencia de una existencia burguesa corriente.[2]

En sus exageradas y, en general, poco fiables memorias, Stieber recuerda que mientras llevaba a cabo operaciones de inteligencia en Londres, de alguna manera logró llegar hasta la casa de Karl Marx, el exiliado cabecilla de los comunistas alemanes, y robar listas de miembros de la Liga Comunista.[3] La principal tarea de la policía política prusiana dentro de Alemania era la vigilancia de partidos e individuos contrarios al gobierno, sobre todo la izquierda comunista.

En 1918, la compleja red de espías alemanes que Stieber había creado en el extranjero se vino abajo, pero el nuevo gobierno democrático de Weimar decidió mantener el cuerpo de la policía política. En Prusia se rebautizó Departamento IA y más tarde pasó a llamarse simplemente Departamento I. En 1928, el ministro del Interior prusiano definió el Departamento IA como la organización encargada de observar, prevenir y perseguir todos los delitos de índole política.[4] En 1930 contaba con unos mil empleados que operaban en cada uno de los cuarenta y cuatro distritos administrativos de Prusia. El grueso de los agentes fue reclutado de la policía criminal normal.[5]

La policía política prusiana hacía un seguimiento de las actividades de los comunistas, pero también vigilaba de cerca al Partido Nazi. La policía política prusiana inició un total de cuarenta mil procesos contra miembros del partido antes de 1933.[6] Se hacía un seguimiento rutinario de los discursos y textos de todos los cabecillas nazis, y se creó una comisión especial de inspección de partidos de extrema derecha, ya que ese tipo de organizaciones proliferaron durante el período de la República de Weimar.[7]

El nombramiento de Franz von Papen como canciller alemán el 20 de julio de 1932 transformó la manera en que la policía política prusiana trataba a los «enemigos del estado». La campaña contra los comunistas se convirtió en el principal objetivo. El destacado nazi Hermann Göring se convirtió en el eficaz comandante de todo el cuerpo policial prusiano, que contaba con cincuenta mil hombres e incluía el departamento de la policía política. Göring añadió de inmediato un departamento especial que se ocupara de la lucha contra el comunismo. Despidieron a un total de once jefes de la policía considerados partidarios de la democracia.

Este proceso encajaba a la perfección con el objetivo clave de los nazis de hacerse con el control de todas las fuerzas de seguridad. Las cuatro figuras clave en el logro de dicho objetivo fueron Hermann Göring y Rudolf Diels en Prusia, y Heinrich Himmler y Reinhard Heydrich en Baviera. En gran medida gracias a los esfuerzos de esos cuatro individuos acabó existiendo la Gestapo. Al final, Himmler y Heydrich tomarían el control total no solo de la Gestapo, también de todo el sistema policial de la Alemania nazi, pero su triunfo no fue en absoluto inevitable.

Hermann Göring nació en Rosenheim, Baviera, el 12 de enero de 1893. Su origen familiar era de clase media alta. Su padre Heinrich había sido amigo personal del canciller alemán Otto von Bismarck, además de servir de oficial en el ejército alemán. Desde muy temprano el joven Hermann tenía planificada una carrera militar, pero era un adolescente testarudo, terco y problemático. Expulsado del colegio tras varias discusiones explosivas con los profesores, su padre decidió que tal vez la disciplina militar lo domeñara. Asistió a una escuela militar de cadetes en Karlsruhe y después logró entrar en una escuela militar de Berlín. En octubre de 1914, Göring entró en las recién creadas fuerzas aéreas alemanas. Se convirtió en un intrépido as de la aviación, en el «escuadrón aéreo n.º 1» de élite, dirigido por el legendario «Sanguinario Barón Rojo», el barón Von Richthofen. La predisposición de Göring para acometer peligrosas misiones de combate le valieron la recompensa de condecoraciones al valor, las más destacadas la Cruz de Hierro, la primera clase y la *Pour le Mérite* («el Max azul»), el mayor honor en aviación. Al final de la primera guerra mundial, Göring regresó a Múnich, pero le resultó difícil encontrar trabajo. Después de ver a Adolf Hitler hablar en una cervecería local en otoño de 1922, se unió al Partido Nazi. Göring participó en el fallido Putsch de Múnich, y recibió dos heridas de bala durante el sangriento enfrentamiento final con la policía en Marienplatz, en el centro de la ciudad. El Putsch fue un intento de derrocar al gobierno de Baviera, pero terminó en un humillante fracaso. En vez de hacerse con el poder, Hitler, con el apoyo de las tropas de asalto, logró brevemente tomar el control de una cervecería local antes de que las autoridades usaran a la policía local para restablecer el orden y detener a los conspiradores. Mientras se recuperaba en el hospital, Göring desarrolló una grave adicción a la morfina, que desembocó en una breve estancia en un hospital psiquiátrico. A principios de la década de 1930, Göring fue el asesor jefe de Hitler en asuntos internos y dirigente de los diputados del Partido Nazi en el Reichstag. En 1932 fue nombrado ministro del Interior prusiano por Franz von Papen y comandante del cuerpo de policía.

Göring entabló de inmediato una estrecha relación laboral con Rudolf Diels, el jefe de la policía política prusiana. Diels era un experimentado funcionario y administrador de policía. Demostró tener un manejo hábil y flexible de la política burocrática de oficina. Su predisposición a hacer lo que se le ordenaba pronto lo convirtió en un asesor indispensable para Göring. En sus sesgadas memorias, Diels le quita importancia a su repentino cambio del apoyo a la República democrática de Weimar a adaptarse con rapidez a la agenda política nazi.

Si se examina con más detenimiento, es obvio que Diels era un oportunista ambiguo y sin principios. En un currículum con fecha de 1935, describía cómo llegó a estar muy implicado en el desarrollo de la Gestapo:

> En 1930 me destinaron al Ministerio del Interior, de modo que de repente me convertí en jefe del departamento responsable de combatir el movimiento comunista. A partir del 20 de junio de 1932 se amplió sustancialmente el alcance de mi autoridad para combatir el comunismo, y pude, incluso en ese momento, dedicarme a los preparativos para acabar con el comunismo en Alemania, en estrecha colaboración con los miembros dirigentes del NSDAP.[8]

No se sabe si la idea de convertir la policía política prusiana en la policía secreta nacional que después fue la Gestapo fue de Diels o de Göring, pero la Sección 1A de la policía política prusiana contenía el núcleo de agentes que se convirtieron en la Gestapo prusiana. Göring sentía que los detectives criminales existentes podían asumir las labores más represivas que al poco se les asignaron.

Heinrich Himmler, jefe de las SS (*Schutzstaffel*), guardaespaldas personal de Hitler, y su joven protegido Reinhard Heydrich también fueron esenciales en el desarrollo de la Gestapo. El principal centro de atención de sus actividades se encontraba en Baviera. Heinrich Himmler fue sin duda la figura más importante en la evolución de las SS y la Gestapo hasta llegar a ser las organizaciones aterradoras que fueron dentro de la Alemania nazi. Himmler ha sido representado con frecuencia como el burócrata nazi por antonomasia, aburrido, emocionalmente frío y calculador, preocupado por la teoría racial. Esta imagen desmerece su inmensa habilidad como operador político manipulador, organizador y muy resolutivo. Su empeño en dar con individuos leales, jóvenes y muy cualificados le permitió crear un fantástico equipo de individuos eficientes y comprometidos

ideológicamente que compartían su idea de crear un aparato de seguridad policial que estuviera bien relacionado entre sí. Ningún dirigente nazi escribía informes tan convincentes como Himmler. Esa habilidad fue la que lo convirtió en un personaje tan indispensable entre la élite nazi.

Himmler nació el 7 de octubre de 1900 en Múnich, en el seno de una consolidada familia de clase media. Su padre, amante de la disciplina estricta, fue tutor en la corte de la monarquía bávara. Su madre procedía de una familia que se ganaba la vida como horticultores. Himmler fue educado en el catolicismo estricto en la pequeña ciudad bávara de Landshut. Asistía a la iglesia con regularidad, pero paulatinamente fue entrando en contradicción con las enseñanzas cristianas. En 1917 fue llamado a filas, pero nunca llegó al servicio activo. A finales de la primera guerra mundial fue eximido del servicio en Berlín. Permaneció allí dos años, pasando de un monótono empleo a otro, incluido el de vendedor para una empresa de cepillos o el de operario en una fábrica de pegamento. En 1921, Himmler regresó a Landshut. Su padre le compró una pequeña explotación agrícola donde criaba gallinas. Mataba gallinas todos los días, estrangulándolas con las manos desnudas. Fue en aquella época cuando Himmler empezó a leer panfletos sobre el nacionalismo alemán. Acabó muy influido por cuestiones de raza y patriotismo, y quiso participar en la campaña para derrocar a la democracia de la República de Weimar.

Himmler se fue a vivir a Múnich, pero al principio no se unió al Partido Nazi. Sin embargo, pasó a formar parte de un grupo llamado «Estandarte de la Guerra Imperial» (*Reichskriegsbanner*). Mientras se mantuvo activo en dicha organización estuvo muy próximo a dirigentes nazis. Entró en el Partido Nazi en 1923 y participó en la famosa marcha hacia el Feldherrnhalle al final del fallido Putsch de Múnich. Logró escapar de todo tipo de detención o castigo.

Himmler ganó importancia dentro del Partido Nazi gracias a su papel en las tropas de guardaespaldas de élite personal de Hitler: las SS. El 6 de enero de 1929 pasó a ser el jefe. Himmler era un adicto al trabajo con unos niveles de exigencia muy elevados. A menudo empezaba a trabajar en su oficina a las ocho de la mañana, y a veces se quedaba pasada la medianoche. Era muy meticuloso con toda la documentación.[9] En 1931

creó la Sección 1C de las SS en Múnich. Su objetivo clave era recabar información secreta sobre los adversarios políticos, sobre todo los comunistas.

Para potenciar dicha organización, Himmler nombró jefe de seguridad a Reinhard Heydrich, de veintisiete años. Nacido el 7 de marzo de 1904 en Halle, Sajonia, este individuo alto, apuesto, rubio, atlético, trabajador y extremadamente despiadado se convirtió en el protegido de Himmler. Heydrich procedía de una familia de clase media interesada por la alta cultura. Su padre Richard era un célebre cantante de ópera, y un ferviente nacionalista alemán. Su madre Elizabeth era actriz. Reinhard era pianista y violinista de talento, además de un excelente esgrimista, nadador y atleta. Tenía varias opciones abiertas para hacer carrera, pero decidió alistarse en la marina en 1922. Pese a sus modales rudos, ascendió al rango de teniente. Su buen aspecto siempre llamó la atención femenina, y mantuvo varias aventuras amorosas, que finalmente hicieron que se viera envuelto en un turbio escándalo: una de sus novias, hija de un director de la importante empresa química IG Farben, se quedó embarazada, pero Heydrich se negó a casarse con ella. Un tribunal de honor naval decidió que había deshonrado a la marina con su conducta y se vio forzado a presentar su renuncia en abril de 1931. Su prometedora carrera parecía haber llegado a su fin. Fue su nueva novia y futura esposa Lina von Osten quien proporcionó a Heydrich los contactos con los dirigentes del Partido Nazi. Lina recordaba más tarde que en el momento en que ingresó en el Partido Nazi en 1931, ni siquiera había leído *Mein Kampf* de Hitler.[10] Pronto fue reclutado para las SS. Dejó una huella indeleble en Himmler, que veía en Heydrich el oficial de élite de las SS ideal: enérgico, leal, con motivaciones ideológicas, eficiente, implacable, bien organizado y audaz.

En 1932, la Sección 1C cambió de nombre por Servicio de Seguridad (*Sicherheitsdienst des Reichsführers*-SD). El SD fue creado como una organización con mucha más iniciativa que la Sección 1C, este último título tomado prestado del ejército alemán, donde los servicios de inteligencia eran responsabilidad de los oficiales 1C. El SD tenía como objetivo el seguimiento de los enemigos políticos y raciales, y su detención. Así, antes

incluso de 1933 Himmler y Heydrich ya querían trasladar los principios de raza de élite e ideológicos de las SS a las prácticas de trabajo y actividades de un nuevo cuerpo policial secreto nacional.

Una importante figura nazi se interpuso en su camino para desbaratar sus planes y esquemas: el duro y errático dirigente de las tropas de asalto (*Sturmabteilungen*-SA), el capitán Ernst Röhm. Nacido en Múnich el 28 de noviembre de 1887, Röhm era de origen humilde, su padre había trabajado en el ferrocarril. Se alistó en el ejército en 1906, y durante la primera guerra mundial fue condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase. En 1919 ingresó en el Partido de los Trabajadores Alemán (DAP, por sus siglas en alemán), que se convirtió en el Partido Nazi en 1920. Era un buen compañero y amigo personal de Adolf Hitler. Röhm era bajo, fornido, con un rostro severo que parecía aún más amenazador por la presencia de una fea cicatriz en la mejilla izquierda.

Tras el fallido Putsch de Múnich en 1923, Röhm dio marcha atrás en su papel activo en el Partido Nazi. Entre 1928 y 1930 fue asesor militar del ejército bolivariano, y publicó unas memorias impenitentes llamadas *Historia de un traidor*. En 1930, Hitler le envió una carta personal en la que le invitaba a regresar a Múnich para ser jefe de personal de las reformadas tropas de asalto. Röhm asumió el puesto el 5 de enero de 1931. Hitler quería que las SA actuaran como una fuerza de lucha en la calle para intimidar a sus adversarios políticos, sobre todo durante las concentraciones y las campañas electorales. Asimismo, creía que los valiosos contactos de Röhm con los oficiales al mando del ejército harían que el impulso nazi cobrara fuerza.

Röhm tenía sus propias ambiciones. Quería crear un cuerpo de policía secreto estatal nazificado a partir de los miembros de las SA.[11] Röhm creía que los combatientes de primera línea de las SA nazis deberían tener prioridad sobre los policías de carrera. Aún más controvertido era su objetivo de incorporar el ejército existente (*Reichswehr*) en las SA. En marzo de 1932 tuvo lugar una importante reunión para comentar la propuesta de crear un cuerpo de policía secreto nazi en el piso de Röhm en la Goetheplatz de Múnich. Los asistentes fueron Joseph Goebbels, jefe de la propaganda nazi, Rudolf Hess, el secretario de Hitler, y Heinrich Himmler,

jefe de las SS y el SD. Se acordó que la policía secreta de un régimen nazi debería ser una organización nazi, controlada por las SS de Himmler, que trabajaría en estrecha colaboración con la maquinaria del partido, incluidas las SA. Preguntado por el tipo de persona que formaría parte de ese cuerpo de policía política, Himmler dijo: «No los encontraremos, los crearemos».[12] Tras aquella reunión el papel de las SA en el aparato de seguridad de un futuro estado nazi quedó mal definido. Como cabía esperar, Röhm nunca se sentía vinculado por las decisiones que tomaba.[13]

Hitler corrió un enorme riesgo político al volver a situar a Röhm en el centro de la dirección del Partido Nazi. Su carácter intransigente iba acompañado de una vida privada que era objeto de escándalos sexuales. Röhm no escondía el hecho de que era homosexual, algo que entonces era ilegal según el artículo 175 del código penal alemán, y se rodeaba de un círculo de jóvenes homosexuales.

Durante la primavera de 1932, periódicos como el socialdemócrata *Münchener Post*, y el *Welt am Montag*, de izquierdas, publicaron una serie de cartas incriminatorias de Röhm a su médico KarlGünther Heimsoth en las que confesaba «sentimientos y actos homosexuales» y describía las relaciones sexuales con mujeres como «antinaturales».[14] Las cartas fueron publicadas en forma de panfleto de propaganda política antinazi por los socialdemócratas durante las elecciones presidenciales de 1932 bajo el título de «El caso Röhm». Vendió 300.000 ejemplares y fue muy comentado en la prensa durante la campaña electoral. ¿Pero quién había filtrado las cartas a la prensa de izquierdas? Nada más y nada menos que Rudolf Diels, el jefe de la policía política prusiana. La fiscalía de Berlín poseía copias de las cartas, pues estaba investigando acusaciones de las extensas actividades homosexuales de Röhm. Los documentos pasaron a manos de la policía de Múnich, pero el caso fue abandonado.

El nuevo gobierno de «coalición nacional» creado el 30 de enero de 1933 incluía solo tres nazis: Adolf Hitler, el nuevo canciller alemán, Göring, ministro sin cartera, y Wilhelm Frick, ministro del Interior. Frick nació el 12 de marzo de 1877 en Alsenz, Baviera. Tenía la carrera de derecho y un doctorado. Había dirigido la policía de seguridad de Múnich, y participó en el fallido Putsch de Múnich de 1923, obtuvo una suspensión

de quince meses de la sentencia y luego fue despedido del cuerpo policial. Poco a poco fue recuperando su reputación. En enero de 1930, Frick fue nombrado consejero del Interior de Turingia y dirigía el departamento legal del Partido Nazi. Como abogado de formación y experimentado funcionario del gobierno, Frick tenía muchos argumentos para controlar la policía en la Alemania nazi. De mentalidad conservadora, Frick quería convertir los cuerpos policiales independientes existentes en un cuerpo policial criminal centralizado, que seguiría siendo profesional y nacional. Frick sabía que no sería tarea fácil crear un cuerpo nacional de policía debido al sistema federal de estados gobernados de forma independiente (*Länder*). Cada estado federal tenía su propio cuerpo policial, que incluía un pequeño número de agentes que se encargaba de la vigilancia política.

Ni siquiera se produjo una nazificación sistemática de la policía en Prusia con Frick. Un total de 1.453 agentes de policía considerados «enemigos sospechosos» del régimen nazi fueron despedidos durante el primer año de gobierno nazi. Era solo el 7,3% de todos los agentes. La mayoría eran policías comunes de los rangos más bajos.[15] La contratación para la policía política y luego la Gestapo se basaba en una experiencia relevante en la policía, y no estaba determinada por si la persona era miembro del Partido Nazi, las SS, el SD o las SA. Más tarde, Rudolf Diels recordaba que la mayoría de los agentes de la Gestapo originales eran «antiguos funcionarios, no nazis» y que intentaban «resistir el terror» de las tropas de asalto. Hombres como Diels tuvieron grandes dificultades para tratar a los hombres de las SA durante el primer año de gobierno nazi. Las SA solían mostrar un extremo desprecio hacia los burócratas tradicionales y constantemente desobedecían las órdenes de operar dentro de alguna forma de proceso legal regulado.[16]

Está claro que Göring y Diels apoyaron la brutal ofensiva contra los comunistas en los inicios del gobierno de Hitler. También contaba con el apoyo de Hitler, que dijo: «La lucha contra los comunistas no debe depender de consideraciones judiciales».[17] En un rotundo discurso a los agentes de policía prusianos el 17 de febrero de 1933, Göring dijo: «Cada bala que ahora mismo descansa en el cañón de una pistola de policía es mía. Si la usáis para matar, yo soy el asesino. Yo he ordenado todo esto, lo

llevaré en mi conciencia. Asumo toda la responsabilidad».[18] El 22 de febrero de 1933, Göring firmó un decreto que permitía a los miembros de las SA unirse a la policía auxiliar. El objetivo era utilizar esos duros combatientes de calle para abatir a los comunistas. En unas semanas, la cantidad de asistentes de las SA superaba a la policía común en una proporción de siete a uno. El resultado fue una ola de terror. Las SA organizaron redadas brutales, atraparon a miles de comunistas y los encarcelaron en lo que acabó conociéndose como «salvajes campos de concentración» donde se encerraba a la gente sin juicio previo, recibían palizas, eran torturados y a menudo asesinados en almacenes abandonados, barracas y edificios destartalados de toda Alemania. Visto en retrospectiva, la decisión de Göring de usar las SA para acabar con los comunistas fue desacertada. Presagiaba un período de terror nazi desenfrenado que resultó difícil de contener.

En su declaración en los juicios de Núremberg, Rudolf Diels describía la brutalidad sin ley de los primeros meses de gobierno nazi:

> Los comunistas fueron ejecutados por varios grupos del partido, sobre todo las SA ... Los métodos aplicados eran los siguientes: seres humanos que, privados de su libertad, eran sometidos a un grave maltrato físico o asesinados. Esas detenciones ilegales tuvieron lugar en campos, a menudo en viejas barracas militares, sedes de las tropas de asalto o recintos cerrados. Más adelante esos lugares se hicieron conocidos como campos de concentración, como el de Oranienburg, cerca de Berlín, Lichtenberg, Papenburg, Dachau en Baviera, etc. ... Los asesinatos se camuflaban con expresiones como: «abatido cuando intentaba escapar» o «resistencia a la detención» o cosas parecidas.[19]

Diels calculaba que unas cuarenta mil personas acabaron bajo «custodia preventiva» durante 1933, y entre cinco mil y siete mil adversarios políticos fueron asesinados así durante el primer año en el poder.[20] Las cifras oficiales indican que durante 1933 cien mil prisioneros acabaron en «custodia preventiva», pero la mayoría fueron detenidos durante los primeros meses. Esos datos no incluían a los que fueron de hecho secuestrados por las SA y trasladados a celdas de tortura y campos de concentración sin regular. También resulta difícil hacer una estimación precisa de la cantidad de asesinados en 1933, pero lo más probable es que estuviera más cerca de mil que del cálculo de hasta siete mil que dio Diels.

Heinz Gräfe, un joven estudiante de derecho de Berlín, presenció la violencia inicial de las SA en marzo de 1933:

> ¡Se está produciendo una revuelta estatal! Banderas de color negro, blanco y rojo y la esvástica inundaron los ayuntamientos y edificios públicos (tribunales, policía y barracones) ayer y anteayer. Las SA van armadas con metralletas y actúan como una fuerza policial auxiliar. Bajo la protección de la policía estatal, han irrumpido en edificios públicos e imprentas de periódicos. En Pirna también, las SA han ocupado esta tarde la prensa y la librería local, han detenido al personal y han expulsado al resto; han destrozado los carteles exteriores, han dejado todo el material de imprenta en la calle y le han prendido fuego.[21]

Werner Schäfer, el comandante del campo de concentración de Oranienburg, afirmaba que Diels tenía «una relación muy estrecha» con los dirigentes de las SA. Según Schäfer, «Oranienburg pronto se convirtió en el único campo para adversarios políticos de Berlín y toda la provincia de Brandemburgo ... Oranienburg no llegaba siquiera a los mil internos [a finales de 1933] y ... Berlín era el centro de los adversarios políticos del NSDAP y por tanto contaba con una proporción extraordinariamente elevada de presos políticos».[22]

De modo que Schäfer discrepaba con Diels en que la policía criminal y la Gestapo trataran a los presos políticos de forma no violenta durante los interrogatorios en Berlín, así como en que la brutalidad durante la violenta purga de los comunistas procediera solo de las SA. Schäfer recordaba: «En una ocasión, la Gestapo de Berlín envió a dos internos al campo en un estado grave de maltrato. Al día siguiente fui a ver ... a mi superior y le pedí que protestara, conmigo, ante la Gestapo en la Prinz Albrecht Strasse y pidiera explicaciones, pues yo pretendía escribir un informe sobre el tema al Ministerio del Interior prusiano».[23] Tras investigar el incidente, se admitió que la Gestapo había maltratado a los prisioneros y no debería haberlos enviado a Oranienburg con semejantes heridas.

Hans Frank, nazi comprometido y consejero de justicia de Múnich, defendía que las detenciones arbitrarias, los brutales interrogatorios y la violencia diaria de las SA contra los adversarios políticos debía terminar.[24] El 2 de agosto de 1933, Göring desmanteló la «policía auxiliar». Los cuerpos policiales de los demás estados alemanes también prescindieron de los violentos servicios de las SA. Se redactaron estrictas normativas que

dejaban claro que la Gestapo, respaldada por la policía, era la única organización autorizada para poner a personas en «custodia preventiva». Las SS tomaron el control de los campos de concentración e introdujeron límites claros a las actividades que se desarrollaban en ellos.

Si un día puede definirse como decisivo para la creación de la Gestapo, sin duda fue el 27 de febrero de 1933: el del incendio del Reichstag, el Parlamento alemán. Ocurrió en plena campaña electoral democrática. Cuando Hitler llegó al lugar del incendio, le dijo a Diels: «Ya no habrá misericordia. Todo aquel que se interponga en nuestro camino será eliminado».[25] El incendio fue supuestamente provocado por Marinus van der Lubbe, un comunista holandés analfabeto. Nunca se llegó a aclarar del todo si actuó en solitario, como confesó en su dilatado interrogatorio, o si el incendio fue provocado como parte de un complot comunista para debilitar el régimen de Hitler o como excusa para llevar a cabo un plan calculado por los nazis para eliminar a los comunistas e instaurar una dictadura. Se rumoreaba que Göring planeó el incendio del Reichstag para defender la causa de la represión de la Gestapo. En su declaración en los juicios de Núremberg, el general Franz Halder recordó que Göring alardeaba: «El único que realmente sabe de lo sucedido en el Reichstag soy yo, porque yo le prendí fuego».[26]

Al día siguiente, el gobierno de Hitler emitió el Decreto del Incendio del Reichstag, redactado por Wilhelm Frick, que reducía «en aras de la protección del pueblo y el estado» todas las libertades civiles garantizadas por la Constitución de Weimar. A partir de entonces, todos los «enemigos del pueblo» podían ser detenidos y sometidos a la «custodia preventiva» (*Schutzhaft*). Así se puso fin al derecho que tenía antes una persona detenida a ser puesta en libertad o llevada ante un tribunal y acusada en veinticuatro horas. En lo sucesivo, teóricamente una persona podía ser detenida sin cargos. No había defensa legal posible. Los derechos básicos consagrados en la Constitución de Weimar quedaron anulados. Más adelante, ese mismo año, la policía civil introdujo una nueva categoría de «custodia preventiva» (*Vorbeugehaft*) para detener a «criminales de carrera» sin juicio.[27] El sistema legal alemán siguió existiendo durante la época nazi, pero paralelamente actuaban los «tribunales especiales» de

reciente creación, instaurados en 1933 en estados individuales, que se ocupaban en exclusiva de los «delitos políticos». En julio de 1934 se creó el «Tribunal del Pueblo» para tratar los casos políticos más graves, como la alta traición. Dichos tribunales ofrecían una justicia rápida, donde muchos casos se trataban durante una sola mañana o tarde.

Además de la concesión de poder a la Gestapo para usar la «custodia preventiva», lo importante del Decreto del Incendio del Reichstag eran los límites impuestos a la independencia de la jurisdicción de todos los estados federales alemanes y el hecho de permitir que el gobierno central hiciera nombramientos dentro de los cuerpos jurídicos y policiales de todo el país. Fue un avance de una enorme importancia, pues allanaba el camino para la creación de un cuerpo policial político nacional.[28]

La Gestapo[29] fue creada oficialmente por la primera Ley de la Gestapo, promulgada por Göring el 26 de abril de 1933. El término significa policía secreta estatal. Göring definió su función de la manera siguiente: «Su cometido es investigar las actividades políticas en todo el estado que constituyan un peligro para el estado, así como recopilar y evaluar los resultados de dichas indagaciones».[30] Al principio su alcance se limitaba a Prusia, con la misión especial de ocuparse en exclusiva de los adversarios políticos del régimen nazi. Al desempeñar este papel, seguía gozando de una relativa libertad dentro de la jurisdicción interna y gubernamental. Se abrieron oficinas regionales de la Gestapo en toda Prusia. Fue Diels quien encontró la célebre nueva sede central de la Gestapo: el número 8 de la Prinz Albrecht Strasse en Berlín. Allí tuvo su centro neurálgico la Gestapo desde mayo de 1933 hasta 1945. Hermann Göring fue nombrado «jefe de la policía secreta estatal», y se atribuyó todo el mérito de la creación de la Gestapo, tal y como explicó en 1934: «Trabajé personalmente en la reorganización y logré crear, con mi propio esfuerzo y por iniciativa propia, la Gestapo. Este instrumento, que siembra el terror entre los enemigos del estado, es la mayor contribución al logro de que Prusia y Alemania estén fuera de todo peligro comunista o marxista».[31]

La administración diaria de la Gestapo le fue asignada a Rudolf Diels, que ostentaba el título de «inspector de la policía secreta estatal». La sección administrativa de la organización era conocida como la Gestapa.

Las SS de Berlín consideraban a Diels un burócrata conservador y un reaccionario. Hans Gisevius, el secretario de Estado de Göring, hizo correr el rumor de que Diels no llevaba a cabo la persecución de comunistas con suficiente celo porque los veía con buenos ojos. Esos rumores acabaron socavando poco a poco la autoridad de Diels. En octubre de 1933, una brigada de las SS rebelde hizo una redada en su domicilio en un intento de desacreditarlo. No estaba en casa en el momento del asalto. Encerraron a su esposa en un dormitorio mientras las SS buscaban pruebas incriminatorias. Su esposa lo llamó desde el teléfono del dormitorio. Diels llegó rápido a su casa, acompañado por un gran escuadrón de agentes de la Gestapo, que detuvieron a los hombres de las SS. Göring reaccionó a la presión de las SS ordenando arresto domiciliario para Diels. Este, que para entonces estaba paranoico y aterrorizado por todas las intrigas que se producían alrededor, dimitió y huyó a Karlsbad, Checoslovaquia, temiendo por su vida. En realidad, Göring solo pretendía darle un nuevo destino, probablemente fuera de Berlín, para acallar el conflicto dentro de la recién creada Gestapo.

Sustituyó a Diels por Paul Hinkler, un nazi inepto, leal, bebedor y con poca experiencia administrativa. Fue una elección desastrosa. Los agentes de la Gestapo informaron a Göring de que Hinkler estaba muy perdido. Solo duró un mes en el puesto antes de que Göring enviara una carta al exiliado Diels suplicándole que regresara: «Quiero deshacerme de ese *Dummkopf* de Hinkler hoy mismo —escribió Göring—. He preparado un decreto que te da independencia».[32] Diels regresó y retomó la labor como jefe de la Gestapo. Göring se percató de que los responsables de los rumores sobre su lealtad eran sus enemigos en las SS y las SA.

Las luchas internas de la Gestapo hicieron que Frick, ministro del Interior, temiera que se estuviera convirtiendo en una organización nazi fuera de todo tipo de normativa estatal. Göring actuó con rapidez para frustrar los esfuerzos de Frick por mantener a la Gestapo dentro del marco legal tradicional promulgando otro decreto según el cual la organización quedaba fuera del control del Ministerio del Interior prusiano, y la situaba bajo su jurisdicción personal como primer ministro de Prusia. El 30 de

noviembre de 1933, la independencia de la Gestapo quedó reforzada por una segunda Ley de la Gestapo, según la cual Göring excluía la organización de la regulación del Ministerio del Interior.

Al mismo tiempo que se producían estos cambios en Prusia, el jefe de las SS Himmler y su ambicioso protegido Heydrich iniciaron la unificación de todos los cuerpos de policía política dentro de los estados federales. El proceso empezó el 9 de marzo de 1933, cuando Himmler pasó a ser jefe de la policía de Múnich y de la policía política. Heydrich fue nombrado jefe del Departamento VI de la policía política de Múnich (BPP). Himmler también fue el responsable de la creación de un nuevo campo de concentración en Dachau, en las afueras de Múnich, controlado por Theodor Eicke, un hombre de las SS muy entregado. Utilizaba los despiadados escuadrones de la muerte de las SS para vigilar el campo. Fue Himmler quien creó el triple vínculo organizativo entre las SS, la policía política y el sistema del campo de concentración. El modelo de Himmler de terror nazi fue posteriormente adoptado en toda Alemania.

Al principio Himmler no pudo extender su control sobre las fuerzas de la policía política en toda Baviera. Las SA de Ernst Röhm se habían infiltrado en el cuerpo policial de la región tras la llegada al poder de los nazis. Miles de combatientes callejeros inundaron la recién creada policía auxiliar de seguridad. El *Gauleiter* local, Adolf Wagner, oficial al mando nombrado por el Partido Nazi en la zona, que tenía absoluto conocimiento de la desatada brutalidad de las SA, le pidió a Himmler que creara una fuerza auxiliar de policía política rival, compuesta por hombres de las SS, que luego asumirían el mando sobre los auxiliares de las SA. Así las SS podrían controlar a las SA en la zona. Röhm no puso ninguna objeción, pues en aquel momento aún creía que las SS estaban subordinadas a las SA. Resultó ser un grave error táctico. Ahora Himmler estaba al mando de todos los cuerpos de policía política de Baviera y el poder de las SA quedaba debilitado. El 1 de abril de 1933, Himmler recibió el título de «comandante de la policía política de Baviera» y asumió el mando de todos los campos de concentración. A diferencia de los caóticos campos «salvajes» de Prusia, los campos bávaros quedaron bajo un adecuado control administrativo.

La rápida toma del poder por parte de Himmler de la policía política en Baviera despertó el miedo a que las SS se apoderaran de toda la burocracia estatal y el sistema de justicia criminal. Los tradicionales conservadores nacionalistas que predominaban en Baviera querían un estado autoritario que gobernara a través de las organizaciones legales y administrativas existentes, no un estado policial totalitario dirigido por las SS. En mayo de 1933, Wagner emitió dos órdenes que limitaban notablemente el uso de la custodia preventiva a «sospechosos significativos». Wagner arguyó que, con la amenaza comunista ya brutalmente aplastada, había que recuperar la autoridad de los órganos tradicionales del país.

Himmler no compartía esa visión. Entre septiembre de 1933 y enero de 1934 continuó su revolución por hacerse con el control de todos los cuerpos de la policía política de los estados alemanes. Empezó por Hamburgo, Lübeck y Mecklemburgo-Schwerin, luego llegaron Anhalt, Baden, Bremen, Hessen, Turingia y Wurttembergo. En enero de 1934, Brunswick, Oldenburgo y Sajonia se encontraban bajo la jurisdicción de Himmler. Solo quedaban por conquistar el gigantesco estado de Prusia y los dos pequeños enclaves de Lippe y Schaumburg-Lippe.

Se ha especulado mucho sobre cómo logró Himmler ese notable nivel de control sobre la policía política alemana fuera de Prusia en tan poco tiempo. Durante el juicio de Núremberg, la acusación sugirió a Wilhelm Frick que fue él quien propició esa rápida toma del control por parte de Himmler de los distintos estados federales, pues él favoreció la centralización administrativa y policial, y ya había abolido los últimos poderes independientes de los estados alemanes el 12 de noviembre de 1933. Frick lo negó con rotundidad. El incremento de poder de las SS de Himmler, con intereses ideológicos, era proporcional al deseo del propio Frick de crear un cuerpo de policía centralizado formado por personas contratadas según sus cualificaciones como policías profesionales. Himmler triunfó por encima de Frick gracias a una exitosa campaña de relaciones públicas en la que el dirigente de las SS hizo una ruta por todas las zonas de la policía regional de los estados federales y convenció a sus jefes de que las SS eran el organismo más adecuado para hacer frente a los enemigos políticos y raciales. Descubrió que esa línea de argumento era más atractiva

que los intentos de Frick de centralizar las administraciones regionales y aumentar la interferencia burocrática del gobierno central en los estados federales. Asimismo, las SS de Himmler parecían mucho más aceptables para los estados federales que permitir que Röhm y sus agresivos hombres de las SA tuvieran más poder sobre la policía local.

Fuera de Prusia, el modelo de Himmler de una Gestapo centralizada iba tomando cuerpo. En esta etapa, Göring no mostraba señales de entregar la Gestapo prusiana al despiadado y ambicioso jefe de las SS. Göring favoreció una revolución controlada en la que los nazis se aliaron con las fuerzas tradicionales conservadoras. Le dijo a Frick: «Por el amor de Dios, si Himmler se hace con el control del cuerpo policial en Prusia nos matará».[33] Göring compartía con Frick la idea de que la custodia preventiva necesitaba una regulación más estricta. En marzo de 1934, Göring emitió un decreto según el cual todas las órdenes de custodia preventiva de Prusia debían ser autorizadas por la oficina central de la Gestapo en Berlín.

Para evitar la infiltración cada vez mayor de hombres de las SS en la Gestapo, Diels remitió una directiva a los departamentos de personal de la policía en la que advertía de que el hecho de tener un rango en las SS no debería tener tanto peso en los criterios de selección como las cualificaciones y experiencia como policía y en la administración pública. Fue un error de cálculo. En una semana, debido a la presión de las SS, Diels tuvo que enterrar su directiva. Cuando Frick intentó regular las órdenes de custodia preventiva fuera de Prusia en abril de 1934, Himmler protestó y se abandonó el plan. Estos intentos de doblegar el poder de las SS demuestran que la interpretación tradicional de que el triunfo definitivo de Himmler sobre la Gestapo fue orquestado por Göring es errónea. Tampoco existen pruebas convincentes que sugieran que Hitler allanó el camino para que Himmler tomara el control de la Gestapo. Göring y Hitler estaban mucho más preocupados por afrontar el problema inmediato de poner fin a la independencia de Röhm y no apreciaban las consecuencias de dar a Himmler un control aún mayor del sistema de seguridad alemán.[34]

Con tal de poner freno a las poderosas SA de Röhm, Göring llegó a aceptar a regañadientes que la participación de las SS era un mal necesario. Las exigencias de «una segunda revolución nazi» seguían teniendo una

fuerte presencia en los discursos de Röhm durante 1933. Según el jefe de las SA, Hitler estaba poniendo en peligro de forma flagrante sus principios nazis a cambio de un régimen colaboracionista con la derecha conservadora y el ejército. «Adolf es lamentable —le dijo Röhm a uno de sus confidentes más próximos—. Nos está traicionando a todos. Solo frecuenta a reaccionarios y se confía a esos generales del este de Prusia.»[35]

A Hitler cada vez le exasperaba más la cháchara desestabilizadora de Röhm sobre una «segunda revolución». En un contundente discurso a los dirigentes de las SA, Hitler dijo: «Estoy decidido a reprimir cualquier intento de perturbar el orden existente. Me opondré con todas mis energías a una segunda ola revolucionaria, cuyo resultado sería el caos. Todo aquel, sea cual sea su posición, que se alce contra la verdadera autoridad del estado estará poniendo la cabeza en una soga».[36] En otro discurso, el 6 de julio de 1933, Hitler hizo hincapié en que la «revolución no es una situación permanente» y «debe ser guiada hacia la vía de evolución segura».

Hitler incluyó a Röhm en el gabinete como «ministro sin cartera» el 1 de diciembre de 1933 con la esperanza de calmarlo. El día de Año Nuevo, Hitler escribió una carta conciliadora al jefe de las SA:

> Así, al finalizar el año de la revolución nacionalsocialista, me siento obligado a agradecerle, mi querido amigo Ernst Röhm, por los imperecederos servicios prestados al movimiento nacionalsocialista y al pueblo alemán, y transmitirle mi agradecimiento por poder llamar a hombres como usted amigos y compañeros de batalla.
>
> Con mi más sincera amistad y agradecimiento.[37]

Esta carta fue publicada en el periódico del Partido Nazi *Völkischer Beobachter*, pero no sirvió de mucho para atenuar la tensión.

En febrero de 1934, Röhm presentó un memorándum al gabinete de Hitler donde aducía que las SA debían sustituir al ejército como principal fuerza de seguridad alemana.[38] El general Werner von Blomberg, ministro de Defensa, se indignaba ante la más mínima insinuación de que las SA debían controlar el ejército de formación profesional. El 28 de febrero, Röhm fue convocado a una reunión para enfrentarse a Blomberg y Hitler. Fue básicamente una regañina. Röhm firmó un acuerdo al finalizar la reunión en el que prometía no hacer ningún intento forzoso de sustituir al ejército por un nuevo «ejército del pueblo».

Para entonces, Göring había decidido que la mejor manera de enfrentarse a Röhm era llevar a Himmler a Berlín y entregarle el control absoluto de la Gestapo prusiana. El 1 de abril de 1934, Rudolf Diels fue «reubicado» de su puesto como jefe de la Gestapo al de gobernador del distrito en la ciudad de Colonia. Se planteó como una promoción a un trabajo mejor remunerado, pero Diels había sido apartado para que no tuviera más influencia en la Gestapo. En sus memorias, Diels recordaba que durante aquella época sufrió una gran tensión física y mental y aceptó de buen grado su destino en Colonia. Era una buena manera de escapar.[39] Lina Heydrich recordaba que hubo muchas discusiones entre Himmler y Göring sobre el plan de llevar al jefe de las SS a Berlín para que asumiera el control de la Gestapo. El único escollo era la insistencia de Himmler en que su implacable ayudante Heydrich debía acompañarlo. Göring tenía la sensación de que el carácter arrogante y despiadado de Heydrich podría provocar fricciones entre los burócratas conservadores que dirigían la Gestapo prusiana.[40]

El 20 de abril de 1934, Göring nombró a Himmler inspector de la Gestapo. Reinhard Heydrich, que ya era director del SD, tomó el control de la Gestapa, la sección administrativa de la organización. Göring conservó su título, ahora puramente cosmético, de «jefe de la policía secreta estatal», pero las SS de Himmler estaban ahora completamente al cargo de la Gestapo, a pesar de que Göring insistió en que le mantuvieran informado de los acontecimientos clave. A partir de ese día la Gestapo tuvo jurisdicción en toda Alemania. Tal y como Wilhelm Frick apuntó con amargura: «Himmler cada vez era más irreemplazable».[41]

El motivo clave por el que las SS se hicieron con el control absoluto de la policía en la Alemania nazi fue el papel que desempeñó Himmler en la destrucción de Röhm. El hecho de que toda la documentación pertinente relacionada con las SS, el SD y la policía haya sido destruida dificulta la reconstrucción de los motivos ocultos tras el complot para deshacerse de Röhm. Los relatos de testigos corresponden principalmente a los que participaron en el proceso, y no son del todo fiables. El único superviviente directamente implicado en el complot para apartar a Röhm en 1945 era Göring, pero se mostró extremadamente evasivo con el tema en el

interrogatorio durante el juicio de Núremberg. Los testigos coincidían en que Himmler y Heydrich inventaron el rumor de que Röhm planeaba derrocar el régimen de Hitler y había asegurado el respaldo del ex canciller, el general Kurt von Schleicher, y Gregor Strasser, el nazi radical.[42] Rudolf Diels afirmaba que Heydrich y Himmler alimentaban la imaginación de Hitler con rumores igualmente falsos de que había comunistas infiltrados en las SA.[43] En una entrevista posterior, Frick comentó: «Estoy convencido de que Röhm ni siquiera deseaba un golpe».[44]

En el relato que Hitler presentó al Reichstag el 13 de julio de 1934 sobre los acontecimientos que desembocaron en la Noche de los Cuchillos Largos, declaró que durante los últimos días de mayo habían aparecido algunos «hechos inquietantes» que respaldaban la idea de que Röhm estaba planeando un golpe. Durante la primera semana de junio, Hitler se reunió con Röhm en un último intento de resolver sus diferencias, para así poner énfasis en que aún esperaba llegar a algún acuerdo:

> Le informé de que me daba la impresión, por multitud de rumores y numerosas declaraciones de viejos miembros del partido leales y dirigentes de las SA, de que ciertos elementos sin escrúpulos estaban preparando una acción nacional bolchevique que solo provocaría una gran desgracia a Alemania ... Le supliqué por última vez que abandonara voluntariamente esa locura e impusiera su autoridad para impedir unos acontecimientos que, en cualquier caso, solo podían acabar en desastre.[45]

Hitler también afirmó que, en vez de seguir su consejo, Röhm hizo «preparativos para eliminarme personalmente». Todas las pruebas indican que no es cierto. Un aspecto a menudo descuidado de la destrucción de las SA de Röhm es el papel que desempeñó el ejército. Se ha demostrado que el general Von Reichenau también participó en la creación de pruebas fabricadas para acusar a Röhm de planear un golpe.[46]

El 17 de junio de 1934, el vicecanciller Franz von Papen hizo una teatral intervención en la crisis con un discurso sensacionalista en la Universidad de Marburgo, con el beneplácito del presidente Hindenburg. Elogió el régimen de Hitler por acabar con el caos del período de la República de Weimar, pero advirtió contra una «segunda revolución» para luego atacar el «culto a la personalidad» que envolvía a Hitler. «Los

grandes hombres no los crea la propaganda —dijo Von Papen—. No hay organización, ni propaganda, por excelente que sea, capaz de mantener la confianza por sí sola a largo plazo.»[47]

En un discurso ese mismo día en Gera, Hitler describió a Papen como «un pigmeo que se cree que puede detener, con unas cuantas frases, la gigantesca renovación de la vida del pueblo». Gracias a una escucha telefónica de la Gestapo se descubrió que el discurso de Franz von Papen lo había escrito Edgar Jung, un joven abogado conservador y asesor próximo al antiguo canciller alemán. Jung creía que los conservadores podían hacerse con el control del régimen de Hitler y evitar que dominara la vida alemana. Cuatro días después, por orden de Heydrich, Jung fue detenido por la Gestapo en Múnich, interrogado y trasladado a la central en Berlín.

Ernst Röhm se percató demasiado tarde del peligro mortal al que se enfrentaba. Publicó una declaración preparada a toda prisa en el *Völkischer Beobachter* el 19 de junio de 1934. En ella ordenaba a los miembros de las SA que se tomaran un mes de baja en julio, y se les prohibía estrictamente vestir el uniforme durante sus vacaciones. Añadía que él partía a Bad Wiessee, una pequeña ciudad balnearia al sur de Múnich, para una cura de descanso por consejo de su médico.[48] Röhm esperaba que esa declaración conciliadora sobre sus actividades en verano convenciera a Hitler de que el rumor de que estaba planeando un golpe era pura especulación.

El 21 de junio de 1934, el presidente Hindenburg se reunió con Hitler en su casa de Neudeck, donde le informó de que o se le restaba poder a Röhm, o aplicaría la ley marcial.[49] Fue un momento decisivo en la crisis. Para seguir en el poder, Hitler tenía que eliminar a Röhm y el liderazgo de las SA. Al día siguiente, el general Von Fritsch, comandante en jefe, puso al ejército en estado de alerta y canceló todos los permisos. El ejército estaba listo para intervenir si las SS no podían enfrentarse a las SA sin ayuda. El 18 de junio de 1934, Röhm fue expulsado de la Liga de Oficiales Alemanes. Al día siguiente, el general Von Blomberg declaró en un artículo en el *Völkischer Beobachter* que «el ejército está junto a Adolf Hitler».[50]

Ese mismo día, Hitler, escoltado por las SS, se encontraba en el hotel Dreesen, en la pintoresca ciudad de Renania de Bad Godesberg. Mantuvo conversaciones con Göring, Himmler y Goebbels sobre cómo proceder. Se

decidió que Röhm y sus principales seguidores debían ser eliminados. Las SS y la Gestapo recibieron el encargo de elaborar una lista de objetivos. Los comandos de las SS llevarían a cabo los asesinatos, pues daba la sensación de que tendrían menos escrúpulos a la hora de actuar como verdugos, mientras que los agentes de la Gestapo, como ex detectives, tal vez pondrían objeciones a participar en una matanza arbitraria de ese tipo.

Göring, Himmler y Heydrich partieron hacia Berlín para dirigir las operaciones contra las SA. Hitler, acompañado por Goebbels, partió a Baviera para ocuparse de Röhm y sus más allegados en las SA. A las cuatro y media de la madrugada del 30 de junio de 1934, Hitler llegó en avión a Oberwiesenfeld, cerca de Múnich. Luego lo llevaron, a la cabeza de un convoy de coches llenos de guardias de las SS bien armados, al hotel Hanselbauer en Bad Wiessee, donde se alojaban Röhm y su séquito.

Cuando llegaron todo estaba en silencio. Hitler entró en el edificio y subió corriendo la escalera. Primero entró en la habitación de un cabecilla de las SA llamado Heines y lo sorprendió en la cama con un jefe de escuadrón homosexual de dieciocho años. Ambos fueron detenidos por los guardias de las SS. A continuación Hitler entró en la habitación de Röhm, acompañado por dos guardias de las SS, y le gritó: «¡Estás detenido!». Los demás miembros de las SA que se alojaban en el hotel también fueron rodeados y llevados a los coches que esperaban. Todos los detenidos acabaron en la célebre cárcel de Stadelheim de Múnich.

Al día siguiente, en la celda número 474, le dieron a Röhm la oportunidad de «optar por la vía decente» y suicidarse. Para ello, un agente de la prisión dejó un revólver sobre la mesa, junto a su cama. Pasaron diez minutos. Silencio. El agente de las SS Theodor Eicke, comandante del campo de concentración de Dachau, acompañado por otro agente de las SS, entró en la celda. Iban armados con revólveres. Röhm, que sudaba profusamente, se desnudó hasta la cintura y se levantó en una postura desafiante. El agente de las SS levantó la pistola a sangre fría y disparó varias veces sobre su torso. Röhm se desplomó en el suelo y murió en unos segundos.[51]

También se saldaron otras cuentas pendientes en el baño de sangre de Múnich. Gustav von Kahr, antiguo ministro-presidente de Baviera, que traicionó a Hitler durante el célebre Putsch de Múnich de 1923, recibió una paliza mortal de los guardias de las SS, que utilizaron piquetas cerca del campo de concentración de Dachau. También se cometieron algunos errores durante la frenética ola de redadas y asesinatos de las SS. El doctor Willi Schmid, un destacado crítico musical de un periódico local, fue asesinado en su piso de Múnich delante de su esposa y sus hijos. Los hombres de las SS que lo asesinaron buscaban a una persona con un nombre parecido, Willi Schmidt, un conocido jefe de las SA locales, pero un agente de la Gestapo les dio la dirección equivocada. Finalmente, el objetivo inicial también fue perseguido y asesinado.[52]

Mientras ocurría todo esto, Göring, Himmler y Heydrich actuaban con frialdad al más puro estilo de los gánsteres de Chicago en Berlín. La mañana del 30 de junio, los guardias de las SS llamaron a la puerta de la casa del general Kurt von Schleicher, el antiguo canciller alemán, en el próspero barrio berlinés de Neubabelsberg. Cuando su criada abrió la puerta, los guardias de las SS entraron de un empujón, encontraron a su objetivo en el salón y le dispararon una lluvia de balas. Su esposa, que intentó protegerlo, también fue asesinada. La criada huyó entre gritos. La hija de doce años de la pareja encontró a sus padres, muertos en un charco de sangre sobre la alfombra del salón, cuando regresó del colegio.

El nazi radical Gregor Strasser, que había dejado el activismo político durante los primeros meses de 1933, dirigía una empresa farmacéutica cuando se lo llevaron de su casa en Berlín a la sede central de la Gestapo en Prinz Albrecht Strasse para encerrarlo en una gran sala de detenciones junto con una gran cantidad de dirigentes de las SA detenidos. Göring jamás le perdonó que iniciara negociaciones con el general Von Schleicher tras las elecciones de noviembre de 1932 para formar una posible coalición de centro-izquierda.

En los juicios de Núremberg, Hans Gisevius, un agente de la Gestapo, describió lo sucedido:

> Un oficial de las SS se acercó a la puerta [de la celda] y llamó a Strasser. El hombre que había sido el segundo en importancia después de Adolf Hitler iba a ser trasladado a una celda individual. A nadie le pareció raro cuando Strasser salió despacio de la celda. Sin embargo, apenas un minuto después oyeron un disparo. El oficial de las SS había disparado por detrás a un Strasser desprevenido y le había dado en la arteria principal. Un reguero de sangre había salpicado contra la pared de su diminuta celda. Al parecer Strasser no murió en el acto. Un preso de la celda contigua lo oyó maldecir durante casi una hora. Nadie le prestó atención. Al final, el preso oyó pasos en el corredor y órdenes a gritos. Los guardias se pusieron en posición de firmes y el preso reconoció la voz de Heydrich que decía: «¿Aún no está muerto? Dejad que ese cerdo muera desangrado».[53]

Cuando Hitler regresó a Berlín, le impresionaron las horribles circunstancias que rodearon la muerte de Gregor Strasser, así como saber que el alcance de la purga se había ampliado hasta incluir a figuras políticas conservadoras. Göring le dijo que Gregor Strasser no había sido asesinado, sino que se había suicidado mientras se encontraba bajo custodia policial. Nunca se abrió ninguna investigación sobre las circunstancias de su muerte. Hitler en persona autorizó la pensión estatal que se le concedió a la viuda de Strasser.

El destino de Franz von Papen también pendía de un hilo. Himmler y Heydrich lo tenían en los primeros puestos de su lista de objetivos. Los guardias de las SS fueron a su casa en las afueras de Berlín y lo pusieron en arresto domiciliario. Finalmente se decidió que Von Papen respondía a un perfil demasiado alto para asesinarlo, así que eliminaron a algunos de sus asesores clave como advertencia de las posibles consecuencias de más actos desafiantes. Un pequeño escuadrón de agentes de las SS irrumpió en su oficina personal, la registraron y luego mataron a Herbert von Bose, su secretario personal, mientras estaba sentado en el escritorio. Erich Klausener, jefe de Acción Católica, también fue asesinado en su oficina del Ministerio de Comunicaciones. El asesinato de una figura religiosa tan destacada provocó protestas por parte de la jerarquía de la iglesia Católica. La Gestapo insistió en que se había suicidado durante una pausa en un interrogatorio. Edgar Jung, que había escrito las palabras que pronunció Von Papen en su discurso, fue asesinado por un agente de las SS por orden directa de Heydrich. Su cuerpo fue arrojado de forma ignominiosa a una cuneta de la carretera que llevaba al campo de concentración de Oranienburg. Walter Schotte, autor de un libro sobre el gobierno de Franz

von Papen de 1932 que criticaba al Partido Nazi, también fue asesinado. Franz von Papen, lógicamente aterrorizado, dimitió como vicecanciller el 3 de julio. Pese a que siguió trabajando para el régimen nazi y aceptó el puesto de embajador alemán en Viena, sus días en los primeros puestos del poder en Alemania habían llegado a su fin. El miedo y la angustia eran ahora compañeros inseparables.[54]

La sangrienta Noche de los Cuchillos Largos terminó la tarde del 1 de julio de 1934. Al día siguiente, Goebbels afirmó en una emisora de radio que los asesinatos formaban parte de una operación de limpieza imprescindible para evitar un golpe encabezado por Röhm y Kurt von Schleicher, el ex canciller alemán, junto con otras muchas personas que nunca aceptaron el régimen de Hitler. También se subrayó la «depravación sexual» de Röhm y su séquito. El gabinete acordó aprobar una ley retrospectiva, más tarde ratificada en el Reichstag, que legalizaba los asesinatos por ser «medidas imprescindibles para la defensa nacional».[55] Aquella purga ilegal no impresionó ni preocupó excesivamente al público alemán, pero sí provocó una fuerte caída en la afiliación a las SA, que pasaron de 2,9 millones en agosto de 1934 a 1,2 millones en abril de 1938.[56]

El presidente Hindenburg elogió a Hitler por su «valiente intervención personal», que había «salvado al pueblo alemán de un gran peligro». Murió el 1 de agosto de 1934. Hitler unió los cargos de canciller y presidente en el título de líder (*Führer*). El ejército accedió a hacer el siguiente juramento: «Juro ante Dios obedecer sin reservas a Adolf Hitler, *Führer* del Reich, jefe supremo de la Wehrmacht, y prometo ser un soldado valiente que respete siempre este juramento, aunque ponga en riesgo mi vida». Hitler era ya el jefe indiscutible e incontestado del Tercer Reich.

Nunca se ha fijado del todo el número exacto de muertos de la purga. Todas las órdenes de ejecución estaban firmadas por Himmler y Heydrich. Muchas de las víctimas de asesinato no tenían relación alguna con las SA. El discurso de Hitler en el Reichstag el 13 de julio daba una cifra total de setenta y cuatro muertos, incluidos diecinueve «altos mandos de las SA», y anunció que había mil personas más bajo custodia en cárceles y campos de concentración. Doce de los asesinados habían sido diputados del Reichstag.

En el *Libro blanco de la purga*, elaborado por disidentes alemanes en París, se afirmaba que habían sido 401 muertos, pero solo se nombraban a 116. El tribunal de Núremberg no dio una cifra exacta.[57]

La Noche de los Cuchillos Largos incrementó en gran medida el poder de las SS y la Gestapo. Pasados unos días de la purga, Göring informó a Frick de que «en reconocimiento a los servicios especiales prestados por la policía política durante los últimos días, el canciller del Reich nos ha concedido a Himmler, *Reichsführer* de las SS, y a mí carta blanca para dirigir la policía política dentro del marco de sus directrices».[58] No obstante, sería absurdo deducir que Himmler tenía el control absoluto de la Gestapo y el poder policial en la Alemania nazi en ese momento. Durante los últimos meses de 1935 se produjeron una serie de asesinatos en las SS que en realidad eran represalias de las SA por la purga de Röhm. Se encontraron un total de ciento cincuenta cadáveres, con una tarjeta con las iniciales «R. R.», un acrónimo de «vengadores de Röhm». Probablemente esos asesinatos fueron obra de un ala rebelde de las SA, pero, a pesar de la amplia investigación que llevó a cabo la Gestapo, jamás encontraron a los culpables.[59]

Aún más problemático para Himmler y Heydrich fue el contraataque conservador encabezado por Frick en el Ministerio del Interior. El 2 de julio de 1934, Frick se quejó a Hitler de la participación de organizaciones no policiales en la Noche de los Cuchillos Largos, y criticó su naturaleza anárquica en general. Era un ataque directo a Göring, Himmler y Heydrich. Hitler reprendió a Frick por esa intervención. El 6 de julio de 1934, Göring emitió un decreto que una vez más enfatizaba que la Gestapo era una parte independiente de la administración, bajo su jurisdicción especial. El 20 de julio de 1934, Hitler ratificó esa orden y destacó que Himmler solo debía responder ante él.

Aquello no impidió que Frick siguiera intentando poner límites a Himmler. Cambió su línea de ataque y la orientó a los campos de concentración, dirigidos por las SS y fuera de control del Ministerio del Interior. Era de dominio público que los internos eran tratados con brutalidad. Para contrarrestar las críticas de Frick, Himmler introdujo un sistema de castigos por niveles en todos los campos. Frick también solicitó

información sobre cómo trataban los agentes de la Gestapo durante los interrogatorios a los detenidos por órdenes de «custodia preventiva». Himmler reaccionó pronunciando un discurso el 11 de octubre de 1934 a los agentes de la Gestapo durante el cual dijo que todos los casos debían tratarse con celeridad, que ningún ciudadano que respetase la ley debía ser detenido y que el pueblo alemán debía saber que «los miembros de la Gestapo son hombres con calidad humana y una corrección absoluta» que tratan a los detenidos «con cortesía y corrección». La Gestapo, según Himmler, debía considerarse una organización eficiente y rigurosa capaz de distinguir mediante preguntas forenses y la acumulación de pruebas quiénes eran los auténticos «enemigos del estado» y quiénes eran leales al mismo.[60]

Para convertir la Gestapo en parte imprescindible del sistema policial de la Alemania nazi, Himmler necesitaba contrarrestar el argumento conservador de que, una vez derrotados los comunistas y las SA, se podía prescindir de la Gestapo y los campos de concentración. Durante 1935, Heydrich empezó a ampliar la idea de «enemigos del pueblo» más allá de la estrecha definición política hacia lo que él llamaba el «enemigo camuflado», que incluía disidentes religiosos y judíos, pero que ahora se ampliaba para incorporar «enemigos raciales» como elementos antisociales y criminales.[61]

Werner Best, que se convirtió en jefe de la oficina administrativa de la Gestapo (la Gestapa) en verano de 1934, fue una figura clave en la transformación de la Gestapo en un instrumento moderno y eficaz del terror nazi. Nació en Darmstadt el 10 de julio de 1903. Se sacó un título universitario y un doctorado, luego se formó como abogado y trabajó de juez. Tenía una facilidad pasmosa para la organización administrativa, y tuvo una enorme influencia en el desarrollo de la Gestapo. Siempre se le ocurrían ideas administrativas nuevas y a menudo extraordinarias. Una de sus reformas más innovadoras fue crear un sistema centralizado de fichas. El inmenso sistema circular de tarjetas perforadas funcionaba con un motor eléctrico, lo que permitía al operador localizar rápidamente la ficha de un individuo detenido. Era el ordenador de la policía nacional de la época. Resultó tener un valor inestimable para los agentes de la Gestapo que llevaban a cabo los interrogatorios. Los individuos se dividían en tres

categorías. En el grupo A1 entraban los «enemigos del estado», definidos como los más peligrosos. En sus fichas había una marca roja. El grupo A2, marcado en azul, estaba compuesto por individuos que serían arrestados en caso de guerra. Las fichas sin marcar del grupo A3 describían a un gran grupo heterogéneo de personas consideradas «políticamente peligrosas». Un grupo en expansión de empleados administrativos recibió el encargo de actualizar las fichas y archivos.[62]

Se crearon secciones especializadas de la Gestapo en oficinas locales. Una se ocupaba de los adversarios políticos, otra se centraba en organismos religiosos y sectas, y había una sección dedicada a los judíos. Otras se encargaban de las detenciones bajo «custodia preventiva» y otros grupos definidos como «enemigos» de la comunidad nacional.[63] Se instó a todos los agentes de la Gestapo a mantener el «deber patriótico del silencio» y a respetar la estricta confidencialidad de todos los asuntos que investigaban.[64]

A finales de 1935, Adolf Hitler se había pronunciado con claridad a favor de otorgarle a Himmler el poder supremo en toda la seguridad policial de Alemania. Göring también acabó aceptando que era necesaria una nueva ley de la Gestapo que reconociera su posición única dentro del estado nazi. La tercera y más trascendental Ley de la Gestapo del 10 de febrero de 1936 fue elaborada por Werner Best y su equipo administrativo. Decretaba que la Gestapo no podía estar sometida a ningún tribunal judicial ni administrativo. La misión de la Gestapo era investigar a todo aquel que pusiera en riesgo el estado, ejecutar la voluntad de un líder único y proteger al pueblo alemán de los intentos de destrucción por parte de enemigos internos y externos.[65] La ley también estipulaba que los agentes de la Gestapo eran los grandes inquisidores, y que la oficina de la organización se encargaría de la administración de los campos de concentración estatales. En la práctica, una sección especializada de las SS seguía dirigiendo los campos. La función de la oficina de la Gestapo era asignar detenidos a campos concretos. La nueva «ley fundamental» seguía considerando que los campos de concentración aún eran independientes de la supervisión estatal.

En un decreto firmado por Hitler con fecha del 17 de junio de 1936, Himmler se convirtió en «jefe de la policía alemana», con el fin de defender al pueblo alemán «contra todos los intentos de destrucción por parte de enemigos dentro y fuera del país».[66] En unos días, la policía alemana se partió en dos divisiones controladas por Himmler: (i) la oficina central de la ORPO (*Ordnungspolizei*, policía del orden), que incluía a los cuerpos policiales municipales, rurales y locales, dirigida por Karl Daluege, un agente de las SS comprometido que había servido con anterioridad como comandante de las fuerzas policiales prusianas; (ii) la oficina central de la SIPO (*Sicherheitspolizei*, policía de seguridad), dirigida por Reinhard Heydrich. Estaba formada por la Gestapo, ahora dirigida por Heinrich Müller, un policía de carrera que no era nazi. La principal función de la Gestapo era luchar contra los «enemigos políticos». La Kripo (*Kriminalpolizei*), el sector de detectives de la policía criminal vestida de civil, estaba dirigida por Arthur Nebe, también policía de carrera. Su principal función era actuar contra los elementos «criminales» que constituían una amenaza para la comunidad debido a su «degeneración física y moral». La Gestapo y la Kripo contaban con organizaciones administrativas separadas, pero funcionaban en estrecha colaboración. La Gestapa, el centro administrativo de la Gestapo, seguía bajo el control de Werner Best. La Gestapo, que en 1933 estaba limitada a Prusia, ahora era la «policía secreta estatal» de toda Alemania.

Heinrich Himmler se vanagloriaba de su triunfo sobre la policía en la Alemania nazi afirmando que sus altivos enemigos conservadores se equivocaban al creer que se podía lograr un regreso a la «normalidad» vaciando los campos de concentración y disolviendo la Gestapo. La única concesión que consiguió Frick en su prolongada y finalmente inútil batalla fue impedir que Himmler fuera ministro del Gabinete. Se le concedió el título de «secretario del Estado», y en teoría estaba subordinado a Frick, dentro del Ministerio del Interior. Frick le pidió a Himmler que le informara personalmente sobre cuestiones policiales en reuniones mensuales, pero Himmler jamás se molestó en aparecer en ninguna. Ya no estaba «subordinado» a nadie en el Tercer Reich, salvo a Hitler. Hans Lammers, jefe de la Cancillería del Reich de Hitler, explicó el alcance de la derrota de

Frick en el juicio de Núremberg. Hitler le dijo a Lammers: «Dile a *herr* Frick que no ponga demasiados límites a Himmler como jefe de la policía alemana; con él la policía está en buenas manos. Debe darle toda la rienda suelta que sea posible».[67] En 1937, Frick había dejado de informar directamente a Hitler sobre cuestiones policiales.

El 27 de septiembre de 1939, la Gestapo, la Orpo, la Kripo y el SD se unieron en una sola autoridad en seguridad centralizada para toda la Alemania nazi: la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA, por sus siglas en alemán). Todas las autoridades policiales regionales quedaron subordinadas a la jurisdicción de esa oficina todopoderosa.

La revolución policial de Heinrich Himmler dentro de la Alemania nazi entre 1933 y 1939 había llegado a su fin.

2
Los hombres de la Gestapo y sus métodos

La propaganda nazi gustaba de dar la impresión de que los agentes de la Gestapo estaban por todas partes. Nada más lejos de la verdad. En realidad, la Gestapo era una organización muy pequeña. En 1933 contaba con tan solo mil empleados, que ascendieron a 6.500 en 1937 y 15.000 en 1939. El pico de 32.000 empleados, incluido un equipo de administrativos, se alcanzó a finales de 1944.[1] Las oficinas de la Gestapo locales sufrían una grave falta de personal. En Düsseldorf, con una población de 500.000 habitantes, había 126 agentes de la Gestapo en 1937. Essen, con una población de 650.000 personas, tenía 43. Duisburgo, con 400.000 habitantes, tenía 28.[2] En 1942, Colonia, con 750.000 habitantes, contaba con solo 69 agentes.[3] En las pequeñas ciudades rurales no solía haber personal de la Gestapo. La cantidad de agentes activos a tiempo completo en la Alemania de Hitler nunca superó los 16.000.[4]

La Gestapo tenía espías contratados, pero ha sobrevivido poca información sobre cuántos eran o cuánto les pagaban. Walter Weyrauch, que trabajaba para el poder ocupante aliado de EE. UU., encontró fichas de 1.200 informadores de la Gestapo que operaban en Fráncfort. Muchos habían pertenecido a grupos de la oposición y aceptaron ejercer de agente doble a cambio de su pronta liberación de los campos de concentración o cárceles. Reclutaron a una serie de curas católicos.[5] En los ficheros que sobrevivieron de Düsseldorf aparece una lista de trescientos informadores de la Gestapo, todos con pasado comunista. La información proporcionada servía sobre todo contra los grupos de resistencia comunista. Sin embargo,

la Gestapo fracasó por completo al no detectar con antelación el complot Valkiria de una bomba contra Hitler encabezado por Claus von Stauffenberg y sus compañeros en la conspiración del 20 de julio de 1944.

A partir del 27 de septiembre de 1939, la oficina central de la Gestapo estuvo ubicada en la Oficina 4 (*Amt* IV) de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) en Berlín. En ella trabajaban 1.500 empleados y estaba dividida en seis secciones: IVA, enemigos de la Alemania nazi, que se ocupaba de marxistas, comunistas, reaccionarios, liberales, contrasabotaje y seguridad general; IVB, centrada en las actividades políticas de la iglesia Católica y Protestante, sectas religiosas, judíos y masones; IVC, especializada en procesar órdenes de custodia preventiva; IVD, centrada por completo en los territorios ocupados por los nazis; IVE, que estudiaba el espionaje en el país y el extranjero; IVF, la policía fronteriza, que se ocupaba de pasaportes, documentos de identificación y la vigilancia de extranjeros, sobre todo la gran cantidad de trabajadores extranjeros que había en Alemania durante el período de la guerra.[6]

En la oficina central de Berlín de la Gestapo había tres tipos de liderazgo. Primero: antiguos policías criminales experimentados, de los cuales la mayoría no eran miembros del Partido Nazi antes de 1933. Segundo: administrativos jóvenes, con estudios universitarios y centrados en su carrera profesional. Tercero: miembros del SD que llegaron a la Gestapo a través de la maquinaria de las SS del Partido Nazi.[7]

El director de la Gestapo entre 1936 y 1945 fue Heinrich Müller. Nacido en Múnich en 1900, era hijo de un policía de una familia trabajadora tradicional y católica. Dejó el colegio antes de terminar los estudios. Sus informes escolares lo describen como «medio» en todas las asignaturas que estudiaba. Tenía un fuerte acento de obrero de Múnich que nunca intentó disimular. Fue aprendiz de trabajador del metal en la Empresa de Aviación de Baviera, pero decidió no seguir trabajando en aquella industria emergente. En 1918 se unió al cuerpo policial y fue destinado al pequeño departamento de policía política. Le atrajo el generoso sistema de jubilación profesional de la policía. Solo tenía treinta y seis años cuando se

convirtió en jefe de la Gestapo de toda la Alemania nazi. Müller era un individuo astuto y adaptable. Trabajó para la monarquía bávara, el gobierno democrático de Weimar y el régimen nazi.

Además de ser un burócrata escrupuloso, era muy bueno haciendo seguimiento de destacados opositores políticos. Descubrió que el servicio de inteligencia británico estaba detrás del asesinato de Reinhard Heydrich en 1942.[8] Rompió el infame círculo de espías socialistas Orquesta Roja. Rudolf Hess declaró en los juicios de guerra de Núremberg que Müller «carecía de compromiso político» y probablemente siguió siendo un «nacionalista conservador» durante toda su vida.[9] Un informe confidencial de personal de 1937 decía: «Su esfera de actividad [en el período de la República de Weimar] era supervisar y ocuparse del movimiento de izquierdas. Hay que admitir que se esforzó por combatirlo, pero también queda claro que, si esa fuera su tarea, Müller habría actuado de la misma manera contra la derecha».[10] No fue miembro del Partido Nazi hasta 1939, y se afilió solo por motivos profesionales.[11] Müller ascendió a la cima de la Gestapo no por su afinidad ideológica al nazismo, sino por sus cualidades administrativas, en particular su capacidad para seguir a los grupos de resistencia comunista. Estableció el mismo nivel de exigencia de eficiencia burocrática para todo su personal. Su firma aparece en multitud de documentos de la Gestapo, normalmente para refrendar o corregir decisiones de otros. Almorzaba con frecuencia en el hotel Adlon, cerca de la Puerta de Brandeburgo en Berlín, con Heydrich, que lo tenía en gran estima, y otras figuras destacadas de la Gestapo.

Los demás jefes de sección de la Gestapo de la oficina central de Berlín también iniciaron su carrera en la policía criminal común durante la República democrática de Weimar. En la sección IVA, centrada en la oposición comunista, todas las figuras destacadas tenían un origen muy parecido. Todos habían nacido entre 1894 y 1903. Entraron en la policía antes de 1933. La mayoría tenían estudios universitarios y eran de clase media. Aquellos jóvenes empleaban métodos de investigación idénticos a las prácticas de los detectives de la policía criminal. Solo uno, Horst Kopkow, había sido miembro activo del Partido Nazi antes de 1933.[12]

El jefe de la sección IVA entre 1940 y 1942 fue Josef Vogt, nacido en 1897. Estudió economía en la universidad. En 1925 se unió al cuerpo de la policía. Entre 1929 y 1933 trabajó en el departamento de homicidios de la policía de investigación criminal, y en mayo de 1933 se afilió al Partido Nazi. Se ofreció voluntario para entrar en la Gestapo. La energía empleada en contrarrestar la resistencia comunista llamó la atención de sus superiores y le valió una promoción rápida.[13]

Su mano derecha, Kurt Lindow, nacido en 1903, le sustituyó en 1942. Estudió derecho y economía en la universidad. En 1928 entró en la policía de investigación criminal. En 1933 se unió a la Gestapo y trabajó en varios casos de gran importancia que implicaban alta traición. Era básicamente un organizador eficaz y un administrador fiable.

Otra figura clave en la sección IVA fue Rudolf Braschwitz, nacido en 1900. Estudió odontología en la Universidad de Breslau, pero decidió no hacer carrera como dentista y en cambio se unió al cuerpo de la policía. En 1928 trabajaba para la policía política prusiana, donde dirigía un escuadrón de seguridad que protegía al célebre ministro de Exteriores alemán, Gustav Stresemann, que había recibido varias amenazas de bomba de grupos de la derecha. En 1933, Braschwitz pasó a dirigir un grupo dedicado a combatir el comunismo. No se afilió al Partido Nazi hasta el 1 de mayo de 1933.[14]

Otro experto en comunismo de la sección IVA era Reinhold Heller, nacido en 1885. Fue a la universidad a estudiar derecho, pero no se sacó el título.[15] En 1919 entró en la policía política. En 1931 dirigía un departamento dedicado a combatir la amenaza comunista. Se afilió al Partido Nazi el 1 de mayo de 1933. Su papel en la investigación del incendio del Reichstag fue clave, a la edad de cuarenta y ocho años. Himmler y Heydrich consideraban que los hombres de su edad estaban empapados de la tradición policial democrática de Weimar. Fue la valiosa experiencia administrativa de Heller, su capacidad de adaptación y su pericia al abordar la resistencia comunista lo que le permitió conservar un papel destacado dentro de la Gestapo.

La sección IVB se ocupaba de las iglesias cristianas, sectas religiosas como los testigos de Jehová y los judíos. Había una subsección dentro de ese departamento que se centró en la evacuación de judíos durante el

período del Holocausto. Estaba dirigida por el agente de la Gestapo más infame de todos: Adolf Eichmann, nacido en 1906 en Solingen, Renania, pero criado en Linz, Austria, una ciudad donde Hitler también había vivido durante su adolescencia. Adolf, el padre de Eichmann, era el propietario de una próspera empresa minera. Era una familia de protestantes devotos, pero su infancia fuera de la casa familiar fue infeliz. Como niño retraído que era, fue el blanco perfecto de los matones adolescentes. Sus compañeros de colegio lo apodaron «El pequeño judío» (*der kleine Jude*) por su aspecto oscuro. Abandonó la escuela sin terminar los estudios. Durante la década de 1920 su padre hizo uso de sus amplios contactos empresariales para conseguirle trabajos en la industria eléctrica y luego como vendedor de aceite. El negocio de su padre entró en bancarrota durante la depresión. En 1932, Eichmann se afilió al Partido Nazi austríaco.[16] El punto de inflexión en su carrera llegó en 1933, cuando fue a Alemania como protegido de Ernst Kaltenbrunner, una figura destacada del SD. Trabajó en el infame campo de concentración de Dachau antes de emerger como asesor clave dentro del SD en cuestiones judías. Las habilidades burocráticas de Eichmann, un hombre trabajador e incondicional, llegaron a oídos de Heinrich Himmler. Durante dos años, entre 1938 y 1940, Eichmann organizó la deportación de judíos austríacos a Polonia y repitió el proceso para los judíos checos en Praga. Fue ascendido a jefe de la sección judía en la oficina central de la Gestapo en Berlín. Eichmann organizó el traslado de todos los judíos de Europa a los campos de la muerte durante el Holocausto.[17] Eichmann, que carecía de título universitario y experiencia policial, no era el agente burocrático habitual en la Gestapo que podía aspirar a un buen puesto.

El departamento más grande en la oficina central de la Gestapo en Berlín era el IVC2, que se ocupaba de las órdenes de custodia preventiva. Todas sus figuras clave habían sido agentes de la policía criminal antes de 1933. En 1944 empleaba a once inspectores y cuarenta y cuatro archivistas y mecanógrafos. Estaba dirigido por Emil Berndorff, nacido en 1892 y licenciado en derecho y ciencias políticas en la Universidad de Berlín. En 1920 obtuvo un doctorado en derecho antes de unirse a la policía criminal. Trabajó en varios casos de asesinato de gran calado en el departamento de

homicidios durante el período de la República de Weimar. Se unió a la recién creada organización secreta del Partido Nazi para agentes de policía en agosto de 1932. Luego se hizo especialista en procesar órdenes de custodia preventiva. También ayudó a elaborar unas instrucciones para las técnicas de «interrogatorio ampliado» de la Gestapo, que permitían el uso de palizas y torturas.[18]

La sección IVD se centraba en la vigilancia en los territorios ocupados por los nazis. Todas las figuras clave de este departamento eran muy jóvenes: en 1939 ninguna superaba los cuarenta años. Todos contaban con título universitario, y la mitad incluso tenían doctorados. Todos procedían del SD y habían entrado en la Gestapo entre 1937 y 1938. Todos los empleados de esta sección participaron en los escuadrones asesinos móviles Einsatzgruppen que operaron en Polonia y sobre todo en la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial. Aquellos jóvenes nazis, políticamente comprometidos, estaban siendo preparados para desempeñar un papel destacado en la era nazi posterior a la guerra.

El SD contaba con una oficina nacional independiente (III) dentro de la sede central de Berlín, especializada en servicios de inteligencia nacional y valoración de la opinión pública. La dirigía el joven alto cargo nazi Otto Ohlendorf, nacido en 1907. Estudió derecho y economía en la universidad antes de obtener un doctorado en derecho en la Universidad de Pavía. En 1925 pasó a ser miembro del Partido Nazi, y un año después se unió a las SS. Luego se labró una carrera académica de gran éxito como experto económico en el Instituto Kiel de Economía Mundial. En 1936 fue nombrado asesor económico del SD. En 1939, Ohlendorf fue reclutado por Heydrich para dirigir la Oficina III en la sede central de Berlín. Cuando asumió el cargo, solo tenía treinta y dos años. La rápida promoción de individuos tan jóvenes y con tanta formación no era rara en la Alemania nazi. En muchos sentidos, la promoción excesiva de jóvenes dotó al régimen de su enérgico radicalismo. En verano de 1941, Ohlendorf pasó a ser el jefe de Einsatzgruppen D, la unidad móvil asesina en la Unión Soviética, responsable del asesinato en masa de miles de judíos. Podía ser un académico, un eficaz burócrata de oficina y un asesino en masa vestido con uniforme de las SS sin molestarse lo más mínimo por la legitimidad

moral de lo que estaba haciendo. Ohlendorf creó un grupo dentro de la Oficina III del SD en la sede central de Berlín que observaba en secreto la opinión pública y los lugares públicos dentro de la Alemania nazi. Esa sección estaba dirigida por Hans Rößner, nacido en 1910, que había estudiado filología alemana e historia en la Universidad de Leipzig antes de obtener un doctorado. Se afilió al Partido Nazi en 1933. Luego pasó a ser miembro del SD.[19]

La Gestapo contaba con cincuenta y cuatro oficinas regionales dentro de los estados federales. Los principales mandos de esas oficinas regionales también eran individuos centrados en su carrera, con unos orígenes muy parecidos a los que trabajaban en la sede central de Berlín. Todos eran jóvenes, de clase media y con estudios universitarios. Normalmente eran licenciados en derecho y muchos tenían un doctorado. Muy pocos eran de la comunidad local donde trabajaban, y muchos habían pasado por un curso de formación de la policía en seguridad especial en Berlín. Estos jefes regionales ostentaban un poder de decisión enorme en las oficinas locales de la Gestapo que dirigían. Decidían qué casos se investigaban y escogían al agente de la Gestapo más adecuado para llevarlos.

Los jefes de departamento regionales de la Gestapo solían ser nazis entusiastas y con un compromiso ideológico. Un ejemplo típico es el de Emanuel Schäfer, nacido en 1900 y jefe de la Gestapo en Colonia. Era un protegido de Reinhard Heydrich. Su padre era propietario de un hotel. Obtuvo la licenciatura en derecho en la Universidad de Breslau y luego un doctorado en derecho civil. Entró en la policía criminal de Potsdam en 1926. En 1928 se convirtió en jefe del departamento de homicidios de la policía de Breslau. En febrero de 1933 se hizo cargo de la policía política de Breslau. Se afilió al Partido Nazi el 1 de mayo de 1933, luego a las SS y al SD. En mayo de 1934 fue nombrado jefe de la Gestapo en la ciudad de Oppeln. En sus evaluaciones laborales anuales se le describía como una persona con «una visión del mundo nacionalsocialista muy sólida». En octubre de 1940 pasó a ser jefe de la Gestapo en Colonia. Organizó la deportación de judíos de Colonia a los campos de exterminio que empezó en octubre de 1941. Todo el que lo conocía mencionaba su pasión por el nacionalsocialismo.[20]

Para esos jóvenes licenciados universitarios con intereses ideológicos como Emanuel Schäfer, el cielo era el único límite en la Gestapo. Sin esos atributos, ocurría lo contrario. Ludwig Jung, nacido en 1910, jefe de la Gestapo en Krefeld, es un excelente ejemplo. Su padre tenía una carnicería. Él no acabó la carrera de derecho en la Universidad de Giessen, pero, dado que era el único agente de la Gestapo en la oficina de Krefeld que había ido en algún momento a la universidad, logró mantener un notable nivel profesional respecto de sus colegas con menos formación académica. Es evidente que también le ayudó su apoyo incondicional al nacionalsocialismo. Se afilió al Partido Nazi en 1930. Haber sido miembro del partido antes de que Hitler llegara al poder casi siempre ayudaba en las entrevistas de trabajo. Tras asistir al curso de formación especial de liderazgo de la policía en Berlín en marzo de 1938, Jung fue nombrado jefe de la Gestapo en Krefeld, a los veintiocho años. Sin embargo, no siguió avanzando en la escala de promoción en la Gestapo. Su fracaso al terminar la licenciatura y sus orígenes de clase media-baja jugaron en su contra.[21]

En 1938, el 95% de los directores regionales de la Gestapo habían terminado el bachillerato (*Abitur*).[22] Un total de un 87% tenía licenciaturas en derecho y casi la mitad habían obtenido doctorados. Los altos cargos de la Gestapo parecían más una sala de académicos universitarios que un departamento de policía. Ninguno llegaba a los cuarenta años. La experiencia en la policía era cada vez menos importante en las apuesta para la promoción a finales de la década de 1930. La cualificación universitaria clave para entrar en la Gestapo era una licenciatura en derecho. Era normal que los nuevos licenciados consiguieran promociones rápidas pasando por encima de detectives de policía mayores, experimentados pero con menos cualificaciones académicas.[23] Werner Best, jefe de personal en la sede central de la Gestapo, creía que los difíciles requisitos para conseguir una licenciatura en derecho encajaban con la labor de investigación de la Gestapo, por lo que promovió activamente el nombramiento de licenciados en derecho para los cargos más importantes dentro de la Gestapo desde 1936.

Los agentes comunes de la Gestapo eran muy distintos de sus cultos jefes. Se dividían en dos categorías: asistente criminal (*Kriminalassistent*) y secretario criminal (*Kriminalsekretär*). La mayoría procedían de la clase trabajadora o media-baja. Casi todos habían dejado los estudios a los dieciséis años sin obtener ninguna cualificación formal. Casi ninguno tenía título universitario y pocos agentes rasos de la Gestapo ascendieron en la escala de promoción. Se estima que un 50% de los antiguos policías de carrera antes de 1933 que se unieron a la Gestapo seguían en su puesto en 1945.[24] En 1939 solo tres mil agentes tenían un rango adicional en las SS.

En los posteriores juicios por crímenes de guerra, los agentes de la Gestapo se definieron como policías de carrera comunes que se comportaban durante las investigaciones de la misma manera que los detectives de crímenes. Todos los agentes que testificaron durante los juicios de Núremberg afirmaron que en 1933 el personal de la Gestapo estaba formado por miembros del cuerpo policial existente.[25] Según su propio testimonio, eran agentes de policía profesionales y eficientes que acataban órdenes de sus superiores, y rara vez tomaban la iniciativa.[26] Se adaptaron con pragmatismo a las nuevas circunstancias y se afiliaron al Partido Nazi ante todo para conservar su trabajo. Durante las investigaciones de desnazificación tras la guerra, dirigidas por agentes aliados de la ocupación, la gran mayoría de los antiguos agentes de la Gestapo fueron clasificados como «hombres corrientes» y «desnazificados» y quedaron «exonerados» de ser responsables de «crímenes contra la humanidad». La mayoría conservaron sus generosas pensiones profesionales.

El historiador Eric Johnson examinó los orígenes de los diecinueve agentes de la Gestapo que sirvieron en Krefeld entre 1937 y 1945. Descubrió que todos habían sido agentes del cuerpo policial de la República de Weimar. Ninguno era miembro del Partido Nazi. Todos procedían de familias de clase trabajadora o de clase mediabaja, dejaron los estudios a los dieciséis años sin titulación y ninguno era licenciado universitario. La mayoría se afilió al Partido Nazi por motivos puramente profesionales. Todos eran muy buenos en las tareas administrativas asociadas al trabajo, y en sus informes hacían gala de un dominio impresionante de la gramática y

la ortografía. En juicios posteriores, los agentes de la Gestapo de Krefeld destacaron que habían recibido presiones para entrar en la Gestapo y se habían visto forzados a afiliarse al Partido Nazi, pero que en esencia eran «hombres corrientes», decentes y profesionales.[27]

Robert Gellately estudió los orígenes de los veintidós agentes de la Gestapo en Wurzburgo. Todos eran policías de carrera. Antes de 1937, prácticamente ninguno estaba afiliado al Partido Nazi. Solo el jefe de departamento, Joseph Gerum, nacido en 1888, era nazi. Fue nombrado jefe de la Gestapo en Wurzburgo en abril de 1934. Se había afiliado al Partido Nazi en 1920, y participó en el famoso Putsch de Múnich, cosa que le valió una condena de quince meses de prisión. También era un policía muy experimentado que pertenecía al cuerpo desde 1917. En 1933 pasó a formar parte de la policía política de Múnich hasta que lo promocionaron para dirigir la oficina de Wurzburgo.[28]

El término «corriente» puede resultar demasiado amplio en relación con los agentes de la Gestapo. Durante el período de Weimar, la policía alemana tuvo que lidiar con una ola sin precedentes de violencia callejera, ejercida por nazis y comunistas. La mayoría de detectives criminales que entraron en la Gestapo ya tenían formación en vigilancia, y tampoco eran reacios a la brutalidad. Se enfrentaban a diario a asesinos, violadores y gánsteres antes de que los nazis se hicieran con el poder. También dominaban el arte de hacer interrogatorios ampliados.

A finales de la década de 1930, la Gestapo siguió reclutando a individuos de clase media-baja y trabajadora, pero se produjeron algunos cambios notables. La mayoría de los nuevos eran menores de treinta años, y muy pocos tenían experiencia policial. Los criterios clave para conseguir el trabajo de agente de la Gestapo pasaron a ser: demostrar tener ascendencia alemana, una buena formación general pero ninguna titulación concreta, forma física y conocimientos de taquigrafía y mecanografía. La pertenencia al Partido Nazi o una de sus suborganizaciones se consideraba «deseable», pero no imprescindible.[29] El influjo de los agentes jóvenes y faltos de experiencia sin duda cambió el espíritu de la Gestapo. Era difícil formar a los recién llegados en las técnicas policiales establecidas de investigación profesional. Los policías profesionales «de la vieja escuela» de la época de

Weimar se iban retirando año tras año. Durante el período de guerra, se incrementaron los métodos brutales para llevar a cabo interrogatorios entre esos jóvenes agentes de la Gestapo, comprometidos ideológicamente.

En el momento de su nombramiento, todos los agentes de la Gestapo recibían un detallado manual de instrucciones sobre cómo comportarse al seguir, detener e interrogar individuos. En él se recomendaba que no llevaran encima documentos identificativos y que llevaran solo «ropa de calle, incluida la ropa interior personal», cuando acudieran a arrestar a alguien.[30] Se ofrecían instrucciones detalladas sobre cuestiones como el uso de una brújula, la preparación de mapas para un informe de inteligencia, la ejecución de las operaciones de vigilancia, organización de redadas, y cómo recopilar todos los informes necesarios y reunir pruebas vinculadas a una investigación.

También se explicaban pautas detalladas sobre cómo debía tratar un agente de la Gestapo a los detenidos. Cada preso debía ser interrogado por un agente de la Gestapo o un detective de la Kripo, según la naturaleza de los cargos. Hacía hincapié en que al inicio de cada caso había que nombrar un abogado del estado y un juez de instrucción. La principal tarea de cada agente de la Gestapo era recopilar y asegurar todas las pruebas, interrogar a los testigos, mantener un registro detallado de todos los interrogatorios e investigar a fondo cada detalle. En el manual se recomendaba «usar todas las técnicas de investigación aplicables» durante el curso de la investigación.[31] En capítulos posteriores describiremos detalladamente cómo afrontaban los agentes de la Gestapo los casos individuales.

La presunción de que los agentes de la Gestapo detenían a individuos, los interrogaban de forma brutal y luego los enviaban a un campo de concentración es un mito. Cada caso se estudiaba con detenimiento antes de tomar una decisión o imponer un castigo. La mayoría de los detenidos acababan dentro del sistema de justicia tradicional, y se les acusaba de un delito concreto que juzgaban los tribunales. Enviarlos a un campo de concentración era siempre el último recurso, sobre todo en el caso de un ciudadano alemán corriente sin vínculos con los grupos de oposición seleccionados como objetivos. Muchos de los detenidos quedaban en libertad sin cargos.

Durante los primeros años del gobierno nazi, el sistema de campos de concentración era muy pequeño comparado con el sistema de prisiones tradicional. En verano de 1935, solo quedaban cuatro mil presos en los campos de concentración dirigidos por las SS nazis.[32] Las cifras aumentaron con rapidez a finales de la década de 1930, pero fue a causa de la ampliación de la definición de «enemigo del estado», que pasó de ser un adversario «político» a «racial». El 1 de septiembre de 1939, las SS tenían a 21.400 presos en los seis campos de concentración clave siguientes: Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Mauthausen, Flossenbürg y Ravensbrück. Esos campos, como veremos con más detenimiento más adelante, se convirtieron en vertederos de esos enemigos raciales «antisociales» de reciente definición.

En comparación, 120.000 presos permanecían en las cárceles alemanas tradicionales antes de la segunda guerra mundial. Muchos de esos internos cumplían sentencias tradicionales, pero a menudo los adversarios políticos y religiosos también acababan en la cárcel. Se desarrolló un sistema de estrecha colaboración entre la Gestapo y los funcionarios de prisiones. Los presos políticos que cumplían sentencias en cárceles tenían dificultades para huir de las garras de la Gestapo. Los directores de prisiones, la mayoría burócratas conservadores de la vieja escuela, redactaban un informe sobre todo opositor político o religioso que estuviera a punto de cumplir la pena, y siempre lo transmitían a la Gestapo. En algunos casos, un preso podía ser liberado si el director le hacía un buen informe, pero inmediatamente era encerrado de nuevo por la Gestapo bajo «custodia preventiva» en la puerta de la cárcel. Un caso representativo fue el de un activista comunista llamado Max, condenado a veintisiete meses de cárcel en junio de 1934 por desempeñar un papel importante en un movimiento comunista alternativo. Mientras estuvo en la cárcel, su comportamiento fue impecable. Sin embargo, tres meses antes de cumplir condena, el director de la prisión informó a la Gestapo:

> No llamó especialmente la atención en la institución. No obstante, teniendo en cuenta su pasado, no creo que haya cambiado de opinión y considero que, como la mayoría de comunistas destacados, solo ha dejado de causar problemas por un ingenioso cálculo. A mi juicio, es absolutamente imprescindible que este comunista activo y destacado quede bajo custodia preventiva tras su sentencia.[33]

Los agentes de la Gestapo contaban con un método establecido para tratar cada caso. Por lo general, un caso empezaba con una denuncia del público, que llegaba por correo, por teléfono o en persona. Menos frecuente era que los casos empezaran con operaciones de vigilancia, chivatazos de los informadores de la Gestapo o a partir de información enviada por los dirigentes de los bloques nazis locales. La política de la Gestapo era investigar todas las denuncias del público, por triviales que fuesen. Luego, todas esas alegaciones eran examinadas por el jefe del departamento local de la Gestapo y su personal clave administrativo. El jefe del departamento decidía qué agente era el más adecuado para hacerse cargo del caso. Dado que cada oficina de la Gestapo contaba con especialistas en los principales ámbitos de actividad de la oposición, la asignación de casos era una tarea bastante sencilla.

A continuación el agente de la Gestapo designado para dirigir la investigación recababa información sobre el caso, organizaba la detención de un individuo y llevaba a cabo los interrogatorios pertinentes. El acusado podía ser detenido tras emitirse una «orden de detención temporal», que permitía retener al acusado durante diez días antes de presentar cargos. Para que se concediera una orden de «custodia preventiva» había que presentar cargos contra el acusado. La declaración del interrogatorio era examinada por el jefe de departamento, la decisión final sobre una «custodia preventiva» tenía que ser refrendada por el fiscal designado y a menudo se transmitía al departamento de la sede central en Berlín que se ocupaba de las órdenes de custodia preventiva.[34]

A toda persona detenida que entraba en una oficina de la Gestapo se le tomaban las huellas dactilares y se le hacía una fotografía. La mayoría permanecían detenidos mientras se llevaba a cabo la investigación. Cada fichero de un caso de la Gestapo se atribuía a un solo individuo acusado, aunque hubiera más personas implicadas. La información contenida en cada archivo personal de un caso se registraba en un documento oficial uniforme de la Gestapo. La gran mayoría de esos archivos se mecanografiaban. En la portada aparecían tres fotografías policiales del acusado. Las primeras páginas contenían información personal, incluido nombre, fecha y lugar de nacimiento, domicilio, estado civil, religión, condenas anteriores, registro

del servicio militar, detalles de períodos anteriores pasados en una cárcel o un campo de concentración. El grueso de cada archivo corresponde a la declaración del acusado en el interrogatorio, y los interrogatorios de todos los demás testigos implicados en el caso. Se incluían todas las cartas relacionadas con el caso. Muchos archivos de la Gestapo ocupaban centenares de páginas. Cada archivo se recopilaba con la premisa clara de que podía terminar en un tribunal.

La parte clave de todas las investigaciones de la Gestapo era el interrogatorio, en el que se requería a la persona acusada que contestara a una serie de preguntas. La Gestapo usaba con frecuencia las declaraciones de denuncias y testigos para contextualizar dichas preguntas, con el fin de hacer que el acusado confesara. Las pruebas documentales como cartas y diarios a menudo se fabricaban y remarcaban durante el interrogatorio. La principal fuente de información que determinaba la culpabilidad o inocencia en la gran mayoría de casos de la Gestapo resultaba ser el acta del interrogatorio. A medida que iba progresando cada caso, el agente que lo investigaba consultaba a menudo con el jefe de departamento. Una vez concluida la investigación, el agente de la Gestapo responsable escribía un exhaustivo informe sobre el caso y recomendaba qué medidas adoptar. La decisión final siempre la tomaba el jefe de departamento, los jefes de las oficinas regionales de la Gestapo, los fiscales y, con menos frecuencia, la sede central de Berlín. Los archivos a menudo estaban marcados con una serie de sellos y firmas de todos esos individuos y departamentos. La decisión sobre si se enviaba a una persona a un campo de concentración o si el caso pasaba a manos de un tribunal la tomaba el jefe de departamento, que consultaba con el jefe de la oficina regional de la Gestapo y el fiscal. Este marco burocrático jerárquico y claramente definido demuestra que los agentes de la Gestapo no ostentaban el poder arbitrario que a menudo se les atribuía. La mayoría de jefes de departamento aprobaban las decisiones que tomaba el agente de la Gestapo que llevaba a cabo la investigación. Solo las autoridades más competentes revisaban o cambiaban decisiones, pero era muy raro.[35]

Sin duda, determinados agentes de la Gestapo hacían uso de la tortura para extraer confesiones durante las investigaciones. La violencia más allá de los castigos recomendados nunca era sancionada oficialmente en ninguno de los documentos de la Gestapo por escrito que han sobrevivido. El Ministerio de Justicia enviaba con frecuencia avisos a los agentes de la Gestapo en los que se destacaba que se impondrían severas sanciones penales si los presos eran maltratados mientras se encontraban bajo custodia.[36] Resulta muy difícil estimar el alcance de la tortura. Era mucho menos común dentro de la Alemania nazi que en los territorios ocupados, y más habitual durante los primeros meses del gobierno nazi, cuando las SA actuaban como policía auxiliar y crearon «campos de concentración salvajes».

Es incuestionable que la tortura se mantuvo durante el período nazi, en particular contra los comunistas y otros grupos objetivo clave. Algunos individuos se suicidaron durante los prolongados interrogatorios de la Gestapo. En esos casos, la causa de la muerte que solía registrarse era «suicidio», pero podía ser el resultado de torturas que habían ido demasiado lejos. No hay manera de determinar la verdadera causa de la muerte a partir de la documentación que ha sobrevivido. En los posteriores juicios de guerra, y durante las investigaciones de desnazificación, casi todos los agentes de la Gestapo negaron haber usado jamás la tortura, sobre todo dentro de la Alemania nazi. Los testigos de los juicios después de la guerra contaban una versión distinta.

El castigo más común autorizado oficialmente era el uso de una caña de bambú. Con este método, los agentes de la Gestapo administraban hasta veinticinco azotes en las nalgas, en presencia de un médico. Jan Valtin, un activista comunista, recordaba que recibió latigazos tan fuertes en la espalda que al final tenía la camisa empapada en sangre.[37] Otros métodos «no oficiales» de los que informaban los supervivientes incluían la tortura con agua, que consistía en sumergir a una persona en una bañera llena de agua fría hasta que casi se asfixiaba. También se mencionaban ejercicios de agotamiento y privación del sueño. Al parecer se conectaban corrientes eléctricas en las manos, el ano y el pene de los presos. A menudo se aplastaban los testículos de los presos con una prensa, parecida a una prensa

de ajos, para extraer información. Muchos presos eran colgados por las manos durante un tiempo hasta que confesaban. A veces les quemaban los dedos con cerillas.[38]

Estas medidas extremas estaban reservadas exclusivamente a los «marginados sociales» y presos políticos clave, sobre todo comunistas. Siempre que una confesión no avanzaba, aumentaban las torturas. Maria Grimme, una presa, observó cómo llevaban a Mildred Harnack (nacida en 1902 como Mildred Fish en Milwaukee, Wisconsin, EE. UU.), miembro de la oposición socialista Orquesta Roja, a una celda en Berlín después de sufrir un interrogatorio «ampliado» de la Gestapo en octubre de 1942:

> Entraron a alguien en camilla en la sala de espera, apenas respiraba. Colocaron la camilla de manera que la cabeza de esa persona quedó justo a mi lado. Miré y me impresionó la expresión de sus ojos ... Poco después entraron dos oficiales de la Gestapo, la levantaron por los brazos y dijeron: «Qué, señora Harnack, ¿se encuentra mejor?». Luego se llevaron a la señora Harnack [para continuar con el interrogatorio], y al cabo de un rato la volvieron a llevar en camilla. Pese a que se quejaba de frío, ninguno de los presos osó darle una manta de las que tenían en la mano. Pasado un rato intentó coger una, pero se derrumbó.[39]

Los detectives de la Kripo solían menospreciar esas técnicas brutales de la Gestapo. No se implicaban en el trabajo «político» de la Gestapo, ellos solo usaban técnicas forenses y científicas, y pruebas físicas para demostrar la culpabilidad de un acusado. Su trabajo era sometido al estricto escrutinio del sistema judicial tradicional y los abogados de la defensa. Los agentes de la Kripo pensaban que el método de la Gestapo de centrar toda la investigación en el interrogatorio no estaba diseñado para descubrir la verdad, basada en pruebas independientes, sino para resolver casos con rapidez.[40]

Es evidente que la mayoría de oficiales de la Gestapo eran agentes de policía de carrera, con tendencias hacia la derecha, no despiadados fanáticos nazis. Ese tipo de agentes permanecieron en su puesto durante toda la época nazi. La dirección de la Gestapo en Berlín y las regiones era muy distinta. En ese caso, los jóvenes radicales, dinámicos y con estudios universitarios estaban decididos a cambiar los valores de la policía de la «vieja escuela» heredados de la época de la República de Weimar y moldearlos hasta convertirlos en prerrogativas con motivaciones

ideológicas y raciales que hacían oídos sordos al «imperio de la ley». No se produjo una revolución de la noche a la mañana en el personal de la Gestapo, sino una transición muy gradual en la que los agentes «comunes» del período de Weimar eran desafiados a ajustarse a nuevos tipos de policía con orientación racial, dirigida por titulados universitarios de alto nivel que distaban mucho de ser los matones que habían formado las tropas de asalto durante la llegada de Hitler al poder.

3
La vigilancia de la fe religiosa

En *Mein Kampf*, Adolf Hitler hacía una crítica implacable de las iglesias cristianas por su fracaso a la hora de reconocer la importancia de la cuestión judía. El punto 24 del programa del Partido Nazi ofrecía la siguiente promesa ambigua en cuestiones religiosas:

> Exigimos libertad en el estado para todas las confesiones religiosas siempre y cuando no supongan un peligro para el mismo y no militen contra las costumbres y la moral de la raza alemana. El Partido defiende un cristianismo positivo, pero no se ata en materia de credo a ninguna confesión en concreto. Combate el espíritu del materialismo judío dentro y fuera de nuestras filas y está convencido de que nuestra nación puede lograr la salud permanente desde dentro basándose únicamente en el principio: «El bienestar común tiene prioridad respecto del bienestar individual».[1]

En realidad, el régimen nazi estaba decidido a limitar la influencia de la religión cristiana en el pueblo alemán. El censo de 1939 muestra que era una tarea ardua. Un total de un 95% de los que vivían dentro de las fronteras alemanas originales de 1933 se registraron como miembros de las dos iglesias cristianas, y solo un 1,5% se inscribieron como «ateos».[2] Este dato ayuda a explicar por qué tan pocos casos de la Gestapo contra clérigos empezaron con una denuncia de un miembro de la ciudadanía.[3]

Al llegar al poder, Hitler prometió en público «proteger el cristianismo como la base de nuestra moral», pero en privado decía: «Ninguna de las confesiones —católica o protestante— tiene futuro. Por lo menos no para los alemanes ... Uno es cristiano o alemán, no se pueden ser ambas cosas».[4] En una entrada de su diario con fecha del 29 de diciembre de 1939, Joseph Goebbels ofrecía la siguiente observación sobre la perspectiva religiosa de Hitler: «El *Führer* es profundamente religioso, pero completamente

anticristiano. Considera el cristianismo un síntoma de decadencia. Con razón. Es una rama de la raza judía, se ve en el parecido de sus ritos religiosos».[5]

En un gran discurso a los diputados del Reichstag el 23 de marzo de 1933, Hitler hizo una promesa calculada con dulzura a las iglesias cristianas:

> El gobierno nacional ve en las confesiones cristianas el factor más importante del sustento de nuestra sociedad. Respetará los acuerdos establecidos ente las iglesias y las provincias; no se tocarán sus derechos ... El Gobierno tratará a las demás confesiones con justicia objetiva e imparcial ... El gobierno nacional permitirá y confirmará a las confesiones cristianas su influencia en escuelas y en el estado. Asimismo, se ocupará de que exista una colaboración sincera entre la Iglesia y el Estado.[6]

Para calmar los nervios de los católicos, Hitler inició negociaciones con el Vaticano para organizar un concordato que, en principio, garantizaría la independencia de la iglesia Católica para dirigir sus asuntos a cambio de prometer mantenerse totalmente al margen de la vida política. El 20 de julio de 1933 se firmó un concordato entre Alemania y el Vaticano en una fastuosa ceremonia en el Vaticano, en Roma. El vicecanciller Franz von Papen actuó en representación del gobierno alemán, y monseñor Eugenio Pacelli de la iglesia Católica romana.[7]

Estos gestos moderados en público de tolerancia hacia los asuntos religiosos escondían una agenda privada muy distinta. Las iglesias cristianas tuvieron que aceptar la conformidad que exigía el régimen nazi o afrontar una persecución que crecía de manera exponencial. La Gestapo, bajo las órdenes de Heydrich, recibió instrucciones de elaborar planes para abordar cualquier señal de discrepancia religiosa. El odio de Heydrich hacia las iglesias «rayaba en lo patológico».[8] Heinrich Himmler también hablaba en privado con sumo desprecio del clero cristiano, pero a menudo daba la impresión en público que sus hombres de las SS creían en Dios:

> Nos resistimos a ser tildados de ateos porque como sociedad no estamos vinculados a una u otra confesión, ni como individuos. No obstante, queremos dibujar una línea clara entre la iglesia y la sociedad confesional por un lado, y nuestro servicio político o ideológico por otro, y atacaremos con fiereza cualquier confusión. Al mismo tiempo, pese a varias experiencias anteriores nefastas y una causa muy justificada de exasperación de nuestros hombres [de las SS]

en este ámbito, seguimos instruyéndolos para que respeten todo lo que sea sagrado para nuestros conciudadanos, desde los estudios a la educación, que tendremos en consideración de palabra y en hechos.[9]

Durante la época nazi se detuvieron a curas, monjas y monjes, se cerraron escuelas católicas, organizaciones juveniles y colegios, y se confiscaron propiedades de la iglesia sin ofrecer compensación alguna. Los curas católicos eran presentados como agentes de las fuerzas reaccionarias y sistemáticamente perseguidos. Como mínimo 447 curas alemanes pasaron algún tiempo en el campo de concentración de Dachau.[10] Un número considerable de curas fueron encerrados en los demás campos de concentración nazis y algunos fueron maltratados y ejecutados. La persecución de los católicos en Alemania no era un fenómeno vinculado solo a los nazis. La célebre «lucha cultural» (*Kulturkampf*) de Otto von Bismarck entre 1871 y 1878 fue un burdo intento de reducir el poder y la influencia de la iglesia Católica y su clero en Prusia.[11]

La Gestapo encabezó el impulso nazi de debilitar la influencia del cristianismo en los corazones y las mentes del pueblo alemán, pero sus agentes evitaban interferir en los servicios religiosos, como demuestra esta circular enviada a los agentes bávaros de la Gestapo el 6 de mayo de 1935:

Durante los últimos meses ha quedado claro que el clero de las dos confesiones cristianas trabaja de forma más abierta y activa contra el estado. Para superarlo, es necesario que cada destacamento preste especial atención a las actividades del clero. Aun así, hay órdenes estrictas de no interferir bajo ningún concepto en los servicios de la iglesia. Si existe algún tema importante hay que realizar un informe de inmediato.[12]

La iglesia Protestante Evangélica representaba aproximadamente a cuarenta millones de alemanes, un 66% de la población. Estaba organizada en veintiocho iglesias regionales federadas, luteranas y calvinistas. Tradicionalmente gozaban de una notable autonomía. A los pastores protestantes les entusiasmaba la idea luterana de mantener una profunda lealtad hacia el estado, y la mayoría se había mostrado bastante hostil a la República democrática de Weimar. En 1933, un total del 40% de todos los clérigos evangélicos eran miembros del Partido Nazi. Así, no era de extrañar que un grupo de fanáticos religiosos pronazis llamados «Cristianos Alemanes» —formado por 3.000 de los 17.000 pastores protestantes—

ganaran notoriedad poco después de que Hitler se convirtiera en canciller el 30 de enero de 1933. Los Cristianos Alemanes exigían una iglesia del Reich «nazificada» y controlada desde el poder central, donde todos los clérigos «no arios» quedaran descartados.[13] Su potente lema de lucha era: «Un pueblo. Un Reich. Una fe». En las elecciones de la iglesia celebradas el 23 de julio de 1933, el grupo acaparó el 75% de los votos y se hizo con el control de muchas zonas en toda Alemania. Ludwig Müller, un ferviente nazi, fue nombrado obispo de la nueva «Iglesia Evangélica del Reich». Los Cristianos Alemanes querían crear una versión nazificada del cristianismo que minimizara los aspectos judíos del Antiguo Testamento y purgara la parte internacionalista del Nuevo Testamento de la Biblia. Es más, consideraban la cruz un símbolo judío, y el crucifijo una señal derrotista.

Para muchos miembros del clero evangélico esas propuestas eran demasiado radicales. Martin Niemöller, nacido en 1892, organizó una fuerte oposición a los Cristianos Alemanes. No tenía espíritu rebelde, fue un entregado nacionalista conservador durante el período de Weimar. En 1931 fue nombrado pastor del distrito de Dahlem de Berlín. Acogió de buen grado el nombramiento de Hitler como canciller. En su autobiografía *From U-boat to Pulpit*, un éxito de ventas, publicada en 1933, describía la odisea personal que lo llevó de ser un patriótico comandante de submarino durante la primera guerra mundial a iniciar una carrera como destacado pastor protestante. En la conclusión, Niemöller dejaba claro que no se oponía en absoluto al régimen de Hitler en términos ideológicos: su rechazo a los Cristianos Alemanes era puramente teológico. Tenía la firme convicción de que el contenido de los servicios religiosos y las palabras de la Biblia eran sacrosantos.

Empezaron a celebrarse reuniones en toda Alemania para oponerse a los planes de los Cristianos Alemanes. En el sínodo celebrado en Barmen en mayo de 1934, inspirado en las ideas del profesor Karl Barth, destacado teólogo protestante, se defendió «las verdades centrales del cristianismo» y se rechazó de pleno las «falsas doctrinas» de los Cristianos Alemanes.[14] A continuación se creó una organización evangélica para defender la independencia de la iglesia de la penetración ideológica el 11 de septiembre de 1933, con la formación de la Liga de Emergencia de los Pastores. Se

hizo célebre como la «Iglesia Confesante» (*Bekennende Kirche*). Un total de nueve mil pastores evangélicos protestantes se unieron a ella. La mayoría eran miembros de las clases medias con estudios universitarios, y solo el 5% eran miembros del Partido Nazi. En noviembre de 1934, la Iglesia Confesante se erigió en la única «iglesia Protestante legítima de Alemania».[15] Esta conducta disidente echaba por tierra los planes de los Cristianos Alemanes. El obispo del Reich Ludwig Müller, obviamente desorientado, fue marginado por Hitler, que decidió que la nazificación del cristianismo era políticamente impracticable a corto plazo y nunca llegó a aplicarse durante la época nazi. En 1935 se creó un nuevo Ministerio de Asuntos Eclesiásticos, bajo el control del abogado nazi Hanns Kerrl, cuyo objetivo era ganarse la lealtad de las iglesias protestantes hacia el régimen nazi y romper la resistencia de los rebeldes residentes en la Iglesia Confesante.

En 1937 la Gestapo creó una sección especializada llamada «IV-B» para ocuparse de «iglesias políticas, sectas y judíos». Incluía a tres ex curas católicos y un ex ministro evangélico protestante. Sus conocimientos de las interioridades de la iglesia permitieron a la Gestapo idear un plan coordinado para intimidar y reprimir a los clérigos disidentes.

Enke Hansse (nacido en 1896) era un pastor de la Iglesia Confesante residente en Colonia.[16] Tenía cuarenta y un años cuando agentes de la Gestapo empezaron a observar en secreto sus servicios religiosos. El 30 de septiembre de 1937 dio un sermón en un servicio en la ciudad de Wuppertal, al norte de Renania. Se congregó una multitud, estimada en entre 1.300 y 1.500 personas. Enke dijo que la indecible miseria y privaciones impuestas a los clérigos locales debido a las prohibiciones y encarcelamientos promovidos por el régimen nazi habían provocado que «los niños ya no recibieran una enseñanza al modo cristiano», y que los clérigos se enfrentaran a diario a «la burla de la palabra de Dios». Otro pastor, llamado Hamburgo, también criticó durante el servicio la persecución religiosa de los nazis al declarar que la dirección de la iglesia Protestante estaba en manos de hombres distantes. También recordó a la

congregación que se estaba produciendo una ola de encarcelamientos de la Gestapo en Brandeburgo y Sajonia. La Gestapo tomó nota de esos comentarios críticos, pero decidió no detener a ninguno de los pastores.

Finalmente, Enke fue detenido por la Gestapo dos años después. Ocurrió porque un ciudadano anónimo presentó una acusación en la que afirmaba que Enke había actuado como supervisor jefe de un examen organizado por la Iglesia Confesante realizado el 2 de octubre de 1939, a sabiendas de que dicho examen carecía de competencia oficial. Durante su interrogatorio, Enke le dijo a la Gestapo que había luchado por su país en la Gran Guerra entre 1914 y 1918, admitió ser miembro activo de la Iglesia Confesante, pero negó haber estado jamás presente en el examen, pues según él ya había antes renunciado al comité de exámenes. El 27 de abril de 1940, la Gestapo desestimó el caso por «falta de pruebas».[17]

Era un caso típico. La Gestapo solía proceder con gran cautela antes de detener a clérigos de la Iglesia Confesante. Era extremadamente raro que esos casos llegaran a juicio. Los juicios justos eran la norma para los clérigos protestantes, no la excepción. La mayoría de jueces eran conservadores de la vieja escuela, no nazis. El caso del miembro más destacado de la Iglesia Confesante, Martin Niemöller, ilustra bien la situación. Tras cuatro años de oposición pública a la política religiosa de los nazis, finamente la Gestapo decidió detener a Niemöller el 27 de junio de 1937 al finalizar otro sermón crítico en la iglesia de Dahlem, en Berlín. Fue puesto bajo «custodia preventiva» en la cárcel de Moabit de Berlín, y luego encerrado en una celda de aislamiento en el célebre campo de concentración de Sachsenhausen.

La oficina del fiscal jefe invirtió siete meses en preparar lo que pensaban que era un caso sin fisuras contra el pastor rebelde. Antes del gran juicio de Niemöller, que atrajo la atención de medios internacionales, el Ministerio de Propaganda, bajo el mando de Goebbels, orquestó una indecorosa operación de difamación en la prensa. Niemöller fue acusado de ser un «traidor» basándose en que era admirado en países democráticos «dominados por los judíos». El 2 de marzo de 1938, los tres jueces

presidentes del «tribunal especial» entregaron un sorprendente veredicto de no culpabilidad, y recomendaron que Niemöller fuera puesto en libertad tras haber sufrido ya un amplio castigo.

El veredicto enfureció a Adolf Hitler, que ordenó personalmente que detuvieran de nuevo a Niemöller. En 1939, su esposa Paulina escribió una carta personal a Hitler rogando su liberación. Hitler declaró en su respuesta que si su marido era liberado se convertiría de nuevo en el centro de un círculo de opositores cuya actividad ponía en peligro la unidad del pueblo alemán.[18] La detención de Niemöller debilitó gravemente la rebelión dentro de la Iglesia Confesante, aunque no se extinguió del todo. A finales de 1938, la mayoría de los pastores protestantes habían prestado un juramento voluntario de lealtad a Hitler.

Pese a sufrir prisión en aislamiento en Sachsenhausen y Dachau, Niemöller sobrevivió al régimen de Hitler, pero siempre sintió profundos remordimientos después de la guerra por no haber defendido con más vehemencia a todos aquellos que eran perseguidos por el régimen nazi, sobre todo los judíos. Expresó ese sentimiento de una forma memorable y elocuente en la siguiente declaración (ahora considerada un poema) sobre la persecución de la Gestapo de los opositores llamada «Primero vinieron»

> Primero vinieron por los comunistas y no dije nada porque yo no era comunista.
> Luego vinieron por los sindicalistas y no dije nada porque yo no era sindicalista.
> Luego vinieron por los judíos y no dije nada porque yo no era judío.
> Luego vinieron por mí, pero para entonces ya no quedaba nadie que dijera nada.[19]

De todos los grupos mencionados en «Primero vinieron» los judíos fueron los que menos apoyo recibieron de la iglesia Protestante. Pocos pastores alzaron la voz contra la política nazi de antisemitismo que iba en aumento. La única ayuda directa ofrecida a los judíos se limitó a un pequeño número de eclesiásticos protestantes, valientes y entregados. Un pastor de Berlín de la Iglesia Confesante, Heinrich Grüber, creó un organismo de socorro para ayudar a los judíos a emigrar, la mayoría de los cuales se había convertido al cristianismo. Veía su función como la del buen samaritano. Grüber fue detenido por la Gestapo el 19 de diciembre de 1940,

y pasó tres años en «custodia preventiva» en los campos de concentración de Sachsenhausen y Dachau. Sufrió varias palizas. En una perdió toda la dentadura.[20]

En 1943 los miembros de la Iglesia Confesante empezaron a hablar abiertamente del traslado forzoso de judíos a Polonia. El 12 de marzo de 1943, el obispo Theophil Wurm de Wurtemberg escribió una carta al Ministerio de Asuntos Eclesiásticos sobre el trato a los judíos:

> Las medidas tomadas contra los judíos, en concreto, mientras no se produzcan dentro del alcance de las leyes vigentes en la actualidad, llevan mucho tiempo abatiendo muchos círculos de nuestra nación, sobre todo los cristianos. En las difíciles circunstancias actuales, mucha gente se plantea automáticamente si nuestra nación es culpable de despojar a hombres de sus casas, sus trabajos y sus vidas sin tener la sentencia de un tribunal civil o militar ... Las iglesias cristianas se han mostrado muy comedidas al respecto. No obstante, no pueden guardar silencio cuando últimamente hasta los judíos que forman matrimonios mixtos con cristianos alemanes, algunos de ellos miembros de las iglesias cristianas, han sido expulsados de sus casas y trabajos para ser trasladados al Este.[21]

Helmut Hesse (nacido en 1916) fue otro pastor protestante que se negó a guardar silencio sobre la persecución nazi de los judíos. Era de Bremen y vivía en Wuppertal cuando acabó siendo investigado por la Gestapo.[22] Los miembros de la familia Hesse, profundamente religiosos, ya eran viejos conocidos de la Gestapo por mostrarse críticos con la política religiosa del régimen nazi. En la familia había varios pastores protestantes, incluido el padre de Helmut, Hermann, sus dos hermanos y su cuñado. Todos pasaron un tiempo en «custodia preventiva» por expresar su discrepancia durante los servicios religiosos en la época nazi.[23]

El 24 de mayo de 1943 un informador de la Gestapo hizo de espía en un sermón de Hesse en una iglesia de la zona de Elberfeld, en Wuppertal. Helmut leyó un capítulo de la Biblia a la congregación que contenía los versos: «Señor, junto con los judíos, une al pueblo perseguido de Israel. Os lo rogamos, Señor, salva a ese pueblo, y rogamos por los malvados, por que cambies sus corazones». El 7 de junio de 1943 otro agente de la Gestapo observó un servicio en Wuppertal en el que Helmut afirmó que la Iglesia Confesante, en su lucha contra el estado nazi, combatía «los poderes ocultos de la oscuridad». También mencionó que un número creciente de clérigos

estaban siendo enviados a campos de concentración y cárceles por sus creencias religiosas. Finalmente, expresó su profunda preocupación por la intensa persecución que sufría la población judía.

Aquellas palabras provocaron la detención de Helmut por parte de la Gestapo el 8 de junio de 1943 por «manifestarse en público a favor de la causa de los judíos». La Gestapo interceptó una carta en la que Helmut expresaba sentimientos a favor de los judíos al obispo bávaro Hans Meiser:

> Nosotros, como cristianos, no podemos seguir soportando que la iglesia alemana guarde silencio sobre la persecución de los judíos. La iglesia es responsable ahora que incluso los llamados judíos privilegiados son deportados. Toda persona «no aria» de Alemania hoy en día corre el peligro de ser asesinado, y por tanto la iglesia debe tomar partido: ¿queremos actuar como curas y levitas o como samaritanos? Es una cuestión de caridad. La cuestión judía es evangélica, no política. La Iglesia [Confesante] debe apoyar a los judíos y oponerse al «antisemitismo cristiano» dentro de su propia comunidad ... La iglesia debe resistirse a cualquier intento de eliminar a los judíos a toda costa y debe considerarlo un ataque a la iglesia y a Cristo. Esa resistencia es necesaria como testimonio contra la violación de los diez mandamientos. En público, en sermones y discursos, los obispos deben ofrecer testimonio, instruir la conciencia de los judíos, las comunidades cristianas, así como a los perseguidores.

La última semana de junio de 1943, Helmut Hesse fue interrogado en dos ocasiones por la Gestapo. Negó estar contra los nazis en esencia. Declaró que en marzo de 1934 se unió a las SA y lo dejó en octubre de 1935 porque no podía compaginar la formación académica en teología para llegar a ser pastor con el servicio en las tropas de asalto. Añadió que fue ordenado pastor el 11 de abril de 1943 y le fue asignada una iglesia en Oberkassel, cerca de Bonn. Tras varias preguntas más, admitió que había ofrecido oraciones para clérigos encarcelados y para los judíos porque creía que el deber de la iglesia era rezar por todos los seres humanos. Sus oraciones por los judíos, dijo, estaban pensadas para fomentar su conversión al cristianismo porque un apóstol dijo una vez que Cristo solo regresará a la Tierra si todos los judíos se convertían al cristianismo. Concluyó diciendo que su discurso iba dirigido a la congregación dentro del contexto de un servicio religioso, y no pretendía ser una declaración pública sobre la política antisemita nazi.

En su resumen del caso, con fecha del 29 de junio de 1943, el agente de la Gestapo anotó que Hesse era un seguidor radical de la Iglesia Confesante, y que su declaración a favor de los judíos se había realizado en

público ante un amplio auditorio. También destacó que investigaciones de la Gestapo sobre la vida privada de Helmut habían revelado que había mantenido una relación amorosa con la esposa de un compañero pastor, que estaba ausente sirviendo como oficial de la Wehrmacht en el Frente Oriental. Asimismo, se informaba de que Helmut había estado en contacto con el profesor exiliado Karl Barth en Basilea, Suiza, una figura destacada de la Iglesia Confesante.

La Gestapo concluyó que Helmut Hesse era un opositor peligroso, y fue enviado al campo de concentración de Dachau. El 24 de noviembre de 1943 murió allí de un «ataque al corazón», según los registros oficiales, pero es más probable que su vida terminara con una inyección letal administrada en la siniestra enfermería del campo. Con tan solo veintisiete años, Helmut Hesse se convirtió en el mártir más joven de la Iglesia Confesante.[24]

En el caso del pastor protestante Wilhelm Kenath (nacido en 1896), casado, lo que llamó la atención de la Gestapo fueron los comentarios negativos sobre el deterioro de la situación militar en el frente oriental en 1943. Nació en la pintoresca ciudad de Sigmaringa, en el estado del sur alemán de Baden-Wurtemberg.[25] En mayo de 1943, Wilhelm vivía en el pueblecito de Gahlen, en la Baja Renania, cuando dijo unas palabras junto a la tumba de un feligrés fallecido en Bruckhausen. Destacó el sufrimiento de los soldados de la Wehrmacht fallecidos en Stalingrado, lamentó el hecho de que hubiera tan pocos capellanes de campo presentes para consolar a los soldados durante la batalla y afirmó que el pueblo alemán había «abandonado a Dios» por completo. A muchos de los presentes no les gustaron esos comentarios e informaron de ellos a la policía local, que los remitió a la Gestapo: «Semejantes declaraciones son insultantes e intolerables para cualquier hombre o mujer alemán —anotó el comisario de policía local en su informe sobre el tema—. Todos los sacrificios en la batalla fueron profanados». También quedó registrado que Gerhard Berger, el yerno del fallecido, había hablado al alcalde de Bruckhausen el 14 de mayo de 1943 de los comentarios poco patrióticos del pastor protestante. Un profesor del lugar, para aportar más pruebas, dijo que el discurso junto a la tumba fue inoportuno y desmoralizó a los presentes al poner en cuestión

el coraje de los valientes soldados que combatían en la guerra en el Frente Oriental. La Gestapo interrogó a Wilhelm, que admitió todas las acusaciones que se le atribuían. El 21 de octubre de 1943 fue multado con dos mil marcos alemanes por un «tribunal especial» nazi por hacer «comentarios subversivos» sobre el esfuerzo bélico, pero por fortuna eludió una pena de prisión.[26]

El régimen nazi observaba con mucho más recelo a la población católica, que ascendía a veinte millones de personas y constituía el 33% de la población alemana durante la época nazi, que a la comunidad protestante. Antes de 1933, las zonas industriales católicas en Berlín, la zona de Renania y Baviera, se habían mostrado más reticentes al atractivo electoral del Partido Nazi. En contraposición, el partido era más fuerte en las zonas protestantes rurales del norte y el este de Alemania. Reinhard Heydrich consideraba que los católicos le debían lealtad a Roma y por tanto eran «sospechosos por motivo de raza». Según las condiciones del concordato, la libertad religiosa de la iglesia Católica quedaba garantizada de forma parecida. Los obispos católicos creían que Hitler cumpliría las condiciones: resultó ser un error de cálculo fatal. El régimen nazi jamás anuló el concordato, pero los curas, monjas y monjes fueron difamados, perseguidos y detenidos, se eliminaron monasterios, se confiscaron propiedades y cuentas bancarias de la iglesia, se prohibieron grupos juveniles y se cerraron colegios católicos.

El 2 de julio de 1933 los agentes de la policía política bávara recibieron instrucciones sobre cómo tratar casos que implicaran a curas católicos:

1. Los miembros del clero pueden quedar bajo custodia preventiva por principios solo si (a) los hechos demostrados confirman una acusación criminal, o (b) la custodia parece absolutamente imprescindible para proteger la seguridad del cura.
2. En todos los casos hay que enviar los registros de los procedimientos por norma al comisario de la policía política antes de emprender otra acción. En caso de ausencia de hechos que justifiquen una acusación, los miembros del clero pueden ser sometidos a custodia preventiva sin informar previamente al comisario de la policía política solo si parece absolutamente imprescindible para garantizar la seguridad pública.[27]

Joseph Broch, nacido en 1907 en Genhülsen, cerca de Münchengladbach, fue un capellán católico y profesor a tiempo parcial en la pequeña ciudad rural de la zona norte de Renania.[28] El 24 de abril de 1934 un miembro de las juventudes hitlerianas locales que había asistido a una clase de formación religiosa informó sobre él a la Gestapo, pues al parecer durante las clases Joseph les había dicho a los chicos que no se afiliaran a ninguna organización que no les dejara tiempo para asistir a los servicios religiosos.

La Gestapo llevó a cabo una investigación muy detallada de las acusaciones contra Joseph mediante amplias entrevistas a un grupo de chicos que relataron lo ocurrido. Hubert Hösener, un jefe local de las juventudes hitlerianas de diecinueve años, negó que Broch hubiera recomendado a los chicos que solo asistieran a reuniones de organizaciones católicas y juveniles. Josef Roden declaró que Broch en una ocasión había atacado al Partido Nazi y las juventudes hitlerianas en un sermón, además de afirmar que la educación debería seguir siendo responsabilidad exclusiva de la iglesia Católica. Otro chico recordó que Broch dijo durante un sermón: «La juventud de hoy en día carece de una guía adecuada». Otro testigo oyó a Broch hablar de las «herejías del nazismo» y ridiculizar a las SA, y otro contó que Broch había permitido que se prohibiera cantar canciones de montaña durante una acampada.[29]

El 1 de mayo de 1934 apareció otro testigo que informó de que Broch tenía la costumbre de encabezar una delegación de jóvenes exploradores católicos, acompañado por hombres de las SA, siempre que un miembro de las tropas de asalto era liberado en una cárcel local. En una ocasión Broch formaba parte aparentemente de un grupo que vitoreó a un hombre de las SA al salir de la cárcel, cantó una canción de apoyo e incluso le entregó un ramo de flores. Después, Broch supuestamente llevó a todo el grupo a una cervecería local y los invitó a una ronda. Según el denunciante, el cura católico lo había hecho por otro motivo, pues mientras bebían recomendó a todos los presentes que se unieran al grupo de trabajadores católicos cuando encontraran un trabajo y no al Frente Alemán del Trabajo (DAF, por sus siglas en alemán), patrocinado por los nazis.

La Gestapo presentó todas esas acusaciones a Broch durante su prolongado interrogatorio. Él las negó todas categóricamente, una por una. Solo daba clases sobre temas religiosos una vez por semana. Jamás dijo que fuera pecado ausentarse de un servicio religioso cuando coincidía con una reunión de las juventudes hitlerianas. Nunca recibió a los hombres de las SA cuando salían de la cárcel ni iba a tomar cerveza con ellos. Nunca había criticado a las SA o al régimen nazi en ninguna de sus clases o sermones. Todas las clases que daba a los chicos eran completamente voluntarias. Jamás le dijo a ninguno de los chicos que antepusieran las obligaciones con la iglesia Católica a sus deberes con las juventudes hitlerianas.

Broch aseguró ante la Gestapo que su versión de los hechos era la correcta y la que defendían los chicos pura invención. La Gestapo rechazó todas las acusaciones realizadas por los jóvenes, salvo la que afirmaba que Broch había ridiculizado a las SA durante una clase de formación religiosa. Bastó para que pasara una semana en la cárcel. Fue una advertencia breve y dura de la Gestapo para que dejara de ser crítico con el Partido Nazi en el futuro. El trato recibido por la Gestapo lo enfureció. El 2 de mayo de 1934, un día después de ser liberado, Broch envió una carta airada a la oficina local de la Gestapo en Aachen en la que solicitaba que todos los individuos que habían presentado denuncias «falsas» contra él fueran detenidos. La Gestapo ni siquiera contestó, y el caso se cerró.[30]

En julio de 1934, Heydrich emitió una orden para todos los agentes de la Gestapo en la que prohibía que las organizaciones de jóvenes católicos participaran en actividades públicas que no fueran de índole puramente religiosa. Las celebraciones eclesiásticas católicas tenían lugar cada vez más dentro de edificios de la iglesia. Los acontecimientos deportivos, marchas y acampadas quedaron prohibidos. No estaba permitido llevar uniformes o insignias de grupos de jóvenes católicos. Sin embargo, los intentos de retirar los crucifijos de los edificios escolares toparon con una oposición pública muy fuerte. En Oldemburgo, en el norte de Alemania, en 1936 la oposición a esta política de retirada de crucifijos era tan fuerte que se abandonó.

La persecución de curas se fue convirtiendo en un punto esencial del acoso nazi a la iglesia Católica. Un tercio de los 25.500 curas alemanes con Hitler fueron sometidos a algún tipo de hostigamiento por parte de la Gestapo durante la época nazi, que abarcaba desde hacer seguimientos de servicios religiosos a interrogatorios, juicios, acoso, encarcelamiento, tortura, palizas y, en algunos casos, la ejecución.[31] La Gestapo elaboró listas de curas considerados desleales y los elegía para un acoso más amplio.[32] El semanario de las SS *Das Schwarze Korps* («El cuerpo negro») incluía propaganda anticatólica con regularidad, y hacía hincapié en las acusaciones de abusos sexuales. En 1937 se prohibió la afiliación al Partido Nazi a todos los curas y estudiantes de teología católicos. Un inventario realizado de la cantidad de curas que quedaban en Dachau el 15 de marzo de 1945 indica hasta qué punto estaba extendida la provocación nazi al clero católico en toda la Europa ocupada por los nazis. De los 1.493 que quedaban en el campo, 261 eran alemanes, 791 polacos, 122 franceses, 64 austríacos, 38 holandeses, 34 belgas y 29 italianos.[33]

El núcleo del intento de minar la credibilidad de la iglesia Católica entre los parroquianos eran las acusaciones de contrabando de moneda y abuso sexual. Joseph Goebbels, ministro de Propaganda, retrató a la iglesia Católica como un semillero de homosexuales y pederastas en multitud de discursos públicos. En mayo de 1936, doscientos monjes franciscanos fueron acusados de abusar sexualmente de niños. Algunas monjas fueron acusadas de dirigir burdeles. La Gestapo instó a la sociedad a dar un paso al frente y presentar denuncias anteriores de abuso sexual. En un reportaje periodístico de abril de 1937 se afirmaba que mil curas y monjes católicos estaban pendientes de juicio por abuso sexual.[34] Es evidente que muchos de esos casos eran falsos. Algunas veces la Gestapo incluso ofrecía dulces a los niños para que hicieran falsas acusaciones de abuso sexual contra los curas.[35] Si un caso era cierto, recibía la máxima atención. En marzo de 1937, un cura católico auxiliar de Münchengladbach fue denunciado ante el Partido Nazi por el rector de una iglesia católica por acoso sexual a varios jóvenes entre 1931 y 1933. El caso fue remitido a la Gestapo, que llevó a cabo una amplia investigación. Interrogaron a seis niños, todos menores de catorce años. Todos afirmaron haber sido víctimas de tocamientos

inapropiados por parte del clérigo en varias ocasiones. La Gestapo decidió enviar a juicio al cura. Los detalles escabrosos aparecían a diario en la prensa local. El cura católico fue condenado a veintiún meses de prisión. Una vez liberado, siguió abusando sexualmente de niños. Fue detenido y condenado de nuevo. Tras otra sentencia de dieciocho meses fue trasladado al campo de concentración de Dachau, donde murió de neumonía el 19 de enero de 1943.[36]

Los curas disidentes que no podían ser denunciados o no podía demostrarse que eran delincuentes sexuales eran silenciados de otra manera. En julio de 1935, Göring, en calidad de primer ministro de Prusia, emitió una directiva pensada para abordar lo que él llamaba «catolicismo político»:

> Es fundamental comprender que se exigirá a todos los curas que se dedican al servicio público —como por ejemplo a dar formación religiosa en escuelas públicas— no solo que eviten una actitud negativa hacia el nazismo en sus enseñanzas, sino también que, como todos los miembros de la administración pública, adquieran un compromiso positivo con el nazismo y por tanto se pongan sin lugar a dudas al servicio del mismo.[37]

Algunos curas se negaron en redondo a cumplir esas estrictas órdenes. Rupert Mayer, nacido en Stuttgart el 23 de enero de 1876, fue el primer cura católico en recibir la Cruz de Hierro de primera clase en la primera guerra mundial. En 1916 fue gravemente herido en Rumanía y perdió la pierna izquierda. Usó una pesada pierna de madera durante el resto de su vida. Una vez terminada la guerra, estudió teología, se hizo cura y se unió a la orden jesuita, muy disciplinada. Trabajó de manera incansable por los pobres en toda la zona de Múnich, estableciendo la congregación de las Hermanas de la Sagrada Familia, que ayudaba a muchas familias en situación de extrema pobreza. En 1923, Rupert asistió a una reunión donde se discutía el tema: «¿Puede un católico ser nacionalsocialista?». El principal ponente era Adolf Hitler. Mayer le dijo al público: «Un católico alemán jamás puede ser nacionalsocialista».

Rupert Mayer mantuvo su posición durante el resto de su vida. En mayo de 1937, su abultado expediente de la Gestapo acumulaba setenta y siete informes de «insubordinación» hacia el régimen nacionalsocialista.[38] Para entonces ya era uno de los curas católicos más populares y carismáticos de la zona de Múnich, y sus servicios atraían a grandes

multitudes. Se ganó la reputación de defender la iglesia Católica frente a los ataques nazis. La Gestapo le prohibió hablar en reuniones públicas. El 5 de junio de 1937 fue puesto bajo «custodia preventiva» según la Ley contra los Ataques Maliciosos al Estado y al Partido. En su célebre juicio en julio de 1937, Mayer dijo que continuaría defendiendo a la iglesia Católica porque el concordato le daba derecho a hacerlo. Los tres jueces que presidían el tribunal admitieron que Rupert Mayer era un hombre de «gran intelecto y corazón», pero decidieron que sus sermones y discursos lo convertían en «un riesgo para la estabilidad del estado». Fue condenado a cinco meses de cárcel en la fortaleza de Landsberg, una ironía que fuera la misma cárcel donde Hitler cumplió su sentencia por «alta traición» en 1924, tras el fallido intento de golpe de estado del Putsch de Múnich.[39] Dentro del tribunal se produjo una manifestación pública en contra de la condena de prisión impuesta a Mayer. Tras su liberación, jamás se levantó la orden de silencio que se le había impuesto. Cuando estalló la guerra en septiembre de 1939, fue puesto de nuevo bajo «custodia preventiva» y relegado al régimen de aislamiento en Sachsenhausen. Pasado un año, fue trasladado a un remoto monasterio benedictino en Ettal, con la orden de jamás osar salir de allí. Rupert sobrevivió a la guerra, pero sufrió un fatal ataque al corazón mientras oficiaba una misa católica el 1 de noviembre de 1945.[40]

El encarcelamiento de disidentes destacados como Rupert Mayer formaba parte de la intensificación de los ataques a la iglesia Católica, iniciados tras la encíclica papal de gran repercusión *Con ardiente inquietud*, presentada por el papa Pío XI el 14 de marzo de 1937. En ella acusaba al gobierno nacionalsocialista de eludir y violar repetidamente el concordato. Entró de forma clandestina en Alemania y el 21 de marzo de 1937 la leyeron los curas en todos los servicios de la iglesia Católica. El papa afirmaba que el régimen nazi estaba librando una «guerra religiosa» contra las doctrinas cristianas a la que había que hacer frente, y criticaba el «neopaganismo» que se extendía en la Alemania nazi.[41] Hitler se sintió ultrajado por la intervención del papa en los asuntos religiosos de Alemania. Los agentes de la Gestapo asaltaron iglesias católicas de todo el país y se hicieron con todas las copias de la encíclica que encontraron. El Ministerio de Exteriores alemán protestó ante el Vaticano por «la

interferencia en los asuntos nacionales de Alemania».[42] En su discurso de Navidad en Roma en 1937, el papa destacó de nuevo el duro trato que recibía la iglesia Católica en la Alemania de Hitler:

> En Alemania existe sin duda una persecución religiosa. [El régimen nazi] ha realizado esfuerzos durante bastante tiempo para que la gente creyera que no había persecución alguna. No obstante, se sabe que existe persecución y que es intensa. De hecho, rara vez ha existido una persecución tan dura, tan horrible, dolorosa y lamentable en sus amplios efectos. Es una persecución que no escatiman en fuerza, ni opresión, ni amenazas ni subterfugios e intrigas ni en la falsificación de hechos.[43]

Los discursos públicos de muchos cardenales y obispos a menudo incluían referencias a la intimidación general de la iglesia Católica por parte del régimen nazi. El cardenal Bertram era un crítico reflexivo, cauteloso pero implacable de Breslau, que presentaba repetidamente solicitudes y quejas al régimen nazi en las que destacaba las numerosas infracciones del concordato. El régimen nazi las desoyó todas por completo. En marzo de 1936, el obispo Clemens Galen de Münster pronunció un discurso categórico en Xanten en el que hablaba sin tapujos:

> Mirad cómo la Santa Iglesia, el Papa, los obispos, los curas ... mirad cómo los fieles hijos de la Iglesia son insultados, vilipendiados y ridiculizados en público y con total impunidad. Muchos curas católicos y seglares han sido atacados e insultados en la prensa y en actos públicos, expulsados de sus profesiones y cargos y encarcelados y maltratados sin que se emitiera sentencia judicial alguna. Hay tumbas en suelo alemán en las que yacen las cenizas de personas que los católicos consideran mártires de la Fe.[44]

En julio de 1937 se celebró en Berlín un congreso especial de personal de la Gestapo titulado «Próximos objetivos en la campaña contra los llamados opositores». Se proponía un plan proactivo para abordar la oposición eclesiástica. La idea era asignar un sistema de contactos de los servicios de inteligencia —«hombres V» (*V-Männer*)— para ocuparse en exclusiva de los clérigos disidentes. El fin era informar del contenido de los sermones dentro de las iglesias e identificar a los opositores religiosos. A continuación, los jefes de las oficinas de la Gestapo analizaban la información recibida para determinar si un clérigo debía ser detenido o no. Las publicaciones de la iglesia eran objeto de un seguimiento sistemático, se limitaban y, si era necesario, eran prohibidas.[45] Los clérigos que viajaban

al extranjero por asuntos eclesiásticos eran sometidos a una estricta vigilancia. En noviembre de 1938, monseñor Ehrenfried, obispo de Wurzburgo, fue detenido durante horas en la frontera italiana en una visita a Roma. Le registraron el equipaje, y todos sus documentos fueron fotocopiados antes de devolvérselos.[46] También se confiscaban propiedades de la iglesia Católica sin compensación alguna. En abril de 1940 se informó de que solo en Wiesbaden se habían confiscado propiedades de la iglesia Católica por valor de treinta millones de marcos alemanes. Los obispos católicos, con el apoyo del Vaticano, protestaron por dichas confiscaciones. En verano de 1941, se interrumpieron por orden personal de Adolf Hitler.[47]

En 1939, el poder político de la iglesia Católica en la Alemania de Hitler había sido minado progresivamente, pero la lealtad de la abrumadora mayoría de los católicos a su fe sobrevivió. De hecho, la asistencia en las iglesias católicas aumentó durante el período de guerra. Según palabras del nazi Rudolf Hess: «Una religión que ha influido, de hecho ha dominado, la vida de la gente durante dos mil años no se puede vencer con medidas externas y sin duda no con una burla superficial».[48] Los dirigentes de la iglesia Católica ponían énfasis en su pleno apoyo al esfuerzo bélico alemán. En septiembre de 1939, los obispos católicos realizaron la siguiente declaración, en la que destacaban su actitud ante la batalla que se avecinaba: «En este momento decisivo animamos e invitamos a nuestros soldados católicos a la obediencia al *Führer* en el cumplimiento de su deber y a estar dispuestos a sacrificar su existencia. Solicitamos a los fieles que se unan en una oración ferviente para que la divina providencia los guíe hasta que sean bendecidos por el éxito, por la patria y el pueblo».[49]

Los curas católicos empezaron a personalizar los funerales de los fallecidos en la guerra según las necesidades de los feligreses patrióticos, tal y como dejaba patente este informe secreto de la Gestapo:

> La iglesia Católica está desarrollando un extraordinario [ambiente] de fantasía en los funerales, según informan en las zonas católicas, unánimemente. Así, está ejerciendo una influencia profunda y duradera en los parientes [del difunto] y la población local. El centro de esos actos en honor a los fallecidos son servicios conmemorativos o misas por el soldado fallecido:

1. El sarcófago conmemorativo [*Tumba*] se cubre de negro y se decora con flores. A los lados arden multitud de velas, un casco de hierro y los brazos cruzados encima.
2. En ocasiones se instala una tumba simbólica del soldado en la iglesia y se cubre con flores, una cruz de abedul, un casco de acero o una Cruz de Hierro.
3. En el culto se hace especial uso de coros y piezas de orquesta, procesiones infantiles y lecturas poéticas.
4. En ocasiones un altar lateral se transforma en altar mayor para el soldado caído. Junto con flores y velas encendidas, se colocan fotografías de los caídos, con sus nombres y condecoraciones militares. Los parientes y la población [en general] pueden sumirse en el recuerdo de los caídos en cualquier momento del día.[50]

Pese a estas muestras públicas de empatía hacia el destino de los soldados alemanes, el régimen nazi seguía considerando que los curas no eran de fiar. En numerosas grandes ciudades se cerraron muchas iglesias católicas situadas lejos de refugios antiaéreos. El estado fue reduciendo paulatinamente sus subsidios a la iglesia Católica. En un extenso informe de la Gestapo enviado a Hitler en octubre de 1939, Heydrich advertía que aún había que hacer un estricto seguimiento de los clérigos, pues probablemente participaban de la resistencia pasiva, y avisaba de que cualquiera que tomara parte en actos subversivos o hiciera comentarios derrotistas sería tratado con la mayor dureza.[51]

El cura católico Carl Lampert (nacido en 1894) en Göfis, Austria, ya había pasado varios períodos en «custodia preventiva» antes de ser detenido por la Gestapo en Stettin en febrero de 1943 por hacer comentarios críticos en una serie de sermones sobre la forma de Hitler de dirigir la guerra. Carl sufrió varios meses de brutales interrogatorios antes del juicio. En tres juicios amañados fue víctima de falsas acusaciones, junto con otros dos curas, por supuestamente facilitar secretos militares a los Aliados. El juez presidente del tribunal en el tercer juicio, celebrado en la cárcel militar de Torgau el 24 de julio de 1944, pensó que todas las acusaciones eran invenciones de la Gestapo. La noche antes de verse obligado a emitir una sentencia de muerte contra los tres curas, el juez se pegó un tiro. No impidió que se impusieran las penas de muerte. En una carta de despedida a su hermano, Carl escribió: «Ha llegado el momento, tan terrible para ti y todos mis seres queridos, pero para mí la hora de la liberación. Me acerco al

destino final en mi camino hacia el Calvario. La oscuridad ha descendido, pero el “día” amanece. Confío en el Señor». Carl Lampert fue ejecutado el 13 de noviembre de 1944.[52]

El mayor desafío que la iglesia Católica le planteó al régimen nazi durante la segunda guerra mundial iba dirigido contra la política de la eutanasia, establecida en agosto de 1939 dentro del célebre programa T4. Miles de adultos y niños con enfermedades mentales y minusvalías físicas fueron asesinados en una serie de hospitales mentales.[53] El obispo católico Clemens Graf von Galen pronunció un potente sermón en la iglesia de St Lambert en Münster en el que hizo una firme defensa del carácter sagrado de la vida humana:

> Me han asegurado que el Ministerio del Interior del Reich y la oficina del jefe médico del Reich, el doctor Conti, no oculta el hecho de que multitud de enfermos mentales han sido asesinados deliberadamente en Alemania y se seguirá haciendo en el futuro.
>
> ¿Por qué motivo?
>
> Esos desafortunados pacientes deben morir ... porque, según algún departamento, basándose en el testimonio de alguna comisión, se han convertido en «vida sin valor» porque, según este testimonio, son «camaradas nacionales improductivos». El argumento es el siguiente: ya no pueden producir mercancías, son como una vieja máquina que ya no funciona, como un caballo viejo que se ha convertido en un cojo incurable, como una vaca que ya no da leche ... Si se admite y se aplica el principio de que se puede matar a otros seres humanos «improductivos», pobres de nosotros cuando seamos viejos y frágiles.[54]

Se distribuyeron copias del sermón por todo el país. Hitler se planteó condenar a Galen a la horca por semejante ataque público a una política que él había ordenado personalmente.[55] La Gestapo intentó confiscar todas las copias del sermón. Las creencias de Galen toparon con la oposición de las enfermeras (*Reichspflegerinnen*) que trabajaban en los hospitales llevando a cabo los asesinatos. Muchos curas católicos ofrecían las últimas exequias a los que eran seleccionados para morir. Una enfermera católica que participó en el programa T4 más adelante recordaba:

> Nos esforzábamos porque el último viaje de los pacientes seleccionados fuera lo más fácil posible. Recuerdo que una paciente muy católica preguntó el último día si un cura católico podía administrarle la extremaunción [antes de ser asesinada]. Aún recuerdo con claridad y puedo decir con absoluta certeza que se informó al cura católico antes del asesinato y que la paciente, que por lo menos en su último día estaba perfectamente lúcida, recibió la extremaunción.[56]

Una vieja pensionista llamada Seline Winter (nacida en 1873) fue convocada a un interrogatorio de la Gestapo tras ser acusada de distribuir el sermón del obispo Galen. Seline vivía en la ciudad de Krefeld, en el norte de Renania, en el momento de su detención.[57] La Gestapo consideró que sus antecedentes eran un tanto excéntricos. Había asistido con regularidad a servicios de la iglesia Evangélica Protestante, pero luego lo dejó. Fue miembro de la oscura y promonárquica Liga de la Reina Luisa (*Luisenbund*), que consideraba a Luisa de Mecklemburgo-Strelitz, una antigua reina de Prusia durante la era napoleónica, una figura santa. Este grupúsculo sectario admiraba a la antigua monarca prusiana por su extraordinaria belleza, profundo patriotismo y su «perspectiva femenina».[58]

En el momento de su detención, Seline también era miembro de una secta no confesional, atea y neopagana llamada Creyentes en Dios. Era una alternativa pronazi a las iglesias cristianas, aprobada por Heinrich Himmler, jefe de las SS, y otros dirigentes nazis, pero no por Hitler.[59] El 15 de diciembre de 1941 Seline fue denunciada a la Gestapo en Krefeld por uno de sus parientes, al que había entregado una copia del sermón del obispo Galen.

En un informe de la Gestapo sobre el caso, del 17 de diciembre de 1941, se afirmaba que un hombre llamado Hans Forst había hecho copias del sermón de Galen y le había dado una a Seline Winters. Forst era un ex inspector de policía de Kassel. En 1933 lo pusieron al cargo de un campo de concentración «salvaje» montado a toda prisa en la zona pobre de clase obrera de Berlín de Lichtenberg. Al cabo de un año fue suspendido de su puesto por acusaciones de maltrato grave de los prisioneros, y pasó un año en un campo de concentración por esas faltas. Tras su liberación, trabajó de agente de seguros. Luego presentó una solicitud para entrar en las SS, pero lo descartaron por su anterior condena. Durante su interrogatorio en la Gestapo, Forst declaró ser también miembro de los Creyentes en Dios, pero negó que hubiera motivaciones políticas tras su decisión de dar a Seline una copia del texto de Galen.

El 16 de diciembre de 1941, Seline Winters fue interrogada por la Gestapo. Declaró que su deseo de ver el sermón se debía a la pura curiosidad. Afirmó que un amigo le dio una copia, pero contradijo a Forst al

decir que le pidió que le hiciera una copia. Se negó a dar a la Gestapo el nombre del amigo que se lo había entregado. Lejos de coincidir con la crítica del obispo Galen, Seline le dijo a la Gestapo que aprobaba la política de eutanasia nazi. Cuando por fin se dieron cuenta de que Seline era una ávida defensora del régimen nazi, la Gestapo la dejó libre sin cargos.[60]

> Tras el arrebato del obispo Von Galen contra la eutanasia, el régimen nazi decidió reducir la represión de la iglesia Católica. Hitler temía que esos conflictos públicos redujeran la popularidad del régimen durante la época de guerra. En septiembre de 1941 se enviaron las siguientes instrucciones a los agentes de la Gestapo sobre cómo abordar las cuestiones religiosas en el futuro para:
>
> 1. Evitar grandes operaciones y medidas contra las iglesias y sus instituciones.
> 2. Cancelar las medidas contra monasterios, incluidas las medidas disimuladas en este ámbito.
> 3. En casos concretos se pueden emprender acciones, pero hay que informar a la Dirección General de Seguridad del Reich. Los casos de especial importancia deben ser decisión del *Führer*.
> 4. Lo principal es que la iglesia no recupere su posición anterior. Debemos limitarnos a mantener las posiciones que ya hemos conquistado.
> 5. [Ahora] hay que hacer hincapié sobre todo en las labores de inteligencia. Cualquier material que pueda ser importante en el futuro hay que conservarlo con cuidado ... Hay que mantener la red de agentes y ampliarla reclutando nuevos contactos. Debemos prestar especial atención a las relaciones entre los círculos eclesiásticos y las oficinas gubernamentales.[61]

El régimen nazi era muy consciente de que la reducción de la influencia de las iglesias cristianas en el pueblo alemán era un proyecto a largo plazo. Las sectas religiosas más pequeñas eran mucho más fáciles de intimidar, pues había menos personajes públicos poderosos dispuestos a defenderlas. Un grupo religioso destacaba por brutalidad extrema sufrida por parte de la Gestapo: los testigos de Jehová, creado en 1879 por el empresario estadounidense Charles Russell.[62] En los archivos de la Gestapo se los denomina «Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia» o «Estudiantes Serios de la Biblia».[63] Fueron la primera confesión religiosa en ser prohibida oficialmente en la Alemania de Hitler. Algunos historiadores los consideran las «víctimas olvidadas» de la persecución religiosa nazi. Los 25.000 testigos de Jehová alemanes procedían en gran medida de las secciones más castigadas de las clases trabajadoras. La Gestapo los consideraba independientes, de un modo peligroso y fanático.

Se estima que un 85% de los testigos de Jehová nunca había votado por ningún partido político. El resto eran en su mayoría ex votantes del KPD o el SPD. Martin Broszat llamaba a su resistencia «martirio inútil»[64]. Su obstinada observancia de las profecías del Antiguo Testamento y su pacifismo hacían que los nazis creyeran que sus creencias religiosas eran una máscara para ocultar una simpatía subyacente por el comunismo. Cabe destacar que los testigos de Jehová no se opusieron al sistema por motivos ideológicos o políticos, sino para preservar sus prácticas religiosas. Muchos escogían la muerte antes que renunciar a su fe. Unas semanas después de llegar al poder, un oficial nazi escribió:

> No hay que subestimar el peligro que suponen los testigos de Jehová para el estado, pues los miembros de esta secta, debido a la increíble fuerza de su fanatismo, muestran una completa hostilidad hacia la ley y el orden del estado. Además de negarse a hacer el saludo alemán [el saludo de Hitler], a participar en funciones nacionalsocialistas o del estado o a hacer el servicio militar, hacen propaganda contra el ejército e intentan, pese a la prohibición, distribuir sus publicaciones.[65]

En diciembre de 1933, Heydrich ordenó que la Gestapo pusiera bajo «custodia preventiva» a todo aquel que fuera descubierto como seguidor de los testigos de Jehová. En 1935, la organización fue prohibida de forma oficial. Sin embargo, el veto no impidió que los testigos de Jehová celebraran reuniones, predicaran puerta a puerta y distribuyeran publicaciones como *La Atalaya* y *La edad de oro*. Las denuncias de la sociedad desempeñaron un papel mínimo en la persecución de los testigos de Jehová por parte de la Gestapo: la mayoría de casos se iniciaron con información recabada por la organización en vigilancias.[66] Durante la era del Tercer Reich, 10.000 testigos de Jehová fueron encarcelados y las estimaciones de los fallecidos bajo custodia nazi oscilan entre los 950 y los 1.200.[67] En los campos de concentración llevaban un triángulo de color púrpura en los uniformes, se negaban a ponerse firmes cuando pasaban lista a diario, hacían huelga de hambre y se negaban a servir en el ejército o llevar a cabo trabajos relacionados con asuntos militares en las fábricas.[68] Un informe del campo de concentración de Sachsenhausen decía: «El comportamiento de los Estudiantes Serios de la Biblia es realmente increíble. Esa gente muestra una disposición inquebrantable a resistir».[69]

En agosto de 1937, un jefe de departamento de la Gestapo aconsejaba a los agentes sobre cómo tratar casos con testigos de Jehová:

1. Cuando un testigo de Jehová es absuelto durante un procedimiento penal o si se declara cumplida la pena de cárcel por la custodia preventiva, no debe ser enviado a juicio [de nuevo], sino puesto bajo custodia preventiva.
2. Si las autoridades responsables de hacer cumplir la sentencia anuncian la inminente liberación de un testigo [de Jehová] [de la cárcel], se me deben consultar de inmediato las medidas que se deben tomar por parte de la policía estatal [la Gestapo] respecto de su traslado a un campo de concentración en cuanto haya cumplido su pena.
3. Si no es posible el traslado a un campo de concentración una vez cumplidas las penas de cárcel, el testigo [de Jehová] debe permanecer en una celda de la policía.[70]

Wilhelm Gerres (nacido en 1901) desempeñó varios trabajos, incluidos camionero y cerrajero. Estaba casado y vivía en Rheydt, que era una ciudad independiente en la época nazi, aunque se anexionó a Münchengladbach en 1975.[71] El 13 de diciembre de 1936, la Gestapo puso a Wilhelm bajo «custodia preventiva» por ser un miembro activo de los testigos de Jehová, conforme a un decreto prusiano de 1933 que había prohibido la organización. La Gestapo descubrió libros y panfletos tras registrar el domicilio de Wilhelm. Su padre, también miembro de los testigos de Jehová, envió una carta a la Gestapo el 12 de enero de 1937 en la que rogaba la liberación de su hijo. La Gestapo soltó a Wilhelm, pero después de obligarle a firmar la misma declaración estándar que a todos los testigos de Jehová antes de ser liberados:

1. He sido informado de que la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia [testigos de Jehová] promueve doctrinas falsas y bajo la apariencia de religión fomenta ideas peligrosas para el estado.
2. Por tanto, he abandonado por completo dicha organización y me he liberado del todo de sus enseñanzas.
3. Por la presente certifico que jamás volveré a participar en las actividades de la Asociación Internacional de Estudiantes de la Biblia. Si alguien se acerca a mí con las enseñanzas de los Estudiantes de la Biblia o hace gala de alguna manera de su relación con ellos, le denunciaré de inmediato [a la policía]. Si me envían alguna publicación de los Estudiantes de la Biblia, la llevaré de inmediato a la comisaría de policía más cercana.
4. En el futuro respetaré las leyes del estado, sobre todo en caso de guerra defenderé la patria, con armas, y me adheriré por completo a la comunidad racial del pueblo [alemán].
5. He sido informado de que volveré de inmediato a la custodia preventiva si actúo en contra de esta declaración.[72]

Wilhelm no se atuvo al trato que había hecho con la Gestapo y fue detenido de nuevo. El 12 de febrero de 1937 fue condenado a tres meses de cárcel. El periódico local ofreció detalles del caso. Se informaba de que Wilhelm era un «misionero» activo de los testigos de Jehová y distribuía panfletos de la organización todos los domingos, a sabiendas de que era una «organización ilegal». El rotativo también afirmaba que los testigos de Jehová de la zona estaban recaudando fondos en secreto para la resistencia clandestina comunista, pese a que en su expediente de la Gestapo jamás se mencionó dicho vínculo.[73]

Wilhelm fue liberado de nuevo, pero siguió negándose a renunciar a sus principios religiosos. Durante otro interrogatorio de la Gestapo el 26 de junio de 1939, Wilhelm dijo que había sido protestante hasta 1924, antes de unirse a los testigos de Jehová. No se arrepentía de ninguna de sus acciones, se aferraba a sus convicciones religiosas por muchos castigos que se le impusieran. Lo único que prometió fue no distribuir panfletos de la organización en público. La Gestapo recomendó que esta vez fuera a juicio. En julio de 1937, un «tribunal especial» lo condenó a un año de cárcel, pero no fue liberado hasta junio de 1939. Pese a todas estas penas, Wilhelm, casi un fanático, se negaba a abandonar su fe. El 14 de julio de 1939 acabó de nuevo en «custodia preventiva», pero esta vez no fue a juicio ni a la cárcel, sino a un campo de concentración de la zona.

Los familiares de Wilhelm escribieron varias cartas de súplica a la Gestapo para pedir su liberación. En una carta de la oficina de Düsseldorf de la Gestapo a sus colegas de Münchengladbach, con fecha del 14 de julio de 1939, se describía a la familia como «sin tacha», pero a Wilhelm se le consideraba una persona con «una mentalidad primitiva y testarudo», con tendencia a ser llevado a engaño con facilidad. La oficina de Düsseldorf aprobó «una liberación provisional», pero la de Münchengladbach tenía una visión mucho más rígida del caso y sugirió que, como infractor reincidente, debía ser enviado al campo de concentración de Buchenwald, donde se había creado un «comando de castigo» (*Strafkommando*) específico para los testigos de Jehová. Si se negaban a denunciar su fe, se les asignaban duros trabajos forzosos en canteras de piedra, se les daban raciones de miseria, se les prohibía enviar o recibir cartas y se les obligaba a sufrir extenuantes

ejercicios físicos que incluían rodar por el suelo, saltar sobre una pierna y correr distancias extremas.[74] En diciembre de 1937, un 10% de los prisioneros de Buchenwald eran testigos de Jehová.

Existían claras discrepancias entre la oficina de la Gestapo en Düsseldorf y la de Münchengladbach sobre cómo tratar el caso de Wilhelm. El 4 de agosto de 1939, la Gestapo de Düsseldorf declaró que en ese momento no era posible liberar a Wilhelm, pero no dio los motivos. Wilhelm fue trasladado al campo de Buchenwald, pero en su expediente de la Gestapo no hay ninguna indicación de su destino final.[75]

El año cumbre en la persecución de los testigos de Jehová por parte de la Gestapo fue 1937, durante el cual circuló ampliamente una «carta abierta» titulada «Al pueblo de Alemania que cree en la Biblia y ama a Jesús». Se estima que se distribuyeron aproximadamente 100.000 copias de la carta.[76] Constituía una queja por la prohibición impuesta a los testigos de Jehová por defender su «libertad espiritual» y desglosaba acusaciones detalladas sobre cómo los creyentes habían sido difamados, calumniados, perseguidos, intimidados y sometidos a un «trato que recordaba el de la Inquisición» en las cárceles y campos de concentración.[77]

Heinrich Winten, nacido en 1905 en Orken, una ciudad de Renania cercana a la ciudad de Münchengladbach, fue uno de los centenares de testigos de Jehová detenidos en 1937 por distribuir la carta abierta. Estaba casado y su ocupación oficial era «patronista».[78] El 25 de octubre de 1937, Heinrich fue una de las diez personas detenidas por la Gestapo bajo sospecha de haber sido miembros activos de los testigos de Jehová. Durante su interrogatorio, admitió libremente haber distribuido cuarenta copias de la carta en la zona. A continuación fue interrogada su esposa Elizabeth, que admitió ser testigo de Jehová pero negó haber distribuido copias de la carta abierta. Declaró que un vecino había querido vender una revista a la pareja, publicada por la Asociación de Estudiantes Serios de la Biblia, pero ellos se negaron por considerar que era demasiado peligroso estar en posesión de dicho material.

El 23 de diciembre de 1937 un «tribunal especial» de Düsseldorf condenó a Heinrich Winten a dieciocho meses de cárcel. Sus tres hijos pasaron a ser tutelados, pues el tribunal ordenó que Elizabeth, su segunda

esposa, que ejercía de madrasta de los niños, no tenía ningún derecho legal sobre la custodia de los niños.[79]

Muchos otros hijos de testigos de Jehová fueron tutelados por el estado. Paul Schlemann (nacido en 1882) fue juez de distrito en Oberhausen, una ciudad industrial de la zona del Ruhr, que presidía un tribunal de tutela responsable de emitir órdenes de custodia infantil.[80] Paul fue denunciado a la Gestapo por negarse a emitir una orden de tutela infantil para dos niños cuyos padres eran testigos de Jehová. En su fallo del 19 de febrero de 1942, Paul dijo: «Todo es correcto en la familia Mokr, salvo las creencias religiosas de los padres, por lo que no se les puede privar de la custodia infantil solo por ese motivo. Siempre habrá personas a las que no les interese el nacionalsocialismo, incluso que lo combatan, pero son muy pocas para constituir un peligro potencial». El funcionario de bienestar infantil discrepaba y le dijo al juez: «No se puede permitir que los enemigos públicos eduquen a sus hijos». El 20 de julio de 1942 se decidió que Schlemann no podía seguir presidiendo casos de custodia infantil.[81]

Dentro de los campos de concentración, los testigos de Jehová, como hemos visto, eran sometidos con frecuencia a castigos brutales e inhumanos. Eugen Kogon observó un incidente en el campo de concentración de Dachau una Nochebuena durante el período de guerra:

> Colocaron un gran árbol [de Navidad] y lo decoraron con velas eléctricas y otros adornos. Los 45.000 presos del campo, incluidos 200 testigos de Jehová, esperaban disfrutar de unos días de paz. Pero ¿qué ocurrió? A las ocho del día de Nochebuena, cuando todos los presos se encontraban en sus barracones, de pronto las sirenas del campo empezaron a sonar, y los presos tuvieron que salir al patio lo antes posible. Se oía tocar a la banda de las SS. Desfilaron cinco compañías de tropas de las SS completamente equipadas. El comandante del campo, acompañado por oficiales de las SS, dio un breve discurso para decirles que querían celebrar la Navidad con ellos a su manera. Luego sacó una lista de nombres del maletín y durante casi una hora leyó los nombres de los que habían recibido un castigo durante las últimas semanas. Luego sacaron el bloque [de castigo] y ataron al primer preso. Después dos hombres de las SS armados con una barra de acero ocuparon su lugar a ambos lados del bloque y empezaron a golpear al preso mientras la banda tocaba «Noche de paz»; todos los presos debían cantar. Al mismo tiempo, obligaron al preso que estaba recibiendo veinticinco golpes a contarlos en voz alta.[82]

Las mujeres sufrían los mismos castigos atroces. Una testigo de Jehová de veintisiete años describía el trato recibido por la Gestapo durante un interrogatorio en Krefeld:

> Al ver que no le daba la información que me pedían, me dio una fuerte bofetada en la cara. Luego llamó a otros dos oficiales de la Gestapo, que me llevaron al sótano. Pronto apareció Dihr. Cuando dio la orden, los dos oficiales me estiraron sobre una mesa que había cerca. Tras levantarme el vestido, los dos oficiales me golpearon el trasero con un palo o algo parecido. Tras muchos golpes, los oficiales pararon un rato y Dihr me interrogó de nuevo. Al ver que seguía sin dar una respuesta satisfactoria me volvieron a golpear hasta que dije que testificaría. Luego me devolvieron arriba, donde Dihr continuó con mi interrogatorio. Confesé haber trabajado ilegalmente contra el gobierno de Hitler, porque prefería que me impusieran la pena de muerte a que me torturasen hasta morir. Debido a la violencia [que sufrí] no pude caminar durante varios días.[83]

Ilsa Unterdorfer, prisionera del campo de concentración de mujeres de Lichtenburg, más tarde recordaba cómo eran tratadas las testigos de Jehová:

> Se hacía de todo para forzarles a firmar una declaración en la que renunciaran a su fe. Un día, la hermana Elizabeth Lange, de Chemnitz, fue llamada al despacho del director [del campo]. Se negó a firmar una declaración, así que la encerraron en las mazmorras de ese viejo castillo. Las celdas [de castigo] eran agujeros oscuros con una ventana estrecha con barrotes. La cama era de piedra y la mayoría del tiempo la obligaron a tumbarse en esa cama fría y dura sin ni siquiera un colchón de paja. La hermana Lange pasó seis meses en ese agujero.[84]

El intento nazi de debilitar y minar la fe cristiana en Alemania resultó ser contraproducente. Las iglesias cristianas lograron defender su autonomía organizativa e independencia espiritual. Los testigos de Jehová preferían el martirio a renunciar a la fe. La ideología nazi jamás quedó integrada en las prácticas religiosas de las iglesias. En 1945, Alemania seguía siendo una sociedad en su mayoría cristiana que acudía a la iglesia, igual que lo era en 1933. Durante la segunda guerra mundial, rezar a Dios consolaba a la mayoría de alemanes, sobre todo a los que habían perdido a seres queridos en la guerra, mucho más que los discursos de Hitler, cada vez más escasos. No es de extrañar que el católico devoto Claus von Stauffenberg visitara la Rosenkranzkirche (iglesia del Rosario) en Berlín la víspera de su intento de asesinato y que su último grito antes de ser ejecutado el 20 de julio de 1944 fuera: «Larga vida a la sagrada Alemania». «*Es lebe das heilige Deutschland*!»

4
A la caza de los comunistas

Un joven activista comunista llamado Walter Husemann escribió la siguiente carta a su padre el día de su ejecución, el 13 de mayo de 1943:

> ¡Sé fuerte! Estoy muriendo como viví, ¡como un luchador en la guerra de clases! Es fácil erigirse en comunista mientras no implique derramar sangre. Solo se demuestra si lo eres de verdad cuando llega el momento de ponerte a prueba. Yo lo soy, padre.[1]

Los comunistas fueron el grupo político que sufrió una persecución más sistemática en la Alemania nazi. Era difícil mantenerse como comunista entregado y evitar una denuncia a la Gestapo. La mayoría de activistas del comunismo pasaron un tiempo en una celda de algún campo de concentración nazi por sus convicciones políticas entre 1933 y 1945. A menudo eran sometidos a torturas, palizas e intimidación psicológica.[2] Solo en 1933, 60.000 comunistas fueron detenidos y aproximadamente 2.000 asesinados.[3]

Antes de 1933 Alemania contaba con el Partido Comunista más numeroso fuera de la Unión Soviética. Creado en 1919, el Partido Comunista de Alemania (KPD) representaba la voz apasionada de las secciones revolucionarias de la clase trabajadora industrial en Alemania. Estaba dirigido por Ernst Thälmann, un «hombre del pueblo» directo y carismático. En enero de 1933 el KPD contaba con 360.000 miembros oficiales, con una media de edad de treinta años gracias a su enorme atractivo entre los jóvenes alemanes de las grandes ciudades industriales. Los empleados de servicios, profesionales y funcionarios constituían solo el 10% de sus miembros.[4] En 1929, solo el 17% de los miembros del KPD eran mujeres, pese a que el partido velaba con firmeza por sus derechos.[5] Rara vez aparecen mujeres en los expedientes judiciales relativos a grupos

de resistencia comunistas. En un estudio de 355 casos judiciales comunistas que hacían referencia a los que se opusieron al nazismo entre 1933 y 1935 en la región del norte de Westfalia, solo en el 4% aparecían mujeres.[6]

El típico miembro del KPD era un hombre joven, trabajador con poca o ninguna formación, residente en un barrio obrero muy popular de una gran ciudad industrial.[7] El KPD tenía más miembros en la «ciudadela roja» de barrios obreros de Berlín, Stuttgart, Hamburgo, Colonia, Düsseldorf y Münchengladbach. En las elecciones de noviembre de 1932, las últimas democráticas antes de que Hitler llegara al poder, el KPD obtuvo un 37,7% de los votos en zonas industriales clave. Los comunistas activos se consideraban soldados duros, con capacidad de sacrificio e inflexibles en la lucha contra el fascismo.[8] El KPD tenía una sección paramilitar llamada Combatientes del Frente Rojo[9], una buena aliada de la Oposición Sindical Revolucionaria.[10] En las zonas obreras había multitud de centros de deporte, bandas, coros, centros comunitarios y clubes sociales patrocinados por el KPD. El partido también producía una amplia gama de literatura, incluidos libros, periódicos, publicaciones, panfletos y carteles.

Los dirigentes del KPD tenían un estrecho contacto con el régimen soviético y el Komintern, el organismo internacional creado para difundir las ideas comunistas. A menudo se ha acusado al KPD de ser una mera «marioneta» o «cifra» del régimen de Stalin, y obtenía un importante apoyo económico de la URSS. Sin embargo, las cuentas oficiales del KPD no muestran una financiación directa de la Unión Soviética. El partido se financiaba en exclusiva de las cuotas de sus miembros, donaciones y los ingresos generados por las ventas de periódicos y otras publicaciones del partido.[11]

Es necesario entender que la clase trabajadora de Alemania sufrió una amarga fractura poco después de finalizar la primera guerra mundial. Se produjo porque el Partido Socialdemócrata (SPD), el partido político de clase obrera más popular en la República de Weimar, colaboró con renegados de los Cuerpos de Voluntarios de derechas y el ejército para sofocar la revolucionaria «revuelta de los espartaquistas» de 1919, encabezada por figuras icónicas del comunismo como Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, ambos asesinados de forma brutal en Berlín. Aquello

hizo que el SPD se ganara el apodo comunista de «fascistas sociales», y provocó una división devastadora dentro de la clase trabajadora. Esa desunión de la izquierda ayudó en gran medida a que Hitler llegara al poder. Los activistas del KPD consideraban que la dirección moderada del SPD estaba formada por «reformadores y conciliadores» con el estado existente. Los jefes y miembros rasos del SPD se manifestaban muy en contra de los comunistas, pues consideraban que los miembros del KPD eran unos intolerantes partidarios de Stalin y fanáticos sectarios. Tenían poco en común.

Un desafiante panfleto comunista, producido el día en que Adolf Hitler tomó posesión del cargo, describía su régimen como «una clara dictadura fascista» y llamaba a la huelgas masiva.[12] Los activistas del KPD creían que el gobierno de coalición de Hitler pronto se separaría. El 7 de febrero de 1933, el dirigente del KPD, Ernst Thälmann, pronunció una soflama en la que defendía que solo una revolución podía derrocar el régimen de Hitler, pero dudaba que sucediera. Resultó ser una predicción muy precisa de lo que ocurrió después.

El incendio del Reichstag del 27 de febrero de 1933 ofreció al régimen de Hitler el pretexto ideal para iniciar una ola brutal de violencia sin precedentes contra el Partido Comunista. La noche del incendio, 10.000 comunistas fueron detenidos. Cerraron los periódicos comunistas y las manifestaciones y reuniones fueron prohibidas. Los improvisados campos de concentración «salvajes» de las SA se convirtieron en el principal foco de la violencia anticomunista. La Gestapo, la policía criminal, los tribunales y las autoridades locales colaboraron en esa orgía de terror. En los archivos de la Gestapo que han sobrevivido queda patente que el régimen de Hitler concedía la máxima prioridad a derrocar el comunismo, pues revelan que más del 80% de las personas que acababan en «custodia preventiva» en 1933 eran comunistas.

El KPD no fue prohibido oficialmente, pero no pudo hacer campaña abierta en las últimas elecciones supuestamente democráticas del 5 de marzo de 1933. Dos días antes del día de la votación, el jefe del KPD Ernst Thälmann quedó en «custodia preventiva». Fue puesto en régimen de aislamiento, sometido a repetidos interrogatorios y víctima de numerosas

palizas. Lo encerraron en varias cárceles y campos de concentración hasta que fue fusilado, por orden de Hitler, el 18 de agosto de 1944 en el campo de concentración de Buchenwald. Pese a la ola de violencia que precedió a las elecciones, el KPD obtuvo 4.847.939 votos en las elecciones de marzo, lo que representaba un 12,3% de todos los votos emitidos. El KPD tenía derecho a 81 diputados del Reichstag, pero se les prohibió ocupar sus asientos.[13] Dadas las circunstancias de extraordinaria violencia que rodearon la campaña electoral, el resultado del KPD fue notable, y era una muestra de la lealtad residual de la que gozaba en las zonas obreras en una primera etapa del gobierno de Hitler.

Pese a ser prohibido oficialmente el 14 de julio de 1933, el KPD instó de forma desafiante a la clase trabajadora a seguir resistiendo al régimen nazi. La palabra escrita era el arma clave en el ataque comunista contra los nazis, pues la lucha armada o el terrorismo quedaban descartados. Los periódicos, publicaciones y sobre todo los panfletos constituían el núcleo de la propaganda clandestina del KPD. Muchos panfletos tenían tiradas de más de 10.000 copias. El diario comunista *Rote Fahne* («Bandera Roja») se siguió publicando de forma ilegal entre 1933 y 1945. El 13 de octubre de 1933, la distribución de «literatura de traición» se convirtió en delito punible con la muerte, cadena perpetua o quince años de cárcel.

En 1934, la Gestapo confiscó la friolera de 1.238.202 panfletos comunistas, y 1.670.300 más en 1935. Es una muestra de la iniciativa de la Gestapo en la persecución de comunistas. Según los registros del KPD que han sobrevivido, en 1935 se produjeron dos millones de ejemplares de periódicos. La mayor parte de las publicaciones ilegales del KPD se producía fuera de Alemania y luego se introducía de forma clandestina en el país. Algunas eran singulares, como una confiscada por la Gestapo en 1934 titulada *70 recetas aprobadas*, todas sin duda preparadas con ingredientes no nazis.[14] Visto en retrospectiva, la obsesión comunista por producir y distribuir panfletos antinazis era contraproducente, pues los que los recibían solían denunciarlo a la Gestapo.[15]

En junio de 1933, una circular del KPD seguía empleando un tono decididamente optimista:

> La lucha heroica de nuestro partido contra la dictadura de Hitler ya está dando sus frutos. Hemos logrado —pese al sangriento terror fascista y la eliminación de miles de nuestros camaradas— mantener el partido unido ... Ahora, en condiciones distintas por la dictadura fascista, nuestros auténticos cuadros bolcheviques se están convirtiendo en valientes líderes de masas en el sistema de clases.[16]

Ese mismo mes en que se distribuyó la carta, numerosas comunidades de clase obrera sufrieron redadas relámpago de la Gestapo. En el suburbio berlinés de Köpenick, setenta comunistas fueron asesinados en un intento, según el régimen nazi, de sofocar un alzamiento armado. En julio de 1933, seis comunistas fueron condenados a muerte por matar a dos hombres de las SA durante una batalla callejera en Colonia cuatro meses antes. Las ejecuciones de los condenados por los asesinatos se llevaron a cabo con un hacha manual.[17] La Gestapo logró cercar a los comunistas de manera aún más sistemática después de hacer un redada en la sede central del KPD y confiscar listas de miembros del partido.

Es evidente que la Gestapo además contaba en la caza de comunistas con la ayuda de informadores infiltrados en los grupos de resistencia del KPD, como Jakob Zorn, uno de los cabecillas del partido, recordaba más tarde:

> Al principio ejercíamos la resistencia de manera relativamente pública. No prestábamos especial atención a las normas de la conspiración, que hay que seguir si uno se enfrenta a un enemigo tan despiadado. Creo que por ese motivo sufrimos pérdidas tan significativas. Hordas de informadores se infiltraron en el partido, gente que se había dejado comprar, siempre existe ese tipo de personas. Detrás de casi todos los casos judiciales de Colonia había un informador, que había pertenecido al movimiento de los trabajadores.[18]

En solo seis meses en 1933, la clase trabajadora más numerosa y mejor organizada de las principales naciones industriales de Europa había quedado muy debilitada. Hannah Galm, comunista de profundas convicciones, observó los cambios que el gobierno nazi había provocado en su ciudad natal:

> No reconocía la ciudad. ¡Offenbach con la esvástica! Había banderas con la esvástica por todas partes. Marktplatz estaba impresionante. Fuimos al barrio obrero de donde procedían nuestros votos [comunistas]. Había banderas con la esvástica en todas las ventanas. Era difícil

de asumir, fue una gran decepción. ¿De dónde demonios salían todas esas banderas? Ahora lo sabemos, claro. Había mucha desesperación, por supuesto. No entendíamos cómo había ocurrido.[19]

El objetivo de la brutal ola de terror nazi no era solo acabar con los funcionarios clave del KPD, sino lanzar una advertencia a la comunidad obrera del peligro mortal al que se enfrentaban si seguía ayudando a los comunistas. El 2 de febrero de 1934 John Schehr, miembro del politburó del KPD, fue asesinado por la Gestapo en su celda, de modo que Franz Dahlem era el único miembro de la dirección del KPD que seguía en libertad. El resto de figuras clave, con la excepción de Ernst Thälmann, encarcelado, ya habían huido al exilio. Varios países se convirtieron en refugio para los comunistas alemanes exiliados durante la época nazi, sobre todo Francia, Holanda, Bélgica y en particular la Unión Soviética.

Los miembros del KPD consideraban que la URSS era un modelo del sistema comunista.[20] Según el artículo 22 de la Constitución Soviética de 1925, el asilo político quedaba garantizado para todo aquel que se viera obligado a abandonar su país debido a su «actividad revolucionaria». En la práctica, solo se expedían visados a comunistas activos y de confianza.[21] Se estima que 3.000 miembros del KPD vivieron en el exilio en la Unión Soviética tras la llegada al poder de Hitler. Muchos destacados exiliados alemanes se alojaban en el lujoso hotel Lux de Moscú, que también albergaba la oficina del Komintern. La Rusia de Stalin resultó no ser el refugio seguro que los comunistas alemanes idealizaban. De las sesenta y ocho figuras destacadas del KPD que huyeron de la Alemania de Hitler y se fueron a vivir a la Unión Soviética, cuarenta y ocho fueron asesinadas. En total, el 70% de los exiliados comunistas alemanes fueron asesinados en las brutales purgas políticas de Stalin. El régimen estalinista los consideraba demasiado imbuidos de las ideas de internacionalismo consagradas en el Komintern o los veía partidarios de las ideas de León Trotski. Resulta irónico que Stalin fuera responsable de más muertes de dirigentes del KPD que Hitler.[22]

Solo una pequeña minoría de los exiliados comunistas alemanes regresaron vivos a Alemania. Los retornados sufrieron acoso administrativo y quedaron bajo vigilancia de la Gestapo. Luise Vögler (nacida en 1904)

fue una de las exiliadas alemanas que regresó. Vivió en la Unión Soviética desde 1931 con su marido Karl, cerrajero, que había sido miembro activo del KPD durante la República de Weimar.[23] En 1937, Luise, modista de profesión, vivía en un albergue de Düsseldorf para alemanes repatriados cuando la Gestapo empezó a investigar su vida en el exilio en la URSS. Luise procedía de una familia acomodada austríaca de clase media, pero la condenaron al ostracismo después de casarse con un comunista alemán y mudarse a la Unión Soviética. En 1936, la pareja solicitó la nacionalidad soviética, pero las autoridades rusas se la denegaron. Luise no dio explicación alguna a la Gestapo sobre por qué fueron rechazadas las solicitudes de ciudadanía de la pareja. Al regresar a Alemania, la Gestapo definió de inmediato a Karl como «enemigo del estado» y lo puso bajo «custodia preventiva» en un campo de concentración. Jamás fue liberado.

La Gestapo interrogó a muchos otros exiliados alemanes sobre las actividades de los Vögler en la URSS. En enero de 1938, Josef Solmitz y su esposa ofrecieron pruebas condenatorias contra la pareja y declararon que fueron comunistas activos durante su estancia en la Unión Soviética. Luise había escrito dos artículos contra los nazis que se publicaron en periódicos soviéticos. En uno de ellos daba detalles de sus vacaciones de cuatro semanas en la Alemania de Hitler en 1936. La clase trabajadora, según escribió en el artículo, se moría de hambre, y su antigua patria era presentada como «un gran campo de concentración». En agosto de 1938, Aloisia Karn, que también conoció a la pareja cuando vivieron en Voroshilovgrado en Ucrania, durante el período del exilio, fue interrogada por agentes de la Gestapo en Viena.[24] Declaró que ambos eran «comunistas comprometidos» durante el tiempo que los conoció en la Unión Soviética. La sección de Organización Extranjera del Partido Nazi (*Auslandsorganisation NSDAP-AO*) también confirmó que la pareja había escrito artículos contra los nazis que aparecieron en la prensa soviética.

Luise Vögler fue interrogada por la Gestapo en cuatro ocasiones. Admitió que su marido Karl había sido miembro activo del KPD en Alemania antes de irse. Karl era leal a la causa soviética contra la Alemania nazi. No negó sus propias simpatías hacia el comunismo y la URSS, y confirmó que visitó Mannheim durante cuatro semanas en verano de 1936.

La venta de una propiedad que la pareja tenía en la ciudad era el principal motivo de la visita. En su viaje se llevó la impresión de que el desempleo seguía siendo muy elevado en la Alemania de Hitler, pese a la propaganda nazi. Negó haber escrito artículos contra los nazis en la prensa soviética. Luise dijo que no había que tener en cuenta la declaración de los Solmitz, pues la señora Solmitz, además de ser judía, tenía envidia de los vestidos nuevos que ella había comprado en su viaje a Alemania. Declaró que la vio un día que llevaba uno de sus vestidos nuevos y le dijo: «Eres un buen ejemplo de cómo prospera la economía alemana». Todas las acusaciones realizadas por los Solmitz estaban motivadas por la maldad personal, añadió. La Gestapo decidió aceptar la versión de los hechos de Luise. En agosto de 1938, se decidió que no se emprendería ninguna otra acción contra Luise, pero se le recomendó que no trabajara para empresas relacionadas con la industria armamentística.

Aquel no fue el fin de la historia. En agosto de 1941, una representante de la organización de apoyo a los nazis Obra de las Mujeres Alemanas (*Deutsches Frauenwerk*) envió por iniciativa propia una carta sobre Luise a la Gestapo. En ella explicaba que aún vivía en Düsseldorf, junto a su hija de nueve años, y que seguía trabajando de modista, con una clientela muy acomodada. En la carta se describía a Luise Vögler como una mujer «inteligente, educada y cauta». Sin embargo, al mismo tiempo se la acusaba de «comportarse como una comunista», pese a que no se aportaban detalles concretos de qué significaba eso. También se hacía hincapié en la carta en que Luise había entablado una estrecha amistad con la «señora Sellicht», la esposa rusa de otro retornado alemán de la Unión Soviética cuyo marido también se encontraba en «custodia preventiva» bajo sospecha de ser un comunista activo. La autora de la carta instaba a la Gestapo a seguir muy de cerca a las dos mujeres por sus «obvias simpatías comunistas».

En septiembre de 1941, la Gestapo contestó. Afirmó que agentes de la Gestapo y funcionarios del Partido Nazi llevaban seis meses vigilando a Luise y la señora Sellicht, sin encontrar pruebas de actividades comunistas. Luise, decía la carta, había mantenido un estrecho contacto con el jefe local del Partido Nazi, que había apoyado una solicitud de liberación de su marido, que seguía detenido en un campo de concentración nazi.[25]

Resulta difícil saber si Luise seguía siendo una comunista activa. Sin duda apoyó el régimen de Stalin mientras vivió en la URSS. Los historiadores que han estudiado por qué los exiliados alemanes regresaban de la Unión Soviética ponen énfasis en el miedo a las purgas de Stalin o el desencanto con el sistema soviético como dos de los factores clave.[26] No obstante, los Vögler solo regresaron porque su solicitud para obtener la nacionalidad soviética fue rechazada de forma inesperada. El hecho de que se dedicara tanto tiempo a hacer un seguimiento de la vida personal de Luise indica que la Gestapo pensaba que existía una posibilidad real de que estuviera implicada en el espionaje soviético o en actividades de resistencia comunista, y por tanto pretendían descubrir un posible círculo de espías soviéticos si la dejaban en libertad.

Los resistentes comunistas cuya actividad había quedado demostrada no recibían un trato tan indulgente como el de Luise Vögler. El destino que corrió Eva Maria Buch era mucho más habitual. Eva, nacida en 1921 en Berlín, estudiaba lenguas extranjeras en la Universidad Humboldt cuando entró en el célebre grupo de resistentes socialistas llamado el grupo Schulze-Boysen-Harnack, que tenía relaciones con el Ministerio del Aire, las universidades y la administración pública, y era sospechoso de pasar secretos de estado a la Unión Soviética.[27] La Gestapo llamaba al grupo «Orquesta Roja». El 10 de octubre de 1942, Eva fue detenida por la Gestapo cuando se descubrió que había escrito y traducido un panfleto en el que hacía un llamamiento a los trabajadores forzosos franceses a hacer campaña en contra del régimen nazi. Cuando un agente de la Gestapo le dijo durante su interrogatorio que sería tratada con mayor indulgencia si delataba a otros colaboradores del grupo, ella contestó: «Eso me convertiría en una persona tan mezquina y depravada como queréis que parezca». En el sumario del caso, el juez afirmó que Eva había demostrado tener «la astucia de una católica y el carácter subversivo de una comunista». Fue condenada a muerte. El día de su ejecución escribió las siguientes palabras en una carta de despedida a sus padres: «Siento no haber podido ahorraros esta terrible pena, pero está bien que acabe así. Sentía un infame conflicto en mi interior, y el hecho de haber vivido estos últimos meses me ha dado la respuesta. Ahora todo es calma y paz».[28]

Los comunistas valientes como Eva Buch aparecían con frecuencia en los archivos de la Gestapo. Las memorias de Rudolf Goguel, jefe de un sindicato comunista de oficinistas, ofrece una buena visión de los problemas a los que se enfrentaban los que participaban en la actividad clandestina comunista. Afirmaba que, tras la Noche de los Cuchillos Largos, el KPD intentó atraer a los miembros descontentos de las SA en Düsseldorf. Los resultados fueron catastróficos. Los activistas del KPD fueron denunciados uno a uno por los miembros de las SA con los que habían entablado amistad con tanta ingenuidad. En octubre de 1935, de los 422 funcionarios clave del KPD que había cuando Hitler llegó al poder, 219 estaban bajo custodia, 125 habían huido al exilio, 24 habían sido asesinados y 42 habían dejado el partido; los 12 restantes aún estaban en libertad.[29] Se estima que solo el 10% de los 360.000 miembros originales del KPD en 1933 seguían teniendo una participación activa en las actividades clandestinas de los comunistas en 1935.

Un informe de la Gestapo de octubre de 1935 elogiaba la valentía de los comunistas que seguían lo que ahora parecía una lucha clandestina sin esperanzas:

> Durante los diversos descubrimientos de grupos del KPD que se han producido durante los últimos meses, hemos tenido la oportunidad en repetidas ocasiones de notar la capacidad de sacrificio de todos los seguidores del KPD ilegal, dispuestos a llenar el hueco que se produjera en sus filas y a ocupar el sitio de los camaradas detenidos, sin dejarse amedrentar por las elevadas penas de prisión. Esa predisposición a hacer sacrificios por el ideal comunista llega hasta tal punto que los comunistas convencidos sacrifican su vida una y otra vez para evitar tener que traicionar a sus camaradas.[30]

En algunas zonas obreras no fue fácil acabar con la solidaridad con la causa comunista. El 24 de marzo de 1937, Adam Schäfer, célebre activista del KPD, fue asesinado de un disparo en un barracón del campo de concentración de Dachau por un guardia de las SS, que declaró que le había atacado. El cadáver de Schäfer acribillado de balas fue entregado a su familia para el entierro, y el 29 de marzo se celebró el funeral en un barrio obrero de Wiesbaden. Una gran multitud, estimada en ochocientas personas, acudió a presentar sus respetos a su héroe comunista local. Un agente de la Gestapo fue enviado para observar el entierro de incógnito. En su informe

apuntó que un 75% de los presentes eran antiguos miembros conocidos del KPD. Un activista local del KPD dejó una enorme corona en la tumba en un gesto simbólico de solidaridad obrera con un compañero caído. Pronto la Gestapo puso a aquel hombre en «custodia preventiva».[31]

Es muy difícil calcular la extensión de esas demostraciones públicas de resistencia comunista. Algunos miembros del KPD notaban que la situación de los comunistas había sufrido un cambio radical en los últimos años de la década de 1930. Jakob Zorn, dirigente del KPD detenido en 1934 y liberado en 1937, dibujaba una imagen muy lúgubre de la resistencia comunista durante aquellos años: «Veía hasta qué punto había menguado la resistencia —comentó—. La cantidad de víctimas era enorme, así que no existía el mismo interés renovado que en 1933-1934, que fue enorme, masivo. Las pérdidas que el partido [KPD] había sufrido, que el antifascismo en general había sufrido, habían hecho que la resistencia quedara menguada».[32] Las cifras de detenciones de la Gestapo de comunistas indican un brusco descenso en la actividad de resistencia comunista. En 1936 fueron detenidos 11.678 comunistas. En 1937 se habían reducido a 8.068 y luego siguieron bajando hasta 3.800 en 1938.[33] En la ciudad de Dresde, los registros del KPD de enero de 1936 indicaban que solo quedaban setenta y cinco miembros activos en la ciudad.[34] En todas partes el patrón era parecido. Los informes clandestinos SOPADE, elaborados por activistas secretos del SPD, revelaban que la mayor parte de la clase trabajadora había aceptado a regañadientes el régimen nazi como «un hecho» a finales de la década de 1930, tal y como ilustra este informe de julio de 1938:

> El estado de ánimo general en Alemania se caracteriza por la indiferencia política. La gran mayoría de la gente está completamente abatida y no quiere oír hablar de política ... Lo más impresionante es la ignorancia que reina en amplios círculos sobre lo que está ocurriendo en realidad. Están absolutamente convencidos de que ya no existen campos de concentración; simplemente no quieren creer que los nazis traten a sus adversarios con una brutalidad implacable. No quieren creerlo porque sería demasiado horrible para ellos y prefieren cerrar los ojos.[35]

En vista de la creciente apatía de la clase obrera, el comportamiento disidente comunista se volvió más individualista. La Gestapo cada vez confiaba más en la sociedad civil para denunciar a un número menguante de

alborotadores comunistas. Karoline Krupp, nacida en 1905 en la ciudad industrial y obrera de Essen de la zona del Ruhr, siguió siendo una obstinada comunista comprometida durante la época nazi. Vivía con su marido Erich en un piso en la planta baja de una casa muy grande de Essen que estaba dividida en apartamentos.[36] El 14 de abril de 1937 fue detenida porque su amigo Karl Muth, zapatero desempleado, informó a la Gestapo de que Karoline insistía en hacer comentarios a favor de los comunistas, incluso utilizaba una bandera roja soviética de mantel en la mesa. Cuando Karoline oyó que su vecino Karl estaba escuchando un discurso de Adolf Hitler retransmitido por la radio nacional alemana durante los Juegos Olímpicos de 1936, subió corriendo a su apartamento de la segunda planta, llamó a golpes a la puerta y gritó: «Apaga esa basura». Cuando oyó que otro vecino se quejaba por no tener dinero suficiente para comprar mantequilla, le dijo con sorna: «Tus penurias son culpa tuya por haber votado a Hitler».

La investigación de la Gestapo pronto reveló que existían tensiones latentes entre casi todos los inquilinos de los apartamentos. Karl Muth le dijo a la Gestapo que conocía a la familia Krupp desde 1930. Luego admitió que el motivo real por el que había denunciado a Karoline era porque ella y su marido Erich lo intimidaban con frecuencia y tenían peleas y discusiones frecuentes con él y muchos otros residentes. Maria Graf, que había ayudado a Karoline cuando fue madre, le dijo a la Gestapo que la historia de la bandera roja en la mesa era cierta. Al parecer Karoline hacía mucho tiempo que era seguidora del KPD, antes de que Hitler llegara al poder. Maria recordaba haber visto a Karoline enarbolando una bandera roja en concentraciones del KPD en numerosas ocasiones durante la República de Weimar. Una anciana inquilina llamada Rosa Barr declaró que era de dominio público que Karoline había sido miembro del KPD, y afirmó que en una ocasión le confesó que apuntaba a sus hijos a las organizaciones de las juventudes hitlerianas solo para dar la impresión de que ahora era leal al régimen nazi. Hermann Gablon, también residente en la casa de apartamentos, declaró que nunca había presenciado discusiones entre Karoline y otros vecinos, pero su hija le había hablado de ellas. Creía que todas las acusaciones realizadas contra Karoline referentes a su lealtad a la

causa comunista eran ciertas. El conserje del edificio confirmó que Karoline era una influencia perjudicial y destacó que discutía a menudo con los vecinos en la lavandería comunitaria.

La Gestapo realizó un extenso interrogatorio a Karoline, quien negó todas las acusaciones. Destacó que, dado que su marido trabajaba en el Frente Alemán del Trabajo y sus hijos miembros de las juventudes hitlerianas, quedaba demostrado que ella era un miembro leal de la comunidad nacional. «Esas acusaciones no son más que un vergonzoso acto de venganza», añadió. Tras más preguntas, admitió haber sido miembro del socialista SPD, pero no del KPD.

El agente de la Gestapo anotó en su informe que Karoline era una «mujer deshonesta» que solo admitía algo cuando se enfrentaba a una «prueba irrefutable». Se solicitó al jefe del Partido Nazi en el distrito de Essen que elaborara un informe sobre la fiabilidad política de la familia Krupp. Describió a Karoline como una persona «problemática» y «políticamente poco de fiar». También se comprobó que ni Karoline ni Erich habían sido nunca miembros del KPD, pero sí activos en el SPD durante los períodos de Weimar. Al final de esta extensa investigación, el agente de la Gestapo a cargo del caso concluyó que las simpatías comunistas de Karoline eran bastante patentes. Consideró que las acusaciones realizadas contra ella no estaban motivadas por la venganza, sino que expresaban una preocupación auténtica y extendida dentro de la casa de apartamentos por la lealtad política de Karoline a la comunidad nacional. Jamás se aportaron pruebas que demostraran que Karoline seguía activa dentro de la clandestinidad comunista, pero la Gestapo la acusó de «preparar una alta traición» y la enviaron a juicio en el «tribunal especial» de Dortmund, donde fue sentenciada a una breve condena en la cárcel.[37] La Gestapo decidió demostrar a Karoline que el régimen nazi tenía tolerancia cero con actitudes disidentes comunistas.

Otro simpatizante comunista, Peter Penk (nacido en 1915) vivía en la ciudad industrial del oeste de Renania de Münchengladbach.[38] Era católico, como la mayoría de los residentes de la ciudad.[39] El KPD contaba con el mayor número de apoyos en esa zona limítrofe con fábricas de algodón y textiles. Peter trabajaba en una de ellas como hilador de algodón. El 2 de

mayo de 1937 destrozaron el escaparate de una tienda local, cuyo propietario era Buray Kuzment, un judío de Polonia. El propietario declaró que tres personas eran las responsables del ataque, e identificó a dos de ellos en un bar de la zona: Michael Dorf y Arnold Siegler. La Gestapo los detuvo a ambos. Ellos negaron su participación, pero nombraron a Peter Penk como el malhechor. Pronto aparecieron más testigos. Todos describieron a Peter como un conocido activista comunista de la zona y una molestia. La Gestapo decidió no considerar que el incidente estaba motivado por el antisemitismo. En cambio, el agente de la Gestapo que dirigía la investigación afirmó que una conocida estratagema de los comunistas consistía en atacar tiendas judías y culpar luego a las tropas de asalto nazis. «La sociedad es propensa a atribuir al movimiento [nazi] esos delitos [antisemitas]», anotó en su informe del incidente. Dicha afirmación no iba acompañada de ejemplos concretos de ataques perpetrados por comunistas a tiendas judías.

La Gestapo convocó a un interrogatorio a Peter Penk, que negó ser simpatizante de las doctrinas comunistas. Era un buen nacionalsocialista, y fue miembro de las juventudes hitlerianas entre 1931 y 1933. Lo dejó porque perdió el trabajo y no podía permitirse el uniforme y el equipo necesarios. El agente de la Gestapo le pidió que explicara cómo acabó destrozado el escaparate. Él dijo que había estado todo el día en una cervecería y se había bebido unas veinte cervezas en total. Cuando regresaba a pie a casa, muy borracho, perdió el equilibrio y cayó por accidente contra el cristal. Cuando se levantó, le dio una patada al escaparate por pura frustración y luego se fue a casa a dormir.

La Gestapo consideró que la historia de Peter era totalmente «inverosímil». Estudiaron su expediente previo: había sido condenado siete veces por actos delictivos, sobre todo robo y contrabando. Su reputación de fiel seguidor de la comunidad nacional había quedado, según el informe de la Gestapo, «notablemente dañada» por la sucesión de delitos menores. Jamás salió a la luz durante la investigación ningún delito de motivación política.

La Gestapo pidió a Michael Dorf, que había estado bebiendo con Peter el día del incidente, que diera su versión de los hechos. Peter no estaba tan borracho como decía cuando salió de la cervecería, según Dorf. Pronto surgieron más discrepancias con el relato de Peter. Nunca había sido miembro de las juventudes hitlerianas, ni era un firme defensor del nacionalsocialismo como dijo durante su interrogatorio. La Gestapo decidió que un toque leve podría ser la solución. Peter no compareció ante un tribunal criminal por romper el escaparate, pero pasó siete días detenido en «custodia preventiva». El día de su liberación, Peter firmó una declaración en la que prometía no hacer comentarios ni actuar contra el gobierno nazi en el futuro.

Peter no pudo cumplir la promesa. El 18 de octubre de 1938, dieciocho meses después del incidente del escaparate roto, fue denunciado de nuevo a la Gestapo. Una camarera dijo que, además de lanzar una larga perorata procomunista en una cervecería abarrotada de Münchengladbach, gritó «Heil, Moskau!» («¡*Heil*, Moscú!»). Al cabo de tres días fue detenido por la Gestapo, y retenido bajo «custodia preventiva» durante dieciséis días en una celda de la cárcel de Düsseldorf mientras se investigaba el incidente con detenimiento.

La Gestapo interrogó a una serie de personas. La primera testigo fue Gertrud Engel, la hija de la propietaria de la cervecería, que fue quien hizo la acusación original. El día en cuestión trabajaba de camarera en el bar. Peter pidió y se bebió varias cervezas, pero luego se negó a pagar la cuenta. Se inició una acalorada discusión durante la cual Peter llamó «vieja bruja» a la madre de Gertrud. Luego pronunció un encendido discurso dirigido a los demás clientes que se encontraban cerca de la barra en el que atacaba la «agresiva» política exterior de Hitler y el «corrupto» programa anual nazi «Socorro de invierno» (*Winterhilfswerk*), que utilizaba donaciones del público para financiar la ayuda a ancianos pensionistas y gente pobre de las zonas rurales.

Peter Schoemann, un deshollinador de la zona, corroboró la historia de Gertrud. Peter era un conocido comunista comprometido. Durante su arenga contra los nazis, Peter preguntó al resto de clientes del bar si le acompañarían para «alzar las armas contra Hitler». Al ver que todos

contestaban «de ninguna manera», Peter los llamó «idiotas y cobardes». Luego llamó «sinvergüenza» a Schoemann y le dio una bofetada, antes de decir a otro grupo de clientes, cerca de la barra: «Si todos decís “Heil, Hitler”, sois todos unos imbéciles y cobardes. Yo digo “Heil, Moskau” y lo más importante es que nosotros [los comunistas] estamos avanzando».

Un tendero de cuarenta y un años llamado Wilhelm Herson le dijo a la Gestapo que Peter también afirmó durante su embriagado discurso que los capitalistas y los dirigentes nazis llevaban una buena vida gracias a los impuestos en las nóminas de los trabajadores. Herson le contradijo diciendo que, como veterano que había combatido por Alemania en la primera guerra mundial, él «se uniría al instante si Hitler llamara a la nación a las armas». Peter llamó «idiota» a Wilhelm.

En un extenso interrogatorio de la Gestapo se le pidió a Peter que explicara su conducta en la cervecería. Dijo que aquel día estaba completamente borracho y que no recordaba nada de lo ocurrido. Perdió el trabajo en 1932, en el momento álgido de la depresión, pero luego se apuntó al Servicio Alemán de Trabajo y consiguió un puesto de hilador de algodón. No tenía motivos para culpar al gobierno de Hitler, y negó haber sido simpatizante del KPD.

La Gestapo concluyó que los testigos del caso decían la verdad y Peter mentía. No obstante, y probablemente debido a que ya llevaba casi tres semanas en la cárcel, Peter quedó en libertad, pendiente de la decisión final del fiscal sobre qué medidas tomar en última instancia en el caso. La espiral de destrucción de Peter continuó. El 13 de diciembre de 1938 fue detenido de nuevo. Esta vez se le acusaba de un delito: conducía un coche borracho y atropelló a un peatón, al que causó «lesiones físicas».[40] El 9 de enero de 1939, la oficina de la Gestapo en Münchengladbach comunicó a la sede central de Düsseldorf que el caso referente a las acusaciones en el bar se iba a cerrar. Sin embargo, el fiscal superior llegó a un acuerdo con las autoridades militares locales para que Peter fuera enrolado de inmediato en el ejército alemán.[41]

Había pruebas claras de que Peter Penk era un firme defensor del comunismo, pero sus actividades criminales, entre ellas robo, vandalismo, conducir borracho, agresión y contrabando, eran igual de serias. La Gestapo

lo había tratado con una indulgencia notable. Además, era un bebedor y pendenciero que provocaba graves problemas. La decisión final del fiscal fue llamarlo obligatoriamente a filas del ejército alemán. Dada la personalidad antiautoritaria de Peter, cuesta imaginar que la rígida disciplina de la vida en el ejército pusiera fin a su conflicto con el sistema nazi. Se desconoce el destino final de Peter.

En 1937, a medida que el rearmamento militar se intensificaba, la resistencia de los obreros comunistas se desplazó a fábricas y obras en construcción. Los ejemplos de absentismo, trabajo lento y sabotaje se convirtieron en un problema constante dentro de las fábricas de armamento.[42] En junio de 1936, 262 trabajadores participaron en un paro de diecisiete minutos en la planta de Opel de Rüsselsheim como protesta por una reducción de salario. Acabó con la detención por parte de la Gestapo de todos sus cabecillas rebeldes. Durante ese período hubo huelgas parecidas en Berlín, Dortmund y Hamburgo.[43] Un informe de los servicios de inteligencia de 1937 elaborado por la Gestapo de Düsseldorf expresaba la preocupación por el incremento del descontento de los trabajadores:

> Tras varias reuniones en fábricas en las que han intervenido portavoces del Frente del Trabajo, algunos de ellos más bien torpes en sus declaraciones, la sensación de descontento entre los trabajadores era evidente en las conversaciones posteriores. En una fábrica bastante grande, el portavoz del Frente del Trabajo saludó a los trabajadores con el saludo alemán [nazi], pero los trabajadores se limitaron a contestar farfullando. Cuando el portavoz terminó con el saludo alemán, se lo devolvieron con fuerza y claridad, pero [los trabajadores] dejaron claro que solo habían hecho el saludo para poner fin al acto. La rotación de trabajadores dentro de las diversas fábricas, necesaria por la escasez de materias primas, es un caldo de cultivo para la subversión de los trabajadores por parte del KPD.[44]

Está claro que muchos de los activistas del KPD estaban resueltos a socavar el programa de rearmamento. Uno de ellos fue Anton Kendricks (nacido en 1887), obrero de la construcción sin estudios de Münchengladbach y comunista comprometido. Vivía en Viersen, una ciudad a unos ocho kilómetros de su ciudad natal. Anton era de religión católica. En su expediente de la Gestapo su estado civil consta como «divorciado».[45] Durante el verano y otoño de 1938 trabajó para la empresa de construcción Züblin en fortificaciones militares en la frontera occidental de Alemania.[46]

Ludwig Esslinger era el capataz, que empleaba a unos ciento cuarenta obreros. Vivían en barracones provisionales junto a la obra. El trabajo era agotador, muchas horas y poco dinero. Pronto hubo muestras de descontento por las condiciones laborales entre una pequeña minoría de trabajadores insatisfechos. Los problemas surgieron un viernes por la tarde en otoño de 1938 cuando tres obreros (llamados Feder, Bloedel y Glanzer) abandonaron su puesto de trabajo sin permiso y se fueron a una cervecería de la zona. Cuando regresaron de su escapada, el capataz les dijo que les descontaría la paga del día. Al oírlo, los tres se enfadaron y se pusieron muy agresivos. Amenazaron con darle una paliza a Esslinger y dijeron que no trabajarían más si hacía efectiva la intención de no pagarles.

El jefe de obra informó de la situación a la Gestapo, que interrogó a una serie de trabajadores de la construcción. Emil Schuler le dijo a la Gestapo que Anton, que ni siquiera estaba implicado en el incidente del bar, era el verdadero cabecilla del descontento de los trabajadores de la obra. Según él, había estado quejándose a los trabajadores durante semanas por el exceso de horas de trabajo y los bajos salarios, y había iniciado una campaña difamatoria para perjudicar a la dirección. Otro obrero llamado Kurt Dorner corroboró la misma historia, además de declarar que Kendricks le había pegado por negarse a seguir el paro. Los cuatro trabajadores que encabezaban el descontento eran comunistas activos, añadió. Otro obrero llamado Wilhelm Gelling afirmó que los cabecillas lo acosaban constantemente e incitaban a los trabajadores de la obra. Durante los turnos de noche se empeñaban en distraer a los obreros para que no se concentrasen en el importante trabajo de rearmamento. Wilhelm también oyó a Glanzer decir, mientras escuchaba un discurso de Adolf Hitler por la radio: «Que me bese el culo el *Führer*».

El 28 de octubre de 1938, la Gestapo interrogó a Anton Kendricks, que admitió que todas las acusaciones de sus compañeros de trabajo, incluido el acoso violento, eran ciertas, pero negó apoyar al KPD. Feder fue interrogado ese mismo día y negó haber manifestado opiniones comunistas. Al día siguiente, Glanzer fue interrogado. Admitió haber cumplido una sentencia de dos días de cárcel en 1931 por distribuir panfletos comunistas. Dijo que nunca había sido miembro del KPD, pero reconoció haber sido un

«simpatizante activo» del Partido Comunista hasta 1936, aunque ya no era el «firme militante» que había sido antes de 1933. También admitió las acusaciones de acoso, pero declaró que Feder y Kendricks eran los cabecillas del descontento de los trabajadores de la obra.

El 29 de octubre de 1938, el informe final de la Gestapo apuntaba que Kendricks había sido militante del KPD desde 1927. Concluyó que con toda probabilidad los tres líderes de los conflictos de trabajadores en la obra estaban en contacto con un grupo clandestino comunista de la zona, pero no se pudo comprobar del todo ese vínculo. Kendricks y Glanzer fueron encarcelados hasta enero de 1939, y Feder hasta marzo de 1939. Bloedel, que había participado en la primera juerga, eludió todo tipo de pena.

Resulta fascinante ver cómo un grupo de comunistas comprometidos intentaba despertar el descontento obrero en un proyecto relacionado con la defensa nacional. Las sentencias que se les impusieron fueron muy indulgentes. La presión utilizada para lograr el apoyo obrero en la obra no era la persuasión, sino las amenazas de acoso y violencia. El caso llegó a la Gestapo porque ese minúsculo grupo rebelde de trabajadores, bajo el influjo del alcohol, amenazó con atacar al capataz. Cuando el asunto llegó a manos del director de la obra, este actuó con rapidez e implicó a la Gestapo. La mayoría silenciosa de trabajadores, ahora libres de intimidaciones, se sintió capaz de denunciar a los manifestantes a la Gestapo.[47]

En muchos casos, a la Gestapo le costaba diferenciar entre comportamiento «disidente» y auténtica resistencia comunista. La investigación sobre Heinz Wasschermann (nacido en 1921) y un grupo de aprendices de fábrica es un excelente ejemplo. Heinz era de Essen y era aprendiz de tejedor de seda.[48] Fue acusado de ser el cabecilla de un grupo de jóvenes trabajadores que habían escrito lemas contra los nazis en las puertas de los lavabos de dos fábricas en Essen. El caso empezó cuando un jefe de la fábrica de seda Gehr en Essen comunicó al Frente Alemán del Trabajo local que se habían descubierto «frases comunistas» en los lavabos. Habían encontrado los lemas «Dispara a Hitler», «Cuelga a Göring», «Viva Thälmann» (el dirigente del KPD encarcelado) y «*Heil*, Moscú» garabateados en varias puertas de la fábrica de Gehr. El 16 de diciembre de 1937 se descubrió también en los lavabos un dibujo de un indio nativo

americano mirando una estrella roja, símbolo de la Unión Soviética, sobre el lema «Una mirada al futuro». Toda esa información le llegó a la Gestapo el 5 de enero de 1938.

La Gestapo vinculó este caso a una ola similar de pintadas contra los nazis descubierta en 1937 en una fábrica cercana, propiedad de la empresa Colsmann. La frase «Los rusos llegarán a Alemania» y otros comentarios parecidos prosoviéticos aparecieron en varias puertas de los lavabos. El director de la fábrica sugirió que «la paz laboral queda seriamente perjudicada en nuestra fábrica con esas calumnias». Debido a la cantidad de obreros que utilizaban los lavabos, a la Gestapo le resultó imposible determinar quiénes eran los verdaderos culpables y el caso quedó cerrado.

Hans Zindel, el jefe de base del Frente Alemán del Trabajo en la fábrica de Gehr, le dijo a la Gestapo que el autor de los lemas procomunistas podría ser Rudolf Keelmann, pues se había percatado de que nunca hacía el saludo nazi y en general sus compañeros lo consideraban contrario a los nazis. Keelmann fue interrogado por la Gestapo. Negó haber sido jamás miembro del KPD. Había visto el dibujo del indio nativo americano en el lavabo, se había sentido molesto y luego informó al supervisor de la fábrica de inmediato. Otro trabajador llamado Wilhelm Frenz dijo que era cierto que Keelmann había descubierto la pintada en el lavabo, pero Frenz creía que Keelmann era un «gruñón y un quejica» procomunista, y puso en entredicho que se sintiera molesto por la pintada.

La Gestapo interrogó a muchos trabajadores de la fábrica para intentar descubrir quién era el responsable. Heinz Dresden, un miembro pronazi de las juventudes hitlerianas, negó haber escrito nada en las puertas de los lavabos. Hermann Stein, otro miembro de las juventudes hitlerianas, admitió haber escrito en octubre de 1937 su nombre en la puerta del lavabo, pero negó haber escrito ninguna de las demás frases. Dijo que Heinz Wasschermann había dibujado la imagen del indio nativo americano y escrito las palabras «Una mirada al futuro» debajo. También afirmó que Wasschermann había dibujado la imagen de una horca en otra puerta sobre las palabras «Rusia hoy en día». Era claramente un lema antisoviético, una clara referencia a las brutales purgas de Stalin. No podía considerarse antinazi.

Hans Zindel, el representante del Frente Alemán del Trabajo en la fábrica, le dijo a la Gestapo que las pintadas en las puertas de los lavabos solo eran «una broma juvenil», y no una prueba de una importante actividad de resistencia comunista en la fábrica. Pensaba que probablemente Keelmann había motivado a los demás aprendices jóvenes a escribir las pintadas, pero dudaba que tuviera la habilidad artística para dibujar la figura del indio nativo americano. Hans Gudland, un aprendiz de quince años, admitió haber dibujado la silueta de las cabezas de «indios rojos» en varias puertas de los lavabos, pero no había escrito lemas debajo. Otro joven aprendiz, Friedrich Wolf, dijo que había visto la cabeza de un indio nativo americano en la puerta (obviamente dibujado por Gudland), y vio que al cabo de unos días le habían añadido la estrella roja soviética y la frase. Heinz Wasschermann pasó por dos interrogatorios de la Gestapo. Negó haber dibujado la silueta del indio, pero admitió haber escrito la frase debajo. Negó que fuera una declaración a favor de los comunistas. En una segunda ronda de preguntas admitió haber dibujado también la cabeza del indio americano.

Todos los aprendices sospechosos fueron detenidos el 12 de enero de 1938 y encarcelados en Elberfeld, mientras la Gestapo seguía interrogando de forma exhaustiva a otros testigos. La Gestapo descubrió en posteriores interrogatorios que todos los chicos habían acordado no traicionarse entre ellos. Se recogieron muestras de la caligrafía de cada uno de ellos para compararlas con las pintadas de las puertas de los lavabos. Tras comprobar la caligrafía de la puerta con la de todos los trabajadores, la Gestapo concluyó que sin duda Gustav Feelich había escrito la pintada. Durante su interrogatorio tardío, Feelich admitió ser el autor de todas las pintadas, salvo la imagen del indio nativo americano. Aseguró a la Gestapo que lo había hecho como una broma juvenil, y no por motivos políticos.

En el informe concluyente de la Gestapo, con fecha del 8 de enero de 1938, pese a que se mencionan ocho sospechosos, solo tres —Gustav Feelich, Friedrich Walles, otra persona a la que no habían interrogado previamente, y Heinz Wasschermann— aparecen como principales autores. Se inició un procedimiento penal contra los tres. La Gestapo decidió examinar los orígenes de sus padres. Descubrieron que los padres de Walles

y Feelich eran ambos desempleados de clase trabajadora, y recibían subsidios estatales. No obstante, no había indicios de relación con el comunismo en ninguna de las familias de los acusados. Resultó favorable que la madre de Walles fuera miembro de la organización nazi de mujeres *NS-Frauenschaft*.

Tras esta ardua investigación, en la que todos los agentes de la Gestapo invirtieron una gran cantidad de tiempo para un asunto muy trivial, los tres chicos quedaron en libertad pasados unos días de su detención, y el fiscal cerró el caso contra ellos el 18 de marzo de 1938.[49]

La firma del pacto nazi-soviético el 23 de agosto de 1939 fue crucial para la resistencia comunista contra los nazis en Alemania. Dos días después, la dirección del KPD emitió una declaración formal en la que se daba un tono positivo a este inesperado giro de los acontecimientos:

> Los trabajadores alemanes, y en particular el obrero alemán, debe apoyar la política de paz de la Unión Soviética, posicionarse al lado de todos los pueblos oprimidos y amenazados por los nazis y asumir la lucha más que nunca para garantizar pactos de paz con el espíritu del pacto que se acaba de firmar entre la Unión Soviética y Alemania también con Polonia y Rumanía, con Francia e Inglaterra y con todos los pueblos que se encuentren amenazados por la política de agresión de Hitler.[50]

Pese a este incomprensible giro ideológico de Stalin, la simpatía que suscitaba la Unión Soviética entre los comunistas seguía siendo muy potente. El caso de Erich Weiss, nacido en 1900 en Remscheid, una ciudad situada en el sur de la zona industrial del Ruhr, es un buen ejemplo. Erich era católico y estaba casado. Su ocupación era «exterminador de parásitos».[51] Sin duda era un partidario comprometido del KPD, desde el período de la República de Weimar. En su expediente de la Gestapo aparecen cuatro condenas anteriores, entre ellas por posesión ilegal de armas y por «participar en los preparativos de un acto de alta traición». Entre agosto y septiembre de 1933 estuvo bajo «custodia preventiva», y luego fue sentenciado a nueve meses de cárcel por comprar armas para grupos de resistencia comunista. Weiss pronto fue liberado gracias a una amnistía general que los nazis concedieron a prisioneros políticos que entró en vigor en diciembre de 1933.

Tras su liberación, Erich Weiss desapareció por completo de los registros de la Gestapo hasta que cometió un error fatal. Sucedió el 31 de agosto de 1939, el día antes de la invasión alemana de Polonia que supuso el inicio de la segunda guerra mundial. El coche de Erich se estaba quedando sin combustible de camino a casa. Paró en una gasolinera de la zona, pero vio que no había gasolina disponible. Un joven bienintencionado se ofreció a usar una bomba manual para extraer algo de gasolina de su coche y pasarla al depósito de Erich. Los dos hombres se pusieron a charlar sobre la crisis internacional del momento. Erich le dijo al joven que si le obligaban a enrolarse en el ejército alemán no estaría dispuesto a disparar a enemigos extranjeros: «Alemania perderá la guerra —añadió—. Stalin llegará a Berlín para poner "La Internacional" y entonces sí que nos reiremos».

Un hombre llamado *herr* Thumann oyó la conversación, apuntó la matrícula del coche de Erich e informó del incidente a la Gestapo. Weiss fue detenido, pero negó haber hecho los comentarios derrotistas que se le atribuían. La Gestapo no le creyó. Fue acusado de «preparar una alta traición» y estuvo bajo «custodia preventiva» durante seis meses. El 1 de marzo de 1940, el Tribunal Superior Regional de la ciudad de Hamm, en la zona del noreste del Ruhr, condenó a Erich Weiss a tres años de cárcel por ser un activista del comunismo. Aquella conversación en apariencia inofensiva oída en una gasolinera fue la principal prueba utilizada para garantizar su condena. Erich no fue liberado hasta 1942, y el 1 de diciembre de 1942 se le impuso de nuevo la «custodia preventiva» bajo sospecha de seguir teniendo simpatías comunistas. En enero de 1943, Erich fue trasladado al infame campo de concentración de Dachau.[52] No se conoce su destino final. Los comentarios al paso de Erich en la gasolinera pueden parecer triviales a simple vista, pero su expediente de actividad comunista clandestina hizo que la Gestapo lo dejara fuera de circulación durante todo el período de guerra.

Otro comunista, Aloys Vock (nacido en 1891), de Duisburgo, una ciudad industrial en la parte occidental de la zona del Ruhr, a una distancia cómoda para trabajar en Düsseldorf, la capital de Renania del Norte-Westfalia, recibió un trato mucho más indulgente de la Gestapo. En su ficha

la religión que figuraba era la católica, el estado civil «divorciado» y la ocupación «marinero». Participaba en trabajos de navegación interna por el Rin.[53] Aloys era un simpatizante comprometido del KPD antes de 1933. Había sido detenido en mayo de 1933 bajo sospecha de colaborar con la resistencia del KPD contra el régimen de Hitler, pero se retiraron los cargos por «falta de pruebas». El 5 de octubre de 1939 fue detenido de nuevo por la Gestapo porque un grupo de miembros del Partido Nazi le oyeron hacer comentarios despectivos sobre Adolf Hitler en una cervecería de Ruhrort, una zona portuaria obrera de Duisburgo. «Hitler está contra las cuerdas», dijo supuestamente a sus compañeros de bebida y estaba «intentando agarrarse al tratado con Rusia».

La Gestapo inició una investigación detallada sobre la fiabilidad política de Aloys Vock en la que interrogaron a varios testigos. Tres miembros del Partido Nazi aportaron pruebas sobre las opiniones expresadas por Aloys en una cervecería la víspera de que Alemania atacara Polonia el 1 de septiembre de 1939. La radio nacional estaba emitiendo un discurso de Adolf Hitler en el bar. Otros clientes pudieron oír cómo Aloys elogiaba abiertamente al dirigente soviético Iósif Stalin como el hombre de estado más capaz del mundo. «Jamás iría al frente —continuó—. Antes me pegaría un tiro en la cabeza.»

Un dirigente nazi local informó de que Aloys Vock trabajaba de marinero fluvial y era respetado por sus colegas, al parecer víctimas «de su hechizo». Otros lo describían como un «comunista problemático» que solía instar a sus colegas a reclamar un sueldo y unas condiciones mejores. El Frente Alemán del Trabajo local afirmó que Aloys y un colega llamado Franz habían presionado a marineros belgas y holandeses para que se opusieran a la introducción de salarios fijos semanales, que acabó con los generosos pagos de las horas extra. Diez trabajadores extranjeros más se unieron a esta reivindicación.

Con estas pruebas, la Gestapo interrogó a Aloys Vock, que negó haber sido miembro del KPD, pero estaba dispuesto a admitir que asistió a mítines del partido durante el período de Weimar, igual que los del SPD, «por aburrimiento». Negó con rotundidad haberse negado a aceptar la nueva normativa de salario fijo en su trabajo o ser una especie de agitador

sindicalista clandestino o miembro de la resistencia comunista. En cuanto a las conversaciones en la cervecería, Aloys afirmó que sus opiniones habían sido distorsionadas por los que lo habían denunciado. Lo que había dicho en realidad no era que el pacto nazi-soviético fuera una victoria para Stalin, sino una «gran ventaja» para Alemania.

Al cabo de un mes, la Gestapo liberó a Aloys Vock sin ni siquiera presentar cargos contra él.[54] Era obvio que les preocupaban los comentarios prosoviéticos que Aloys había hecho en la cervecería, y las acusaciones adicionales de su posible actuación como representante no oficial de los comunistas, pero al final decidieron que no constituía una amenaza seria para la comunidad nacional, pese a que su continuada afinidad con la causa comunista había quedado probada con solidez.

El inicio de la segunda guerra mundial provocó un resurgir del patriotismo alemán que afectó incluso a algunos de los que antes se oponían al régimen. Se notaba incluso dentro de las comunidades obreras que al principio se resistían al atractivo del nacionalsocialismo. Un ejemplo típico es el caso de Wilhelm Struck, nacido en 1905 en Mörsch, una pequeña ciudad en el valle de la parte superior de Renania. Estaba casado, su ocupación era «pintor» y decía no pertenecer a ninguna religión.[55]

Wilhelm había luchado durante años con valentía desinteresada por la causa comunista. Su esposa Anna también era una comunista comprometida. En otoño de 1932 Wilhelm pasó a ser funcionario del KPD en la zona de Hamburgo-Altona. Ya era miembro activo de los Combatientes del Frente Rojo (Rotfrontkämpferbund-RFB), una organización paramilitar muy vinculada al KPD. Había participado en duras luchas callejeras con los nazis durante los años previos a la llegada de Hitler al poder. Erich Honecker, que más tarde se convertiría en el jefe de la Alemania del este comunista de la posguerra (DDR), era miembro de la organización, que incluso fue prohibida por el gobierno de Weimar liderado por el SPD en 1929.

Los miembros del RFB fueron de los primeros detenidos en las redadas anticomunistas de las SA y la Gestapo durante los meses iniciales de gobierno de Hitler. Wilhelm Struck fue puesto bajo «custodia preventiva» desde el 27 de abril al 5 de mayo de 1933. Fue acusado,

juzgado y condenado por «preparar una alta traición». El juez lo consideró «deshonrado» como ciudadano, una sentencia que le prohibía servir en el ejército alemán. Wilhelm fue enviado a la cárcel de Rendsburg, situada en el estado de Schleswig-Holstein, para cumplir su sentencia. Fue liberado el 5 de mayo de 1935. La Gestapo lo consideraba un «enemigo del estado» y continuó vigilándolo de cerca. Siguieron apareciendo informes en su expediente en los que se actualizaba su ubicación y sus actividades.

El 7 de marzo de 1938, la oficina de Düsseldorf de la Gestapo recibió una solicitud de traslado de Wilhelm a la sede de Hamburgo para someterlo a un interrogatorio, pues pensaban que aún participaba de la actividad comunista clandestina. El 24 de marzo de 1939 fue interrogado. Wilhelm admitió que su principal tarea en el KPD antes de 1933 era distribuir panfletos entre los agentes de base de los cuerpos policiales, recabar información sobre agentes de policía y establecer estrechos vínculos con ellos. Según él, la infiltración comunista en el cuerpo policial era importante en la época de Weimar. Incluso dio nombres de agentes de policía que habían proporcionado información al KPD. Tras ese interrogatorio, no se presentaron cargos contra él. El 3 de noviembre de 1939 la oficina de la Gestapo de Osnabrück informó a sus colegas de Düsseldorf de que Wilhelm trabajaba en una fábrica de armamento de la ciudad. No les preocupó que participara activamente en actividades de la resistencia.

El 12 de diciembre de 1940, ese comunista tradicional y entregado solicitó de forma repentina e inexplicable enrolarse en el ejército alemán. No existe una explicación a por qué quería combatir por Hitler en la Wehrmacht. En aquel momento, el pacto nazi-soviético seguía en vigor, y el único enemigo de Alemania en la segunda guerra mundial era Gran Bretaña. En su solicitud para enrolarse en el ejército Wilhelm escribió: «Hoy quiero mostrar mi firme apoyo al *Führer* y al nacionalsocialismo. Quiero recuperar mi honor sirviendo en el ejército».

La administración nacionalsocialista del distrito de Krefeld se negó a aceptar su solicitud, pues su repentina conversión a la causa nazi despertaba profundos recelos. El 15 de agosto de 1941, nueve meses después, la oficina de la Gestapo de Krefeld informó de que Wilhelm vivía en Krefeld. Se

había divorciado de su primera esposa Anna, simpatizante de los comunistas, y ahora estaba casado con una mujer que tenía una tienda de fruta y verdura en la que trabajaba Wilhelm. La oficina de empleo local lo convocó para una entrevista. Le ofrecieron trabajo de pintor, pero él lo rechazó. Aparecía anotado que Wilhelm pagaba treinta marcos alemanes al mes de manutención por los dos hijos de su primer matrimonio, unos pagos subvencionados con subsidios estatales. Era evidente que la oficina de empleo consideraba a Wilhelm un «vago». Le advirtieron que si no aceptaba un trabajo remunerado de jornada completa pronto sería castigado. Una persona definida como «holgazán» podía ser enviada a un campo de concentración.

En marzo de 1942, Wilhelm solicitó de nuevo enrolarse en el ejército. Una vez más, la oficina de la Gestapo de Düsseldorf se negó a apoyar su solicitud. El 19 de febrero de 1943, unos días después de la catastrófica derrota de los alemanes en Stalingrado, se produjo un tardío cambio de opinión y la solicitud de Wilhelm de luchar por Alemania finalmente fue aceptada. Lo ubicaron en una unidad del ejército destinada a luchar, pero no contra la URSS, sino en el norte de África contra los aliados occidentales.[56]

Este caso ilustra la complejidad de la experiencia de los comunistas bajo el régimen de Hitler. Aquí tenemos a un individuo cuyas opiniones al parecer sufrieron una transformación radical, pues pasó de una dedicación fanática al KPD a apoyar el nacionalsocialismo, además del sorprendente deseo de alistarse en el ejército. No queda claro qué provocó su desilusión con el comunismo, pero su divorcio de su primera esposa Anna, comunista comprometida, y su matrimonio con una frutera pronazi pudieron ser factores decisivos. No le permitieron entrar en el ejército hasta la impactante derrota de Stalingrado. No se conoce su destino final.

En el período que siguió a la invasión de la Unión Soviética el 22 de junio de 1941, la resistencia comunista revivió. La cantidad de panfletos anticomunistas aumentó de solo 62 en enero de 1941 a 10.277 en octubre de 1941. Resurgieron varios grupos pequeños clandestinos pero muy entregados. Algunos antiguos camaradas, que obviamente se habían mantenido discretos, volvieron a la carga. Friedrich Grossmann, un cerrajero casado nacido en 1899, fue uno de ellos. Nació en Metz, en la

región de Lorraine, que era parte de Francia en el momento de su nacimiento. Decía «no seguir ninguna religión».[57] El 25 de enero de 1943, Friedrich vivía en la ciudad industrial de Wuppertal, en la zona del Ruhr, cuando fue detenido por la Gestapo bajo sospecha de «preparar una alta traición». Según seis testigos, algunos parientes suyos, había participado en la reconstrucción del Partido Comunista, ilegalizado, en Wuppertal, había distribuido panfletos e incluso celebrado reuniones comunistas en su piso. La Gestapo registró su apartamento, pero no encontró pruebas de publicaciones comunistas.

Durante su interrogatorio, Friedrich le dijo a la Gestapo que al principio había sido miembro del SPD, pero se afilió al KPD en 1923, y luego sirvió en la organización paramilitar Combatientes del Frente Rojo (RFB). Formó parte de un grupo que mató a un agente de policía durante la época de Weimar, por lo que fue condenado a once años por «alta traición». Fue puesto en libertad tras cumplir cuatro años. Luego abandonó el KPD tras una disputa con un dirigente local, y se unió a la Rote Hilfe (Socorro Rojo), una rama solidaria del KPD que ofrecía auxilio a antiguos presos políticos. Siguió votando al KPD hasta que fue oficialmente prohibido en 1933. Después, según él, dejó de ser activo en el partido y se retiró a la apatía política.

Tras la invasión de la Unión Soviética tuvo un encuentro casual con un antiguo camarada del KPD.[58] Empezaron a quedar con regularidad, junto con sus esposas, pero nunca hablaban de política. Su amigo intentó reclutarlo para tareas clandestinas ilegales del KPD y él aceptó. En el local de su coral conoció a Erich Lossner, otro antiguo miembro del KPD, que le dio tres panfletos comunistas clandestinos. Cuando volvió a casa, los quemó en los fogones. Sin embargo, pronto recuperó la confianza y se unió a un grupo clandestino comunista encabezado por Alois Kape que incluía al antiguo diputado del KPD, Hugo Paul.

La Gestapo puso a Friedrich Grossmann bajo «custodia preventiva» durante cinco meses y luego lo liberó. Probablemente tanta indulgencia se debía a que durante su interrogatorio dio a la Gestapo los nombres de otros miembros clave de la clandestinidad comunista.[59]

Durante el período de la guerra, la Gestapo se enfrentaba a un problema mucho mayor: la creciente colaboración entre comunistas y los enormes grupos de trabajadores extranjeros que inundaban Alemania y eran usados como esclavos en las fábricas armamentísticas. El 8 de marzo de 1940 Reinhard Heydrich dio instrucciones a los agentes de la Gestapo sobre cómo proceder con los trabajadores extranjeros. Había que tratar con dureza las siguientes actividades: insubordinación en el trabajo, sabotaje industrial, cualquier relación sexual entre alemanes y extranjeros o contacto social en bares y restaurantes. Los trabajadores extranjeros, como los judíos, recibían unos distintivos identificativos que debían llevar en público. Los polacos, por ejemplo, tenían un distintivo violeta, con una «P».[60] En agosto de 1944, seis millones de trabajadores extranjeros y dos millones y medio más de prisioneros de guerra trabajaban en las ciudades y el campo. Este «nuevo proletariado» estaba formado por dos millones de trabajadores soviéticos, dos millones y medio de prisioneros de guerra del Ejército Rojo, 1,7 millones polacos, 300.000 checos, 270.000 holandeses y 200.000 belgas.[61]

Entre mayo y agosto de 1942, 79.821 trabajadores extranjeros fueron detenidos, de los cuales 4.962 casos incluían relaciones sexuales «inadecuadas» con alemanes. La Gestapo se vio desbordada por casos de alemanes que confraternizaban con trabajadores extranjeros. Las relaciones sexuales entre un trabajador extranjero y un alemán comportaban la pena de muerte. La cantidad de hombres alemanes que abusaban de trabajadoras extranjeras en fábricas y campos de trabajo es incalculable. Muchas mujeres y chicas se mostraban reticentes a denunciar el abuso sexual por miedo a ser trasladadas a un campo de concentración.

Las alemanas que tenían relaciones sexuales con trabajadores extranjeros mientras sus maridos estaban ausentes en la guerra se enfrentaban a severas formas de humillación pública. La propaganda nazi hacía hincapié en la necesidad de que la esposa de un soldado «ario» diera un buen ejemplo moral mientras su marido estaba ausente en la guerra. El caso de Dora von Cabitz, una granjera de Oschatz acusada de tener relaciones sexuales con más de un trabajador polaco, representa un ejemplo típico y muy gráfico.[62] El Partido Nazi local organizó su castigo. Un informe del SD registraba lo que le sucedió:

> Por la mañana ya había corrido el rumor de que una mujer alemana iba a la picota. A partir de las nueve de la mañana la imagen de la ciudad fue cambiando, y aproximadamente a las once una multitud se había congregado en el centro de Oschatz: querían ver a esa alemana deshonrosa. A las once, cuando sonó el reloj, apareció Von Cabitz con la cabeza rapada, fue recibida con espontáneos gritos de burla de la multitud congregada y la colocaron en una picota con jaula. Enfrente colgaba un letrero con la siguiente frase:
>
> He sido una mujer sin honra porque he buscado y he tenido relaciones con polacos. Así, me he excluido de la comunidad del pueblo.[63]

Aquellas horribles humillaciones públicas estaban pensadas para disuadir a otras mujeres de tener relaciones sexuales con trabajadores extranjeros, pero no funcionó. Los casos de relaciones sexuales prohibidas siguieron aumentado después de 1943. No todos terminaban con ese tipo de humillación pública extrema que sufrió Dora von Cabitz. Mucho más típico es el caso de *frau* Kohl, una trabajadora del tranvía. Su cuñado la acusó de tener una aventura con un trabajador italiano el 17 de diciembre de 1941. Durante su interrogatorio en la Gestapo, Kohl negó que su relación con el italiano fuera de índole sexual, solo le estaba enseñando italiano. A veces le dejaba pasar la noche en su casa, pero siempre dormía abajo, en el sofá. Quería divorciarse de su marido, que la pegaba con frecuencia. La Gestapo le advirtió que no tuviera más contacto con su amigo italiano.[64]

Otro problema importante al que se enfrentaba la Gestapo durante el período de guerra era la mala conducta general de los trabajadores extranjeros en las fábricas. El régimen nazi cada vez dependía más de los trabajadores extranjeros para mantener su programa armamentístico, pues la presión de los Aliados aumentó durante las últimas etapas de la segunda guerra mundial. De las 388.000 detenciones realizadas por la Gestapo entre enero y septiembre de 1943, 260.000 hacían referencia a «el incumplimiento del contrato de trabajo por parte de extranjeros».[65] En las fábricas de armamento, los trabajadores extranjeros a menudo conformaban el 33% de la plantilla. La gran mayoría eran, en la práctica, trabajadores explotados desnutridos. Durante los primeros seis meses de 1944, 32.236 trabajadores rusos de las minas de carbón fueron registrados como «víctimas mortales». En realidad, los habían dejado morir de hambre deliberadamente.[66]

Para aliviar la creciente carga de casos de la Gestapo, se concedió a los jefes de planta poderes especiales para tratar con los «trabajadores del Este», entre ellos la capacidad de ordenar tres días de cárcel en los campos de trabajo adjuntos a muchas de las fábricas. La Gestapo se encargaba de muchos de estos casos. Robert Ledux, un trabajador francés, fue denunciado a la Gestapo en febrero de 1944 por holgazanear en una fábrica de armamento Krupp. Un capataz le pidió que moviera un hierro pesado, pero él se negó y dijo: «Si no hay comida, no hay trabajo». El capataz y él iniciaron una discusión y posteriormente la Gestapo lo trasladó a un campo de reeducación.[67]

La Gestapo siempre investigaba con detenimiento los casos en los que había sospecha de colaboración entre comunistas y trabajadores extranjeros. El caso de Hermann Haus, nacido en 1892 en Duisburgo, es un ejemplo típico. Hermann estaba casado, con cuatro hijos, y su ocupación era de «zapatero». Trabajaba en la infame empresa química IG Farben en la ciudad del oeste de Renania de Krefeld cuando llamó la atención de la Gestapo por primera vez.[68] El 1 de marzo de 1943 fue denunciado por un jefe de fábrica por unas supuestas declaraciones comunistas y por instar a los trabajadores extranjeros a trabajar despacio para obstaculizar el esfuerzo bélico alemán.

La Gestapo entrevistó a una amplia gama de trabajadores en la fábrica para averiguar si las acusaciones eran ciertas. El jefe le dijo a la Gestapo que durante las pausas de la comida Hermann se desentendía de sus colegas alemanes y prefería pasar el tiempo con las trabajadoras extranjeras, sobre todo las de Bélgica y en concreto una mujer llamada «señora Pellus». Habían entablado una estrecha amistad después de que ella consolara y apoyara a la esposa de Hermann durante su embarazo. Cuando un capataz reprendió a la señora Pellus por abandonar el puesto de trabajo treinta minutos antes, Hermann intervino para defenderla con vehemencia.

También hubo acusaciones de que Hermann incitaba a los trabajadores a que paticiparan en el sabotaje industrial. Un capataz llamado Fritz Kruger sospechaba que había estado incitando a los trabajadores a trabajar despacio, pero no pudo presentar pruebas directas. Un segundo capataz

llamado Aloys Engelhart describió a Hermann como «lento, irascible e indisciplinado», pero no aportó pruebas de la acusación de haber incitado a los trabajadores a participar en un sabotaje.

Una trabajadora alemana le dijo a la Gestapo que Hermann la reprendió por trabajar demasiado. En una ocasión esa mujer le dio a Hermann un zapato para que lo arreglara, pero en vez de dinero le pidió una cita. Ella lo rechazó. Después, Hermann no paró de fastidiarla con nimiedades. Dos trabajadoras extranjeras más también declararon ante la Gestapo.[69] Una afirmó que Hermann tuvo una aventura con por lo menos una trabajadora extranjera de la fábrica, una acusación muy grave que acarreaba la pena de muerte. Otra compañera de trabajo, casada, dijo que Hermann solía hacerle insinuaciones sexuales.

Otras trabajadoras alemanas declararon que Hermann siempre estaba pidiendo a las trabajadoras extranjeras «que no trabajaran demasiado». Además, le acusaban de dar aceite robado a los prisioneros de guerra que trabajaban en la fábrica. El jefe de la fábrica especuló ante la Gestapo con que Hermann era un comunista propenso al sabotaje industrial o un depredador sexual, obsesionado con las trabajadoras extranjeras. Su supervisor concluyó que todos los problemas con las trabajadoras extranjeras eran provocados por Hermann.

La Gestapo interrogó a Hermann sobre todas esas acusaciones. No encontraron pruebas de que fuera comunista o agitador sindicalista, ni de que incitara al sabotaje industrial por motivos políticos. Entre 1911 y 1920 había sido un fiel soldado del ejército alemán, y trabajó con diligencia como obrero no cualificado en IG Farben durante cuatro años. Tras declarar que todas las acusaciones eran puras habladurías maliciosas, Hermann destacó que el supervisor que había puesto la denuncia original siempre le había tenido manía personal. Ninguna de las acusaciones sexuales eran ciertas, según él. Negó tener una aventura con la señora Pellus, que junto con su marido mantenía una amistad con Hermann y su esposa.

El informe final de la Gestapo concluyó que no había pruebas que respaldaran que Hermann incitara a trabajar despacio o al sabotaje en la fábrica. Su versión de las diversas acusaciones sexuales fue aceptada. Hermann fue puesto en libertad de la «custodia preventiva» el 6 de marzo

de 1943. Había estado detenido durante solo cinco días. *Herr* Kurberg, el jefe de la planta IG Farben, escribió a la Gestapo diciendo que no quería perder a Hermann porque era «muy buen trabajador». Se decidió trasladarlo a otra fábrica.[70]

Es obvio que la Gestapo no erradicó por completo el comunismo de las zonas obreras, pero los comunistas comprometidos luchaban y cada vez perdían más la batalla. Todos los casos de la Gestapo que hemos examinado en los que estaban implicados supuestos comunistas fueron investigados con detenimiento y exhaustividad. Numerosos testigos fueron convocados para ser interrogados, y cada caso era tratado con diligencia y eficacia profesional. Se realizaba una clara evaluación final del peligro exacto que cada individuo suponía para la «comunidad nacional». La Gestapo reservaba el trato más duro para los activistas conocidos del KPD, sobre todo lo que tenían condenas «políticas» anteriores. Esos individuos eran puestos bajo «custodia preventiva» en cuanto salía a la luz algún indicio de que aún estaban comprometidos con la causa comunista. En todos los casos examinados, siempre era una denuncia de un miembro de la clase obrera o de la clase media-baja la que propiciaba la intervención de la Gestapo.[71]

La aguda observación del antiguo agente de la Gestapo Hans Gisevius de que muchos individuos de las comunidades de la clase obrera demostraban una voluntad creciente de colaborar con la Gestapo parece acertada en vista de los casos examinados.[72] Parece que la presión por adaptarse al concepto nacionalsocialista clave de una «comunidad nacional» (*Volksgemeinschcaft*) había penetrado en la clase obrera a finales de la década de 1930. Con estas circunstancias alteradas, la denuncia de «los enemigos del pueblo» se convirtió en un deber patriótico. Ámbitos antes privados como el lugar de trabajo, la cervecería o la gasolinera ya no estaban exentos de interferencia política. Un comentario descuidado en algunos de esos lugares podía, y a menudo sucedía, desembocar en una investigación de la Gestapo.

Según palabras de Robert Ley, jefe del Frente Alemán del Trabajo: «Los únicos que seguían teniendo una vida personal en Alemania eran los que estaban dormidos». En el caso de los comunistas, era cierto.

5
Denuncia a tu vecino

Se estima que el 26% de los casos de la Gestapo empezaron con una denuncia de un miembro de la sociedad civil.[1] En cambio, solo un 15% partieron de las actividades de vigilancia de la Gestapo.[2] Los denunciantes procedían de una gran variedad de estratos sociales, pero era raro que ciudadanos de clase alta o de clase media con estudios denunciaran un comportamiento disidente.[3] Los miembros de la clase media-baja y la clase obrera tenían la máxima representación entre los denunciantes. Los profesionales de clase media constituían menos del 10% de los que denunciaban.[4] Aproximadamente un 80% eran hombres que se ponían en contacto con la Gestapo tras presenciar incidentes en sus lugares de trabajo o de ocio. Las mujeres representaban un 20% de todas las denuncias. Normalmente acusaban a sus maridos, parientes y vecinos, por lo general en situaciones domésticas.[5]

Un estudio de 213 denuncias extraídas de los expedientes de casos de la Gestapo en Düsseldorf demostró que el 37% denunciaba a otra persona para resolver un conflicto personal.[6] La mejor forma de defensa para los denunciados era sembrar la duda sobre el acusador. Los agentes de la Gestapo se convirtieron en expertos en descubrir el motivo oculto de las denuncias, pero rara vez un denunciante sufría consecuencias por hacer falsas acusaciones. Una excepción fue un caso que empezó una tarde en una cervecería bávara de una pequeña ciudad rural. Dos completos desconocidos entablaron una conversación en el transcurso de una continuada ronda de cervezas. Uno de ellos acabó tan borracho que sufrió un breve desmayo. Cuando despertó, su compañero de borrachera le dijo que había estado hablando en sueños sobre cometer traición contra el

régimen de Hitler, y un miembro destacado del Partido Nazi local oyó esos comentarios. Ese nazi se puso en contacto con la persona que había hecho los comentarios antinazis al cabo de unos días, y le amenazó con denunciarlo a la Gestapo a menos que le pagara por su silencio. El hombre pagó un total de 350 marcos alemanes al miembro del Partido Nazi, y estaba cerca de la bancarrota cuando decidió informar del asunto a la Gestapo. Encontraron al chantajista, lo detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte.[7]

La base legal para la denuncia era el generalista «Decreto para la Protección del Movimiento Nacionalista de Ataques Maliciosos al Gobierno», promulgado el 21 de marzo de 1933. Contenía las siguientes provisiones:

1. Todo aquel que realice o haga circular de manera intencionada una declaración de índole factual que no sea cierta o sea una exageración, o que pueda provocar daños serios en el bienestar del Reich o un estado [federal alemán] o la reputación del gobierno nacional o de un gobierno estatal o demás organizaciones que ofrezcan su apoyo a dicho gobierno, será castigado, siempre y cuando otras regulaciones no prevean un castigo más severo, con pena de cárcel de hasta dos años y, si realiza o difunde la declaración en público, con una pena de cárcel de como mínimo tres meses.
2. Si su conducta ha provocado daños serios al Reich o a un estado [federal alemán], se podrá imponer una pena de reclusión.
3. Todo aquel que cometa un acto ilegal por negligencia será castigado con una pena de prisión de hasta tres meses, o con una multa.[8]

Este decreto se complementó el 20 de diciembre de 1934 con la Ley contra Ataques Maliciosos al Estado y al Partido. En ella se añadía una cuarta cláusula en la que se castigaba con cárcel todos los «comentarios subversivos» contra personalidades del estado o el Partido Nazi. El párrafo 42 de la Ley de Función Pública de 1937 convertía en un deber de todos los empleados del estado informar de las actividades contra el estado a la Gestapo.[9] Todas esas leyes eran una invitación a denunciar a cualquiera que hiciera comentarios despectivos sobre el régimen nazi. Las condenas de cárcel por ese tipo de delitos variaban entre uno y seis meses. En contra de la creencia popular, no se produjo un aluvión de denuncias. El Tribunal Especial de Múnich juzgó 4.453 casos basados en estas leyes entre 1933 y

1939, pero solo 1.522 de los denunciados fueron condenados.[10] En 1937 la Gestapo recibió denuncias de 17.168 casos de «habladurías maliciosas» en toda Alemania.[11]

El 15 de septiembre de 1933 empezó un típico caso de denuncia cuando Friedrich Weltbach, obrero de una fábrica de cobre en la ciudad industrial de Renania de Duisburgo, se puso en contacto con una organización fabril del Partido Nazi llamada Iniciativa Nacionalsocialista (NSJB) para informar de que su anciano capataz de la fábrica Heinrich Veet, nacido en 1876 en Duisburgo, se había negado en repetidas ocasiones a hacer el saludo nazi a sus colegas, no permitía que los trabajadores escucharan importantes radiotransmisiones de dirigentes nazis y a menudo hacía comentarios despectivos sobre el régimen nazi.[12] El caso pasó a la Gestapo para su investigación, y una serie de trabajadores fueron interrogados.[13] Friedrich Weltbach dijo que a menudo se encontraba con Heinrich Veet en la sala social de la fábrica. Un día Friedrich le dio los buenos días y le hizo el saludo de «*Heil*, Hitler». Veet contestó, enfadado: «No me hagas esa mierda». Un segundo trabajador recordaba que cuando hablaba en términos positivos de Adolf Hitler delante de Veet, él decía: «No digas tonterías —y añadía—: Te daré una patada en el culo si haces el saludo nazi delante de mí». El jefe de la NSJB en la fábrica declaró que había instalado una radio en la sala social de la fábrica para que los empleados pudieran escuchar los discursos importantes de dirigentes nazis. Una mañana invitó a unos jóvenes aprendices a acompañarle para escuchar un importante discurso de Hitler. Cuando Veet se enteró, advirtió a los trabajadores de que no podían abandonar sus deberes en el trabajo solo para escuchar un discurso. Karl Koptur, un técnico de la fábrica, apuntó: «Yo le hacía a todo el mundo el saludo de Hitler, pero me percaté de que Veet nunca me lo devolvía. Me dijo que le bastaba con dar los buenos días». El representante de la NSJB le dijo a la Gestapo que la dirección de la fábrica había sido informada del requisito legal de que todos los trabajadores hicieran el saludo nazi. Un informe de la Gestapo, con fecha del 22 de septiembre de 1933, concluyó: «Todo el mundo en la fábrica le odia [a Veet]».

Armada con semejante variedad de pruebas en apariencia convincentes de comportamiento antinazi, la Gestapo detuvo a Heinrich Veet y lo puso bajo «custodia preventiva». Fue enviado a un campo de concentración local. Andreas, el hermano de Veet, contrató a un abogado para intentar liberarlo. También envió una recomendación personal al director de policía de Duisburgo en la que apoyaba a su hermano. En ella mencionaba que Heinrich había servido a su país como soldado en el levantamiento de los bóxers de 1900 y la primera guerra mundial. Le había sido concedida la Cruz de Hierro de segunda clase y muchas otras condecoraciones militares durante el curso de una notable carrera militar. En la década de 1920, Heinrich se afilió al Partido del Pueblo Alemán (*Deutsche Volkspartei*, DVP). Solía elogiar al canciller Wilhelm, y desplegaba los colores de la bandera alemana anterior a 1914 en su casa. Sentía una profunda aversión hacia socialistas y comunistas, concluía su hermano.

El jefe de la fábrica de cobre envió otra carta de apoyo a la Gestapo en la que destacaba que Veet llevaba trabajando para la empresa desde el 15 de noviembre de 1918 y era «un auténtico [patriota] alemán que siempre había cumplido con su deber». Tal vez fuera «un poco rudo» a veces en el trato con los compañeros de trabajo, pero era su carácter. Eso no demostraba que se opusiera en esencia al gobierno de Hitler.

El 16 de octubre de 1933, Wilhelm Wagener, el abogado que representaba a Heinrich Veet, envió una carta a la Gestapo en la que rogaba su liberación del campo de concentración: «Veet es un conservador de la vieja escuela —escribió Wagener—. Le está costando adaptarse al nuevo régimen nazi, pero eso no significa en absoluto que se oponga al estado». Añadía que las acusaciones hechas por sus colegas se debían a motivos personales. Para ayudar en su caso, los propietarios de la fábrica aceptaron ofrecer a Veet una jubilación anticipada si era liberado.

La carta del abogado tuvo un gran efecto: la Gestapo decidió poner en libertad a Veet sin cargos tras firmar la siguiente declaración: «Prometo que en el futuro nunca haré nada que contravenga los deseos del estado. La policía me ha comunicado que entraré en la cárcel si lo vuelvo a hacer».[14]

Dado que muchos de los denunciantes eran compañeros de trabajo, el caso de Heinrich podría parecer habitual, pero era muy raro que los subordinados denunciaran a sus superiores. Normalmente era al revés. En este caso, el denunciante, un nazi comprometido, presentó sus acusaciones a una organización fabril nacionalsocialista, que las transmitió a la Gestapo. En un principio el denunciante logró convencer a la Gestapo para que creyera su versión de los hechos, que fue corroborada por varios jóvenes trabajadores partidarios de los nazis. La inspirada intervención del hermano de Veet permitió dar la vuelta a la sentencia original. La Gestapo quedó impresionada con los testimonios aportados por su hermano, su empresa y su abogado. Todos eran miembros destacados de la comunidad nacional. Su retrato alternativo de Veet como un hombre patriótico y decente, cerca de la jubilación, al que le costaba adaptarse a las nuevas exigencias del régimen nazi resultaron ser convincentes.

La Gestapo trataba las acusaciones contra ciudadanos que solían respetar la ley como Heinrich Veet con diligencia profesional y con frecuencia una compasión sorprendente. Los agentes de la Gestapo creían que la mayoría de los ciudadanos alemanes no constituían una amenaza política real para el régimen nazi. Reinhard Heydrich a menudo emitía órdenes a los agentes de la Gestapo en las que los instaba a «dominarse» cuando interrogaran a ciudadanos alemanes «normales».[15] En los interrogatorios de la Gestapo a ciudadanos alemanes aparecían con frecuencia frases como «el sospechoso daba buena impresión».[16]

Ni siquiera era raro que un alemán corriente protestara por acciones arbitrarias de la Gestapo. Un caso típico empezó el 20 de marzo de 1934 cuando Karl Vort, nacido en 1904 en Leoben, Austria, denunció a dos agentes de la Gestapo a la policía por perseguirlo por una calle de Düsseldorf, tras haber tenido una discusión previa en un restaurante, y agredirle.[17] Los dos agentes acusados (Bobel y Dittger) declararon que estaban llevando a cabo una operación de vigilancia encubierta la noche en cuestión. Habían recibido información de que una velada semanal para tocar la mandolina en un club de la zona se estaba usando como tapadera para celebrar reuniones ilícitas antinazis organizadas por un grupo de comunistas locales y antiguos miembros del SPD. Cuando Bobel y Dittger

llegaron al club descubrieron que estaba cerrado por obras y fueron a cenar a un restaurante de la zona, llamado Trocadero. Mientras esperaban a que los sirvieran, oyeron una acalorada discusión en una mesa contigua en la que un hombre hacía declaraciones a favor de los comunistas en compañía de una mujer y otro hombre. Cuando el grupo se levantó para irse al terminar la cena, los dos agentes de la Gestapo se acercaron al hombre que había hecho los comentarios procomunistas, sin decir que eran agentes de la Gestapo. Se inició una discusión que terminó cuando el hombre y sus dos acompañantes se fueron del restaurante. Al cabo de un momento, de pronto uno de los agentes pensó que el hombre que acababa de salir del restaurante era un conocido antiguo funcionario del KPD llamado Erwin. Los agentes salieron del restaurante de inmediato tras él, lo alcanzaron y le pidieron el documento de identidad. Karl Vort se negó a enseñarles los papeles y, según el informe de Bobel y Dittger, empezó a agredirles físicamente. Se intercambiaron puñetazos. Durante la pelea un escaparate quedó destrozado, y los tres se injuriaron. Bobel y Dittger negaron estar borrachos la noche en cuestión, y mantuvieron que su versión de los hechos era cierta. Recomendaban que se acusara a Vort de lesiones físicas y obstrucción a la autoridad en el cumplimiento de su deber.

La Gestapo siguió investigando los orígenes de Karl Vort. Al parecer vivía sin estar casado con una tal señorita Bohnstedt (que estaba en el restaurante con él). La pareja tenía un hijo pequeño. Un vecino le dijo a la Gestapo que Vort «se oponía al nacionalsocialismo». Nada más lejos de la realidad. Resultó que Karl era un culto estudiante de medicina, auxiliar de policía y nazi comprometido que había solicitado recientemente su ingreso en las SA. Un músico y un camarero, que presenciaron el incidente del restaurante, recordaban la acalorada discusión entre Karl y los dos agentes de la Gestapo, pero no pudieron confirmar si Vort había hecho comentarios comunistas mientras estuvo en el restaurante. Parece muy poco probable que los hiciera.

Durante su interrogatorio, Karl Vort declaró que los dos agentes de la Gestapo, que según él estaban bastante borrachos, iniciaron una discusión absurda aquella noche. Nunca se identificaron como agentes de la Gestapo. Asustado, Karl se fue del restaurante con sus acompañantes. Luego Bobel y

Dittger lo persiguieron, lo atraparon y lo atacaron de forma brutal. Él solo se había defendido de aquel ataque gratuito. Debido a las heridas, Karl pasó diez días en el hospital y tuvo que pagar una importante factura médica por el tratamiento hospitalario. Exigía una compensación de 1.150 marcos alemanes de la Gestapo por maltrato y lesiones. Convocaron a un jefe de brigada de las SA para intentar conciliar a las dos partes. No llegaron a un acuerdo. Luego la Gestapo pasó el caso al fiscal general. El 9 de septiembre de 1934 resolvió que no era necesario tomar medidas contra Bobel y Dittger, y que también debían descartarse los cargos contra Karl Vort por obstrucción y agresión a agentes de la policía.

Vort se negó a aceptar la decisión e interpuso una demanda civil por daños y perjuicios contra la Gestapo. Envió una carta a Rudolf Hess en Berlín para quejarse del trato recibido. El 24 de octubre de 1934, el tribunal regional de Düsseldorf se negó a admitir su proceso civil contra los agentes porque se basaba en la presunción de que habían actuado de forma arbitraria cuando lo detuvieron en la calle y le pidieron la documentación. Pese a este rechazo, Vort continuó intentando obtener una compensación de la Gestapo, se negaba a darse por vencido. Envió una carta final de queja a la sede central de la Gestapo en Berlín. El 11 de enero de 1935, la oficina de la Gestapo en Berlín le envió una respuesta en la que rechazaba su reclamación y hacía hincapié en que la versión de los hechos ofrecida por los dos agentes de la Gestapo era correcta.[18]

A menudo se enviaban a la Gestapo quejas de personas que afirmaban que una denuncia les había arruinado la vida. Karl Feedler, nacido en 1903 en Oberhausen, en la región del Ruhr, le pidió a la Gestapo que eliminara una cláusula de una condena anterior que le impedía enrolarse de por vida en el ejército alemán.[19] Había sido denunciado el 9 de abril de 1935 por un cliente de una cervecería que le oyó decir que no había sido el comunista Marinus van der Lubbe quien había prendido fuego al Reichstag en febrero de 1933, sino un grupo de las SS que más tarde fueron asesinados en la Noche de los Cuchillos Largos para tapar el asunto. Por ese comentario descuidado y trivial de borrachera, Feedler fue condenado a dos años de cárcel el 8 de agosto de 1935. No fue liberado hasta 1937.

En una carta a la Gestapo con fecha del 18 de febrero de 1942, Feedler escribió: «Para mí es un gran honor servir en el ejército alemán. A causa de un desgraciado incidente en un bar, fui relegado a ser ciudadano de segunda. No obstante, siempre he pensado y me he sentido como un verdadero [patriota] alemán, y por tanto deseo reivindicar mi derecho a enrolarme en el ejército». La Gestapo vio con buenos ojos esta solicitud, por lo que envió una carta de apoyo al comandante militar de la zona, que decía:

> Durante un tiempo [Feedler] ha sido miembro de Stahlhelm [una organización nacionalista favorable al ejército] y de varias organizaciones juveniles católicas. Fue educado como católico. Hizo un discurso en una cervecería en 1935, pero fue liberado de la cárcel en 1937. Vive en casa de sus padres, trabaja mucho en una fábrica de repostería, es miembro del Frente Alemán del Trabajo (DAF) y participa en las recolectas anuales para el Socorro de Invierno. La Gestapo apoya su petición.[20]

No se sabe si aceptaron su solicitud.

En la mayoría de casos la denuncia se originaba por motivos personales. Parejas casadas y no casadas y familiares políticos aparecen con frecuencia en los expedientes de la Gestapo. Era poco habitual que un marido denunciara a su esposa, pero más común que ellas denunciaran a sus maridos. La Gestapo no siempre lo tenía fácil para averiguar el motivo exacto por el que una esposa había denunciado a su cónyuge. Un ama de casa de Mannheim le dijo a la Gestapo que su marido hacía comentarios despectivos sobre el régimen nazi, y el hombre pasó a estar bajo «custodia preventiva» a la espera de más indagaciones. Se descubrió que la mujer quería quitar de en medio a su marido para poder continuar una aventura amorosa con un joven soldado fuera de servicio en el hogar familiar.[21] Otro de los casos concernía a dos médicos. La esposa acusó a su marido de realizar abortos ilegales, lo que provocó su detención, interrogatorio, juicio y condena a ocho meses de cárcel. Su carrera quedó arruinada. La acusación era cierta, pero a medida que se desarrollaba la investigación quedó patente que el verdadero motivo de la denuncia a la Gestapo era la venganza. El marido había contagiado a su esposa una enfermedad de transmisión sexual porque tenía una aventura y se negaba a ponerle fin. Una vez liberado, el hombre inició los procedimientos de divorcio arguyendo

que su esposa había traicionado los votos de lealtad que se suelen esperar en un matrimonio. El juez le concedió el divorcio y declaró culpable a la mujer, de manera que se le denegó el derecho a una manutención.[22]

Los casos de la Gestapo en los que una esposa denunciaba a su marido solía responder a un determinado contexto familiar. La esposa se presentaba como un miembro leal de la comunidad nacional, buena madre y esposa fiel, cuya única voluntad era que la Gestapo castigara a un disidente político. Con frecuencia la realidad era muy distinta. La mayoría de maridos eran denunciados por motivos morales subyacentes: tenían aventuras amorosas o eran alcohólicos crónicos violentos cuyos matrimonios se encontraban al borde del divorcio.[23]

Un caso típico empezó el 10 de mayo de 1939 cuando «*frau* Hof» denunció a su marido en Düsseldorf. Le dijo a la Gestapo: «Mi marido es de izquierdas. No lo aguanto más. Siempre está criticando al gobierno. Dice que nunca podría ser nacionalsocialista. Tiene una pistola cargada y a menudo amenaza con dispararme». En su informe hacía otras acusaciones. Su marido había tenido una aventura con una prostituta. Le gritaba y abusaba verbalmente de su mujer con frecuencia, bebía en exceso y estaba desempleado. Tampoco podía tener relaciones sexuales con él porque estaba «impedido sexualmente». La Gestapo investigó en profundidad las acusaciones, y solicitó a *herr* Hof su versión de los hechos: «Debo negar todas las acusaciones realizadas contra mí —le dijo a la Gestapo—. El informe de mi esposa es solo un acto de venganza, al parecer quiere deshacerse de mí. No es cierto que pegue a mi mujer». En el informe de la Gestapo consta: «De todo el episodio se deduce que *frau* Hof hizo esas declaraciones para deshacerse de su marido. *Herr* Hof ha quedado advertido. No hay motivos para seguir investigando el asunto. Se le ha multado con diez marcos alemanes por estar en posesión de un arma no autorizada».[24]

Por lo general, los agentes de la Gestapo no consideraban que las mujeres de clase trabajadora como *frau* Hof fueran testigos fiables. Pensaban que las declaraciones contra los nazis realizadas en casa por ciudadanos alemanes no constituían una amenaza seria para el régimen. A menudo resultaba imposible determinar si los maridos habían llegado a

hacer los comentarios en contra del régimen nazi de los que se les acusaba. Asimismo, los agentes de la Gestapo solían hacer oídos sordos a los espeluznantes relatos de las esposas sobre violencia psicológica, verbal y física ejercida en esos matrimonios disfuncionales.

Las mujeres también denunciaban a otros miembros de la familia, sobre todo de la política. Durante el período de guerra aumentaron ese tipo de casos. Tal y como se apuntaba en un informe del SD: «Las consecuencias del adulterio cometido por la esposa de un soldado se consideran graves. Los maridos quedan muy contrariados en el frente cuando los vecinos les informan del cambio de conducta de sus esposas».[25] Las cartas enviadas a casa por soldados alemanes a menudo expresaban preocupación por la fidelidad de las esposas que dejaban atrás. No podían responder a la idílica imagen de la propaganda nazi de la esposa y madre fiel y abnegada. La Gestapo opinaba que las aventuras amorosas ilícitas de las esposas de soldados que combatían en la guerra minaban la moral. En esos casos, la Gestapo podía convertirse en un organismo disciplinario y moralizante.[26] De las 10.000 mujeres alemanas enviadas a campos de concentración durante la guerra, una gran parte eran mujeres casadas condenadas por entrar en «contacto prohibido» con un «no ario», por lo general un trabajador o soldado extranjero.

Un caso empezó cuando una mujer encontró un montón de cartas en casa de su hermano en las que había firmes indicios de que su cuñada tenía una aventura amorosa con un trabajador francés llamado Michel Girault. Informó de la situación al mismo tiempo a su hermano Erich y a la Gestapo. Su cuñada Rosa Deeser (nacida en 1916) vivía en Duisburgo cuando fue detenida por la Gestapo el 2 de febrero de 1943.[27] Rosa le dio a la Gestapo su propia versión de los hechos. Trabajaba de dependienta, y llevaba casada desde los dieciocho años con Erich, que estaba combatiendo con la Wehrmacht en el Frente del Este. Conoció a Girault en febrero de 1942 en Detmold, en casa de un amigo de la familia donde se alojaba mientras su marido estaba acuartelado en la ciudad. Durante su estancia solo mantuvo una breve conversación con él. En septiembre de 1943 volvió a alojarse en casa de la misma familia, esta vez durante ocho días, junto con sus hijos. Un día fue a tomar una copa con Girault, y esa misma noche la pareja tuvo

relaciones sexuales. Durante los meses siguientes volvió con regularidad para quedar con Girault en Detmold. Estaba obsesionada con su amante francés. «Me he enamorado de él», admitió. Durante otra visita, le dijo a Girault que estaba embarazada, pero era mentira. Quería que le diera dinero para comprar un vestido, y pensó que ese embuste lo persuadiría. Rosa dijo que el motivo por el cual inició una aventura con Girault al principio era que su marido había sido violento con ella antes de enrolarse en el ejército. Admitió haberle dicho a Girault que los ataques aéreos de la RAF estaban afectando a la moral de la gente de Duisburgo, pero se arrepentía y suplicaba clemencia. Realizaron un intenso registro en su casa. Un médico le hizo una revisión física, y no encontró pruebas de un aborto. La Gestapo no encontró pruebas de que estuviera pasando información detallada sobre los bombardeos a otra persona que no fuera su amante francés. La Gestapo decidió que fuera la familia quien decidiera las consecuencias de aquella aventura, y se cerró el caso. Dado que las relaciones sexuales ilegales entre una mujer «aria» y un trabajador extranjero a menudo desembocaban en castigos de una dureza extrema, entre ellos la ejecución, Rosa y Girault salieron muy bien parados. No hay pruebas de que la Gestapo interrogara a Girault sobre su aventura amorosa. No se sabe qué ocurrió después en la relación de Rosa con su marido, su cuñada o Girault.[28]

Las mujeres también solían denunciar a sus novios a la Gestapo. Le ocurrió a Walter Remmer, nacido en 1913 en Essen.[29] Viajaba en tren desde Múnich cuando entabló conversación con una mujer de Offenbach. Ella quedó prendada de inmediato de él, y le invitó a su casa. Iniciaron una relación sexual esa misma noche. Luego él se quedó a vivir en su casa. Cuando Walter empezó a contarle más sobre su pasado, la mujer empezó a desconfiar de él. Lo denunció a la Gestapo, convencida de que participaba en actividades de la oposición.

Pronto se descubrió que Walter era un prisionero huido. El 18 de junio de 1944 le hicieron un extenso interrogatorio. Había sido soldado en la Wehrmacht y condenado por un tribunal militar en Roma a dos años de cárcel por robar un par de botas y unos guantes en una tienda del ejército y venderlos. Cumplió la sentencia por esos delitos en una cárcel militar de Hohenbrunn, en la región de Múnich. El 1 de diciembre de 1943 huyó del

campo vistiendo un uniforme de las SS que había robado del almacén. Luego continuó la huida utilizando el apodo de Johann Weber. Envió una carta a su hermana explicándole que lo habían expulsado del ejército, y ella le envió 400 marcos alemanes. Con ese dinero compró ropa de civil y un billete de tren de Múnich a Offenbach, y durante ese viaje conoció a la mujer desconocida en el tren.

Mientras vivía con ella, se implicó con un grupo de resistencia clandestino que distribuía panfletos que contenían lemas contra los nazis como: «Alzaos, pueblo. Vuestro *Führer* miente. Romped la cruz del asesinato». La Gestapo descubrió copias de los panfletos en Fránkfort y Kassel. Walter negó tener ningún vínculo con otros grupos de la oposición. Se negó con valentía a dar los nombres de ninguna de las personas que le habían ayudado. No era marxista ni comunista, se definió ante la Gestapo como un «nacionalista liberal». Estaba a favor de un gobierno democrático, no quería derrocar al gobierno nacionalsocialista, y dijo que Hitler era «uno de los mejores políticos de todos los tiempos». Admitió que quería que Alemania pusiera fin a la guerra, pues a su juicio estaba abocada al fracaso. La Gestapo siguió investigando sus orígenes, pero no descubrió vínculos con otros grupos clandestinos de resistencia. Lo detuvieron bajo «custodia preventiva». En su expediente no consta ningún indicio de cuál fue su destino final.[30]

El estallido de la segunda guerra mundial comportó una mayor intolerancia a cualquier comentario político crítico. Se aprobaron una serie de leyes nuevas para tratar con cualquiera que intentara «apuñalar por la espalda al frente de combate». Los nazis insistían en que eso fue lo que llevó a la derrota de los alemanes en la primera guerra mundial. Se advirtió a los jueces que debían considerarse «soldados del frente nacional» y que impusieran penas mucho más duras.[31] Toda discrepancia debía ser tratada con tolerancia cero. La cantidad de «tribunales especiales» aumentó de veintisiete en 1938 a setenta y cuatro a finales de 1942. Las penas de muerte impuestas dentro del sistema judicial existente aumentaron de forma radical de 139 en 1939 a un pico de 5.336 en 1943.[32] Según un decreto del 17 de octubre de 1939, los campos de concentración quedaban fuera del escrutinio

y la jurisdicción de los tribunales civiles. Ya no se exigía la práctica de informar de las «muertes no naturales» en los campos de concentración al Ministerio del Interior.

El Decreto sobre el código penal especial durante el período de guerra entró en vigor el 26 de agosto de 1939. Contenía un nuevo delito tipificado como «minar el esfuerzo bélico» que conllevaba la pena de muerte. El 7 de septiembre de 1939 se aprobó otra ley para que los alemanes dejaran de escuchar emisoras de radio extranjeras. Contenía las siguientes provisiones:

1. Queda prohibido escuchar emisoras de radio extranjeras de forma intencionada. Las infracciones serán castigadas con penas de cárcel. En los casos menos serios se puede reemplazar la sentencia de cárcel. El equipo [la radio] será confiscado.
2. Todo aquel que difunda de manera intencionada información obtenida en emisoras de radio extranjeras que pueda amenazar las capacidades defensivas de la nación alemana será castigado con pena de cárcel, y en los casos que revistan especial gravedad con la muerte.
3. Las regulaciones del presente decreto no se aplican a acciones llevadas a cabo en el cumplimiento de un deber.
4. Los Tribunales Especiales serán los responsables de tratar y emitir sentencias sobre la violación del presente decreto.
5. Solo pueden presentar acusaciones relativas al punto (1) y (2) las agencias de la policía estatal [Gestapo].
6. El Ministerio del Reich de Propaganda e Información Popular [Joseph Goebbels] publicará la normativa legal y administrativa necesaria para aplicar este decreto y, en cuanto a la normativa penal, hará lo mismo previa consulta al Ministerio de Justicia del Reich.[33]

La mayoría de alemanes recibían las emisoras en alemán de la BBC, así como servicios parecidos de Rusia, Suiza, Francia y Luxemburgo. Tal y como recordaba más tarde Konrad Adenauer, dirigente alemán después de la guerra: «Puede parecer sorprendente que estuviera tan informado sobre el transcurso de la lucha. La razón es que, aparte del tiempo que pasé en el campo de concentración o en la cárcel, no dejaba pasar un día sin escuchar varias emisoras extranjeras».[34] El ministro de Justicia Franz Gürtner se opuso a la ley. El 1 de septiembre de 1939 le escribió a Joseph Goebbels: «Me temo que semejante decreto abrirá las compuertas a las denuncias, y todos los camaradas nacionales quedarán más o menos indefensos ante dichas denuncias».[35] También era una auténtica preocupación de la Gestapo. Los programas en alemán de la BBC llegaban a toda la población. En el período comprendido entre el 1 de enero y el 30 de junio de 1940, por ejemplo, 2.197 personas fueron detenidas por escuchar emisoras de radio

extranjeras. Un total de 708 de los casos terminaron con una condena de cárcel de hasta dos años.[36] Solo once personas fueron condenadas a pena de muerte por escuchar programas de radio extranjeros.[37]

Para provocar miedo, los periódicos mencionaban y avergonzaban a los condenados. En el periódico del Partido Nazi, el *Völkischer Beobachter* («Observador del pueblo»), apareció una noticia típica:

> Johann D, de Leverkusen-Rheindorf, ha sido sentenciado a un año de cárcel por haberse saltado la prohibición de escuchar emisoras de radio extranjeras y haberlas sintonizado en repetidas ocasiones. Asimismo, el Tribunal Especial hanseático de Bremen juzgó a una persona acusada de escuchar la emisora de radio de Estrasburgo el 7 de septiembre [de 1939], que emitía la mentira de que el Muro Occidental habían abierto una brecha y que las tropas francesas ya estaban en el Rin y el Mosela. El acusado repitió las mismas fábulas al día siguiente en la planta [de su fábrica] ... Así, no fue sentenciado por escuchar la radio sino por difundir mentiras peligrosas, y se le impuso una pena de cárcel [trabajos forzosos] de un año y seis meses.[38]

Personas de todas las clases de la sociedad alemana fueron acusadas de escuchar programas de radio extranjeros. Era un delito basado en gran medida en las denuncias del público. Muy pocos casos procedían de la red de espionaje de la Gestapo. Se convirtió en una cuestión de decidir qué versión de los hechos resultaba más convincente. Los principales denunciantes de este delito eran parientes cercanos, vecinos, servicio doméstico y compañeros de trabajo. El 17 de noviembre de 1939, un pintor de casas llamado Gregor, residente en la ciudad de Burgbrohl en el valle del Rin, denunció a su cuñado Arnulf por escuchar programas de radio extranjeros y hacer comentarios despectivos sobre Hitler. Durante el interrogatorio, Arnulf admitió haber oído los programas, pero como atenuante mencionó que era veterano de la primera guerra mundial y un «camarada nacional» leal. Cuando la Gestapo indagó más en el caso, pronto quedó claro que el motivo clave de la denuncia de Gregor era la venganza personal. Unas horas antes de denunciar a su cuñado a la Gestapo había tenido lugar una violenta discusión en el hogar familiar, durante la cual Gregor, su esposa y su hija fueron expulsados de casa de Arnulf, que pasó tres semanas en la cárcel antes de ser puesto en libertad. No obstante, en febrero de 1940 la Gestapo recomendó al fiscal juzgar a Arnulf por escuchar programas de radio extranjeros. El 27 de septiembre de 1940, los jueces que presidían el tribunal decidieron absolverlo.[39]

En otros casos, la Gestapo intervenía cuando los jueces demostraban semejante indulgencia. El 3 de noviembre de 1939 un hombre fue denunciado por un vecino por escuchar los programas de Radio Moscú. Al cabo de dos meses, cuando un tribunal especial juzgó el caso, el juez desestimó los cargos por falta de pruebas. La Gestapo no quedó satisfecha con el resultado, así que el hombre fue puesto bajo «custodia preventiva» y luego enviado al campo de concentración de Sachsenhausen. Murió allí el 6 de noviembre de 1940.[40]

Peter Holdenberg, nacido en 1877 en Vluyn, una ciudad de la zona de Renania, fue acusado de escuchar emisoras de radio extranjeras por su vecino. Era protestante, discapacitado y vivía solo en un piso en una tercera planta en Essen en el momento de su detención por la Gestapo.[41] El 12 de noviembre de 1941, Helen Stuffel, su vecina de al lado, modista de profesión, le dijo a la sección local del Partido Nazi que Peter era un oyente habitual de emisoras de radio extranjeras. La sección local pasó la información a la oficina regional del Partido Nazi, que alertó a la Gestapo.

Helen Stuffel hizo una declaración detallada ante la Gestapo. Dijo que una vecina suya, Irmgard Pierce, le había dicho que Peter escuchaba emisoras de radio extranjeras. Alardeó ante la Gestapo de haber estado toda una noche escuchando a través de la pared compartida de su piso para comprobar si era cierto. Le oyó escuchar programas de la BBC y Radio Moscú todas las noches entre las diez menos cuarto y las doce. Luego pidió a dos vecinos que acudieran a su piso para confirmar sus sospechas. Todas las mujeres escucharon a través de la pared. Coincidieron en que sin duda Peter estaba escuchando programas de emisoras extranjeras. «Holdenberg es un agitador», añadió. En otra ocasión Peter supuestamente le dijo: «Nosotros [Alemania] no ganaremos la guerra, y no deberíamos ganarla». Para añadir más leña al fuego, Stuffel intentó presentar a Peter también como defensor de los judíos. Supuestamente un día dijo que desde que las tiendas judías habían cerrado ya no podía pagar los productos a plazos, como siempre le había gustado hacer. También le oyó hablar a favor de la Unión Soviética. Para finalizar, especuló con que, ya que Peter era librero y

viajaba por todo el país por trabajo, probablemente difundía los rumores falsos que oía todas las noches en la radio. «Es muy peligroso para el gobierno», concluyó.

La Gestapo convocó a varios vecinos para ser interrogados. Los testigos ofrecieron relatos muy distintos. Irmgard Pierce dijo que la historia de Stuffel era cierta, y llamó a Peter «agitador y alarmista». Un día que ella se quejó por tener que ir al refugio antiaéreo todas las noches, él contestó: «Pero, si estamos ganando la guerra, ¿por qué necesitamos refugios antiaéreos?». Otra vecina, Elisabeth Beck, corroboró todas las acusaciones realizadas por Stuffel y Pierce. Peter lo tenía difícil para ser tratado con indulgencia. No obstante, entonces aparecieron tres testigos para aportar pruebas en su defensa. La primera fue Katharina Hein, otra vecina del edificio de apartamentos que declaró que todas las acusaciones contra Holdenberg eran falsas. Ella iba a menudo a tomar algo con Peter y jugaba a juegos de mesa con él muchas tardes en su piso. Nunca le oyó escuchar emisoras de radio extranjeras. La Gestapo pensó que Katharina había inventado esa historia para ayudar a Peter, por lo que había que tomarla con cautela. Klara Vogts, la asistenta de Peter, negó que estuviera en contra de los nazis. Nunca le oyó escuchar emisoras de radio extranjeras mientras ella limpiaba el piso. Un tercer testigo, Anton Ronnig, director de banda, dijo estar presente cuando Peter habló sobre la guerra delante de Stuffel, pero afirmó que ella había tergiversado por completo la conversación. Lo que Peter dijo en realidad no fue que debía perder la guerra Alemania, sino las fuerzas del capitalismo internacional. También destacó que la propia Stuffel había sido muy amable con los judíos, pues muchos de ellos eran clientes suyos como modista.

Peter fue detenido el 10 de diciembre de 1941 e interrogado por la Gestapo. «Todo esto es una conspiración —se lamentó—. He tenido problemas con Stuffel, y Pierce siempre se pone de su parte.» Negó todas las acusaciones. Según él, eran «cotilleos absurdos» de mujeres entrometidas, con intereses personales. Ya había causado problemas a otro vecino por propagar el falso rumor de que escuchaba emisoras de radio

extranjeras. Afirmó que antes de 1933 no era miembro de ningún partido político, y sin duda no era un opositor al régimen nazi. Era discapacitado desde 1935, y desde su divorcio vivía solo y tranquilo.

Al día siguiente, Peter intentó suicidarse ahorcándose en su celda. Lo encontraron vivo y fue trasladado a toda prisa a un hospital, pero murió allí al día siguiente.[42]

La condesa Maria von Lingen, que vivía en un castillo cerca de la ciudad del sur de Alemania de Überlingen, también fue denunciada a la Gestapo por escuchar programas de la BBC por tres empleadas domésticas: el ama de llaves, la niñera y una de las cocineras. El servicio doméstico encendió la radio una mañana mientras ella estaba de vacaciones, y vieron que estaba sintonizada en la emisora extranjera BBC. Maria fue convocada a un interrogatorio. «Quiero decirle algo —le dijo al agente de la Gestapo —. No estaba aquí, estaba en Italia. Aquí tiene mi billete, mi permiso de viaje y la autorización para volver a entrar en el país ... Le digo que no sé nada.» El agente contestó: «Usted es responsable de lo que ocurre en su casa». La Gestapo decidió abandonar el caso porque el marido de Maria murió en la batalla mientras duraba la investigación. Maria von Lingen más tarde recordaba lo que sucedió en realidad: «Cuando estalló la guerra, escuchar emisoras de radio extranjeras era un delito penado con la cárcel. Por supuesto que se hacía en secreto. Yo siempre escuchaba la BBC, que se recibía muy bien». Maria tenía una amiga inglesa que se alojaba en su antigua mansión mientras ella estaba de vacaciones. Fue su amiga quien escuchó la BBC y olvidó volver a sintonizar la radio en el dial de una emisora alemana antes de acostarse.

La Gestapo decidió investigar a su «amiga inglesa» con más detenimiento. Un agente de la Gestapo se presentó en casa de Maria pasadas unas semanas del primer interrogatorio. «[El agente de la Gestapo] dijo: “¿Tiene usted una amiga inglesa?”. Yo le dije: “No es inglesa. Bueno, sí, pero también es alemana. Se casó con un alemán”.» El agente le comunicó que su amiga había sido acusada de espionaje y estaba siendo interrogada en Múnich. «No tengo ni idea de qué me habla —contestó Maria—. Nunca me contó nada [del espionaje].» Maria fue interrogada

durante noventa minutos hasta que el agente de la Gestapo le dijo con educación: «Debo decirle que su testimonio concuerda con lo que tienen nuestros colegas de Múnich, el caso queda cerrado».[43]

Otro caso relacionado con emisoras de radio extranjeras empezó el 10 de noviembre de 1941 cuando Karl Kesler, nacido en 1904 en Wuppertal, fue denunciado por el guardia de seguridad de la fábrica metalúrgica de Düsseldorf donde trabajaba como contable por escuchar las emisiones de la BBC en alemán.[44] La acusación era fruto de una conversación cotidiana en el trabajo en la que Robert Blingen, uno de los compañeros de oficina de Kesler, le dijo que sospechaba que Karl escuchaba emisoras de radio del enemigo, además de falsificar cheques para la comida en la fábrica. El 30 de octubre de 1941, cuando la plantilla de la oficina comentaba durante la comida las nuevas medidas del gobierno destinadas a ahorrar hierro para la industria armamentística, Kespler de pronto dijo: «Todo es falso [propaganda]». Blingen pensó que Kesler solo podía haber obtenido esa información escuchando emisoras extranjeras. Toda la plantilla se quejó ante la dirección por el incidente, y se negaron a trabajar con un «colega tan poco patriótico». Kesler fue despedido el 1 de noviembre de 1941.

No obstante, el guardia de seguridad informó a la Gestapo de que sospechaba que Kesler escuchaba emisoras de radio extranjeras. Fue detenido el 10 de noviembre de 1941. Negó las acusaciones, convencido de que su despido había sido injusto. En su defensa dijo que sufría una enfermedad mental grave. El propietario de una fonda, también interrogado, le dijo a la Gestapo que cuando Kesler se alojó allí durante unas vacaciones de cuatro días nunca escuchó emisoras de radio extranjeras ni hizo comentarios subversivos. El caso pasó al fiscal general de Düsseldorf para que tomara la decisión final. Cerró el caso, pero ordenó que Kesler ingresara en una clínica mental. El director de la clínica envió una carta a la Gestapo el 5 de enero de 1942 en la que afirmaba que el estado mental de Kesler había experimentado una gran mejoría, por lo que recomendaba el alta, siempre y cuando la Gestapo no tuviera objeciones. La Gestapo aprobó el alta, si los médicos opinaban que la seguridad pública «no corría

peligro». Kesler salió del hospital mental. Al cabo de un mes, la Gestapo supo que había iniciado un proceso por despido improcedente contra su antigua empresa.[45]

Al parecer la denuncia de Kesler fue motivada por un grupo de compañeros de trabajo a los que simplemente no caía bien y querían deshacerse de él. Las supuestas acusaciones eran muy poco sólidas. El brusco comentario de que la propaganda nazi podría estar mintiendo sobre la necesidad de acumular hierro no era una expresión de descontento contra el régimen. No se encontraron pruebas convincentes de que escuchara jamás emisoras de radio extranjeras. Excepcionalmente, la Gestapo no examinó las circunstancias del supuesto delito o los posibles motivos subyacentes de los denunciantes. La decisión sobre por qué el fiscal general lo envió a una clínica mental tampoco se explica del todo. Con toda probabilidad se debió al historial médico previo de enfermedad mental grave, que podría explicar por qué le costaba encajar con sus compañeros de trabajo.

En lugares públicos como cafeterías, cervecerías, hoteles y restaurantes era donde con más frecuencia los comentarios casuales contra el régimen o derrotistas terminaban con denuncias a la Gestapo. En la primavera de 1938, un actor fue a comer a un restaurante cerca de la estación de tren central de Múnich. Inició una conversación en apariencia amable con un matrimonio que se sentaba a una mesa contigua, durante la cual hizo algunos comentarios muy críticos con la política exterior de Hitler. La reacción de la pareja le hizo ver que no aprobaban aquel arrebato inoportuno, así que el actor se fue del restaurante a toda prisa. La pareja informó del incidente a la Gestapo, y el actor fue detenido dos días después.[46] Un contacto del SD denunció un caso parecido en Renania-Westfalia en julio de 1938. En una cafetería, una mujer de sesenta y cuatro años le dijo a su compañero de mesa: «Mussolini tiene más sentido político en una bota que Hitler en el cerebro». Otros clientes oyeron el comentario y al cabo de cinco minutos la mujer fue detenida por la Gestapo, que recibió el aviso por teléfono.[47]

Rudolf Henning, nacido en 1909 en Duisburgo, antiguo miembro de las SS y agente de policía en la reserva, fue denunciado por Marianne Kroll, dependienta, y Helmut Quest, cerrajero, por hacer «comentarios derrotistas» durante una larga salida nocturna el 25 de julio de 1944 en Remscheid, en la zona del Ruhr.[48] Helmut Quest le dijo a la Gestapo que el 8 de agosto de 1944 se encontró de forma imprevista con Marianne Kroll, soltera y antigua amiga, en una cervecería. Dijo que tenía una «mala reputación [sexual]». Marianne le dijo que quería que conociera a un «chico fantástico».

Al día siguiente por la noche, Marianne, acompañada por Rudolf Henning y una amiga de veintidós años, fueron a tomar algo al piso de Quest. Rudolf empezó a hacer comentarios muy críticos sobre Hitler y el régimen nazi a medida que el alcohol le desataba la lengua. Los demás le instaron a no hablar así sobre el régimen nazi delante de ellos. Pese a este incómodo incidente, los cuatro se fueron del piso de Quest y siguieron bebiendo en una cervecería. Rudolf continuó haciendo comentarios de borracho contra los nazis. En un momento dado dijo: «Hitler es tonto. El enemigo está a tan solo siete kilómetros de la frontera austríaca. Es una lástima que Adolf Hitler sobreviviera al intento de asesinato [del 20 de julio de 1944], a estas alturas la guerra habría terminado». Luego saludó a otro cliente que pasó junto a su mesa con un «*Heil*, Moscú», y les dijo a sus compañeros de borrachera: «Algunos hombres de la Gestapo ya no se atreven a saludar con un "*Heil*, Hitler" porque saben que la guerra está perdida».

La Gestapo fue informada de todos los comentarios. A pesar de que Rudolf había formado parte de las SS y era policía en la reserva, fue acusado de «alta traición y de minar la fuerza militar», y acabó bajo «custodia preventiva».[49] Este trato de una dureza insólita contra un ciudadano alemán seguramente se debía al momento en que se produjo el incidente. Sucedió cinco días después de que Adolf Hitler sobreviviera a la famosa conspiración Valkiria con una bomba, encabezada por el coronel Claus von Stauffenberg el 20 de julio de 1944. No se sabe cuál fue el destino final de Rudolf.

Los comentarios críticos con el régimen de Hitler siempre comportaban el riesgo de una posible denuncia. El cerrajero Johann Konte, nacido en 1893 en Essen, fue denunciado por Wilhelm Brunck, un hombre de las SA fuera de servicio, el 2 de noviembre de 1941 por hacer comentarios «derrotistas» durante una discusión en la calle.[50] Brunck, junto con un compañero de las SA, llevaba casi todo el día bebiendo en una cervecería. A medianoche, los dos se fueron a otro bar. Mientras caminaban por la calle se encontraron con Johann, al que ambos conocían, y le preguntaron si le apetecía irse con ellos a tomar algo. Konte, claramente bajo la fuerte influencia del alcohol, le soltó a Brunck: «Eres un estirado, debería partirte la nariz. ¿Cómo te atreves a hablarme? Dos de mis hijos están en el frente [del Este]». Los dos hombres de las SA no hicieron caso, y Konte se puso más agresivo. Amenazó con golpearles a los dos y gritó: «Las SA son un nido de cobardes y vagos».

El incidente llegó a oídos de la Gestapo, y Johann Konte fue convocado a un interrogatorio. Dijo que había estado todo el día en un bar, y que había tomado muchas jarras de cerveza. Ni siquiera recordaba haber visto a los dos hombres de las SA. También le costaba imaginar haberles dicho semejantes impertinencias. El agente de la Gestapo apuntó en su informe: «Konte es un nacionalista [alemán], un tipo divertido, correcto, pero esa noche iba borracho». Sugirió que se recomendara a Brunck que retirara los cargos, y lo hizo. Es otro ejemplo de un agente de la Gestapo que demostró comprensión y compasión ante una denuncia contra un ciudadano alemán cuya lealtad al régimen nazi era obvia.[51]

Otra fuente clave de denuncias a la Gestapo eran los «jefes de bloque» (*Blockleiter*), cuya tarea era vigilar un bloque de edificios, que solía abarcar entre cuarenta y sesenta domicilios. El requisito esencial para llegar a ser «jefe de bloque» era demostrar una lealtad inquebrantable al Partido Nazi. Actualizaban ficheros de todas las personas que vivían en el barrio, incluidos detalles como afiliación al partido, estado civil e información laboral.[52] Apuntaban qué familia desplegaba banderas nazis y cuáles no, y si asistían a desfiles y reuniones nazis. También eran responsables de transmitir la política del partido a la población, recogían suscripciones de afiliación al partido, organizaban captaciones de fondos y repartían cartillas

de racionamiento.[53] La mayoría eran de clase media o media-baja. Incluso podían recomendar a las autoridades locales en bienestar social retirar los subsidios estatales a individuos «haraganes». En las zonas obreras suscitaban miedo y odio. El dirigente de bloque solía ser una importante fuente de denuncias a la Gestapo. «Nunca sabíamos cuándo aparecería el jefe de bloque a meter las narices —recuerda Ingeborg Tismer—. Solo sabíamos que tarde o temprano llegaría.»[54]

Max Reich, de treinta y siete años, ejerció de dirigente de bloque en Berlín. Durante el verano de 1942 vio una pintada en un lavabo público que decía: «Hitler asesino de masas, debe ser asesinado para poner fin a la guerra». Cuando visitó el mismo lavabo el 28 de octubre, pilló a un pensionista de setenta y tres años llamado Wilhelm Lehm haciendo con tiza pintadas contra los nazis en un cubículo. Lo denunció a la Gestapo. El 8 de marzo de 1943, Lehm fue condenado a muerte por el «tribunal del pueblo», y ejecutado el 10 de mayo de ese mismo año.[55]

Un agente clandestino del SPD en Berlín hacía la siguiente valoración de la eficacia de la supervisión de los jefes de bloque:

> Ahora la supervisión está tan bien organizada que los miembros del movimiento ilegal [de resistencia] apenas pueden reunirse en pisos. Ahora hay un informador en cada escalera. Ese «jefe de escalera», podríamos decir, recoge las contribuciones al Socorro de Invierno, hace rondas con todo tipo de formularios, preguntas sobre asuntos familiares e intenta averiguarlo todo. Se supone que debe hablar con las amas de casa de los precios y la escasez de comida, irrumpe en casa de la gente, debe averiguar qué periódicos lee la gente, qué estilo de vida llevan ... En efecto, todos los inquilinos reciben la visita de uno de esos jefes de bloque como mínimo una vez a la semana, que les infla la cabeza.[56]

Wilhelm Weffer, montador industrial, era el jefe de bloque de un vecindario en la pequeña ciudad de Renania de Tönisvorst.[57] El 15 de junio de 1942 envió una carta a la sección local del Partido Nazi en la que afirmaba que Johann Hack (nacido en 1888) había insultado a Hitler y hacía comentarios derrotistas. Johann era un trabajador del ferrocarril, casado y con discapacidad, que vivía con su esposa Anna.[58] En su carta al Partido Nazi, Weffer describía a Johann como «marxista» y «bebedor». Un día, después de estar bebiendo en una cervecería de la zona, Johann supuestamente realizó una serie de declaraciones contra los nazis delante de cuatro testigos, entre ellos un miembro de las juventudes hitlerianas. Dijo

que el ejército lucharía contra las SS, que los dirigentes del Partido Nazi eran todos unos corruptos, que la guerra contra la Unión Soviética estaba perdida y que Hitler era un artista, no un brillante jefe militar como Napoleón.

Las acusaciones finalmente llegaron a la Gestapo. Hack fue detenido el 24 de agosto de 1942. Durante su interrogatorio, declaró ser un alemán patriótico con medallas ganadas en la Gran Guerra. Negó haber sido jamás marxista, pero admitió haber sido miembro del SPD socialista entre 1920 y 1921. Dijo que había insultado a Hitler en la cervecería, pero que pronunció aquellas palabras borracho y no había que tomarlas en serio.

En el informe de la oficina de la Gestapo de Krefeld, con fecha del 25 de agosto de 1942, figuraba que las pruebas del jefe de bloque habían demostrado que Hack era culpable, y recomendaba una dura sentencia que sirviera de ejemplo de las consecuencias de hablar en lugares públicos contra el gobierno nazi. El caso pasó al fiscal, que recomendó enviar a juicio a Hack. El 15 de diciembre de 1942, el juez principal del «tribunal especial» de Krefeld concluyó que Johann Hack, que había pasado un mes en la cárcel en 1934 por «agitación política» contra los nazis y seguía «murmurando e insultando a Hitler y miembros de su gobierno», debía cumplir siete meses de cárcel.[59]

Una de las denuncias más estrambóticas que recibió la Gestapo fue la de un obrero sin estudios que se denunció a sí mismo. Se llamaba Adam Lipper, nacido en 1892 en Völklingen, en la región de Saarland. Entre 1919 y 1935 la ciudad estuvo gobernada por Francia debido a las condiciones del tratado de Versalles. Tras un referéndum en 1935 volvió a ser jurisdicción alemana.[60] Durante la primera guerra mundial, Adam sirvió en el ejército alemán, pero fue capturado por el ejército francés. Fue prisionero de guerra desde octubre de 1916 hasta el final del conflicto. En 1924, Adam se enroló en la Legión Extranjera Francesa y siguió formando parte de ella hasta 1935. Durante su época como legionario francés, se volvió alcohólico. La adaptación a la vida civil le resultó muy difícil. Trabajó en una mina de carbón, pero dejó el trabajo en 1938 sin motivo aparente. Estaba desempleado, y recibía subsidios estatales. Rechazó varias ofertas de trabajo de su oficina de empleo local, y bebía mucho.

El 1 de marzo de 1940, Adam Lipper entró en la oficina local de la Gestapo y solicitó que lo enviaran a un campo de concentración durante seis meses para curarse de su alcoholismo crónico. Estaba convencido de que una temporada en un campo de concentración lo curaría, y le ayudaría a convertirse en un miembro leal y trabajador de la comunidad nacional. La Gestapo trató con cautela su extraña petición y se examinó su pasado con detenimiento. Enseguida salió a la luz la época de soldado en la Legión Extranjera Francesa. Fue sometido a un largo interrogatorio durante el cual prometió «hacer algo» si no le enviaban a un campo de concentración, aunque nunca dijo qué era ese «algo». Tras contestar con continuadas evasivas a las preguntas sobre qué hacía en la Legión Extranjera, la Gestapo decidió enviarlo a la cárcel, pendiente de más investigaciones. Los que habían servido en la Legión Extranjera Francesa a menudo eran considerados espías potenciales. Pronto descartaron esa posibilidad. Adam parecía tener muchas dificultades incluso para levantarse por la mañana. Su alcoholismo era conocido en la comunidad local.

El 18 de abril de 1940, tras siete semanas de «terapia» autoinducida en la celda de una cárcel, sin alcohol, Adam Lipper se declaró «curado» y solicitó ser puesto en libertad. La Gestapo autorizó su liberación. No se sabe cuál fue su destino.[61]

La derrota de Stalingrado en febrero de 1943 causó un fuerte deterioro de la moral social alemana. Los alemanes empezaron a hacer bromas cada vez más críticas con el régimen, entre ellas la más destacada: «¿Qué diferencia hay entre el sol y Hitler? El sol se levanta en el este, y Hitler cae en el Este». El 8 de julio de 1943 un informe del SD decía:

> Las bromas vulgares perjudiciales para el estado, incluso sobre el propio *Führer*, han aumentado de forma considerable desde Stalingrado. En conversaciones en cafeterías, fábricas y otros lugares de reunión la gente cuenta los últimos chistes políticos y en muchos casos no distinguen entre los que tienen un contenido inofensivo y los que implicaban una clara oposición al estado. Hasta la gente que apenas se conoce intercambia bromas. Es obvio que dan por supuesto que se puede contar cualquier chiste sin miedo a ser víctima de un duro rechazo, por no hablar de ser denunciado a la policía [Gestapo].[62]

En realidad, las consecuencias de hacer comentarios contra los nazis en las últimas etapas de la guerra a menudo eran fatales. Un general del ejército retirado de setenta y tres años fue denunciado en septiembre de 1944 por su yerno, un soldado fuera de servicio. Declaró que su suegro, además de escuchar la radio extranjera, solía hacer comentarios «derrotistas». El ex general fue detenido, juzgado y encarcelado. Murió el 11 de marzo de 1945.[63] Los alemanes que intentaron sacar provecho del impacto de los bombardeos de los Aliados eran tratados con la misma dureza. Paula, una joven de Colonia sin antecedentes penales, fue denunciada a la Gestapo por un vecino después de ser vista saliendo de una casa bombardeada con tres latas de café, unas cortinas viejas y un vestido. Fue detenida por la Gestapo, interrogada y luego ahorcada en público.[64] Hugo Bauer denunció a su casero el 20 de mayo de 1943 por escuchar emisoras de radio extranjeras, que según él oía al pasar por delante de la puerta de su piso. La Gestapo consideró que las acusaciones tenían un motivo personal, declararon a Bauer «parásito del cuerpo político» y lo enviaron al campo de concentración de Sachsenhausen.[65]

Las autoridades nazis cada vez estaban más preocupadas por si la sociedad podría asumir el impacto psicológico del bombardeo aliado. Un informe secreto del SD sobre la moral de la sociedad civil, en marzo de 1944, apuntaba: «Muchos camaradas nacionales ... oyen el constante aullido de las sirenas que alertan de ataques aéreos, el estruendo de los motores de los aviones atacantes, los disparos del fuego antiaéreo y las explosiones de las bombas y, pese a la mejor voluntad del mundo, ya no pueden evitar llevarse una impresión [negativa]».[66]

Tras un bombardeo de la RAF sobre Essen el 1 de mayo de 1943, el bombero Hans Elsäss informó a la Gestapo de que un hombre de negocios de la zona había estado gritando contra los nazis en la calle como un loco. El bombero conducía por las calles bombardeadas de Essen a las siete y cuarto de la mañana cuando oyó a un hombre que no paraba de repetir «Viva Moscú» desde la ventana de su dormitorio a los transeúntes. Aquel hombre era Walter Needen, nacido en 1903. Estaba casado y era dueño de una próspera fábrica de la zona.[67]

Walter fue convocado para un interrogatorio el 27 de mayo de 1943. Le dijo a la Gestapo que siempre había sido un adversario del comunismo, y era miembro del Partido Nazi desde el 1 de mayo de 1937. Fue declarado apto para el servicio militar en julio de 1940, pero quedó exento porque era necesario para dirigir su fábrica en el frente nacional. Walter dijo que el motivo por el que estaba tan enfadado aquella noche era que tanto su fábrica como su casa habían sufrido daños durante un bombardeo de los Aliados. Aquello lo empujó a beber durante toda la noche. Por la mañana, abrió la ventana del dormitorio, vio a unos jóvenes en sus motocicletas y les gritó: «Estamos en un paraíso soviético. ¡Viva Moscú!». Estaba tan borracho que no recordaba del todo lo que hacía o decía. Su esposa confirmó que estaba muy borracho en el momento del incidente. Las explicaciones de Walter parecían creíbles, así que la Gestapo lo dejó libre sin cargos.[68]

Si el éxito de un cuerpo policial se midiera por la cantidad de casos que acaban en condena, la Gestapo podría considerarse profundamente ineficaz en su manera de abordar los casos de denuncia. Un estudio de una muestra de casos de denuncia en la zona de Wurzburgo reveló que solo el 20% acababan en el juzgado, y un 75% no terminaban con una condena.[69] La brutalidad de la Gestapo está casi del todo ausente en los casos de denuncia de alemanes «comunes», lo que refuerza la idea de que, pese a que el sistema de terror nazi era despiadado con una serie de oponentes claramente definidos, mostraba una cara más profesional y humana con los ciudadanos alemanes corrientes. La Gestapo, a base de actuar constantemente como un «mediador honesto» en casos de cotilleos inofensivos entre los miembros de la comunidad nacional, se convirtió en una organización que la sociedad que respetaba la ley consideraba digna de confianza.

Los casos de denuncia examinados respaldan la visión de la Gestapo sobre todo como una organización reactiva que dependía en gran medida de la colaboración de la sociedad. La sorprendente indulgencia mostrada en la mayoría de casos se debía a que los acusados eran ciudadanos alemanes «corrientes», no clasificados como un peligro para el régimen nazi. Las motivaciones de los denunciantes en casos que implicaban a ciudadanos

alemanes normales no son fáciles de clasificar. La mayoría procuraba demostrar su lealtad al sistema, pero otros intentaban utilizar la Gestapo para resolver rencillas personales.[70] Pocas acusaciones, pese a que a menudo eran malintencionadas, carecían de fundamento alguno. Las consecuencias para los acusados variaban mucho para delitos idénticos. La Gestapo con frecuencia invertía mucho tiempo en examinar de forma exhaustiva lo que resultaban ser asuntos muy triviales. En muchas de las expresiones más descaradas de desacuerdo en público, la bebida desempeña un papel central. La sociedad se fue percatando poco a poco de que hacer ese tipo de comentarios en cervecerías era peligroso. Un estudio de las denuncias en los archivos judiciales de la ciudad bávara de Augsburgo demuestra que en 1933 el 75% de los casos empezaban con una denuncia en una cervecería, mientras que en 1939 se habían reducido al 10%.[71]

Durante las etapas finales de la guerra, las autoridades judiciales nazis acabaron reconociendo que las falsas denuncias estaban haciendo perder mucho tiempo a la Gestapo. Tal y como decía una carta del 1 de agosto de 1943 del Ministerio de Justicia de Berlín: «El denunciante es —según un viejo dicho— el mayor sinvergüenza de todo el país. Es cierto principalmente en el caso de aquellos que, a sabiendas, denuncian falsamente a un ciudadano ante las autoridades para causarle ciertas molestias».[72]

6
La guerra racial contra los «marginados sociales»

Durante los primeros años de gobierno de Hitler, la destrucción de la oposición política y religiosa había sido el principal objetivo de la Gestapo. A partir de mediados de la década de 1930, el régimen nazi empezó a utilizar términos pseudoeugenésicos para describir a sus «enemigos raciales», que respondían a una definición más amplia. Se estableció una jerarquía racial que abarcaba desde los miembros «más valiosos» de la comunidad nacional a los «menos valiosos». El trabajo de la Gestapo se convirtió en una tarea más cooperativa en la que participaban la policía criminal (Kripo) y una amplia variedad de agentes sociales y de salud, todos resueltos a lidiar con un grupo de definición amplia llamado «marginados sociales».

En 1937, Reinhard Heydrich definió el papel de la Gestapo y la Kripo en términos abiertamente raciales:

> La responsabilidad general de la Policía de Seguridad [SIPO] es salvaguardar el *Volk* alemán como un ser total, su fuerza vital e instituciones de todo tipo de destrucción y desintegración. Debe repeler a la defensiva los ataques de todas las fuerzas que puedan de alguna manera debilitar o destruir la salud de la fuerza vital ... A la ofensiva debe investigar, y por tanto combatir anticipándose, todo lo que se oponga para que esa oposición no pueda evolucionar hacia algo destructivo y desintegrador.[1]

Los que eran clasificados fuera de la idealizada comunidad nacional (*Volksgemeinschaft*), representación de la pureza racial, se convertían en objetivos sin piedad. La amplia definición de «asociales» incluía: delincuentes habituales, homosexuales, agresores sexuales, prostitutas, desempleados de larga duración, alcohólicos, mendigos, delincuentes

juveniles, bandas callejeras y gitanos. Un proyecto de ley de 1944 para el «Trato de externos a la comunidad» definía a los «marginados asociales» como individuos que:

1. Se muestran, por su personalidad o su conducta en la vida, sobre todo por un defecto insólito de mente o de carácter, incapaces de cumplir con su propio esfuerzo los requisitos mínimos de la comunidad nacional;
2. (a) por timidez o dejadez, llevan una vida inútil, poco ahorradora o desordenada y por tanto constituyan una carga o peligro para la comunidad;
   o
   tengan el hábito o la tendencia a mendigar o vaguear, no cumplir en el trabajo, robar, timar o cometer otras faltas menos graves, o a beber demasiado, o que por algún motivo incumplan la obligación de mantenerse;
   o
   (b) turben la paz de la comunidad por tener mal carácter o buscar pelea de forma persistente;
3. se muestran, por su personalidad o su conducta en la vida, mentalmente predispuestos a cometer delitos graves.[2]

Durante décadas, antes de que los nazis llegaran al poder, la disciplina pseudocientífica de la eugenesia defendió que solo una reproducción selectiva podía reducir el número de individuos criminales y antisociales de la comunidad. El término «eugenesia» fue acuñado por primera vez por el científico británico Francis Galton. La expresión «higiene racial» la usó por primera vez en un libro el médico alemán Alfred Ploetz en 1895, donde ofrecía argumentos para la superioridad de la raza «aria» alemana. Las ideas de la eugenesia eran populares en otros países. Muchos biólogos concluyeron que las diferencias humanas eran hereditarias e inalterables. La consecuencia era que la raza humana solo se podía perfeccionar con una mejor reproducción, tal y como ocurría con los caballos de carreras o las razas caninas de élite. Además de gozar de popularidad, la ciencia de la eugenesia se volvió respetable, se consideraba moderna y con fundamento científico. En Gran Bretaña se creó una Sociedad de la Eugenesia en 1902. En 1909 el University College de Londres nombró un profesor de eugenesia. Se aprobaron leyes de esterilización en Suiza (1928), Dinamarca (1929) y Noruega (1934). Suecia mantuvo las leyes de esterilización hasta 1975. El programa más amplio de esterilización se elaboró en Estados Unidos, donde como mínimo treinta y nueve estados, empezando por

Indiana en 1899, esterilizaron a discapacitados mentales y físicos. Se ha estimado que en EE. UU. se esterilizaron entre 1907 y 1932 a 12.145 personas.[3] En muchos otros países como China, Brasil y la India se aprobaron políticas sociales destinadas a mejorar el «origen racial».[4]

En 1920 dos médicos —Karl Binding y Alfred Hoche— publicaron un libro llamado *Permiso para la destrucción de vida que no merece la pena ser vivida*. Identificaba a una serie de individuos sin «uso social o económico», sobre todo «idiotas sin cura» y discapacitados mentales. Los autores también sugerían que los enfermos terminales deberían tener derecho a un suicidio asistido. Los dirigentes nazis respaldaban con vehemencia estas ideas y querían desarrollarlas si llegaban al poder. Se convirtieron en fervientes seguidores de las teorías de los científicos de la eugenesia. La promesa utópica de Hitler de crear una «comunidad del pueblo» sin conflictos y de pureza racial tocó la fibra sobre todo de los votantes de clase media, que consideraban muy atractiva la postura de ley y orden del Partido Nazi. Una mujer de Düsseldorf recordaba: «La explicación que daban en los mítines del partido era algo parecido a esto. ¡Hay que sacar a la chusma de las calles! Los delincuentes habituales, agresores sexuales y parásitos de la comunidad ... serán reeducados en los campos para desempeñar trabajos honestos. Se les enseñará disciplina y limpieza».[5]

Durante los días en que los nazis llegaron al poder en 1933, Frick, ministro del Interior, estableció las prioridades de gasto social del nuevo gobierno. Se invertiría dinero en toda la «gente con un origen racial sólido y sana», pero habría un severo programa de recorte de gasto público para los considerados «inferiores y antisociales», así como nuevas políticas radicales para «evitar la reproducción de las personas con discapacidades graves».[6] El 14 de julio de 1933 se publicó el proyecto de Ley para la Prevención de la Progenie con Enfermedades Hereditarias. Entró en vigor el 1 de enero de 1934.

La esterilización obligatoria estaba permitida para todo aquel que sufriera debilidad mental congénita, esquizofrenia, psicosis maniacodepresiva, epilepsia, la enfermedad de Huntington, ceguera hereditaria, sordera y una discapacidad física grave. También permitía que

los alcohólicos crónicos fueran objeto de la esterilización. Posteriores enmiendas convirtieron una medida médica muy concreta en otra que permitía a los médicos y las autoridades de bienestar social a esgrimir «razones sociales» para la esterilización. Alrededor de un 60% de los esterilizados eran definidos como «débiles mentales». Las estimaciones de la cantidad total de personas esterilizadas en la Alemania nazi entre 1933 y 1945 oscilan entre 350.000 y 400.000.

El primer paso en todos los casos de esterilización era una recomendación de un médico del servicio público, un trabajador social o el director de una clínica mental estatal, una residencia o una cárcel. Los trabajadores sociales buscaban en expedientes médicos, informes escolares y registros de empleo y policiales. La persona designada para la esterilización recibía luego una carta con la fecha de una cita con un médico. En esa reunión, el médico decidía si el paciente sería esterilizado o no. Se crearon un total de 220 Tribunales de Salud Hereditaria para gestionar el sistema, presididos por dos médicos y un abogado. Dieciocho tribunales más se encargaban de las apelaciones, que debían resolverse en el plazo de un mes.

Las estadísticas oficiales recogidas por el Ministerio del Interior del Reich muestran que en 1934, el primer año en que la ley estaba en vigor, 32.268 personas fueron esterilizadas a la fuerza. De ellas, 17.070 (52,9%) estaban clasificadas como «débiles mentales», 8.194 (25,4%) eran consideradas «esquizofrénicas», y 4.520 (14%) eran epilépticas. Del resto, 201 eran ciegas y 333 sordas.[7] Se presentaron 4.000 apelaciones contra las órdenes de esterilización obligatoria, pero solo 441 resultaron favorables. Los procedimientos en los tribunales de apelación a menudo duraban menos de quince minutos debido a la gran cantidad de casos que se abordaban todos los días. Los hombres eran esterilizados mediante vasectomía y las mujeres por ligamento de las trompas de Falopio.[8] Unas 5.000 mujeres murieron por complicaciones postoperatorias derivadas de este complejo procedimiento quirúrgico.

Algunos médicos osados que intentaban ganarse el favor de sus pagadores nazis empezaron de forma unilateral a presentar como candidatos a sus propios pacientes. En 1942, 38.000 médicos alemanes eran miembros

del Partido Nazi, lo que representaba más del 50% del total.[9] Un médico propuso y logró la esterilización de una mujer joven que tenía dos hijos «ilegítimos». Luego examinó su historial familiar, y propuso a diez parientes suyos. Maria von Linger recordaba que su tío sufrió una grave depresión e intentó suicidarse: «Falló en el intento. Su médico informó a la oficina de salud y lo sometieron a una esterilización forzada. Su vida sufrió una gran conmoción. Era muy guapo».[10]

En 1937, los agentes estatales pedían a los médicos de familia que hicieran preguntas cuando entrevistaran a candidatos para la esterilización sobre la vida laboral del individuo, su entorno y si había pasado el test de calidad de vida. Las pruebas de inteligencia se añadieron al proceso de asignación de esterilizaciones, que incluían preguntas de saber general como «¿Quién descubrió América?» o «¿Cuándo nació Colón?». Los médicos principalmente proponían para la esterilización a individuos pobres de clase trabajadora. Los pudientes podían contratar a abogados para luchar contra la esterilización obligatoria. En Hamburgo, un grupo de académicos llegó a elaborar un mapa de antisociales en la ciudad. Desveló que la mayor concentración de «asociales» se producía en una barriada pobre portuaria que antes era un bastión comunista.[11] Los criterios utilizados para esterilizar a personas en su mayoría sanas se volvió tan elástico que se podía aplicar prácticamente a cualquier individuo. Dentro de la policía, las agencias de bienestar social y los círculos académicos y médicos se acabó aceptando que el comportamiento antisocial era un rasgo hereditario. Los motivos que los médicos aducían para la esterilización eran cada vez más fruto de evidentes prejuicios sociales, y sobre todo de clase. Las notas de un médico que estudiaba la propuesta de un vagabundo por «debilidad mental y moral» eran muy representativas:

> En su expediente de trabajo social se le describe como mendigo o vagabundo venido a menos en la vida. Recibe el 50% de la pensión como veterano de guerra por una tuberculosis en los pulmones e intestinos. Gasta el dinero de manera muy irresponsable. Fuma mucho y a veces se emborracha. Se ha alojado en repetidas ocasiones en Farmsen [un albergue para vagabundos]. Suele abandonar la institución para salir a deambular. Tiene condenas anteriores por resistirse a una detención, alteración del orden, difamación pública y lesiones físicas graves. En su expediente de bienestar social figura que ha perturbado con frecuencia el funcionamiento del servicio y atacado físicamente a los funcionarios.[12]

Los vagabundos y mendigos se consideraban «asociales» clásicos. En 1933, 500.000 alemanes no tenían domicilio fijo. Los nazis entregaron a todos los sin techo un Libro de Registro de Vagabundos, donde se anotaban sus movimientos entre pueblos y ciudades, así como sus estancias en albergues para personas sin hogar. Los que no lo entregaban a la policía cuando se les solicitaba eran clasificados como «alborotadores errantes» y a menudo eran retenidos de forma indefinida en campos de concentración. En septiembre de 1933, 100.000 vagabundos fueron detenidos en una enorme redada de la policía criminal. Pronto fueron puestos en libertad, pues no había campos de concentración lo bastante grandes para albergarlos a todos a la vez. En 1934, un agente de la sede local del Partido Nazi en Kassel propuso una solución «radical» al problema de los vagabundos en una carta a un alto funcionario del estado:

> El objetivo de las medidas legislativas y administrativas no debería pretender lograr menos resistencia e imponer disciplina a las personas que deambulan. El objetivo debe ser eliminar del todo al vagabundo y desposeerlo de su derecho a existir. No se puede negar que es muy difícil alcanzar ese objetivo, pero si hay algún momento idóneo para lograrlo es ahora, cuando el estado se encuentra en posición de actuar como si existiera una buena colaboración entre el poder judicial y la policía.[13]

Uno de los motivos que cada vez se mencionaba más para esterilizar a personas «antisociales» como los vagabundos era un «desorden» de definición confusa llamado «retraso mental moral». No tenían ningún tipo de fundamento médico. Un informe sobre 450 casos de esterilización realizado por la división de higiene racial del Departamento de Salud Pública de 1936 apuntaba que ninguno de los esterilizados con esta «dolencia» presentaba ningún tipo de «defecto en la inteligencia», pero sí lo que un agente denominó «una absoluta indiferencia a los valores morales». Otra «enfermedad» igual de confusa utilizada para justificar la esterilización se llamaba «retraso mental hereditario». En el Hospital Universitario de Gotinga, el 58% de las mujeres esterilizadas figuraban en el registro como víctimas de este desorden de difícil definición.[14]

El régimen nazi abrió «Centros de asesoramiento para la mejora de la salud genética y racial». A las mujeres prometidas para casarse se les entregaba un panfleto llamado «Diez mandamientos para escoger esposo»:

1. Recuerda que eres alemana.
2. Si estás genéticamente sana no deberías seguir soltera.
3. Mantén puro tu cuerpo.
4. Mantén pura la mente y el espíritu.
5. Como alemana deberías elegir un marido con la misma sangre nórdica.
6. Cuando escojas marido pregúntale por sus antepasados.
7. La salud también es un requisito para la belleza física.
8. Cásate solo por amor.
9. No busques un compañero de juegos, sino de matrimonio.
10. Deberías querer tener el máximo de hijos posible.[15]

La política racial nazi cada vez usaba más a las familias problemáticas pobres como útiles conejillos de Indias para hacer experimentos sociales. En 1939, las autoridades de Bremen decidieron investigar si las familias antisociales problemáticas podían convertirse en miembros bien adaptados de la comunidad nacional. Empezaron a desarrollarse proyectos nazis de ingeniería social. En 1936 se creó un barrio cerrado y controlado de «asociales» en Hashude, en las afueras de la ciudad. Costó 600.000 marcos alemanes y estaba formado por ochenta y cuatro casas construidas con cemento y hierro a prueba de vandalismo, en forma de «L», sin entradas traseras. Todas las puertas principales se veían desde una torre de observación, ocupada por guardias armados. Un doble seto ocultaba una valla de alambre de espino que rodeaba el perímetro.

Las familias enviadas al barrio de Hashude eran seleccionadas por trabajadores sociales. Todos los padres contaban con un largo historial de problemas sociales graves, entre ellos alcoholismo, vandalismo y condenas por delitos menores. Casi todos tenían conflictos con sus vecinos. Sus hijos eran problemáticos en las zonas donde vivían y no iban al colegio. En Hashude, esas familias problemáticas estaban bajo una estricta vigilancia y eran objeto de un seguimiento diario durante los primeros seis meses. Los hombres eran obligados a sufrir duros trabajos forzosos, las mujeres tenían que soportar largas jornadas de limpieza doméstica y los niños eran obligados a asistir a clase en una guardería interna. La mala conducta y la infracción de las normas eran tratadas con tolerancia cero. Si el comportamiento de la familia mejoraba, se les permitía vivir en las casas adosadas del barrio. En julio de 1940 se cerraron las instalaciones. Muchas familias decentes de la zona opinaban que no era justo premiar a esas

familias problemáticas con buenas casas por haber tenido una mala conducta. Sobrevivió una lista de lo ocurrido con las últimas ochenta y cuatro familias de Hashude. Cincuenta y nueve familias habían mejorado hasta tal punto que recibieron el permiso para volver a alojarse en la comunidad local, siete más habían «mejorado», pero dieciocho fueron clasificadas como «sin reformar en absoluto». Este novedoso experimento de ingeniería social nazi resultó muy caro y nunca se repitió en ningún sitio.[16]

Un grupo que Himmler y Heydrich consideraron imposible de reformar eran los delincuentes reincidentes. Uno de los aspectos menos conocidos de la Alemania nazi es la manera en que el régimen perseguía de forma brutal a los delincuentes habituales. El 24 de noviembre de 1933, la Ley contra Criminales de Carrera Peligrosa permitió la «custodia preventiva ilimitada» para toda persona que hubiera sido condenada dos veces por cualquier delito. Si un delincuente ya había sido sentenciado dos veces a un período de cárcel de seis meses, un juez podía pronunciar una sentencia retrospectiva de quince años por el delito actual. Además, una subcláusula de esta ley permitía que los tribunales ordenaran la castración de agresores sexuales mayores de veinte años que ya hubieran cometido más de una agresión. Entre 1934 y 1939, 1.808 prisioneros fueron castrados por la fuerza. Alrededor del 70% eran pedófilos convictos. Los violadores convictos eran la siguiente categoría más numerosa sujeta a la castración. La mayoría de agresores sexuales castrados tenían entre treinta y cincuenta años y procedían de los barrios más pobres. Los criminólogos de la Alemania de Hitler consideraban un éxito la política de usar la castración contra los agresores sexuales, y defendían que la tasa de reincidencia en delitos sexuales era menor del 5%.[17] Es cierto que las estadísticas de delitos registran algunos descensos sorprendentemente acusados en los delitos sexuales durante la época nazi. La caída fue muy radical durante la época de guerra, cuando la mayoría de los hombres de entre dieciocho y cuarenta años estaba sirviendo en las fuerzas armadas. Entre 1939 y 1943, la cantidad de condenas por violación cayó de 7.614 a 2.212, lo que supone

una reducción del 72%, y los delitos sexuales contra niños menores de catorce años descendieron de 6.285 a 2.480, lo que constituye una caída del 60,5%.[18]

A partir del 1 de enero de 1934, toda persona definida como «delincuente habitual peligroso» ni siquiera tenía derecho a ser puesta en libertad una vez cumplida la pena de cárcel. La policía también consideraba un gran éxito esa política. En marzo de 1932, por ejemplo, se produjeron sesenta y siete robos a mano armada en Berlín, pero en marzo de 1934 se habían reducido a doce.[19] A principios de 1935, la ley se aplicaba a todos los delincuentes habituales. El 30 de abril de 1938, solo 701 delincuentes habituales habían sido liberados de la cárcel. El uso de esos castigos de duración indefinida resultaron ser extremadamente traumáticos para los prisioneros. Franziska, que contaba con una serie de condenas por hurtos, desahogó su frustración en una carta a su familia: «Estoy totalmente amargada aquí, sin saber por qué ni por cuánto tiempo ... Me voy a volver loca si esto sigue así ... Esto es un suicidio lento».[20] Otro prisionero llamado Gustav, tildado por los agentes penitenciarios de «vago» y «ladrón reincidente», hizo el siguiente ruego al tribunal: «Niego ser un "ladrón incorregible". Cuando cometí los delitos era bastante joven y apenas consciente de mis delitos ..., que hoy en día me repugnan y sin duda no volvería a cometer. Durante casi todos mis robos estaba pasando penurias [y] durante los últimos cometidos en 1930 rara vez me llevaba más de lo que necesitaba para vivir».[21]

En marzo de 1937, la Kripo organizó redadas a gran escala de delincuentes habituales. El resultado fue la detención de 2.752 personas, entre ellas ladrones de casas (938), rateros (741), agresores sexuales (495) y timadores (426). Solo 372 fueron puestos en libertad y 68 murieron en prisión.[22] Esta política de «dos delitos y te quedas dentro» era respaldada por las estadísticas de delitos, pues indicaban que los delincuentes habituales cometían la mayoría de los crímenes. Una estadística realizada por el Ministerio de Justicia del Reich en 1937 destacaba que un 72% de los delincuentes habituales había recibido su primera sentencia judicial antes de los veintiún años. Se consideraba que una vez superada esa edad era poco probable que los delincuentes se reformaran, y por tanto confinarlos en

prisión de forma indefinida era la mejor solución para la comunidad nacional.[23] Al parecer, la política de sentencias duras contra los delincuentes menores no tuvo mucho efecto en la reducción de este tipo de delitos. La cantidad de hurtos, en realidad, aumentó de 44.352 en 1939 a 82.828 en 1943, un 71% más.[24]

El 14 de diciembre de 1937, el Ministerio del Interior promulgó un nuevo decreto llamado «Lucha preventiva contra el crimen». La «custodia policial preventiva» se extendía a todos los delincuentes habituales que «ponían en peligro» a la sociedad. Era una medida generalista usada sobre todo contra cualquiera cuya conducta no fuera del agrado de la Gestapo o la policía. Arthur Nebe, jefe de la Kripo, era un ferviente defensor de la «custodia preventiva». La tasa criminal total en la Alemania nazi descendió de 444.036 delitos en 1937 a 266.223 en 1940. La caída de los delitos cometidos por «delincuentes habituales» fue igual de pronunciada, y se redujo de 171.430 en 1937 a 86.668 en 1940.[25] Los criminales habían quedado excluidos de la Ley de Esterilización, pero la enfermedad de «debilidad mental hereditaria», con autorización oficial, permitió que los directores de prisiones, junto con los médicos penitenciarios, ordenaran la esterilización de los presos. Entre 1933 y 1939, un total de 5.397 presos fueron esterilizados por la fuerza (4.909 hombres y 488 mujeres). Muchos fueron definidos como enfermos mentales o considerados «gravemente asociales», entre ellos una gran proporción de vagabundos, alcohólicos graves o prostitutas. En los informes de los médicos penitenciarios con frecuencia aparecían expresiones como «mentalmente inferior» o «demasiado idiota para hablar» para justificar una orden de esterilización. En el caso de las mujeres, ser «moralmente inestable» o «sexualmente díscola» era suficiente para poner fin a su derecho a tener hijos.[26]

Durante el período de guerra, el duro trato de los delincuentes habituales se intensificó. El 5 de septiembre de 1939 se aprobó el decreto contra las plagas nacionales. El objetivo eran tres elementos criminales: el explotador, el ladrón y el saboteador antisocial. El decreto contra los criminales violentos del 5 de diciembre de 1939 concedía a los tribunales mucho más poder para tratar con los gánsteres y delincuentes violentos. La población de presos aumentó de 120.000 en 1939 a 200.000 en 1945.[27] El

20 de agosto de 1942, Adolf Hitler le dijo a un funcionario de Justicia que era un error mantener a «esas alimañas en cárceles» mientras los ejemplos «más espléndidos» de la raza alemana eran sacrificados en el campo de batalla. De ahí se deducía que los delincuentes de las cárceles aún vivían en condiciones favorables. Otto Georg Thierack, el nuevo ministro de Justicia, aceptó el reto de inmediato. Gracias a un acuerdo clandestino con las SS de Himmler, inició un programa secreto de exterminación dirigido específicamente a matar presos «asociales». Los seleccionados eran trasladados a los campos de concentración para ser sometidos a la «aniquilación mediante el trabajo», que era un eufemismo para dejar morir de hambre y cansancio a los prisioneros. El «traslado general» de prisioneros «asociales» empezó en octubre de 1942, pero los traslados individuales de presos seleccionados continuó hasta el fin de la guerra. Casi todos los presos acabaron en los campos de concentración alemanes. La Kripo, a menudo ayudada por la Gestapo, organizó la operación. Los presos fueron trasladados a los campos de concentración en grandes camiones y trenes especiales. A finales de abril de 1943, unos 14.700 presos habían sido enviados a campos de concentración (13.100 hombres y 1.600 mujeres).[28] Richard, un delincuente menor, es un ejemplo típico de preso trasladado. Contaba con una larga lista de condenas por hurtos, entre ellos robar una manguera de una granja. Fue enviado al campo de concentración de Mauthausen el 29 de noviembre de 1942, donde murió dos meses después. En total, se estima que 20.000 presos fueron enviados a los campos de concentración y muy pocos sobrevivieron. En 1944, 7.736 de los 10.231 presos llevados a Mauthausen habían muerto de hambre o habían sido ejecutados.[29] El asesinato de presos alemanes de larga duración es otro ejemplo de la amplia política de genocidio que llevaba a cabo el régimen nazi.

Otro grupo que los nazis clasificaban como marginados sociales eran los desempleados de larga duración. El castigo por estar desempleado en la Alemania nazi eran los trabajos forzados, aunque oficialmente nunca existió ese delito. El 26 de enero de 1938, Heinrich Himmler informó a la Gestapo y la Kripo de su plan de organizar redadas sorpresa en todo el país durante lo que llamó «Campaña nacional contra los vagos». El decreto definía como

«vago» a toda persona apta para trabajar que hubiera dejado un trabajo dos veces sin motivo aparente. La Gestapo nunca había atacado de esa manera a los desempleados de larga duración. Se solicitó a las oficinas de empleo locales que facilitaran información a los agentes de la Gestapo sobre los nombres y domicilios de los individuos. El motivo oculto de este barrido de desempleados no era solo racial. Himmler quería utilizar la mano de obra sobrante en las fábricas que ahora se encontraban junto a los campos de concentración.

La orden emitida por la Gestapo insistía en que solo había que detener a aquellos «con voluntad de trabajar», y definía los siguientes perfiles como no adecuados para la detención: borrachos, gitanos, ancianos, vagabundos y delincuentes habituales. La Operación Holgazán empezó el 21 de abril de 1938, y duró nueve días. Según un informe, 1.500 «asociales» fueron detenidos y trasladados a campos de concentración.[30] Heydrich pensaba que la definición de la Gestapo de los desempleados «asociales» era demasiado acotada. Se solicitó a la Kripo que organizara una serie de redadas más enérgicas contra los desempleados de larga duración. El 1 de junio de 1938 todos los distritos de policía de la Kripo se fijaron el objetivo de detener a doscientos desempleados «asociales» en su zona. Entre el 13 y el 18 de junio de 1938, los agentes de la Kripo detuvieron a 8.000 «asociales» de definición amplia, entre los que se incluían, además de desempleados de larga duración, vagabundos, mendigos, delincuentes e incluso algunos gitanos. En las listas de detenidos aparecían borrachos violentos y proxenetas. Esas detenciones estaban pensadas para lanzar una clara advertencia a los «asociales» de las clases inferiores: si seguían negándose a trabajar acabarían en un campo de concentración. Todos los detenidos durante la Operación Holgazán fueron llevados directamente a los nuevos campos de concentración de Flossenbürg, Mauthausen y Neuengamme, que ya no estaban destinados únicamente a opositores «políticos» y «religiosos», igual que muchos otros. En octubre de 1938, de los 10.188 presos retenidos en Buchenwald, por ejemplo, 1.007 eran «delincuentes de carrera», y 4.341 se definían como «asociales».[31] En 1939, los campos de

concentración contenían más de 10.000 «asociales». En Sachsenhausen, 1.600 presos políticos de pronto se encontraron con 6.000 compañeros «holgazanes».

Los uniformes de los «asociales» en los campos de concentración estaban marcados con un triángulo negro. Se suponía que el fin de su estancia allí era «educarlos» y convertirlos en miembros fiables de la comunidad nacional. A diferencia de los grupos políticos, religiosos o criminales, los «asociales» carecían de solidaridad de grupo. Los guardias de las SS los consideraban vagos, tontos y cobardes. Solo los homosexuales y los judíos eran considerados inferiores a los «asociales» en la jerarquía del campo de concentración. La mayoría no eran más que personas vulnerables y aisladas, a menudo desorganizadas, que habían sido incapaces de adaptarse o hacer frente a la vida. La tasa de mortalidad de los «asociales» era mucho mayor que la de los presos políticos y religiosos. Muchos murieron cuando tuvieron que hacer trabajos duros al aire libre en canteras durante los meses de invierno. Los presos políticos, considerados por los guardias de las SS individuos con principios y trabajadores, tenían asignada la tarea de repartir a los nuevos «asociales» en los trabajos duros. El 18 de junio de 1940, la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) ordenó que ningún «asocial» ni delincuente habitual fuera puesto en libertad jamás en los campos de concentración o cárceles. Cuando los campos se llenaron de «asociales» se impuso un régimen mucho más brutal con trabajos forzados, aumento de castigos e incluso experimentos médicos.

Los adolescentes alemanes también se vieron atrapados en la lucha por garantizarse la adaptación social. El régimen nazi estableció un nivel de exigencia muy alto para la conducta infantil. Los trabajadores sociales empleados en la Oficina de Bienestar Juvenil tenían derecho a solicitar una orden de tutela para los niños que vivieran en familias «asociales». La cantidad de jóvenes enviados a residencias y centros juveniles aumentó de forma radical. En 1941, 100.000 jóvenes estaban encerrados en ese tipo de instituciones. La mayoría eran enviados con «fines preventivos» por los trabajadores sociales. La tasa criminal entre los jóvenes contradecía la tendencia general de descenso. Los delitos cometidos por jóvenes en realidad aumentaron de 17.458 en 1939 a 52.469 en 1942.[32] En marzo de

1940, el Decreto para la Protección de los Jóvenes prohibió a la juventud asistir a bailes y parques de atracciones después de las nueve de la noche, así como beber alcohol, fumar o merodear por la calle. Se solicitó a los colegios que informaran de las faltas de asistencia de los alumnos a las autoridades de bienestar. El tribunal juvenil de Hanau envió a Emmi Krause a un centro juvenil de detención en marzo de 1939 por faltar repetidamente al colegio, después de que la policía lo viera en compañía de jóvenes y soldados fuera de servicio a altas horas de la noche, cerca de la estación de ferrocarril central.

Han sobrevivido los registros de uno de los centros de detención juvenil más duros de Breitenau, en Hesse, en el norte. En principio era un albergue para adultos, pero durante la época nazi sirvió de centro de detención de niños y adolescentes. La plantilla estaba mal pagada, saturada de trabajo y carecía de formación. George Saurbier, el director, creía de corazón en la misión «racial» del gobierno nazi. Tenía en baja estima a los que llamaba internos «de baja calaña» y sus familias. En los informes de reuniones con los padres de visita a menudo los describía como «escoria biológicamente inferior» o «retrasados mentales».[33] Administraba sedantes a las chicas que tenía a cargo para frenar sus «urgencias sexuales», pero un colega de un centro mental cercano le recomendó que empleara un método distinto y más barato para tratar a las «chicas promiscuas» al escribir en una carta: «Solo puede hacer algo con esas chicas a base de disciplina. Si ocurren ese tipo de cosas aquí, las tumbamos en una cama y las ponemos a comer caldo y la dieta más estricta hasta que están delgadas y feas. Luego las cosas tienden a ir bien ... Mi experiencia me dice que no llegarás a ninguna parte medicándolas».[34]

Resultó más barato hacer pasar hambre a los internos. El coste diario de la alimentación de un interno en el centro de Breitenau se redujo de cuarenta y ocho a treinta peniques alemanes al día entre 1934 y 1939. Eso equivalía a dos rebanadas de pan por la mañana y una sopa clara para almorzar y cenar. Los niños huían de los centros por esas raciones de miseria. Muchos menores tristes y solitarios escribieron cartas desgarradoras a sus padres, normalmente pidiendo comida, como la siguiente de un chico llamado Rolf: «Por favor, no penséis mal de mí por

escribir tan a menudo, pero aquí hace mucho frío y ya tengo los dedos helados. Sigo en la casa de la desgracia ... Ahora que no iré a casa por Navidad, por favor, no os olvidéis de mí, enviadme algo. Intentad conseguir medio *Stollen* [pastel navideño alemán], unas galletas de jengibre y, a ser posible, unas galletas de Adviento y unos cuantos dulces».[35]

Durante la guerra, la Gestapo incrementó su preocupación sobre por qué los jóvenes estaban creando grupos de disidentes. Las actividades de dos grupos juveniles acabaron bajo vigilancia especial. El primero era los Piratas Edelweiss, compuestos sobre todo por chicos de entre catorce y diecinueve años que vivían en los barios obreros de Colonia, Düsseldorf, Essen, Wuppertal y Duisburgo. Los Piratas tenían relación con otras bandas juveniles subversivas, las más destacadas eran los Locos de atar, los Navajos y los Piratas de Kittlebach. La Gestapo estaba decidida a dar caza a esos jóvenes «rebeldes sin causa». Al principio era difícil distinguir su comportamiento de la delincuencia juvenil.

Un juez del tribunal especial de Colonia describió a los miembros del grupo:

> El uniforme de los Piratas Edelweiss está compuesto por pantalones cortos, calcetines blancos, camisa de cuadros, jersey blanco y una bufanda y una cazadora. Además, llevan el pelo muy largo. Llevan un peine en el calcetín izquierdo y un cuchillo en el derecho. Si las chicas pertenecen a las bandas, llevan un jersey o chaleco blanco. Durante los meses más cálidos salen de la ciudad por centenares a pie, en bicicleta o en tren. Alternan reuniones y viajes. Normalmente se reúnen de noche en esquinas de la calle, en portales o en parques. Cantan sus canciones ... Hay poca homosexualidad, en cambio mantienen relaciones sexuales con las compañeras femeninas.[36]

Cuanto mayor era el acoso que sufrían los Piratas, más decididos estaban ellos a resistir. Una de sus tácticas favoritas era hacer emboscadas y atacar a los miembros de las juventudes hitlerianas en el metro urbano de reciente construcción. También pintarrajeaban frases contra los nazis en edificios públicos. Un informe del Ministerio de Justicia del Reich apuntaba: «Además de actos inofensivos como llamar a timbres, han dado palizas a peatones. En algunos casos han embadurnado con excrementos humanos las caras de camaradas nacionales».[37]

El 17 de julio de 1942, una sección del Partido Nazi de Düsseldorf envió el siguiente informe sobre sus actividades a la oficina local de la Gestapo:

> Esos jóvenes vuelven a hacer de las suyas. Según me han informado, los grupos juveniles están más activos que nunca, sobre todo desde el último bombardeo en Düsseldorf. Esos jovenzuelos ... deambulan de madrugada con instrumentos musicales y chicas jóvenes. Dado que esa gentuza está en gran medida fuera de las juventudes hitlerianas y muestra una actitud hostil hacia la organización, representan un peligro para otros jóvenes.[38]

La Gestapo de Düsseldorf recogió expedientes detallados sobre los miembros de diecinueve grupos de Piratas Edelweiss que operaron entre 1938 y 1944. En ellos figuraba información interesante sobre las características sociales del grupo. La mayoría eran adolescentes de clase obrera, de entre dieciséis y diecinueve años, que habían pertenecido previamente a organizaciones juveniles católicas y asistido a escuelas de primaria. La mayor parte había perdido a sus padres en la guerra. No formaban parte de los desempleados de larga duración «asociales» o de los delincuentes juveniles. La mayoría tenían trabajos de jornada completa, con un sueldo medio al mes de cien marcos alemanes. Eran miembros conscientes de la clase trabajadora que no estaban dispuestos a aceptar la rígida disciplina que exigía el régimen nazi, pero sin firmes opiniones políticas.[39] El Ministerio de Justicia advirtió a la Gestapo de que debía distinguir entre los cabecillas, los miembros activos y los seguidores pasivos de los Piratas Edelweiss. En los casos menos graves, se recomendaba un aviso. La custodia juvenil se utilizaba como último recurso. Había que impedir que los cabecillas «continuaran con su actividad en la banda con los castigos más duros», que incluían la detención en un campo de «reeducación» juvenil.[40] En diciembre de 1942, la Gestapo organizó una serie de redadas en la región de Renania para poner freno a sus rebeldes adolescentes. En Düsseldorf, diez grupos compuestos por 283 jóvenes fueron detenidos; en Duisburgo, diez grupos fueron disueltos y 260 jóvenes detenidos, y ocho grupos en Essen y Wuppertal, que sumaban un total de 196 personas, fueron capturados. La mayoría fueron acusados de hacer pintadas contra los nazis y distribuir panfletos antinazis.[41] Al cabo de dos años, la Gestapo actuó con mucha más contundencia. El 10 de

noviembre de 1944, la Gestapo de Colonia detuvo y luego ahorcó en público a trece miembros de los Piratas Edelweiss en el barrio obrero de Ehrenfeld de la ciudad. El objetivo era disuadir a los demás de seguir perteneciendo a ese tipo de grupos.[42]

Durante el período de guerra surgió un tipo bastante distinto de protesta juvenil popular: Juventud del swing y el jazz. Sus seguidores eran principalmente miembros educados de la clase media acomodada, ubicados en grandes ciudades, sobre todo en Hamburgo, Berlín, Stuttgart, Fráncfort y Dresde. Admiraban la música *jazz* y *swing* americana, abrieron clubes ilegales, por lo general en los sótanos de las espaciosas casas de sus padres, y organizaban bailes nocturnos. Los informes de la Gestapo sobre el movimiento del *swing* destacan constantemente la actitud libre y abierta hacia la sexualidad de sus seguidores. Un informe de un espía de las juventudes hitlerianas en un festival ilegal de *swing* de Hamburgo en febrero de 1940 ofrece una descripción muy clara de sus actividades:

> Toda la música de baile era inglesa y americana. Solo se bailaba *swing* y *jitterbug*. En la entrada había un cartel donde se había cambiado la frase «prohibido el *swing*» por «se necesita *swing*» ... Los bailarines ofrecían una imagen terrible. Ninguna pareja bailaba normal; solo había *swing* del peor. A veces dos chicos bailaban con una chica; otras varias parejas formaban un círculo, se cogían del brazo y saltaban, daban palmadas, incluso se frotaban las nucas.[43]

Los miembros de las juventudes del *swing* tenían dinero y vestían a la moda. No eran antifascistas, pero sí hedonistas apolíticos que querían crear una identidad opuesta a la que vendía el régimen nazi. Estaban bajo la fuerte influencia de la cultura de los aliados occidentales capitalistas y democráticos de Alemania, en particular EE. UU. y Gran Bretaña. Estos jóvenes inconformistas y grupos contraculturales constituían una pequeña minoría, pero demuestran que algunos jóvenes de las grandes ciudades se estaban desilusionando con la rígida conformidad de la Alemania de Hitler antes de que terminara la guerra.

La Gestapo consideraba que las prostitutas callejeras también eran un problema importante en las grandes ciudades. Eran definidas como «portadoras de enfermedades genéticas y venéreas» y como «un peligro para la vida familiar del Tercer Reich».[44] Según la Ley para Combatir las Enfermedades Venéreas de 1927 promulgada por el gobierno democrático

de Weimar, la prostitución había sido descriminalizada, y los burdeles estatales quedaron prohibidos. Eso permitió que las prostitutas abordaran a los clientes en la calle.

En mayo de 1933, el gobierno nazi ilegalizó la oferta de prostitución en público. Luego se sucedieron una serie de redadas contra las prostitutas. En Hamburgo, por ejemplo, 3.201 fueron detenidas y 274 forzadas a someterse a un tratamiento médico para enfermedades venéreas.[45] En agosto de 1934, una prostituta llamada Rosa fue detenida por la Kripo por robar cuarenta marcos alemanes a un cliente con el que se había acostado, que la denunció a la policía. El fiscal llamó a Rosa «ramera callejera envilecida y peligrosa», y le pidió al juez que tuvieran en cuenta cuando emitiera la sentencia un delito parecido cometido en 1927. Fue condenada a dieciséis meses de cárcel, pero se convirtió en confinamiento indefinido, y nunca fue puesta en libertad.

No obstante, a partir de 1936 el régimen nazi empezó a adoptar una actitud contradictoria hacia la prostitución: las prostitutas eran tratadas como una amenaza necesaria. Himmler pensaba que los burdeles organizados ayudaban a prevenir que los jóvenes tendieran a la homosexualidad e incluso podían servir de recompensa para los soldados durante la época de guerra.[46] En una directiva secreta emitida por el Ministerio del Interior, con fecha del 9 de septiembre de 1939, los burdeles fueron legalizados de nuevo, pero prostituirse en la calle seguía siendo ilegal. Las prostitutas estaban registradas, eran examinadas por profesionales de la salud y se les exigía que trabajaran en burdeles regulados. Las prostitutas que ejercían fuera de los burdeles eran tratadas sin miramientos. La tarde del 21 de septiembre de 1942, un fogonero de un barco se presentó en una oficina de la Gestapo para informar de que una prostituta de la zona, que le había contagiado una enfermedad venérea, estaba acosando a hombres en una cervecería de la zona de Reeperbahn de Hamburgo, de mala reputación, y dio una descripción de su aspecto. Un agente de la Gestapo fue enviado de inmediato al bar y se apresuró a detenerla. Ella firmó la siguiente declaración: «Hace nueve semanas que no trabajo y en ese momento ganaba muy poco. Ejercía la prostitución. No sabía que tenía una enfermedad sexual [aún no se la habían diagnosticado].

No había notado indicios de tenerla. Mi intención era establecerme en un burdel y seguir con la prostitución». Fue puesta bajo «custodia preventiva» y enviada a la cárcel.[47]

Las mujeres que tenían varios compañeros sexuales a menudo eran denunciadas a la Gestapo y la Kripo por conducta antisocial. El 14 de agosto de 1941, la Kripo de Essen ordenó la «detención preventiva» de una mujer tras ser informada por un trabajador social de la zona de una divorciada que llevaba una «vida promiscua». La habían visto frecuentando bares, en compañía de varios hombres, mientras dejaba a sus hijos solos en casa. Los niños acabaron bajo tutela del estado. La Kripo la detuvo mientras deambulaba por las calles de Duisburgo, sola y borracha. Fue enviada al campo de concentración de Ravensbrück y acabó siendo trasladada a Auschwitz. Murió allí el 23 de julio de 1942.[48]

En 1942, había veintiocho burdeles regulados solo en Berlín. La Kripo los supervisaba todos. También se crearon para trabajadores extranjeros, usando trabajadoras extranjeras como prostitutas. Los ciudadanos alemanes tenían prohibido frecuentarlos. Aunque parezca mentira, se abrieron burdeles incluso en muchos campos de concentración para ofrecer lo que Himmler llamaba un «incentivo» y una «recompensa» a los presos más trabajadores, conocidos como «kapos». Muchas de las mujeres forzadas a prostituirse procedían del campo de concentración de Ravensbrück. Las prostitutas eran sustituidas con frecuencia por agotamiento. En 1944 había burdeles en los ocho principales campos de concentración ubicados en Alemania, donde las prostitutas eran forzadas a trabajar. Se estima que un total de 31.140 mujeres ejercían de prostitutas en los campos de concentración nazis.[49]

La Gestapo adoptó una actitud completamente distinta hacia la homosexualidad. La persecución pública de los homosexuales no era nueva ni exclusiva de la Alemania nazi. En esa época se definía como una actividad delictiva en muchos países.[50] Himmler consideraba la cultura del club gay Cabaret, abierto y de espíritu libre, del Berlín de Weimar el «síntoma de una raza agonizante». Solía pronunciar discursos morales a las SS sobre el tema, con títulos como «Los peligros de la homosexualidad para

la raza alemana».[51] En uno de ellos dijo: «Todos los homosexuales son cobardes; mienten como los jesuitas. La homosexualidad conduce a un estado mental en el que uno no sabe lo que hace».[52]

Una declaración política emitida por el Partido Nazi en la época de Weimar mostraba su postura respecto de la homosexualidad con bastante claridad:

> Todo aquel que piense en amor homosexual es nuestro enemigo. Rechazamos todo lo que mutile a nuestro pueblo y lo convierta en un juguete para nuestros enemigos, pues sabemos que la vida es una lucha y es una locura pensar que los hombres se abracen de forma fraternal. La historia de la naturaleza nos enseña lo contrario ... Así, rechazamos toda forma de lascivia, sobre todo la homosexualidad, porque nos roba la última oportunidad de liberar a nuestro pueblo de las ataduras que ahora lo esclavizan.[53]

El infame párrafo 175 del Código Penal consideraba las relaciones sexuales entre los hombres a partir de veintiún años punible con una condena de cárcel. Dado que había que demostrar la penetración sexual para asegurar una pena, el número de condenas con esta ley fue muy bajo durante la República de Weimar. En 1935, la ley se amplió para incluir cualquier «acto antinatural». Así era mucho más fácil procesar a un homosexual. Entre 1933 y 1935, utilizando la vieja ley 175, 4.000 hombres fueron condenados. Entre 1936 y 1939, con la nueva ley generalista, cerca de 30.000 hombres fueron declarados culpables.[54] El párrafo 175 no era aplicable a las lesbianas, consideradas por el régimen nazi «desviadas sexuales», pero las relaciones entre mujeres, en contra de lo que dice el mito popular, nunca fueron criminalizadas en la Alemania nazi. Los expedientes de casos de la Gestapo muestran que la mayoría de homosexuales detenidos según la ley 175 tenían entre dieciocho y veinticinco años. Sus orígenes sociales eran muy variados. Durante los interrogatorios de la Gestapo, los homosexuales eran obligados a divulgar detalles íntimos de sus experiencias sexuales que se remontaban a la infancia. Sus confesiones incluían declaraciones como: «Jamás volveré a participar en esa actividad de pervertidos».[55]

Por desgracia, debido a las dificultades de ser homosexual en el Tercer Reich, solemos ver a esas personas a través de los documentos que dejaron sus perseguidores. Rara vez oímos la voz personal de un homosexual que

vivió aquella época. Aun así, Gad Beck dejó un impresionante relato de sus experiencias como judío homosexual que vivía en Berlín. En él afirma que en la capital alemana no era difícil llevar un estilo de vida homosexual y evitar ser descubierto:

> Salí del armario, como se dice hoy en día, de un modo totalmente casual. Simplemente ocurrió ... Nunca hablé abiertamente de ello con mis padres, pero no hizo falta. Lo sabían. Mi primera relación fue con un chico de imagen perfecta llamado Otto ... Teníamos relaciones sexuales después de hacer deporte o ir a nadar, y pronto empecé a visitarle en su casa. A veces incluso nos divertíamos allí porque su padre trabajaba durante el día ... Otto no fue el único ... Otro compañero de juegos fue Martin, al que le gustaba hacer el tonto a plena luz del día en el S-Bahn [el sistema de tranvía suburbano]. El tren siempre estaba abarrotado, nos poníamos muy cerca y nos tocábamos, nos frotábamos un poco, nos toqueteábamos. Nadie se daba cuenta o no le importaba ... Yo era prácticamente inconsciente de cuál era el ambiente político, de que cada vez era más angustiante y opresivo.[56]

En octubre de 1934 la Gestapo creó una sección especial para tratar a los homosexuales en su sede central de Berlín. La mayoría de oficinas locales de las grandes ciudades tenían agentes dedicados a lidiar con los casos de homosexualidad. Se crearon ficheros de todos los homosexuales activos. Se abrieron institutos de investigación; el más destacado fue el Instituto de Investigación Psicológica y Psicoterapia en Berlín, donde los homosexuales eran «reeducados» y, «si se curaban», liberados para llevar lo que los nazis llamaban «vidas normales». Los psiquiatras que trabajaban en este instituto creían que los hombres heterosexuales a menudo eran seducidos para convertirse en homosexuales por otros homosexuales. Por tanto, la terapia se centraba en intentar impedir que los homosexuales sedujeran a otras personas y en animarlos a adoptar un estilo de vida heterosexual al salir. En casos en los que se consideraba que la persona no podía dejar de ser homosexual, se recomendaba la castración antes de ser puesto en libertad. El 1 de octubre de 1936 se creó una Oficina de Seguridad Central para combatir la Homosexualidad y el Aborto. En los procesos contra curas y monjes católicos, a menudo se fabricaban pruebas para acusarlos de homosexualidad. En un caso contra un monje, el testigo estrella de la Gestapo era un enfermo mental que afirmó haber sido agredido sexualmente por él. Cuando el abogado de la acusación le pidió que identificara en el tribunal al hombre que había cometido las agresiones,

el hombre señaló al juez. El caso se desmoronó. La campaña de la Gestapo para insinuar que había una «plaga homosexual» que se expandía por la iglesia Católica fue un fracaso total. La mayoría de casos fueron descartados por el poder judicial. Solo cincuenta y siete curas y siete monjes llegaron a ser condenados según el párrafo 175.[57]

La homosexualidad siguió siendo un delito durante la época nazi. La Kripo, los tribunales y las cárceles gestionaban la mayoría de los casos. La Kripo y la Gestapo a menudo los comentaban, y muchos de los casos de homosexuales que llevaba la Gestapo terminaban con el acusado en un campo de concentración. En las cárceles, los homosexuales llevaban uniformes carcelarios normales, sin identificaciones. Se estima que, entre 1933 y 1945, unos 100.000 homosexuales recibieron condenas de prisión por 175 delitos, y 50.000 pasaron algún tiempo en un campo de concentración.

En los campos de concentración, los homosexuales llevaban un triángulo rosa en los uniformes de rayas. A menudo eran víctimas de patadas, palizas y humillaciones. Una víctima homosexual describía más tarde su primer día en el campo de concentración de Sachsenhausen: «Cuando oí mi número, di un paso al frente, dije mi nombre y mencioné el párrafo 175. Me patearon mientras decían: “Maricón asqueroso, vete allí, follador de culos”, y luego me trasladaron con un sargento de las SS que estaba al cargo de mi bloque. Lo primero que hizo fue darme un fuerte puñetazo en la cara que me tiró al suelo».[58] Ese tipo de incidentes violentos aparecen con frecuencia en la mayoría de los testimonios de homosexuales que han sobrevivido que acabaron en campos de concentración nazis. Eugen Kogon, preso político, recordaba: «El destino de los homosexuales en los campos de concentración solo se puede describir como espantoso. A menudo eran segregados en barracas especiales y asignados a trabajos forzados. Esa segregación era una gran oportunidad para que elementos sin escrúpulos con posiciones de poder ejercieran la extorsión y el maltrato».[59] Los guardias de las SS creían que los homosexuales estaban obsesionados con el sexo y necesitaban una estricta supervisión para impedir toda actividad sexual. «Un bloque estaba ocupado por homosexuales —recuerda un superviviente homosexual—. Solo podíamos dormir con las camisas y

con las manos fuera de la manta.» Los guardias de las SS inspeccionaban los barracones de homosexuales para asegurarse de que se respetaba esa norma, pensada para evitar que los homosexuales se masturbaran.[60] Los homosexuales, además de quedar aislados dentro de los campos, lo estaban del mundo exterior. Muy pocas familias querían apoyar a sus hijos. Al contrario, la mayoría se avergonzaban de que un miembro de su familia fuera homosexual.

Lo más alarmante era que se les seleccionaba para horribles experimentos médicos. En Buchenwald, por ejemplo, el infame médico danés Carl Vaernet y el cirujano alemán Gerhard Schiedlausky realizaban experimentos hormonales. Vaernet pensaba que los homosexuales se podían «curar» con una combinación de castración, seguida de inyecciones de altas dosis de hormonas masculinas. Esos procedimientos causaban enormes complicaciones a los seleccionados, dolor insoportable y la muerte. La documentación que ha sobrevivido revela que el médico danés no tenía ni idea de lo que intentaba conseguir. La evaluación de análisis de sangre y muestras de orina era extremadamente caótica. Los análisis se detuvieron cuando una epidemia de fiebre amarilla se extendió por el campo.[61]

Finalmente, un grupo que los nazis consideraban un peligro para «la pureza de la raza alemana» eran los gitanos. Sufrían discriminación, estigmatización y ostracismo antes de 1933, pero luego quedaron atrapados en un fuego cruzado de políticas nazis de eugenesia, antisociales y raciales. En 1933 había unos 28.000 gitanos sinti y romaníes viviendo en el Tercer Reich. Era una minoría numéricamente pequeña que ahora sabemos llegaron a Europa central desde el norte de la India en el siglo xv a través de Egipto. «Los gitanos tal y como son realmente —apuntaba la popular revista nazi *New Race*—, son nómadas de otra raza, que debido a sus parásitos, inmundicia y hedor siguen siendo extraños para nosotros hoy en día.»[62] En 1936 se creó una oficina del Reich para la «lucha contra la molestia gitana».

La persecución de los gitanos estaba orientada por la investigación de un académico muy respetado: el doctor Robert Ritter. Nacido en Aquisgrán en 1901, se licenció como médico y luego logró un doctorado en psicología y un título de posgraduado especialista en psiquiatría infantil. Llegó al tema

de los gitanos tras publicar varios libros y artículos académicos sobre la juventud antisocial y la «biología de la criminalidad». Consideraba que la raíz del crimen y la conducta antisocial se encontraba en el origen hereditario y social de los individuos. Ritter creó un gran instituto de investigación de médicos, trabajadores sociales, psiquiatras y antropólogos, financiado por el gobierno alemán y fondos especiales de las SS. Sus rigurosos métodos permitían que sus descubrimientos se consideraran investigación innovadora. Ritter llevó a cabo un exhaustivo estudio de los gitanos que vivían en Alemania entre 1936 y 1940. Su equipo entrevistó a miles de gitanos y reunió un detallado fichero que más tarde resultó tener un valor incalculable cuando los gitanos fueron seleccionados para ser trasladados a Auschwitz. En el informe final de su extenso proyecto de investigación, publicado en 1940, concluyó que, dado que los gitanos «se reproducían mezclados con asiáticos» y «elementos antisociales dentro del lumpemproletariado alemán» en zonas degradadas de las grandes ciudades habían «contaminado su sangre aria». Ritter opinaba que los «gitanos puros», que definió como los clásicos gitanos viajeros, no constituían una amenaza para la sociedad y no había que molestarlos, eran los gitanos «mestizos» que vivían en las zonas más pobres de las grandes ciudades los que se definían como «racialmente sospechosos».

Uno de los ayudantes de investigación clave de Ritter era la ambiciosa y joven académica Eva Justin, que realizó una influyente tesis doctoral sobre 148 niños gitanos en un albergue estatal. Trató a los niños como animales en un zoo, les medía la cabeza, apuntaba el color de los ojos, la altura, la forma de la nariz y las orejas. Los fotografió uno por uno y los animó a practicar deporte y dar largas caminatas. Concluyó que la moral y la conducta de los niños gitanos en los albergues y en su tiempo de ocio eran mucho peores que cuando vivían con sus padres. Dedujo que esos niños jamás podrían integrarse en la comunidad nacional y recomendó la esterilización obligatoria como el mejor método para afrontar el problema.[63]

Varias ciudades crearon campos especiales para gitanos donde podían aparcar sus caravanas y carros y así aislarlos de la comunidad local. No eran exactamente campos de concentración, pues los gitanos podían entrar y

salir cuando quisieran, pero las condiciones eran horribles. Pocos tenían suministros adecuados de agua, gas, iluminación en la calle o alcantarillado. En marzo de 1939 se denunció que el 40% de los gitanos de esos campos tenían sarna.[64] Junto con la política de controlar y acosar a los gitanos, empezó a surgir un enfoque más siniestro. Los gitanos eran considerados cada vez más un «problema racial». Hubo llamadas de agentes destacados de la Gestapo y la Kripo que exigían tratar la «amenaza gitana» con más dureza. El jefe de la policía rural del distrito de Esslingen en el estado del sur de Alemania de Wurtemberg escribió una carta a un alto funcionario nazi el 11 de marzo de 1937 en la que proponía una manera radical de tratar a la población gitana de Stuttgart:

> El gitano es y sigue siendo un parásito para el pueblo que se alimenta casi exclusivamente de mendigar y robar ... El gitano nunca puede ser educado para convertirse en una persona útil. Por ese motivo es necesario exterminar a los gitanos mediante la esterilización o la castración. Con la ayuda de una ley así, pronto la plaga gitana habrá sido eliminada ... Esta medida no costaría mucho dinero al estado.[65]

El 8 de diciembre de 1938, Himmler promulgó un decreto igual de amenazador llamado «Combatir la plaga gitana», que hablaba de la necesidad de afrontar el problema gitano en términos de «las características internas de esa raza». Himmler ordenó a la oficina especial del Reich en asuntos gitanos que «recabara información sobre todos los gitanos de Alemania y decidiera las medidas necesarias para combatir a los gitanos».[66] Se exigió a todos los gitanos que se registraran, fueran sometidos a un «examen biológico racial» y llevaran encima un documento de identidad que los clasificaba como: (i) gitano puro, (ii) gitano de raza mixta o (iii) «itinerante no gitano», en esencia vagabundos de paso. Este decreto concedía a la policía más poderes para prohibir que los gitanos viajaran en grupos de varias familias, y le permitía poner bajo custodia a cualquiera que fuera definido como «gitano asocial».

El inicio de la guerra hizo que el cerco se estrechara aún más. Los gitanos ya no podían salir de su lugar de residencia sin un permiso especial. Fueron sometidos a trabajos forzados y clasificados como «ajenos a la comunidad». En 1939, el SD denunció que los videntes gitanos, muy populares en las ferias, hacían predicciones negativas sobre el resultado de

la guerra. Poco después, Heydrich emitió un decreto que prohibía la videncia gitana en general. Todo vidente gitano que incumpliera esta orden era puesto bajo «custodia preventiva». Una vidente gitana de cuarenta y siete años llamada Anna, detenida por la Kripo, fue enviada al campo de concentración femenino de Ravensbrück en febrero de 1940 por desafiar esta orden. Murió allí el 14 de mayo de 1942. Emma, otra vidente gitana de treinta y seis años y madre de seis niños, fue detenida en junio de 1940. Accedió a no practicar la videncia nunca más y fue condenada a tres meses de cárcel. En marzo de 1943, ella y sus seis hijos fueron enviados a Auschwitz. Es poco probable que sobrevivieran.[67]

La política de deportar a los gitanos se fue desarrollando poco a poco. En mayo de 1940, 2.500 gitanos fueron trasladados a campos de Polonia, ocupada por los nazis, y utilizados como mano de obra forzada. El 16 de diciembre de 1942 se produjo un cambio repentino y radical en la política. Himmler ordenó la deportación masiva de los gitanos al letal campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. No obstante, Himmler decretó que los «gitanos puros» que previamente llevaban una vida nómada quedaran exentos de esas deportaciones. Himmler sentía una extraña fascinación por los «gitanos puros», pues creía que eran descendientes de las ancestrales tribus «arias» originales. Arthur Nebe, jefe de la Kripo, informó a los agentes de que «Himmler pretende que en el futuro “los gitanos racialmente puros” gocen de cierta libertad de movimiento de manera que puedan moverse por una zona fija, vivir según sus hábitos y costumbres y tener una ocupación tradicional [gitana] adecuada».[68]

En una carta del 3 de diciembre de 1942, Martin Bormann, secretario político de Hitler, se quejaba de la exención de Himmler de los gitanos «racialmente puros» de la orden de deportación: «Ese trato especial de los gitanos racialmente puros constituiría una desviación fundamental de las medidas aplicadas en la actualidad para combatir la plaga gitana y no se entendería por parte de la población y los rangos más bajos de la dirección del partido. El *Führer* tampoco aprobaría que un segmento de los gitanos recuperara su antigua libertad».[69] Al cabo de tres días, Himmler se reunió con Hitler y logró que superara sus reservas. Los gitanos racialmente puros

quedaron exentos. Un memorándum del Ministerio de Justicia, con fecha del 17 de febrero, decía: «Nuevos estudios han demostrado que entre los gitanos hay elementos racialmente valiosos».[70]

La Kripo, no la Gestapo, se hizo cargo de las deportaciones de los gitanos. Seleccionaba a la gente basándose en el fichero y las valoraciones raciales que le proporcionó el Instituto Ritter. La Kripo tenía carta blanca para decidir quién era deportado o quedaba exento. Una vez más, los criterios llamados «raciales» se convirtieron en una cuestión de valoración social. Los agentes a menudo solicitaban la opinión de expertos del Centro de Investigación de Higiene Racial, dentro de la Dirección de Salud Pública, para tomar una decisión en casos difíciles. El siguiente informe impreciso, con fecha del 10 de julio de 1944, impregnado de prejuicios sociales, intenta clasificar el «carácter racial» de una familia acusada de ser gitana, pero que negaba serlo:

> A pesar de que la familia X niega pertenecer a los gitanos en términos de sangre, el diagnósticos racial de los miembros de la familia X es sin duda «gitano».
> Este veredicto se basa en:
>
> 1. Características raciales y psicológicas.
> 2. Características antropológicas.
> 3. Fecha genealógica.
> 4. El hecho de que los húngaros consideran a la familia magiar.
>
> Solo estos hechos son suficientes por sí mismos para considerar a la familia X presuntamente gitana ... Los gestos, afectividad y conducta general son ajenos, e indican positivamente la ascendencia gitana.[71]

La deportación de gitanos a Auschwitz empezó el 1 de marzo de 1943 y terminó a finales de mes. Los enviados a Auschwitz solo pudieron llevarse ropa personal y comida para el trayecto en tren. En las deportaciones de gitanos, la Kripo tenía aún más poder en la selección del que tuvo la Gestapo durante la deportación de judíos. El número de gitanos exentos del traslado a Auschwitz-Birkenau variaba según la región. En Magdeburgo, casi todos los gitanos de la zona acabaron deportados. La ciudad de Giessen, en el estado de Hesse, deportó a 14 de 25 gitanos. En Múnich, alrededor de 141 de 200 fueron deportados. En Oldemburgo, una zona católica, solo 4 gitanos de 84 fueron deportados.[72] Un total de 13.000

gitanos «mestizos» fueron deportados de Alemania y Austria en marzo de 1943. Se cree que unos 15.00 gitanos de los 28.627 que vivían originalmente en Alemania y Austria sobrevivieron a las deportaciones.

De todos los gitanos «mestizos» mayores de doce años que hubieran quedado exentos de la deportación se esperaba que dieran su consentimiento para ser esterilizados. El papel clave que desempeñó la Kripo en estas órdenes de esterilización muestra cómo este cuerpo supuestamente civil de investigación criminal se había vuelto idéntico a la Gestapo. La esterilización de gitanos en Alemania no siguió el procedimiento normal de la recomendación de un médico, seguida de una evaluación por parte de los tribunales de salud hereditaria. La Kripo se limitaba a solicitar el consentimiento de las autoridades locales para las órdenes de esterilización. Los gitanos que accedían a la esterilización eran clasificados como «socialmente adaptados». Si alguien se negaba, los agentes de la Kripo los amenazaban con enviarlos a un campo de concentración y ser deportados. Un gitano llamado Johann, que había servido en el ejército, quedó exento de la deportación gracias a su expediente militar. El 13 de mayo de 1943, la oficina de la Kripo de Núremberg ordenó su esterilización. Johann se negó a dar su consentimiento, y un agente de la Kripo lo amenazó con enviarlo a un campo de concentración. Johann se negó de nuevo. Fue detenido por ser un «asocial» y puesto bajo «custodia policial preventiva». Le dijeron que lo trasladarían a Auschwitz. Al día siguiente, Johann finalmente accedió a ser esterilizado y quedó libre.[73] Se estima que entre 2.000 y 2.500 gitanos que quedaron exentos de la deportación fueron esterilizados ente 1943 y 1945.

Hilda, una joven alemana, recuerda un relato especialmente desgarrador del día en que conoció a unos gitanos durante el período de guerra, cuando se estaban produciendo las deportaciones a AuschwitzBirkenau:

> Estaba de visita en una fiesta de la parroquia local, un carnaval. Tenían un tiovivo y varios puestos y tenderetes. Entonces vi a esa niña entrar en una especie de caravana gitana. Llevaba algunos dulces. Yo tenía un papel rosa bonito, y se lo regalé. Aún recuerdo cómo estábamos sentadas juntas. Tenía una muñeca de trapo. Creo que tenía nueve o diez años. Dijo que nadie podía tocar esa muñeca porque era especial. Luego me contó, y tuve que jurar que no se lo diría a nadie, que había otros gitanos que iban de pueblo en pueblo con una feria, pero los habían

metido en un campo y luego los habían gaseado. Así que yo susurré: «No puede ser. Solo por ser gitanos... ¿qué crimen cometieron?». «No —contestó la niña—: No lo entiendes, los matan solo por ser gitanos.» La muñeca que me enseñaba se la había dado alguien que luego fue gaseado. Nunca hablé de aquel encuentro con mis padres porque le había prometido a la niña que le guardaría el secreto.[74]

7
La persecución de los judíos

A las once de la mañana del 11 de marzo de 1933, Ludwig Förder, abogado judío, estaba en su oficina en el edificio principal del tribunal de Breslau.[1] De pronto se abrió la puerta con una violenta patada. Dos corpulentos soldados nazis irrumpieron en el despacho al grito de: «Judíos, fuera». En la declaración policial que Förder realizó más tarde, describía lo ocurrido:

> Vi a Siegmund Cohn, de más de 70 años, miembro del colegio, sentado en su silla, como si estuviera clavado a ella. No podía moverse. Varios camisas marrones le atacaron ... Un oficial de las SA se abalanzó sobre mí y me dio dos golpes en la cabeza que me hicieron sangrar en abundancia. Los golpes fueron cerca de la cicatriz de mis heridas de la primera guerra mundial ... El oficial de las SA echó un vistazo alrededor, me señaló y preguntó al juez: «¿Es judío?». El anciano creyó que no tenía derecho a mentir al matón y contestó: «Sí, es un abogado judío». Entonces el matón se volvió hacia sus amigos y dijo: «Sacad al judío de aquí». Había un hombre de las SA en la puerta que al pasar yo me dio una fuerte patada en la espalda y me hizo caer encima del juez Goldfarb, que además era el jefe de la comunidad judía ... Entonces se volvió hacia mí impresionado y me preguntó: «¿A qué autoridad debo dirigir una queja por este escándalo?». Yo le contesté: «Me temo que ya no queda ninguna autoridad así».[2]

Los incidentes antisemitas como aquel supusieron un impacto enorme para los judíos en la Alemania nazi, que constituían una pequeñísima minoría. Entre 1871 y 1931 nunca superaron el 1,09% de la población. En 1933, 525.000 judíos vivían en Alemania, de los cuales 144.000 residían en Berlín. En 1939 solo quedaban 300.000 judíos. Entre 1940 y 1944, 134.000 judíos alemanes fueron deportados a los campos de trabajo y de exterminio de Polonia. Se estima que la cantidad total de judíos alemanes asesinados en el Holocausto fue de 160.000. La mayoría de los supervivientes formaban parte de matrimonios mixtos o eran hijos de ese tipo de enlaces.[3]

Los judíos llevaban siglos residiendo en zonas germánicas de Europa, y habían sufrido persecuciones periódicas. La Constitución alemana de 1871 concedió a los judíos la condición de ciudadanos de pleno derecho. También se permitía la conversión religiosa al cristianismo. Muchos judíos se integraron y asimilaron con la mayoría alemana. Entre 1881 y 1933, 19.469 judíos se convirtieron al protestantismo, por ejemplo. Durante la primera guerra mundial, 100.000 judíos se alistaron para combatir y 70.000 sirvieron en el frente, de los cuales 30.000 recibieron condecoraciones por su valentía. Un total de 12.000 judíos fueron asesinados.

La tasa de matrimonios mixtos entre judíos y cristianos alemanes aumentó con rapidez antes de que Hitler llegara al poder. Entre 1901 y 1905, el 15% de los judíos estaban casados con personas no pertenecientes al judaísmo. En 1933, la cifra había aumentado al 44%. La asimilación judía en Alemania avanzaba a un ritmo más rápido que en cualquier otra nación europea. Los judíos asimilados no se distinguían de los paganos. «Sospecho que si alguien le hubiera preguntado a mi padre o a mi madre en 1930 o 1931: "¿Y tú qué eres?", habrían dicho: "alemán" —recuerda Claus Moser, hijo de un banquero judío, nacido en 1922—. Mi padre estuvo en la primera guerra mundial. Recibió la Cruz de Hierro. Mis padres nunca habrían negado su judaísmo, pero primero eran alemanes. Estoy seguro de que antes de que Hitler llegara al poder, aunque iba una vez al año a la sinagoga con mi padre, no le daban mucha importancia.»[4]

Klaus Scheuenberg, nacido en 1925, recordaba:

> Mi padre, como muchos judíos alemanes de clase media, era un hombre ingenuo y apolítico. Cuando Hitler llegó al poder creó una nueva condecoración [militar], la Cruz del Combatiente en el Frente. Se concedía a todo aquel que hubiera luchado en el frente durante la última [primera] guerra mundial, junto con un enorme certificado [de Hitler] que empezaba con un «mi querido camarada». Los nazis aún no tenían una lista de quién era cristiano y quién judío, así que le enviaron uno a mi padre. Cuando lo recibió, mi padre dijo: «Hitler no puede ser tan malo. Mira, me ha concedido esta medalla». ¡Qué ingenuo![5]

Los judíos en Alemania destacaban en los negocios, el comercio, la cultura y las profesiones liberales. En 1933, el 61% trabajaban en los negocios y el comercio, comparado con el 18% de alemanes. Aproximadamente un 40% de los alemanes trabajaban en la industria,

comparado con el 22% de los judíos. Solo el 2% de los judíos trabajaban en la agricultura, comparado con un 29% de alemanes. Entre 1929 y 1932, el 25% de todos los empleados del comercio minorista eran judíos, que además eran propietarios de todas las empresas de acero y sobrantes y el 57% de los negocios del metal. Destacaban en la banca y el sector de los servicios financieros de la economía. En 1930, el 43% de los principales cargos en los bancos alemanes los ocupaban judíos. En 1928, el 80% de los principales miembros de la Bolsa de Berlín eran judíos.

Los judíos prosperaron en las profesiones liberales. En 1933, 381 jueces y fiscales, y el 16% de los abogados, eran judíos. Ocupaban el 12% de los puestos de profesor universitario, y un 7% más de los académicos eran judíos conversos al cristianismo. Cerca de un 10% de los médicos y dentistas eran judíos. Entre 1905 y 1931, diez de los treinta y dos alemanes galardonados con el premio Nobel en Ciencias eran judíos. Eran muy visibles en el arte, el cine, el teatro y el periodismo. En 1930, el 80% de los directores teatrales en Berlín eran judíos, y el 75% de las obras producidas habían sido escritas por judíos.[6]

El increíble éxito de los judíos en tantos ámbitos de la sociedad alemana provocaba un profundo malestar en gran parte de los alemanes. Tal y como recuerda Ursa Meyer-Semlies, una alemana pagana nacida en 1914:

> Se decía: «Los judíos son nuestra desgracia». Siempre se transmitía a través de la propaganda, son una pequeña minoría y ocupan los puestos más importantes, sobre todo en las ciudades, en los sitios grandes, y tienen en su poder todas las tiendas. Yo no me lo planteaba, pero de repente fui consciente de ello. Y si uno miraba alrededor ... las grandes tiendas de textiles, de tabaco ... de música, joyerías, todas estaban en manos de judíos. En el río Memel había grandes talleres de féretros, situados allí para estar cerca de los suministros de troncos que bajaban flotando por el río. También eran de los judíos.[7]

Según Ellen Frey, también nacida en 1914, muchos alemanes adoptaban actitudes negativas parecidas: «Nuestros padres nos decían: “Los judíos están por todas partes. En el teatro, en los puestos más destacados. Están por doquier y nos tienen comiendo de su mano”. Eso nos decían nuestros padres. Era como si nos apartaran a los alemanes y se llevaran los mejores trabajos ... Sí, uno pensaba que tal vez fuera bueno que se fueran para que llegara nuestro turno ... Esa era la opinión generalizada por aquel

entonces».[8] Erna Tietz, cristiana alemana nacida en 1921, afirma que era habitual que los alemanes dijeran en una conversación: «Cuando trates con un judío ten cuidado, porque el judío siempre está pensando en su propio bolsillo».[9]

En 1934, Reinhard Heydrich explicó con todo detalle el destino que esperaba a los judíos en la Alemania nazi:

> Hay que reducir las posibilidades de sobrevivir de los judíos, no solo en sentido económico. Alemania debe ser para ellos un país sin futuro, donde las generaciones mayores residuales pueden morir, pero donde los jóvenes no pueden vivir, de manera que el estímulo para emigrar se mantenga vivo. Hay que rechazar los métodos del antisemitismo más escandaloso. No se combate a las ratas con una pistola, sino con veneno y gas.[10]

La persecución de los judíos fue un proceso gradual. Los nazis querían excluirlos de la economía, aislarlos de sus vecinos y luego expulsarlos de Alemania. Los alemanes que se habían mezclado socialmente con judíos antes de la llegada de Hitler al poder fueron marginados y condenados al ostracismo. El régimen nazi aprobó cuatrocientas leyes distintas contra los judíos. Los dirigentes de la comunidad judía lo describieron como «terror judicial». Los judíos quedaban excluidos de los puestos de funcionariado, la profesión jurídica, las escuelas de secundaria y las universidades.

La primera medida concreta contra los judíos llegó el 1 de abril de 1933, con un día de boicot nacional a sus tiendas. Las tropas de asalto nazis se plantaron en actitud amenazadora fuera de las tiendas judías con pancartas con lemas como: «¡Quien coma productos judíos morirá por consumirlos!». Arnold Biegelson, dependiente judío, recordaba:

> Los hombres de las SA se plantaron delante de los escaparates con pintadas con unos grandes carteles que decían: «No compres a los judíos». Mi madre, que no parecía en absoluto judía, se topó con un guardia de las SA al salir de una de las tiendas. Le dijo: «Ves el cartel, pero entras igualmente. Nos acordaremos de tu cara». No nos tomamos en serio esas amenazas. En aquel momento aún podíamos movernos con libertad.[11]

Pasada una semana del boicot, el periódico judío *Jüdische Rundschau* («Panorama judío») publicó un artículo titulado: «Llevad con orgullo la estrella amarilla» de Robert Weltch, figura destacada de la comunidad sionista:

> La prensa nacionalsocialista nos llama «enemigo de la nación» y nos deja indefensos. No es cierto que los judíos traicionaran a Alemania. Si han cometido alguna traición, es hacia sí mismos ... Porque el judío no hizo gala de su judaísmo con orgullo, porque intentó evitar la cuestión judía ... Ahora el judío va marcado con una estrella amarilla ... El hecho de que la dirección del boicot [nazi] diera órdenes de colocar una señal «con una estrella amarilla sobre fondo negro» en las tiendas boicoteadas constituye un potente símbolo. Esa normativa pretende ser un estigma, una señal de desdén. Nosotros la convertiremos en un símbolo de honor ... ¡Judíos, tomad la estrella de David y llevadla con orgullo![12]

Weltch subestimó gravemente lo difícil que se estaba volviendo la vida para los judíos. Durante los desfiles de las SA se quemaban muñecos de judíos. Aparecieron ejemplares del periódico violentamente antisemita *Der Stürmer* en los pilares de publicidad en la calle, con imágenes físicamente repulsivas y grotescas de judíos en portada.[13] El 20 de agosto de 1933, los lugareños de Wurzburgo se quejaron al jefe de distrito nazi de una mujer alemana que tenía una relación sexual con un judío. Las SS sometieron a un humillante desfile al hombre por la calle, con un cartel que rezaba: «He vivido fuera del matrimonio con una mujer alemana». Las SS tuvieron al judío bajo «custodia preventiva» durante dos semanas. Era completamente ilegal, pues en ese momento no había ninguna ley que prohibiera las relaciones sexuales entre judíos y no judíos.[14]

Muchos judíos alemanes pensaban que ese antisemitismo extremo de los nazis quedaría en nada, pero su hipótesis resultó ser falsa. Tal y como recuerda Claus Moser:

> Debéis recordar que yo pasaba por tiendas donde se decía: «Judíos, no compres aquí». Ocurría por todas partes. Creo que me asustaban esa multitud de camisas marrones y negras. Por toda la ciudad había esos pilares de publicidad en la calle con imágenes horribles de judíos. Yo pensaba que era una época desagradable, horrible, pero saldríamos de ella y en un año o dos esa gente horrible se habría ido. Luego uno empezaba a ser consciente de ser judío y la sensación de peligro fue aumentando paulatinamente.[15]

Gad Beck, nacido en 1923 en una familia berlinesa acomodada, había sido unos de los alumnos más queridos de la clase antes de que Hitler llegara al poder. «Luego, de repente, empezaron a ocurrir cosas extrañas», recordaba:

> «Profesor, ¿puedo sentarme en otro sitio? —dijo un alumno—. Gerhard tiene los pies sudorosos y apestosos de judío.» Los niños suelen ser más directos y crueles que los adultos. Ese tipo de rechazo dolía de verdad. Durante el almuerzo, le conté a mi familia lo ocurrido. La reacción de mis padres me causó una decepción y confusión absolutas. Era obvio que no se tomaron en serio el incidente. Murmuraron con ternura que las cosas pronto se calmarían.[16]

En contra de la creencia popular, durante los dos primeros años de gobierno de Hitler la persecución de judíos que respetaran la ley no era una prioridad para la Gestapo. En la ciudad de Krefeld, solo ocho judíos fueron detenidos por la Gestapo durante todo 1933, y siete eran comunistas activos.[17] La mayoría de los que acabaron siendo interrogados eran personas que respondían a gritos e insultos antisemitas en lugares públicos. El 17 de agosto de 1935, una mujer judía de cincuenta y cinco años se enfrentó a dos jóvenes en el centro de la ciudad de Colonia. Los vio vendiendo un periódico con el titular: «Todo el que tiene relación con los judíos contamina la nación». «Es asqueroso que vendáis ese periódico», les dijo a los chicos. Ellos denunciaron sus comentarios a un agente de las SS y acabó interrogada por la Gestapo. Argumentó que había lanzado ese comentario por rabia, sin pensar en las posibles consecuencias. El caso fue desestimado posteriormente por el fiscal.[18]

Este incidente se produjo durante el verano de 1935, cuando la propaganda antisemita nazi iba aumentando en muchas ciudades y pueblos alemanes. Las tiendas judías sufrieron una nueva ola de boicots. Se levantaban señales improvisadas en las afueras de muchas ciudades y pueblos con el lema: «Aquí no queremos judíos». En algunos lugares, los judíos tenían prohibida la entrada en bibliotecas, cines, piscinas, cervecerías, boleras y parques. Los cementerios judíos sufrían con frecuencia el vandalismo de bandas adolescentes de las SA. Los activistas nazis hacían llamamientos para introducir nuevas leyes que prohibieran el matrimonio y las relaciones sexuales entre judíos y no judíos.

En respuesta a esta «presión desde abajo», Hitler decidió aclarar la situación legal de los judíos. El Reichstag fue convocado para una sesión especial en Núremberg el 15 de septiembre de 1935, donde se acordó una nueva batería de leyes amplias sobre la ciudadanía del Reich. Las «leyes de Núremberg» se convirtieron en parte esencial del impulso nazi para potenciar la «pureza biológica» de la raza alemana. Ningún «judío absoluto

de sangre», en referencia a una persona con las dos ramas de padres y abuelos judíos, podía ser considerado ciudadano alemán ni casarse o tener relaciones sexuales con una persona aria. Los judíos ni siquiera podían contratar a «mujeres de sangre pura alemana» de menos de cuarenta y cinco años como asistentas domésticas. Tampoco les estaba permitido izar la bandera alemana. Para los viejos veteranos judíos de la Gran Guerra fue un trago amargo. Los judíos de «origen mixto», hijos de un alemán «ario» y un judío (conocidos como *Mischlinge*, «cruzados») fueron clasificados como «súbditos del estado», lo que les negaba la condición de ciudadanos de pleno derecho. Hitler presentó las leyes de Núremberg como la base de una «coexistencia pacífica entre alemanes y judíos».[19]

Norman Ebbut, corresponsal de *The Times* en Berlín, comentaba:

> Las leyes de Núremberg, en ausencia de regulación interpretativa, se están utilizando para justificar todo tipo de indignidad y persecución, no por parte de individuos, sino por las autoridades ... Las oportunidades que ofrecen las nuevas leyes son ilimitadas ... Cualquiera puede denunciar a su enemigo o competidor judío por haber sido visto en compañía de mujeres «arias», o haberse saltado supuestas obligaciones comerciales ... A menos que las altas instancias se esfuercen por comprobar la furia de los fanáticos antisemitas, los judíos serán condenados a dar palos de ciego hasta su muerte. Es el proceso al que se aplica el término «pogromo frío».[20]

Una definición legal establecía las diferencias entre judíos «puros» o «judíos completos» (*Volljuden*) y «medio judíos» (*Mischlinge*), hijos de matrimonios mixtos entre alemanes «arios» y judíos. Un judío «completo» era una persona con tres o más abuelos judíos. Los *Mischlinge* se dividían en dos categorías: (i) de primer grado: una persona con dos abuelos judíos, lo más cercano a un ciudadano alemán y (ii) de segundo grado, los que tenían un abuelo judío. Ninguna de las dos categorías se consideraban «arias», pero la mayoría de los definidos como *Mischlinge*, sobre todo los de primer grado, sobrevivieron a la deportación y el exterminio durante el Holocausto.[21] En los matrimonios mixtos, los cónyuges judíos estaban a salvo de la deportación, siempre y cuando no se divorciaran y, en particular, si tenían hijos.

Cecile Hensel, una chica joven y bondadosa nacida en 1923, vivía en la pequeña ciudad universitaria de Erlangen. Su padre era el destacado filósofo Paul Hensel, fallecido en 1931. Entre los ancestros de la chica

figuraba Moses Mendelssohn, conocido como «el Sócrates alemán», y el célebre compositor Felix Mendelssohn. Abierta de miras y de gran corazón, Cecile se crió sabiendo muy poco de los acontecimientos políticos ocurridos en la Alemania nazi. Su padre, de mentalidad liberal, le dijo: «Las grandes ciudades tienen universidad, pero los pueblos pequeños son una universidad». Cecile tenía solo once años cuando su madre le explicó las leyes de Núremberg:

> Me educaron como cristiana en la fe luterana. Mi madre era aria. Un día le pregunté: «¿Qué es un *Mischling*?». Ella contestó: «Una persona que ya no encaja». Todo el mundo quiere encajar en el grupo, y yo ya no podía. Esas leyes me convirtieron en una marginada. Recuerdo que alguien en el colegio me dijo: «Eres judía». Yo contesté: «Uno de mis antepasados judíos es muy famoso, Moses Mendelssohn, es verdad, pero yo no soy judía». Entonces la niña me dijo a gritos: «Ah, se llamaba Moses, ¿ves? ¡Era judío!». Luego me expulsaron del colegio. Fue una época horrible. Estaba todo el tiempo en casa, como si estuviera presa. Cuando me despertaba por la mañana estaba aterrorizada. Cuando me acostaba por la noche, estaba aterrorizada.[22]

Dorothea Schlosser, otra chica «medio judía» nacida en 1921 que vivía en Berlín, tuvo una experiencia muy parecida: «Mi aversión a Hitler empezó con un comentario que hizo el director de mi escuela. Dijo: “Hay judíos y cristianos, pero los peores son los mestizos”. Eso afectaba directamente a mi casa ... Lloré mucho en aquella época. Me miraba en el espejo y pensaba: ¿Realmente eres tan horrible?».[23]

Tras las leyes de Núremberg, muchos judíos se dieron cuenta de que la batalla estaba perdida y huyeron al extranjero. «Una de las cosas que recuerdo con mayor claridad es el día en que nos fuimos de Alemania, en abril de 1936», recuerda Claus Moser, cuya familia se fue a Gran Bretaña:

> Lo que me parece más extraordinario recordar es verme con trece años, con un chelo, con destino a Inglaterra. Fue un viaje memorable, salvo porque ni yo ni mi hermano sabíamos que nos íbamos para siempre. Era un viaje a lo desconocido. No creo que tuviera la sensación de huir de la muerte. Creo que pensaba que Alemania se había convertido en un país horrible, desagradable. Los judíos éramos el centro de todos los horrores. Así que, aunque no huíamos de la violencia inmediata, cuando nos fuimos la sensación fue de enorme alivio.[24]

Con el beneficio de la experiencia, puede parecer sorprendente que no hubiera más judíos alemanes conscientes del desastre que se avecinaba. Tal vez las mujeres captaban con mayor rapidez los peligros para los judíos.

«Las mujeres protestaban con vehemencia en casa», recuerda una mujer judía:

> Decían a sus maridos: «¿Por qué vamos a quedarnos aquí a la espera del desastre final? ¿No es mejor construir una existencia concreta en otro sitio, antes de agotar las fuerzas con la constante presión física y psíquica? ¿No es más importante el futuro de nuestros hijos que aguantar sin sentido?». Todas las mujeres sin excepción eran de la misma opinión, mientras que los hombres se limitaban a criticar la situación con vehemencia. Lo comenté con mi marido. Como todos los hombres, no imaginaba cómo se podía abandonar el propio país.[25]

Las leyes de Núremberg permitieron detener a los judíos por un nuevo delito: «Deshonra de la raza» (*Rassenschande*).[26] Criminalizaba las relaciones sexuales entre judíos y no judíos. Eso facilitaba la denuncia de los judíos a la Gestapo por quebrantar la ley. Por tanto, fue después de la aprobación de las leyes de Núremberg cuando la Gestapo se implicó más en la persecución de los judíos. Las leyes se aplicaban a todos los judíos y alemanes «arios» que tenían una relación sexual extramatrimonial entre sí o que eran sospechosos de tenerla. En teoría, los judíos y los hombres «arios» recibían el mismo castigo. En realidad, los judíos acusados de ese delito eran tratados con más dureza durante los interrogatorios. Las mujeres alemanas «arias» rara vez se enfrentaban a una condena de cárcel, pero las judías a menudo acababan bajo «custodia preventiva». Los hombres «arios» condenados recibían penas más breves que los judíos, pero tras su liberación también eran tratados como parias sociales. Las mujeres alemanas «arias» solían perder la custodia de sus hijos tras ser acusadas de tener relaciones sexuales con judíos.[27]

Muchas oficinas de la Gestapo crearon secciones dedicadas a la «deshonra de la raza». En Berlín, la Gestapo solía utilizar técnicas de incitación a la comisión de delitos. Se reclutó a una serie de adolescentes y prostitutas con el propósito explícito de seducir a judíos para que cayeran en situaciones sexuales comprometedoras. En otros lugares la Gestapo organizaba operaciones de vigilancia a parejas sospechosas de mantener relaciones sexuales ilegales. A menudo había redadas en las casas de las parejas para sorprenderlas en pleno acto sexual.

Entre 1935 y 1940, 1.900 personas fueron condenadas por «deshonra de la raza». La cantidad de procesos judiciales variaba mucho según la región. En Hamburgo, entre 1936 y 1943 se llevaron a juicio a 429 «envilecedores de la raza». En Fráncfort, solo 92 fueron condenados durante el mismo período. La condena media era de dieciocho meses por este delito. Los convictos cumplían condena en cárceles normales o en prisiones donde se hacían trabajos forzosos. En marzo de 1936, la Gestapo se quejó ante el Ministerio de Justicia de que las sentencias promulgadas por los jueces por este delito eran demasiado indulgentes. Heydrich exigió imponer con más regularidad penas de cárcel.[28]

La detección de casos de «deshonra de la raza» por la Gestapo se producía principalmente a partir de denuncias del público. El estudio del historiador Robert Gellately de los casos de «deshonra de la raza» en la zona de la Baja Franconia demostró que el 57% empezaban con una denuncia de un ciudadano alemán corriente. Tal y como declara Gellately: «Sin la colaboración activa de la población general, habría sido casi imposible que la Gestapo pusiera en práctica ese tipo de políticas raciales [antisemitas]».[29] En los archivos de la ciudad de Düsseldorf hay 255 casos así referentes a hombres judíos y 137 a hombres alemanes con cargos de «deshonra de la raza». La Gestapo requería un nivel de seguridad mucho mayor en los casos de «deshonra de la raza» que en los delitos políticos menores. Era necesario que tres personas corroboraran cualquier acusación o el caso era desestimado, con una severa amonestación y la promesa de futura vigilancia. Esta estipulación hizo que la cantidad de casos que acababan en el tribunal fuera baja.[30]

Los acusados de «deshonra de la raza» solían tener menos de cuarenta años y procedían de varios orígenes. Un fallo emitido a un judío en el tribunal de Hamburgo en noviembre de 1937 decía: «El hecho de que el acusado y el testigo [su pareja alemana] se conocieran desde 1920 y tuvieran una relación duradera desde 1927 no se puede considerar una circunstancia atenuante, pues la relación continuó durante año y medio tras la aprobación de las leyes de Núremberg y no terminó hasta que se detuvo al acusado». Fue condenado a treinta meses de prisión.[31] Un hombre de negocios judío de buen corazón llamado Karl, casado con una mujer

alemana «aria», fue denunciado anónimamente por «deshonra de la raza». En la carta a la Gestapo se decía que abusaba sexualmente de sus trabajadoras y asistentas del hogar. La Gestapo consideró que la acusación era infundada.[32]

En otro caso, una criada judía de veinte años describió sus relaciones sexuales con dos hombres alemanes «arios» con todo detalle pornográfico durante una confesión a la Gestapo que abarca varias páginas mecanografiadas. En vez de pedir a la mujer simplemente que admitiera las relaciones sexuales, que era lo que necesitaban para una condena basada en la acusación de «deshonra de la raza», era obvio que el agente de la Gestapo quería oír todos los detalles sexuales íntimos. Era evidente que algunos agentes de la Gestapo obtenían algún tipo de placer lascivo oyendo a mujeres, por lo general menores de cuarenta años, comentando esos encuentros sexuales íntimos.[33]

Los judíos aparecen en los archivos de la Gestapo por varios motivos. Las figuras destacadas a menudo eran sometidas a una estrecha vigilancia y acoso. Muchos de esos expedientes son bastante extensos y se actualizaban con frecuencia. Los expedientes extremadamente abultados de los casos de Siegfried Kleff, Michael Steinbeck y Josef Kahn son un buen ejemplo. El doctor Siegfried Kleff (nacido en 1882) era un rabino judío que vivía en Düsseldorf con su esposa Lilli.[34] En febrero de 1937 pasó a ser el presidente de la sección de Düsseldorf de la Asociación Nacional de Congregaciones Judías en Alemania, una organización que ayudaba a los judíos a emigrar. En marzo de 1937, la Gestapo de Berlín informó a su división de Düsseldorf de que se sospechaba que Siegfried quería confraternizar con los alemanes, y preguntaba si realmente era el sionista comprometido que decía ser. En mayo de 1937, Siegfried recibió una multa de veinte marcos alemanes por mencionar un periódico prohibido a su congregación judía. El 19 de agosto de 1937, Kleff presentó una solicitud para emigrar a los Países Bajos. El 30 de agosto de 1938, además de negarle la salida, la Gestapo le confiscó el pasaporte de inmediato. Durante el pogromo de la *Kristallnacht* del 9 y 10 de noviembre de 1938, Kleff fue puesto bajo «custodia preventiva» en un campo de concentración de la zona, pero lo liberaron al cabo de doce días. El 21 de noviembre de 1941

aparece una nueva entrada en su expediente de la Gestapo donde se deja constancia de que se le han confiscado 315 libros. La última entrada de su expediente es del 21 de enero de 1942. Registra que Kleff había sido trasladado a Polonia. Lo esperaba una muerte segura. En todo ese tiempo, la Gestapo nunca lo sometió a un solo interrogatorio.[35]

La Gestapo sometió a Michael Steinbeck (nacido en 1880), médico especialista, a una vigilancia parecida bajo sospecha de tener relación con los masones. El régimen nazi era extremadamente hostil a la masonería. En *Mein Kampf*, Hitler había afirmado que los judíos utilizaban la organización como red secreta para hacerse con el control e influir en los negocios y los organismos financieros. Por tanto, la aversión nazi hacia la masonería estaba muy vinculada al antisemitismo.

Steinbeck había nacido en Bucarest y vivía en Duisburgo con su esposa Margarete.[36] El expediente contiene mucho material sobre sus actividades durante un período prolongado. La Gestapo descubrió una invitación para Steinbeck para asistir a una reunión de la Logia Masónica el 22 de marzo de 1937. En su expediente no figura si realmente asistió, pero se destacaba que esa Logia Masónica en concreto se estaba disolviendo en aquel momento. En su expediente hay una gran cantidad de panfletos de una asociación de navegantes llamada la «Fraternidad de los marineros libres» en Renania. Parece ser que Steiner había sido miembro activo de esa asociación durante el período de Weimar, y había ejercido de editor de una de sus publicaciones llamada «Pez diablo». En su expediente también se incluye una copia de un artículo de Michael Steinbeck donde se presentaba como médico que había estado a cargo de un hospital en Tánger, Marruecos, financiado por una organización benéfica musulmana, durante la primera guerra mundial. Steinbeck a continuación criticaba a las autoridades alemanas, que al parecer habían conducido al suicidio a un granjero de la zona. También afirmaba que todo aquel que hubiera trabajado en el extranjero era tratado con suspicacia cuando volvía. Todo ello hacía referencia a hechos acaecidos años antes de la llegada de los nazis al poder. La Gestapo lo detuvo en 1937 por haber participado en un grupo de debate

masón. También se sospechaba que pudiera haber incurrido en «deshonra de la raza». La Gestapo nunca presentó cargos contra Michael Steinbeck, y se desconoce cuál fue su destino final.[37]

Josef Kahn (nacido en 1886), vivía en Düsseldorf con su esposa judía Emilie cuando fue detenido por la Gestapo por formar parte de un grupo que estudiaba y comentaba el lenguaje internacional, políticamente neutral, del esperanto.[38] En su expediente hay cartas personales de una mujer «aria» alemana que también le convirtieron en sospechoso de haber cometido «deshonra de la raza». La Gestapo detuvo a Kahn el 26 de abril de 1937 en el hotel Fürstenhof de Düsseldorf, al finalizar una reunión de esperantistas de la zona. Fue interrogado el 1 de mayo. Kahn le dijo a la Gestapo que había servido como soldado y operador sin cable en la Gran Guerra, y que durante la época de Weimar votó a partidos liberales. Afirmaba ser un nacionalista alemán, y apoyaba «todas las medidas del gobierno nazi, salvo las que hacían referencia a los judíos». Admitió ser miembro de la rama alemana de la Asociación del Esperanto desde 1911. Daba conferencias con frecuencia sobre el tema, y consideraba su trabajo para la organización puramente recreativo y totalmente apolítico. Josef Kahn fue liberado el 5 de mayo de 1937. No se presentaron cargos contra él. No hay registros de cuál fue su destino final.[39]

Durante 1938 la persecución de los judíos se intensificó de forma radical dentro de la Alemania nazi. Un decreto especial del 26 de abril de 1938 obligaba a todos los judíos a registrar su fortuna, en dinero y bienes. En junio de 1938, la policía recibió la orden de volver a detener a todo judío que hubiera cumplido una sentencia por quebrantar las leyes de Núremberg, y trasladarlo a un campo de concentración. En otoño de 1938, el 75% de todos los negocios judíos habían cerrado.

El 7 de noviembre de 1938, Herschel Grynszpan, un refugiado judío alemán de diecisiete años que vivía en París, descubrió que sus padres polacos habían sido deportados de Hannover a Polonia. Su reacción fue de sorpresa, asombro y enfado. Se presentó en la embajada alemana de París con una pistola cargada, con el fin de matar al embajador alemán. La primera persona que encontró fue un oficial alemán de bajo rango llamado Ernst vom Rath. Sin previo aviso, el adolescente le disparó cinco tiros. Tres

balas fallaron, la cuarta le rasguñó la barbilla a Vom Rath, pero la quinta le dio en el estómago. Dos días después, Ernst vom Rath falleció por las heridas en un hospital de París. El retrato de Vom Rath como «patriota alemán» caído en los periódicos alemanes resultaba irónico, pues poco antes había estado bajo vigilancia de la Gestapo por supuestas «actitudes antinazis» y acusaciones de homosexualidad. En su juicio, Herschel Grynszpan declaró haber tenido una relación homosexual con el diplomático. Nunca se resolvió del todo si la acusación era cierta. Un bloqueo informativo, ordenado por Joseph Goebbels, impidió que esos detalles salieran del tribunal en aquel momento.

El asesinato de este diplomático menor tuvo enormes consecuencias. La noche del 9 y 10 de noviembre de 1938 se desató la violencia y destrucción contra los judíos en todo el territorio alemán de una manera nunca antes vista en la Alemania de Hitler. *Der Stürmer* lo llamó «justa venganza» por el asesinato de Vom Rath en manos de un «cerdo judío». «En breve emprenderemos acciones contra los judíos», escribió un exaltado Joseph Goebbels en su diario. «No se interrumpirán. No obstante, se tomarán medidas en colaboración con la policía del orden contra el saqueo y otras medidas a evitar. Se preparan detenciones de 20.000-30.000 judíos.»[40]

Muchos judíos habían sufrido ataques, robos y asesinatos antes, pero esos crímenes eran obra sobre todo de matones de las SA de camisa marrón que se tomaban la justicia por su mano. En este caso, el gobierno de Hitler organizó un pogromo antijudío en toda la nación. Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, envió una circular a las oficinas locales a las doce menos cinco del 9 de noviembre en la que informaba de las acciones violentas que se estaban llevando a cabo contra los judíos. Müller ordenó a los agentes que detuvieran el saqueo, pero que no impidieran que se prendiera fuego a las sinagogas ni el vandalismo en las tiendas judías.[41] En un telegrama a la una y veinte de la madrugada, Reinhard Heydrich dio órdenes más detalladas sobre cómo organizar las manifestaciones:

> Por ejemplo, hay que quemar las sinagogas cuando no exista peligro de incendio en los edificios de alrededor. Los comercios y viviendas privadas de los judíos se pueden destruir, pero no saquear. La policía no debe impedir que se lleven a cabo las manifestaciones. Hay que

> detener a todos los judíos, sobre todo ricos, que se puedan alojar en las cárceles existentes. Tras la detención, se comunicará de inmediato a los campos de concentración adecuados para encerrarlos lo antes posible.[42]

Aquella noche de horror tan bien orquestada se conoció como *Kristallnacht* («La Noche de los Cristales Rotos»). Esos disturbios antijudíos se registraron en toda Alemania. Los matones nazis y los hombres de las SS prendieron fuego a sinagogas y lugares de oración. Objetos irreemplazables de enorme valor religioso se amontonaron en una pira funeraria de puro odio antisemita. Los judíos recibieron palizas, y sus casas y negocios fueron registrados. Aproximadamente noventa y un judíos fueron asesinados y treinta mil detenidos, en teoría «por su propia seguridad». Cerca de diez mil judíos fueron enviados a los tres principales campos de concentración: Dachau, Sachsenhausen y Buchenwald. Casi todos los detenidos fueron liberados en seis semanas. En una nota de prensa, Joseph Goebbels afirmaba que las acciones de los alemanes eran «comprensibles».

Al parecer, algunos alemanes corrientes quedaron impresionados por la violencia y destrucción gratuitas de la *Kristallnacht*. Un informe secreto compilado por informantes socialistas para los exiliados del SPD apuntaba:

> Las brutales medidas tomadas contra los judíos han causado una gran indignación entre la población. La gente expresa su opinión abiertamente, por lo que muchos arios fueron detenidos. Cuando se supo que una mujer judía había sido detenida mientras amamantaba a su hijo, incluso un agente de policía dijo que aquello era demasiado. «¿Dónde acabará Alemania si se utilizan estos métodos?» Él también fue detenido. Después de los judíos, ¿quiénes serán las siguientes víctimas? Eso se pregunta la gente. ¿Serán los católicos?[43]

Un día después de la *Kristallnacht*, dos mujeres, Helene Kohn y Margarethe Fischer, denunciaron a un alemán «ario» llamado Leopold Funk por haber hablado abiertamente en la calle sobre la violencia contra los judíos de «un modo alarmante y molesto».[44] Las dos mujeres denunciaron su arrebato de ira a un agente de policía, y Funk fue detenido. Fue puesto bajo «custodia preventiva» en Stuttgart, pendiente de la investigación de la Gestapo. Las dos mujeres declararon que, cuando se encontraron con él en la calle alrededor de las once de la mañana del 10 de noviembre, estaba fuera de una «tienda judía destrozada» y había llamado a los responsables

de semejante vandalismo «jauría de perros» y «hunos» que habían atacado a los judíos, a los que describía como «personas inofensivas». La Gestapo interrogó a Leopold el 14 de noviembre de 1938. Dijo que no sabía que la tienda destrozada era propiedad de judíos. Su arrebato era un mero discurso general e inofensivo sobre la destrucción de la propiedad que se produjo en su comunidad aquella noche. Declaró que no consideraba que los judíos fueran «inofensivos», y manifestó su lealtad a las políticas antisemitas del gobierno nazi, «sin reservas». El agente de la Gestapo, en su informe del caso, consideró que la declaración de Leopold de que no sabía que era una tienda judía era «inverosímil». Tras cumplir seis días de cárcel, Leopold Funk fue liberado, sin cargos. Cuando el agente de la Gestapo que originalmente se encargó del caso descubrió esa sentencia tan leve se quejó a un agente de Stuttgart de que el asunto debía ser tratado por un tribunal especial e imponerse una sentencia mucho más dura.[45]

Las personas dispuestas a mostrar algún tipo de empatía con el suplicio de los judíos era una minoría en descenso, tal y como constataba un informe socialdemócrata de diciembre de 1938:

> La amplia mayoría de la gente no aprueba la destrucción, pero no deberíamos obviar el hecho de que en la clase trabajadora hay gente que no defiende a los judíos. En determinados círculos uno no es muy popular si habla con desprecio de los acontecimientos recientes ... Berlín: la actitud de la población no era del todo unánime. Cuando la sinagoga judía ardía, se oía a muchas mujeres decir: «Eso es lo correcto, es una lástima que no haya más judíos dentro, sería la mejor manera de hacer que se esfumasen todos» ... Si en el Reich alguien se ha pronunciado en contra de los pogromos judíos, el exceso de incendios y saqueos, ha sido en Hamburgo y en el distrito vecino de Elbe. La gente de Hamburgo en general no es antisemita.[46]

El éxodo de los judíos que se iban de Alemania aumentó después de la *Kristallnacht*. «Durante los meses siguientes entraron en vigor infinidad de nuevas normativas que hacían prácticamente imposible para los judíos mantener cierta apariencia de vida normal de clase media», según recordaba Gerhard Beck:

> Se confiscaron radios, teléfonos y objetos de valor. Ya no nos estaba permitido dirigir negocios, comprar libros o periódicos, poseer vehículos de motor o usar el transporte público, y el horario para comprar alimentos era limitado. Los nazis introdujeron el *Judenbann*, zonas en las afueras para judíos. Eso significaba que los judíos tenían prohibido usar determinadas calles, lugares públicos e instalaciones de la ciudad, como teatros, cines o baños públicos o piscinas.

> Los judíos que no tenían un nombre que sonara judío fueron obligados a añadir «Sara» o «Israel» a su nombre y se estampó una jota en el pasaporte. Quedaba terminantemente prohibido asistir a instituciones educativas «arias», y muchas organizaciones judías fueron desmanteladas. Por si no era suficiente, los judíos fueron obligados a pagar los costes de todo lo que había sido destruido en la *Kristallnacht*; tuvieron que pagar mil millones de marcos alemanes al gobierno alemán como «pena de expiación».[47]

Las condiciones de los judíos siguieron deteriorándose. El 19 de septiembre de 1941, todos los judíos mayores de seis años fueron obligados a llevar una estrella de David amarilla, con la palabra «judío» (*Jude*) en letras negras en el centro. Los judíos intentaron respetar la ley para no llamar la atención de la Gestapo. Una mujer judía, denunciada por hacer comentarios críticos con el régimen, le dijo al agente de la Gestapo durante su interrogatorio el 4 de julio de 1941: «Como judía, tengo mucho cuidado con mis declaraciones, sopeso cada palabra antes de decirla».[48]

Los informes del SD sobre la reacción pública a la introducción de la estrella amarilla muestra que fue bien recibida por la sociedad alemana. En agosto de 1941, un informe del SD de Biefeld apuntaba que los alemanes «arios» de la zona opinaban que la medida disuadiría a la población de tener relaciones con los judíos. Un informe del SD de septiembre de 1941 sobre la introducción de la estrella amarilla decía:

> La orden policial ha causado auténtica satisfacción en todas las clases de la población. El sábado y domingo fue el principal tema de conversación. Una y otra vez se oía expresar la opinión de que ahora los judíos en Alemania habían perdido toda posibilidad de ocultarse. En general se destaca que solo con esta orden se logrará la absoluta eficacia de las medidas restrictivas contra el uso de los judíos de cines, restaurantes y mercados.[49]

La Gestapo perseguía a los judíos que intentaban eludir la normativa sobre la estrella amarilla o por no usar los nombres judíos oficiales de Sara e Israel. Un chico alemán de veintitrés años, hijo de padre judío y madre alemana, firmó una declaración policial en marzo de 1944 por un delito menor de tráfico usando su propio apellido en vez de «Israel». La policía pasó esa información a la Gestapo, y el chico fue enviado de inmediato a un campo de concentración. Luego se decidió trasladarlo a Polonia, lo que casi con toda seguridad habría significado la muerte en el Holocausto. Su jefe

escribió una larga carta a la Gestapo suplicando clemencia. Funcionó. Fue liberado, con una estrella como advertencia para su futuro comportamiento.[50]

Muchas mujeres judías casadas con hombres «arios» se negaban a llevar la estrella amarilla. Un agente de la Gestapo escribió de una mujer judía a la que había detenido por ese delito:

> Siempre ha sido una excusa barata decir que uno no sabía nada. La judía Helena dice no saber nada de leyes relacionadas con los judíos. Es típico de los judíos dar excusas pobres. En realidad solo creen que si no se sabe que son judíos [y casados con arios] no hace falta que lo hagan saber ellos. Mientras no se sepa va bien, y si su identidad racial se hace pública pueden salir de la situación con una multa leve. Últimamente, los judíos de matrimonios mixtos están cometiendo esa falta. Por tanto, parece necesario imponer una pena de cárcel en vez de una multa.[51]

El 1 de octubre de 1941, cuando empezaron las primeras deportaciones a Polonia, la Asociación de Judíos Alemanes del Reich tenía registrados a 163.696 judíos que todavía seguían en Alemania.[52] Para entonces, además de afrontar muchas otras restricciones, los judíos no tenían permitido usar autobuses o trenes, ir a museos o galerías de arte, poseer coche, comprar flores, comer en restaurantes o sentarse en tumbonas. A partir del 13 de marzo de 1942, a todos los domicilios judíos se les exigió poner una estrella blanca de papel en la entrada. Los judíos ni siquiera tenían permiso para tener mascota. Les resultaba extremadamente difícil comprender la enorme tragedia que los envolvía. Cuesta entender las consecuencias de una avalancha cuando se está a oscuras.

La mayoría de deportaciones de alemanes judíos se produjeron entre octubre de 1941 y el verano de 1942. Durante este período, más de cien mil judíos fueron trasladados en tren a guetos en Łódź, Riga y Minsk, así como a los campos de exterminio de Bełżec y Auschwitz-Birkenau. Los únicos judíos que se quedaron en Alemania tras esa ola de expulsiones fueron los que pertenecían a matrimonios mixtos y sus hijos. Los nazis crearon lo que llamaron un «campo de concentración modélico» en Theresienstadt para dar la falsa impresión al mundo exterior de que no había nada siniestro en aquellas deportaciones. La decisión de deportar a los judíos del antiguo Reich (*Altreich*) estaba bajo el influjo de la exitosa emigración forzosa de

50.000 judíos austríacos de Adolf Eichmann. Heydrich decidió que la creación de guetos a gran escala en Alemania provocaría enfermedades y crimen, lo que podría afectar a la cohesión social de la población general.[53]

Los relatos de los testigos y de los juicios de guerra posteriores muestran cómo se llevaban a cabo las deportaciones judías en la Alemania nazi. En la mayoría de ciudades los judíos eran trasladados durante las horas nocturnas o a primera hora de la mañana. Es difícil saber si los judíos sabían que su destino era el exterminio. Circulaban rumores en Alemania sobre las ejecuciones en masa en la Unión Soviética durante los últimos meses de 1941, pero cuando empezaron las deportaciones los judíos de Polonia no estaban siendo gaseados. Es discutible argumentar que los judíos deberían haberlo sabido y sin embargo accedieron sin protestar, o que los alemanes también debían de saberlo, pero no protestaron. La gran mayoría de los alemanes se mostraba indiferente al destino último de la población judía alemana. Años de propaganda despiadada que demonizaba a los judíos como sujetos físicamente desagradables con nariz aguileña habían calado hasta en las mentes que antes eran más abiertas. Los carteles, películas y periódicos estaban llenos de imágenes antisemitas a diario. Tal y como recordaba Max Reiner: «Ya no podía leer un solo periódico alemán. Judíos ... judíos. Parecía que no hubiera otro tema. Se sobrepasaban en insultos, amenazas y ridículo».[54]

En Colonia, un juicio de la Gestapo de 1954 reveló que 11.500 judíos fueron deportados en dieciocho traslados distintos que empezaron el 21 de octubre de 1941. A finales de 1942, el 80% de los judíos de Colonia habían sido deportados. El patrón de cada traslado seguía un procedimiento parecido. La RSHA de Himmler en Berlín envió una carta o un telegrama al jefe de la oficina local de la Gestapo en la que ordenaba organizar un traslado de judíos a un gueto concreto de Polonia o a un campo de concentración designado.

La Gestapo fue la responsable de organizar las deportaciones judías. Había una serie de pautas oficiales a seguir en el proceso, que mencionaban todas las normativas que hacían referencia a los judíos. Cada etapa era registrada con meticulosidad. Los agentes de la Gestapo se ponían en contacto con los líderes de las comunidades judías y les solicitaban que

elaboraran una lista de personas a deportar. Valerie Wolfenstein, hija de un arquitecto judío, describió cómo funcionaba el proceso en Berlín: «La persona recibía una carta en la que se le notificaba qué día debía estar preparada. Debía hacer una lista de todas sus propiedades y llevarla a la oficina de la comunidad judía, a la que la Gestapo delegaba todo el trabajo preliminar».[55] A continuación se informaba a cada persona que iba a ser deportada de la fecha y la hora de su deportación, y se le asignaba un número, pero con frecuencia esa carta llegaba solo dos días antes de partir. En la oficina de la comunidad judía se exigía a las personas que iban a ser deportadas que firmaran una declaración en la que afirmaban que como judíos eran enemigos del estado, que pasaba a ser dueño de todas sus propiedades. La Gestapo daba pautas sobre cómo subastar los bienes privados que los judíos habían dejado en sus casas. Esas macabras subastas de propiedades confiscadas a los judíos tenían lugar junto con el proceso de deportación.

La Gestapo derivaba la decisión sobre qué individuos debían ser deportados a los jefes de las comunidades judías, pero tenían la última palabra sobre cada persona. La Gestapo trabajaba en estrecha colaboración con asistentes judíos, nombrados por la comunidad judía, y la Kripo para trasladar a los judíos de sus casas a los centros de deportación. Una vez allí, la Gestapo realizaba una serie de comprobaciones finales. Se verificaba a cada persona con la lista de traslado mecanografiada y se le obligaba a mostrar su número de convocatoria en un lugar destacado de la ropa. Luego, se registraba el equipaje. Los agentes de la Gestapo confiscaban libremente las propiedades, el dinero en efectivo y los objetos de valor. Los judíos solo podían llevarse una maleta con sus pertenencias y se les obligaba a comprar su billete de ida al olvido. Los testigos relatan que la gente «se hacinaba como animales» en los trenes que esperaban.[56] La Gestapo mostró pocos signos de compasión durante todo el proceso.

Se sabe que algunos alemanes ayudaron a judíos a esconderse y les proporcionaron comida, ropa y refugio. Se estima que había unos cinco mil judíos escondidos, y en 1945 aparecieron 1.402 judíos ocultos en Berlín.[57] Uno de ellos fue Rolf Joseph, que trabajaba en la fábrica IG Farben en el distrito de Lichtenburg. Decidió esconderse y llevar una vida ilegal para

huir del traslado en verano de 1942. «Durante los primeros cuatro meses no teníamos refugio —recordaba más tarde—. Cientos de “ilegales”, como nos denominábamos, vivían como nosotros: nos subíamos al tranvía o al metro hasta altas horas de la noche, siempre con el miedo de que nos pararan para enseñar el documento de identidad con esa gran “J” en él. Pasamos noches en parques y bosques y, cuando hacía muy mal tiempo, en los lavabos de la estación de ferrocarril.»[58]

Rolf fue detenido en la estación de Wedding de Berlín por la policía militar, que estudió su documento de identidad y lo comprobó con una lista de personas definidas como «desertores». La Gestapo lo interrogó durante varios días, como contó más adelante:

> La Gestapo insistía en saber dónde vivía. Les dije que no tenía techo. Nadie [en la oficina de la Gestapo] se lo creyó. Preguntaban una y otra vez los nombres de las personas que me acogían, pero me negué a darles ninguno. Luego me llevaron a un sótano, me ataron de pies y manos, me sujetaron a una caja de madera y me dieron veinticinco latigazos con una fusta en las nalgas desnudas. Tuve que contar cada azote.[59]

La Gestapo a menudo se enredaba en disputas turbias sobre las posesiones que los judíos habían dejado en sus hogares antes de la deportación. Un caso típico fue el del mobiliario de una mujer judía que había sido enviada al campo de concentración de Theresienstadt. [Sara] Martha Peet, nacida en 1892 en Bingen, en el Rin, vivía en Düsseldorf en el momento de su deportación.[60] Su casero informó a la Gestapo de que como judía divorciada no tenía derecho a quedarse en Alemania. La Gestapo pronto descubrió que Martha Peet había estado casada con un alemán «ario», pero estaban divorciados, lo que la dejaba en una situación de vulnerabilidad extrema. La pareja tenía dos hijos de los considerados con «sangre alemana», y por tanto estaban exentos de la deportación. Un hijo de diecisiete años vivía con su madre, y una hija de diecinueve con su padre. La Gestapo decidió que había que aplicar el traslado a Martha Peet. El abogado que representaba a su ex marido, Paul, reclamó el mobiliario en nombre de sus hijos cuando ella fue trasladada a Theresienstadt, y la Gestapo aceptó la solicitud. Su hijo fue puesto bajo tutela del marido de Martha. No hay registros de qué le pasó a Martha Peet tras el traslado. Sus posibilidades de sobrevivir eran muy reducidas.[61]

No hay registros amplios de las reacciones públicas a las deportaciones, pero la mayoría de los ciudadanos alemanes las conocía, y centenares de miles fueron testigos de primera mano. En Baviera, solo ha sobrevivido un informe oficial del gobierno sobre la deportación de los judíos, con fecha del 10 de diciembre de 1941. Decía que la población «aprobaba el hecho». Un informe del SD para el distrito de Minden decía:

> Pese a que la actuación de la policía estatal [Gestapo] se mantenía en secreto, la deportación de judíos se comentaba en todos los sectores de la población. Así, se recopilaron multitud de opiniones para valorar la actitud de la sociedad. Se oían comentarios sobre que deberíamos estar agradecidos al *Führer* por liberarnos de la sangre judía. Un trabajador, por ejemplo, dijo que «si alguien se hubiera ocupado de los judíos cincuenta años antes, no habríamos tenido que pasar por una guerra mundial ni por el conflicto actual».[62]

En algunos lugares se observaban reticencias hacia las deportaciones. Un agente del SD que observaba el traslado de judíos de Detmold el 28 de julio de 1942, anotó los siguientes recelos del público:

> Los judíos estaban reunidos delante del transporte en el mercado de Lemgo. Aquello hizo que apareciera gente en cantidades verdaderamente importantes ... Se observó que una gran parte de los ciudadanos mayores, en principio también miembros del partido [nazi], hicieron críticas negativas al traslado de judíos de Alemania. Adoptaban una postura contraria al traslado de forma más o menos pública por todos los motivos posibles. Se decía que, de hecho, los judíos en Alemania estaban condenados a morir, y por tanto aquellas medidas, que suponían un suplicio para los judíos, no eran necesarias ... Un caso significativo de defensa de los judíos se produjo durante un traslado en Sabbenhausen. La esposa de un profesor intentó dar salchichas y otros alimentos a los judíos ... La mujer fue detenida.[63]

Como hemos visto, solo los judíos casados con «arios» alemanes o sus hijos tenían alguna opción de quedar excluidos de la deportación. Las leyes de Núremberg habían declarado ilegales los enlaces entre alemanes y judíos. Los matrimonios mixtos se dividían en dos categorías. Las mujeres judías casadas con hombres alemanes «arios» no judíos y sus hijos eran definidos como parte de un «matrimonio privilegiado» y no estaban sujetos a la mayoría de las leyes antisemitas, incluida la de llevar la estrella amarilla. También quedaban exentos de la deportación. Los hijos de esos matrimonios gozaban de privilegios parecidos, siempre y cuando no hubieran practicado la religión judía ni asistido a escuelas judías. El divorcio implicaba que el cónyuge judío perdía algunos de esos privilegios,

pero no los hijos. Los hombres judíos casados con una mujer alemana «aria» formaban parte de un «matrimonio no privilegiado». Las mujeres judías sin hijos casados con hombres alemanes «arios» quedaban en una situación parecida. Algunos judíos que formaban parte de matrimonios no privilegiados debían llevar la estrella amarilla y usar sus nombres judíos oficiales.[64] El cónyuge judío seguía en una situación precaria. A principios de 1943, aún había 12.117 matrimonios «privilegiados» y 4.551 «no privilegiados».[65]

La lealtad de las mujeres alemanas casadas con judíos era impresionante. Las mayores protestas contra las deportaciones procedían de las esposas «arias» de hombres judíos. El 27 de febrero de 1943 tuvo lugar una manifestación sin precedentes cuando las autoridades alemanas anunciaron que todos los judíos restantes serían deportados. Alrededor de doscientas mujeres alemanas se reunieron en las puertas de la oficina administrativa de la comunidad judía de Berlín de Rosenstrasse para oponerse a esa decisión. No paraban de gritar: «Devolvednos a nuestros maridos». Durante la semana siguiente, la protesta fue en aumento. Finalmente se congregaron mil mujeres. El 6 de marzo de 1943, Joseph Goebbels, el *Gauleiter* nazi de Berlín, decidió liberar a los 1.700 judíos casados en matrimonios mixtos retenidos en el edificio de Rosenstrasse. Fue un increíble giro de los acontecimientos. A Goebbels le preocupaba el perjuicio que la manifestación estaba causando en la opinión pública. Aquella acción valiente de un grupo de mujeres alemanas «arias» salvó la vida de sus maridos judíos.[66]

Algunas personas aprovecharon el ambiente general de antisemitismo para deshacerse de parejas judías que no les convenían. En marzo de 1944, un alemán «ario» de sesenta y tres años y su hermana denunciaron a la Gestapo a su esposa, de la que estaba separado, por haber dicho que Hitler había asesinado a niños y que los judíos buscarían venganza. La pareja llevaba casada desde 1908. La Gestapo aceleró el divorcio. La mujer ya no pertenecía a un matrimonio privilegiado, así que la Gestapo la envió en tren a Auschwitz, donde murió.[67]

El trato de la Gestapo hacia los matrimonios entre alemanes y judíos y los hijos de esas uniones variaba según la región. Era imprescindible para todo miembro de un matrimonio mixto evitar llamar la atención de la Gestapo. La trágica historia de Helene Krabs (nacida en 1906) lo ilustra de una forma bastante gráfica.[68] Helene, que era judía, estaba casada con un alemán «ario» llamado Paul Krabs, pero la pareja no tenía hijos, y por tanto formaban un «matrimonio no privilegiado».

El caso empezó cuando Paula Berngen, una vecina que durante muchos años había sido amable con Helen y su marido, informó a la Gestapo «en confianza» el 1 de mayo de 1942 que tenía «serias sospechas» de que el matrimonio Krabs escondía a una mujer judía llamada Edith [Sara] Mayer en su casa. Edith había sido trasladada al gueto de Riga, pero por increíble que pareciera había logrado escapar y regresar a Alemania con su prometido alemán «ario», Heinz Henzen, un chico de veintidós años de Colonia que la había rescatado. La pareja estaba muy enamorada, y quería irse de la Alemania nazi para poder casarse.

A partir de entonces se sucedieron una serie de hechos insólitos. La Gestapo pronto confirmó que Edith y Heinz, que habían iniciado su relación ilegal en 1940, no estaban escondidos en el piso de los Krabs en Solingen. Se encontraban en paradero desconocido. El 20 de mayo de 1942, Helene Krabs fue convocada a un interrogatorio por la Gestapo. Dijo que se ganaba la vida de modista y que desde 1932 había dejado de participar en la vida religiosa judía. En 1933 se casó con su marido Paul, alemán «ario» sin religión conocida. Helene describió a Edith Mayer como una «pariente lejana». Sabía de su deportación a Riga, pero negó haberla visto durante las últimas semanas o haberle permitido esconderse en su casa.

Al día siguiente se solicitó a Paula Berngen que aportara más detalles a sus acusaciones. Explicó que Edith y Heinz habían llamado a su puerta alrededor de las dos de la tarde el 1 de mayo de 1942, mientras almorzaba con su marido Willi. Invitó a pasar a la pareja. Edith le contó que había sido liberada del gueto de Riga. Heinz dijo que él era «descendiente ario» y la pareja quería casarse, pero necesitaban emigrar de la Alemania nazi para hacerlo. A las cuatro, Paula Berngen acompañó a la pareja al piso de los Krabs. Al cabo de una semana, Heinz volvió a su piso para agradecerle a

Paula su hospitalidad y despedirse. Le dijo que de momento volvía a Berlín, pero que Edith se iba a quedar con los Krabs. Paula nunca creyó que Edith hubiera sido liberada legalmente del gueto de Riga, estaba convencida de que se había escapado, era obvio que estaba huyendo, así que informó a la Gestapo. Dijo que Helene Krabs debía de estar mintiendo cuando dijo a la Gestapo que no había visto a la pareja ni los había alojado en su casa.

La Gestapo inició investigaciones más detalladas. Las cartas iban y venían entre varias oficinas de toda Alemania. Empezaron a surgir detalles nuevos y desconcertantes. La oficina de la Gestapo en Wuppertal informó el 18 de junio de 1942 de que Edith Mayer vivía en Lengenfeld, en Sajonia, cuando fue «evacuada» al gueto de Riga en un tren de transporte judío que partió el 8 de diciembre de 1941. La oficina de Düsseldorf intentó determinar si Mayer había sido liberada del gueto, algo muy poco probable, o había escapado de forma milagrosa. El 22 de julio de 1942, el fiscal general del tribunal del condado de Feldkirch, una ciudad austríaca cercana a la frontera suiza, informó de que Edith y Heinz habían sido detenidos cuando intentaban cruzar la frontera suiza. Heinz fue acusado de «deshonra de la raza» debido a su relación ilegal con Edith, así como de eludir el servicio militar alemán. En efecto, Heinz había viajado a Riga y luego rescató a Edith del gueto.

Heinz Henzen fue sometido a un prolongado interrogatorio de la Gestapo el 21 de agosto de 1942, durante el cual hizo una nueva acusación asombrosa. Declaró que Paula Berngen ya conocía su relación con Edith, y que había prometido ayudar a la pareja. Edith le pidió a Paula que pusiera a salvo unas cuantas prendas de ropa nueva y otras posesiones hasta que volviera a recogerlas. Heinz también afirmó que la pareja había estado ocho días en casa de los Berngen, y luego tres días con la familia Krabs. El testimonio de Heinz reveló un motivo oculto tras la denuncia original realizada por Paula Berngen: Edith le había pedido que guardara una serie de objetos de valor antes de ser trasladada al gueto de Riga. Paula nunca pensó que tendría que devolvérselas. Heinz también dio a la Gestapo los nombres de otras tres personas que habían ayudado a la pareja en su huida. Lo llevaron a un campo de concentración, pendiente de juicio. No hay registros de cuál fue su destino final.

A continuación interrogaron a Edith Mayer, la fugitiva judía. Contó a la Gestapo que Heinz la había rescatado del gueto de Riga en abril de 1942. El chico realizó esa dramática misión de rescate en un camión que había tomado prestado a un empleado de la organización Todt, responsable de construir las autopistas alemanas (*Autobahnen*). Tras rescatar a Edith, Heinz condujo de Riga a Königsberg y luego abandonó el camión. La pareja continuó el viaje en tren a Berlín, y finalmente acabaron en Solingen. Edith contó una historia completamente distinta a la de Heinz sobre lo ocurrido cuando llegaron. Dijo que ella se había quedado sola durante ocho días en casa de sus parientes Paul y Helene Krabs. Nunca se alojó en casa de los Berngen. Luego Heinz se fue a Colonia a casa de sus padres, y la pareja quedó en encontrarse más adelante. Dijo que a los Krabs les daba mucho miedo hacerse cargo de ella, pero no querían fallarle. Helene y Heinz se reunieron más tarde en Berlín. Luego fueron a Königswinter, en Hesse, donde se alojaron tres días con una familia, para luego ir a Bludenz, en Vorarlberg, un distrito austríaco cercano a la frontera suiza antes de ser detenidos. Edith fue trasladada a un campo de concentración. En su expediente de la Gestapo no consta cuál fue su destino final. Es poco probable que sobreviviera.

Ahora la Gestapo tenía la historia completa, pero aún había declaraciones contradictorias sobre dónde se habían alojado Edith y Heinz exactamente. La Gestapo estaba convencida de que los Krabs habían escondido a Edith Mayer y la habían ayudado a seguir en libertad tras su huida del gueto de Riga. Paul Krabs, experimentado tornero en una fábrica local, y Helene Krabs seguían negando que Edith Mayer o Heinz Henzen se hubieran alojado jamás en su casa. El 22 de agosto de 1942 fueron informados de las declaraciones realizadas por Heinz y Edith, que demostraban que no era cierto.

El 1 de septiembre de 1942, en un informe de la Gestapo sobre los últimos avances en el caso figuraba que Helene había sido trasladada a un campo de concentración. Paul fue condenado a tres meses de cárcel. También se anotaba que había que volver a interrogar a los Berngen. Si tenían alguna propiedad de Edith había que confiscársela. El 7 de septiembre de 1942, Helene Krabs finalmente hizo una confesión. Dijo que

en otoño de 1941 Edith le había pedido que le guardara algunas posesiones, entre ellas toallas, colchas, menaje de cocina, algunos objetos de plata, decantadores de vino y un juego de café de porcelana. Los Berngen, que estaban presentes en aquella reunión, prometieron a Helene que ellos pondrían a salvo las pertenencias de Edith hasta que volviera a recogerlas.

El 11 de septiembre de 1942 el jefe de la fábrica metalúrgica donde trabajaba Paul Krabs envió una carta en la que solicitaba que fuera liberado de la cárcel con carácter urgente porque la fábrica tenía que entregar municiones de guerra importantes. El 15 de septiembre, Paul admitió que tanto Henzen como Mayer se habían alojado en su casa, pero declaró que dormían en habitaciones separadas. «Soy víctima de mi propia bondad», concluyó. El 18 de septiembre de 1942, la Gestapo liberó a Paul Krabs hasta que se terminó el importante encargo de la fábrica de municiones. El 20 de octubre de 1942, su condena de tres meses de cárcel quedó suspendida durante seis meses más. No quedó registrado si Paul volvió a la cárcel.

A continuación, la Gestapo interrogó a Paula y Willi Berngen para averiguar qué ocurrió con las posesiones de Edith. El 9 de septiembre de 1942, Paula Berngen admitió haber vendido las pertenencias de Edith Mayer cuando fue deportada al gueto de Riga. Su desvergonzada denuncia original pretendía ocultarlo. Al día siguiente, Willi Berngen, de cuarenta y siete años, dio su versión de la historia. Dijo que hacía muchos años que conocía a Edith Mayer y a Paul y Helene Krabs. Conoció a Paul en un coro, pero en 1933 Paul fue expulsado por tener una esposa judía. Willi conoció a Heinz en 1940, cuando alternaba en casa de los Krabs. Heinz le dijo que sus padres se oponían a su relación con Edith. Willi advirtió al joven una y otra vez del peligro que suponía una relación ilegal entre una judía y un «ario». Sabía que Edith había sido deportada al gueto de Riga, así que se quedó de piedra cuando la pareja se presentó en su casa. En cuanto se fueron, Willi le dijo a su esposa que informara a la Gestapo. Ella ya había vendido las posesiones de Edith por 120 marcos alemanes, una cantidad bastante importante por aquel entonces. Aparte de someterse a los procedimientos de la Gestapo, Paula y Willi Berngen no sufrieron más consecuencias por sus acciones.

La Gestapo aún no había determinado el castigo definitivo para Helene Krabs. En un informe del 29 de septiembre de 1942 figuraba que, dado que Helene estaba embarazada de cuatro meses, había sido trasladada de un campo de concentración a una cárcel. Los cargos se consideraban lo bastante graves para tenerla bajo «custodia preventiva» como «amenaza para el estado» en la cárcel de Wuppertal. Un judío que ayudaba a otro judío a evadir la justicia cometía un delito muy serio para la Gestapo. En otro informe del 14 de octubre de 1942 se destacaba que Paul y Helene Krabs llevaban diez años casados sin tener hijos, y se insinuaba que el embarazo de Helene era un intento desesperado de convertir su matrimonio en privilegiado para así eludir la deportación.

El 6 de noviembre de 1942, de repente la Gestapo decidió que Helene Krabs debía ser trasladada al célebre campo de concentración de Auschwitz-Birkenau, en Polonia. Paul Krabs suplicó clemencia a la Gestapo en nombre de su esposa en dos cartas a principios de diciembre de 1942. En una escribió: «Mi esposa solo actuaba por compasión, se sintió en la obligación de ser leal a su pariente. Era una situación imposible para ella. Suplico clemencia con ella». La Gestapo se negó a cambiar su decisión. El 10 de diciembre de 1942, informó de que Helene Krabs había sido enviada a Auschwitz-Birkenau. Se comunicó a Rudolf Höss, el comandante del campo, que estaba embarazada.

El 3 de enero de 1943, Helene Krabs fue asesinada, junto a su hijo no nato, en Auschwitz. Como era habitual con las víctimas del Holocausto alemán, las autoridades del campo registraron una historia distinta. En una carta de la oficina de administración de Auschwitz a la Gestapo, con fecha del 8 de enero de 1943, se afirmaba que Helene había muerto de anginas en el hospital del campo. El cadáver había sido incinerado, y las cenizas esparcidas en un jardín para las urnas de la muerte.[69]

Era otra mentira.

8
La Gestapo a juicio

La tarde del 23 de abril de 1945, Heinrich Müller, jefe de la Gestapo, entró en el búnker de Berlín de Adolf Hitler, bajo la Cancillería del Reich, arrasada por las bombas. Había sido convocado allí por el dictador nazi, convencido de que un espía estaba filtrando información a los Aliados. Müller inició una investigación para hallar al culpable, y pronto descubrió que la persona tenía que ser alguien que pudiera entrar y salir del búnker sin levantar sospechas. Concluyó que el principal sospechoso era el general de las SS Hermann Fegelein, marido de la hermana de Eva Braun, Gretl, estrecho colaborador de Heinrich Himmler. Fegelein se había ausentado en seis de las últimas reuniones militares en el búnker. Finalmente fue localizado y detenido en Berlín, se sometió a un breve interrogatorio y luego confesó. El 28 de abril fue víctima de una ejecución sumaria en el jardín de la Cancillería del Reich. Fue la última investigación de la carrera de Heinrich Müller en la Gestapo. Fue visto con vida por última vez el 2 de mayo de 1945, cuando salió de los escombros rodeando el bunker tras un bombardeo y desapareció. Hoy en día lo que le sucedió después sigue siendo un misterio sin resolver. El escenario más probable es que muriera en un ataque aéreo soviético. Su documentación se encontró en un cadáver y fue enterrado en un cementerio de Berlín por Walter Leuders, de las SS. En la oficina del registro de Berlín se conserva un certificado de la defunción de Müller, con fecha del 15 de diciembre de 1945. La causa de la muerte que figura es «caído en acto de servicio». No todo el mundo cree que Müller muriera así. El destacado cazador de nazis judío Simon Wiesenthal estaba convencido de que Müller había engañado a la justicia y vivía con una identidad falsa, probablemente en la Unión Soviética o en

Suramérica. En 1963, las autoridades de Alemania Occidental intentaron resolver el misterio exhumando los restos de Müller en Berlín para someterlos a un examen forense. Los resultados fueron sorprendentes: los restos del ataúd era de tres individuos, y ninguno de ellos era Müller.[1]

Heinrich Himmler, el impulsor del sistema de terror nazi, también escapó del búnker de Berlín el 23 de abril de 1945 como una rata que abandona un barco que se hunde. Intentaba a escondidas cerrar un acuerdo de paz con los Aliados. Hitler se puso hecho una furia cuando descubrió la traición de alguien a quien consideraba uno de sus más íntimos colaboradores. Himmler transmitió algunas vagas propuestas de paz a los Aliados a través del conde Folke Bernadotte, diplomático suizo. Los Aliados rechazaron sus propuestas. Himmler siguió huido en la zona de Flensburgo, utilizando documentos de identidad falsos, bajo el nombre de Heinrich Hitzinger. Se afeitó el bigote, se puso ropa de civil, dejó de llevar gafas y se colocó un parche en el ojo izquierdo. Aquel disfraz no engañó a nadie. Fue capturado por las tropas británicas en un punto de control en la carretera de Bremervörde, desde donde lo llevaron a un campo de internamiento en Luneburgo. Cuando un médico lo examinaba, Himmler mordió una cápsula de cianuro, un veneno mortal, y murió al cabo de cinco minutos. El hombre que había creado el amplio sistema de terror, incluida la Gestapo, logró eludir la justicia.[2]

La mayoría de los demás miembros destacados de la Gestapo también fueron detenidos. Una excepción fue Adolf Eichmann, que fue retenido brevemente en un campo de internamiento estadounidense pero logró escapar. Acabó en Argentina en 1952, viviendo con un nombre falso: Ricardo Klement. Incluso consiguió empleo en la fábrica de propiedad alemana Mercedes-Benz de Buenos Aires. Su esposa y sus dos hijos se fueron de Alemania Occidental para reunirse con él, sin levantar sospechas.

Los demás criminales de guerra nazis destacados se enfrentaron a un solo juicio, organizado por los victoriosos aliados, en el Tribunal Militar Internacional de Núremberg. Los principios legales del juicio se decidieron en un congreso en Londres en verano de 1945. Se les acusó de tres cargos: (i) crímenes contra la paz, (ii) crímenes de guerra y (iii) crímenes contra la humanidad. El artículo 10 del protocolo que seguía el juicio estipulaba que

los grupos y organizaciones clave dentro de la Alemania nazi también podían ser declarados criminales por el tribunal. El juicio tuvo lugar entre el 14 de noviembre de 1945 y el 1 de octubre de 1946. Hubo 403 audiencias públicas, presididas por el británico sir Geoffrey Lawrence.

Una parte esencial de los procesos de Núremberg fue el subjuicio de la Gestapo, considerada una «organización criminal», junto con las SS y el SD, el servicio de inteligencia de las SS. El coronel Robert Storey, letrado estadounidense, fue el abogado principal de la acusación. Argumentó que la Gestapo, que él definía como una «organización estatal», mantenía una estrecha relación con el SD en el desempeño de sus actividades. Uno de los acusados clave del juicio de Núremberg fue Hermann Göring, el creador de la Gestapo en Prusia en febrero de 1933. El argumento de Storey consistía en que había un único sistema represivo de terror nazi, cuyo personal tenía una responsabilidad colectiva por los crímenes de guerra nazis, y resultó convincente durante el juicio.[3] Las pruebas reunidas por la acusación para respaldar dicho argumento eran muy detalladas. Por increíble que parezca, la policía criminal (Kripo) y la ordinaria (Orpo) quedaron excluidas de la acusación porque seguían siendo organizaciones civiles al servicio de un estado totalitario durante la época nazi.

El defensor de la Gestapo fue el abogado alemán Rudolf Merkel. Llamó a varios miembros de la Gestapo como testigos de la defensa, entre ellos Werner Best, jefe del departamento de administración y personal de la sede central de la Gestapo en Berlín entre 1936 y 1940. Subió al estrado el 31 de agosto de 1946 y presentó a la Gestapo como una organización estatal inofensiva que acataba órdenes de las autoridades estatales. Según Best, no era muy distinta de la policía criminal. Esa línea de defensa sirvió de ejemplo para agentes de la Gestapo en otros juicios después de la guerra.

Werner Best fue quien acabó con los mitos que rodeaban a la Gestapo, muchos años antes de que los historiadores se adentraran en el tema. El testimonio de Best sentó las bases de la posterior interpretación revisionista de la Gestapo. Según él, la gran mayoría de los agentes de la Gestapo fueron trasladados desde la policía política o criminal. Estaban mal pagados, sus sueldos quedaban por debajo de los de los detectives de la policía criminal. Según Best, si algún agente rechazara un traslado de la

división policial a la Gestapo, se habría producido un «acción disciplinaria, en consecuencia habrían sido expulsados de la oficina, con la pérdida de los derechos adquiridos, como por ejemplo el derecho a una pensión». El agente medio de la Gestapo no era distinto en cuanto a origen y perfil profesional de un detective criminal. Best argumentó: «No es cierto, como se afirma a menudo y se sigue haciendo, que la Gestapo fuera una red de espías que siguieran la pista a la población entera. Con tan pocos agentes, siempre ocupados, no se podía hacer algo así». Según Best, la Gestapo era una organización reactiva que se basaba principalmente en «informes procedentes del público general», e insinuó que la mayoría ocultaban motivos personales. La Gestapo siempre derivaba los principales casos de traición a los tribunales penales listos para sentencia una vez finalizada la investigación. Casi la mitad de los empleados de la Gestapo eran administrativos, funcionariado común de origen. Tener experiencia en la policía era primordial para ser nombrado agente de la Gestapo. La organización no dirigía los campos de concentración, y Best nunca pensó que «la vida y la salud de los internos estuvieran en peligro en ellos». Los agentes estaban en constante contacto con las familias de los internos, a las que se informaba con regularidad de las fechas de liberación. Incluso asesoraban a las familias sobre los subsidios a los que pudieran tener derecho mientras sus familiares se encontraran en prisión. Best declaró que los «interrogatorios ampliados» solo se llevaban a cabo siguiendo unas pautas estrictas y se usaban en casos graves de traición, pero «de ninguna manera arrancaban las confesiones» a los prisioneros. Las órdenes para los agentes siempre llegaban de arriba abajo, y debían ser acatadas sin dudar. «No estaba en posición de evitar que mi superior tomara las medidas que ordenaba», concluyó Best.[4] En 1948, Best, que fue gobernador del Reich de Dinamarca entre 1942 y 1945, fue condenado a muerte por un tribunal danés por crímenes de guerra. La sentencia quedó reducida a doce años en la apelación. Best fue puesto en libertad en 1951 gracias a una amnistía danesa con los criminales de guerra nazis.

Otro agente de la Gestapo, Karl-Heinz Hoffmann, subió al estrado el 1 de agosto de 1946. Ocupó cargos de primera línea de dirección en las oficinas de la Gestapo de Coblenza y Düsseldorf, luego pasó a un puesto

clave de supervisión en la Oficina IV-D de la RSHA en Berlín antes de ser nombrado jefe de la Gestapo en Dinamarca, ocupada por los nazis, en 1942, bajo las órdenes de Werner Best. Hoffmann era licenciado en derecho. En 1937, a los veinticinco años, entró en la Gestapo como trabajador licenciado, sin experiencia policial previa. Pronto fue promocionado al puesto de viceasesor político. En su testimonio declaró que todos los agentes con los que había trabajado eran policías criminales que habían iniciado su carrera en la época de Weimar y fueron trasladados a la Gestapo. El grueso de casos de la Gestapo en Coblenza y Düsseldorf consistía principalmente en combatir la traición, sobre todo de comunistas, tratar con los disidentes de la iglesia y aplicar las políticas relativas al trato de los judíos. Hoffmann explicó al tribunal cómo se abordaban la mayoría de casos de la Gestapo:

> La gran mayoría de casos empezaban con una advertencia de la policía estatal [secreta] cuando los resultados de la investigación eran negativos. En los casos en que era necesaria la custodia preventiva, nos encargábamos de que los acusados comparecieran ante un tribunal. La custodia preventiva solo se aplicaba durante un breve período cuando el caso no estaba listo para ser llevado a juicio. La Gestapo solo proponía la custodia preventiva con un traslado a un campo de concentración si la personalidad del acusado, a juzgar por su conducta anterior, hacía prever que seguiría infringiendo la normativa.[5]

Hoffmann declaró que un principio esencial de la normativa de la Gestapo era que los agentes debían guardar la más absoluta confidencialidad sobre su trabajo. A la pregunta de si se usaba la crueldad física y la tortura durante los interrogatorios, Hoffman contestó sin rodeos: «El trato brutal y la tortura estaban estrictamente prohibidos y eran condenados por los tribunales ... Recuerdo a dos agentes [de la Gestapo] de Düsseldorf que fueron condenados [a prisión] por un tribunal por maltratar a los presos». No obstante, Hoffmann admitió que en Dinamarca los «interrogatorios ampliados» se empleaban con mucha más frecuencia, sobre todo contra las organizaciones de resistencia, pero afirmaba que no estaban extendidos y se llevaban a cabo en condiciones de guerra.

Hoffmann declaró que la cuestión judía la dirigía en exclusiva la oficina de Eichmann en la RSHA de Berlín, donde operaba en un departamento independiente. La Gestapo consideraba que el trabajo de

Eichmann era estrictamente confidencial. Él firmaba todas las órdenes de deportación de los judíos. Si alguien le preguntaba a Eichmann qué órdenes estaban emitiendo sobre la «cuestión judía», él siempre contestaba que estaba llevando a cabo «misiones especiales ordenadas por las más altas instancias y que, por tanto, no era necesario que otros departamentos las firmaran también y expresaran su opinión».[6]

La defensa de la Gestapo fue dirigida con mucha destreza por Rudolf Merkel, que montó un contundente alegato contra los cargos de la acusación, que afirmaba que la Gestapo era una «organización criminal» y que sus agentes debían asumir la responsabilidad colectiva por sus «crímenes contra la humanidad». Merkel argumentó que según la ley alemana, que se remontaba a antes de que Hitler llegara al poder, los individuos podían ser declarados culpables de crímenes específicos, pero no las organizaciones. Para determinar una culpa colectiva, argumentó Merkel, el tribunal tenía que demostrar que los agentes de la Gestapo no actuaban dentro de la legalidad, de conformidad con la ley alemana vigente en el momento en que llevaron a cabo sus acciones.

Merkel presentó a la Gestapo como una institución estatal, no nazi. Sus agentes tenían la vieja costumbre de cumplir órdenes, con obediencia y sin cuestionarlas, un rasgo distintivo del carácter alemán que la acusación debía entender. El poder omnipotente de la Gestapo era un mito, según Merkel, extendido por la propaganda nazi: «Por mucho que los aproximadamente entre 15.000 y 16.000 agentes de la Gestapo hubieran vigilado y espiado a la población, distaban mucho de ser adecuados para tal fin». Un segundo mito que Merkel rechazaba era el que defendían los Aliados de que la Gestapo estaba llena de nazis comprometidos. En realidad, dijo Merkel, estaba formada por miembros de los cuerpos de la policía política y criminal ya existentes. Para esos hombres «comunes», la asimilación de las ideas nazis era un proceso lento e incompleto. Al estallar la guerra, solo 3.000 agentes de la Gestapo eran miembros de las SS, menos del 20% del total. Así, Merkel sembró serias dudas sobre la creencia general de que la Gestapo detenía a la gente utilizando órdenes de «custodia preventiva» para luego enviarla directamente a campos de concentración sin juicio. Aportó pruebas que demostraban que las órdenes de custodia preventiva «se regían

por normativas precisas» que decidían autoridades más elevadas, incluido el fiscal general y los tribunales. En cuanto a la acusación de uso extendido de los «interrogatorios ampliados», Merkel argumentó que no era en absoluto cierto dentro de Alemania, sobre todo antes del período de guerra. Dichos métodos se utilizaban solo en «casos muy excepcionales», y únicamente por orden de las más altas instancias. Los agentes de la Gestapo recibían instrucciones con regularidad en las que se comunicaba que «cualquier maltrato durante los interrogatorios» quedaba estrictamente prohibido.

Según Merkel, los agentes que fueron trasladados a los Einsatzgruppen y participaron en las matanzas masivas en Polonia y la Unión Soviética no actuaron como personal de la Gestapo ni bajo las órdenes de la organización cuando perpetraron aquellos asesinatos. En cuanto a la deportación de judíos de Alemania, Merkel admitió que la Gestapo preparó las evacuaciones, en colaboración con los líderes de las comunidades judías locales, pero sostuvo que cumplían «decretos y órdenes procedentes de instancias mucho más altas», en concreto de la oficina de Eichmann en Berlín, que no daba detalles a los agentes locales de la Gestapo sobre el propósito final de los traslados judíos.

Merkel concluyó su defensa afirmando que no era su deber excusar los crímenes del régimen nazi ni encubrir a individuos dentro de la Gestapo que habían despreciado a la humanidad y cometido crímenes de guerra, pero afirmó que, basándose en las pruebas detalladas que había presentado, no se podía calificar a la Gestapo de organización criminal.[7]

El 30 de septiembre de 1946 se emitió el fallo de Núremberg, en el que se declaraba que la Gestapo era una organización criminal que ejercía sus funciones en estrecha colaboración con el SD. El fallo exponía el alcance de la criminalidad de la Gestapo. Sus agentes habían detenido e interrogado a todas las personas que acabaron en campos de concentración. Desempeñó un papel esencial en la persecución de comunistas, grupos religiosos, judíos y una gran variedad de opositores, y tuvo un papel clave en la persecución y deportación de judíos. La Gestapo detuvo a individuos y los trasladó a campos de concentración para causar la «muerte por trabajos forzosos», no solo dentro de Alemania, sino en todo el territorio europeo ocupado por los nazis. Estaba implicada en el maltrato y asesinato de prisioneros de guerra y

trabajadores extranjeros dentro de la Alemania nazi, y muchos agentes de la Gestapo participaron en los asesinatos en masa en la Unión Soviética. Teniendo en cuenta todos esos crímenes contra la humanidad, el fallo de Núremberg concluía que todos los agentes de la Gestapo y administrativos ejecutivos eran responsables colectivamente de los actos criminales de la Gestapo. Solo los trabajadores administrativos y auxiliares de bajo rango quedaron excluidos de la sentencia, así como los individuos que habían dejado de trabajar para la organización antes del 1 de diciembre de 1939. Así, del fallo de Núremberg se deducía que la Gestapo se convirtió en una organización criminal en pleno funcionamiento tras el inicio de la segunda guerra mundial. Así, se eliminaba la posibilidad de que los agentes se enfrentaran a un castigo por crímenes cometidos con anterioridad.[8]

A doce de veintidós acusados nazis clave se les impuso la pena de muerte, entre ellos Hermann Göring, que se suicidó con una cápsula de cianuro el 16 de octubre de 1946, el día en que debía ser ejecutado. Wilhelm Frick, ministro del Interior que había intentado impedir que Himmler, de las SS, se hiciera con el control de la Gestapo y la policía criminal entre 1933 y 1936, fue a la horca. Ernst Kaltenbrunner, el jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA), que incluía la Oficina IV de la Gestapo, también fue ejecutado. Kaltenbrunner intentó insinuar en su testimonio que Heinrich Müller dirigía la Gestapo sin interferencia ni supervisión por su parte. El resto de los acusados fueron condenados a penas de prisión de entre diez años y cadena perpetua. Franz von Papen, el hombre que ayudó a Hitler a alcanzar el poder, fue absuelto.[9]

En principio, la definición de la Gestapo como organización criminal abría una vía para procesar a todos sus agentes clave. No obstante, nunca se celebró un juicio colectivo de seguimiento de la organización. La mayoría de los antiguos agentes fueron internados en los campos de detención de los Aliados, y cumplieron sentencias de hasta tres años. Se estima que durante el primer año de la ocupación de Alemania por los Aliados, 250.000 personas relacionadas de un modo u otro con el régimen nazi fueron trasladadas a una serie de campos de internamiento de los Aliados.

Entre 1945 y 1949, Alemania quedó dividida en cuatro zonas de ocupación administradas por los cuatro victoriosos aliados: Gran Bretaña, Estados Unidos, la Unión Soviética y Francia. El 23 de mayo de 1949 se creó la República Federal de Alemania (RFA) democrática a partir de once estados dentro de las tres zonas de ocupación de los Aliados administradas por EE. UU., Gran Bretaña y Francia. La República Democrática Alemana (RDA) comunista empezó a funcionar como un estado en la zona de ocupación soviética el 7 de octubre de 1949. Debido al inicio de la guerra fría, Berlín permaneció dividida entre los Aliados.

Las autoridades aliadas otorgaron poderes a los tribunales alemanes para perseguir los casos individuales de crímenes de guerra en los tribunales según la ley alemana existente, que era bastante restrictiva, o de conformidad con la ley número 10 del Consejo de Control Aliado del 20 de diciembre de 1945, que permitía acusaciones retroactivas para crímenes de guerra, crímenes contra la humanidad y crímenes contra la paz. Hubo doce juicios de guerra posteriores de figuras nazis de alto rango entre diciembre de 1946 y abril de 1949, sobre todo de los agentes judiciales, militares, médicos y funcionarios del gobierno y los asesinos dirigentes de los *Einsatzkommando*. Sin duda, el juicio de mayor envergadura fue el de los Einsatzgruppen, que tuvo lugar del 15 de septiembre de 1947 al 10 de abril de 1948. Incluía a veintitrés acusados, diez de los cuales habían ocupado altos cargos de la RSHA en Berlín. Solo Gustav Nosske, jefe de la IVD5 en la sede central de Berlín, tenía relación directa con la Gestapo. Estaba implicado en los territorios del Este ocupados por los nazis. Otto Ohlendorf y sus compañeros de acusación se declararon «no culpables» de todos los cargos. Todos declararon seguir órdenes de Hitler para la «solución final», y se consideraban libres de cualquier responsabilidad legal personal de los asesinatos en masa que perpetraron. No eran asesinos, decían, sino cómplices. El fallo final rechazó esa línea de defensa. Un total de catorce acusados fueron condenados a muerte en el juicio de los Einsatzgruppen, entre ellos Otto Ohlendorf.[10]

Para tratar los casos de crímenes de guerra menos graves se crearon tribunales de desnazificación (*Spruchkammer*) en las zonas occidentales de ocupación, llenos de personas no especialistas en el tema. Hubo auténticos

problemas para perseguir a los agentes de la Gestapo en el período de posguerra. La gran mayoría de los expedientes de la Gestapo habían sido destruidos de forma deliberada o por los bombardeos de los Aliados, que durante las últimas fases de la guerra tenían como objetivo los edificios de la policía y el gobierno de las principales ciudades. Incluso la infame sede central de la Gestapo en el número 8 de la Prinz Albrecht Strasse de Berlín quedó completamente destruida a principios de 1945, con lo que se perdió para siempre un enorme tesoro escondido de documentación importante. Solo en Renania sobrevivieron una gran cantidad de archivos, sobre todo los de Düsseldorf, utilizados en este estudio. Al parecer se debió a una mera negligencia de esa oficina al no destruir los archivos antes de que los aliados occidentales tomaran el control de la ciudad. Sin esos archivos, la manera de operar de la Gestapo habría quedado oculta para la historia. Encontrar testigos para los juicios de guerra tampoco fue tarea fácil para los abogados de la acusación. Muchos vivían en territorios ocupados ahora controlados por la Unión Soviética. La gran mayoría de las víctimas judías habían fallecido en el Holocausto y ya no podían hablar, y muchos alemanes que habían sufrido a manos de la Gestapo se mostraban reticentes a testificar. La Ley para la Liberación del Nacionalsocialismo y el Militarismo del 5 de marzo de 1946 permitió a los individuos incriminados en el nazismo, incluidos los agentes de la Gestapo, la oportunidad de ser exonerados aportando pruebas de testigos relevantes.

Las decisiones y sentencias de los tribunales de desnazificación variaban mucho, pero la norma era la extrema indulgencia. Había definidas cinco categorías de acusados: (i) grandes infractores: estaban sujetos a la detención, juicio y encarcelamiento; (ii) infractores: incluían los principales activistas del Partido Nazi; (iii) infractores menores: se les imponía libertad condicional; (iv) seguidores y compañeros de viaje: afrontaban posibles restricciones de empleo menores, y (v) exonerados: sin sanciones. Basándose en el fallo de Núremberg, todos los agentes de la Gestapo deberían haber sido declarados «grandes infractores», juzgados y encarcelados. Nunca ocurrió.

El objetivo de los que participaron del proceso de desnazificación era obtener el tan preciado certificado de inocencia, que implicaba ser clasificado como «exonerado». Se hizo célebre en broma como el «certificado Persil» (*Persilschein*), en referencia al popular detergente Persil, que prometía en los anuncios de televisión lavar la ropa «más blanca que el blanco». Se insinuaba que los criminales de guerra nazi intentaban devolver sus viejas camisas marrones limpias y blancas. La mayoría de los agentes de la Gestapo terminó clasificado como «exonerado», como ocurrió con la abrumadora mayoría de los alemanes occidentales que pasaron por el proceso de desnazificación. En el estado de Renania del Norte-Westfalia, que abarcaba cuatro millones de personas, solo noventa antiguos nazis fueron incluidos en las dos categorías superiores. Fue como si nadie hubiera sido realmente nazi.[11]

La tarea de los tribunales de desnazificación era hercúlea. Millones de personas habían quedado atrapadas en la red del régimen criminal y genocida de Hitler. Más de tres millones de alemanes pasaron por el proceso de desnazificación. Al final, se convirtió en una cuestión de rellenar un insulso cuestionario que un agente con demasiado trabajo leía y firmaba, sin estudiarlo con mucho detenimiento. Entre 1945 y 1948, la sección de Encuesta de Opinión de EE. UU. (OMGUS, por sus siglas en inglés) realizó veintidós encuestas sobre el alcance de un posible apoyo continuado al régimen nazi. Reveló que el 77% de la gente pensaba que el exterminio de los judíos fue «injustificado», pero cuando se les preguntaba si el nazismo era una mala idea, solo el 53% contestaba que sí. Los encuestados citaban la «política racial» y las «atrocidades» como motivos para dar esa respuesta. Solo el 21% pensaba que el nazismo era «malo» antes del inicio de la segunda guerra mundial. Cuando se les preguntaba si los alemanes creían las cifras de personas asesinadas en el Holocausto, el 59% dijo que sí. A la pregunta: «¿Sabía lo que estaba ocurriendo en los campos de concentración?», el 51% contestó que sí, pero el 40% reivindicó su absoluta ignorancia. Ante la pregunta de por qué se enviaba a la gente a los campos de concentración, el 57% dijo que «por motivos políticos». A la pregunta de si los alemanes estaban a favor de llevar a juicio a los criminales nazis que asesinaron a civiles, un 94% contestó que sí. Eso demuestra que, al

principio, la sociedad alemana no se oponía a una política contundente que llevara a los criminales de guerra ante la justicia.[12] No obstante, esa actitud no duró mucho. Según una encuesta de opinión en 1950, el número de alemanes occidentales que pensaban que los juicios de Núremberg eran justos había caído al 38%.[13]

El período de ocupación aliada entre 1945 y 1949 destaca como el único intento realmente sólido de juzgar a los criminales de guerra nazis, aunque el nivel real de acusaciones fuera muy reducido. En el «Juicio de los Jueces» de 1947, solo 16 acusados fueron llevados a juicio. Se oyeron testimonios de 128 testigos, muchos de los cuales testificaron por la complicidad de los jueces y abogados en la persecución de grupos objetivos clave. Solo cuatro de los acusados recibieron cadena perpetua en el Juicio de los Jueces. Al resto se les impusieron penas de cárcel que oscilaban entre los cinco y los diez años. Por extraño que parezca, setenta y dos de los jueces del infame Tribunal del Pueblo fueron recolocados por la República Federal Alemana occidental. En total, aproximadamente un 80% de los antiguos empleados de la judicatura pudieron conservar su trabajo. El sistema legal de Alemania Occidental se basaba en la judicatura y los abogados de Hitler. La transcripción completa del Juicio de los Jueces no se publicó en Alemania Occidental hasta 1996.[14]

Los agentes de la Gestapo buscaron testigos durante el proceso de desnazificación, que se prolongó hasta 1953. La mayoría tenía pocas dificultades en encontrar a gente dispuesta a describirlos como humanos, profesionales, comprensivos y no violentos. Un agente de la Gestapo, Otto Dihr, nacido el 15 de enero de 1902, estaba decidido a limpiar su nombre. A primera vista era un «hombre común» clásico de la Gestapo que abandonó los estudios sin cualificaciones y en 1922 se hizo policía. Fue agente de tráfico durante el período de Weimar. En principio no había nada siniestro en este supuesto «buen policía». A partir de 1934, Dihr entró en la Gestapo de Krefeld, y en 1937 se afilió al Partido Nazi. Durante su servicio como agente de la Gestapo se encargó de casos en los que había implicados comunistas, testigos de Jehová y homosexuales.[15] Nunca fue sancionado por sus superiores por sobrepasar la normativa de los «interrogatorios ampliados». Dihr quería ser clasificado como «exonerado» para luego

recibir su generosa pensión laboral. Aportó impresionantes testimonios para respaldar su caso. Erich Heinzelmann, un colega de la Gestapo de Colonia, ofreció unas referencias excelentes. Resulta irónico, pues un *Heinzelmann* es una figura mitológica del folclore germano nórdico, una especie de pequeño fantasma que llega de noche, hace todo tipo de trabajo y limpia la casa, pero solo mientras pasa desapercibido. Una mujer del equipo de mecanografía de Krefeld que trabajaba con Dihr lo describió como un hombre encantador y muy profesional en todo momento. Algunas de las personas interrogadas por Dihr lo describieron como «profesional y humano».

De pronto, algunas de las víctimas de Otto Dihr aparecieron para contar una historia completamente distinta. Imgard Mendling, una testigo de Jehová, realizó una declaración el 30 de enero de 1948 en la que describía la brutal paliza que le había propinado Dihr en Düsseldorf. Le provocó un profuso sangrado y un dolor insoportable. Karl Lummers, un cajista de Krefeld con tendencias comunistas, declaró haber recibido repetidos «golpes y patadas» de Dihr durante un interrogatorio. Josef Ritting, detenido en septiembre de 1935 por repartir panfletos comunistas, también fue interrogado por Dihr. Recibió varios golpes en la cara, luego fue atacado con la pata de una silla y recibió patadas brutales mientras estaba con los pies atados. Dos agentes más se unieron a la brutal paliza, y Josef perdió el conocimiento. Pasados tres días, Dihr volvió a pegarle. Josef quedó completamente incapacitado debido al trato recibido por parte de la Gestapo. Aportó este testimonio al tribunal de desnazificación en silla de ruedas. Johannes Hottger, comerciante de Colonia, fue detenido por Dihr en enero de 1935, y luego trasladado a Krefeld. Declaró que Dihr le pegó con un bastón varias veces durante su interrogatorio. Un total de quince testigos aportaron pruebas de los métodos extremadamente brutales y violentos de Dihr durante los interrogatorios. El 27 de mayo de 1949, Dihr fue condenado a dos años y siete meses de cárcel por lo que el juez describió como «bruscas y graves agresiones», pero se le dedujo de la condena la retención previa en un campo de internamiento. El 13 de junio de 1950, Otto Dihr fue puesto en libertad en una cárcel de Münster. El fiscal superior

que autorizó su liberación apuntó que «debía quedar exento de los últimos tres meses de cárcel porque era viudo y tenía una hija pequeña».[16] Luego fue clasificado como «exonerado» y recibió su pensión completa.

Los tribunales de las zonas alemanas de ocupación occidental condenaron a un total de 5.228 acusados de crímenes de guerra entre 1945 y 1950. Entre 1956 y 1981 una media de tan solo veinticuatro personas fueron condenadas al año por crímenes de guerra. Entre 1945 y 1997, solo 1.878 personas fueron a juicio en los tribunales alemanes occidentales por crímenes cometidos durante el régimen nazi. De ellos, solo a catorce se les impuso penas de muerte, y a ciento cincuenta cadena perpetua. En 1948, en la zona de ocupación británica, se devolvió la autoridad para emitir certificados de desnazificación a los agentes alemanes.

En Alemania era de dominio público que el trabajo de la Gestapo se había basado en gran medida en denuncias del público. Libres de la represión nazi, las víctimas exigieron que los denunciantes fueran castigados, como «autores indirectos», por sus «crímenes contra la humanidad». Se decidió que los denunciantes debían ser procesados. Entre 1945 y 1964 hubo 7.674 casos de supuestas denuncias en Alemania Occidental, con 603 condenas. El grueso tuvo lugar durante el período previo a la creación de la República Federal Alemana. Solo una persona fue condenada a cadena perpetua, 566 recibieron una pena de cárcel, 36 fueron multadas y 6.992 casos terminaron sin condena.[17] Hasta mediados de la década de 1960 se siguieron abriendo casos contra personas que habían denunciado a conciudadanos a la Gestapo.

Las sentencias variaban mucho. Las denuncias que habían provocado ejecuciones eran las que más opciones tenían de acabar en condena. Esos casos se basaban en el principio de que en la Alemania de Hitler el ciudadano medio sabía que una denuncia a la Gestapo desembocaría en castigos graves. Uno de los primeros casos de mayor popularidad fue el de Helene Schwärzel, que había denunciado a Karl Gördeler, antiguo alcalde de Leipzig, figura central en la conspiración de julio de 1944 para matar a Hitler con una bomba y ejecutado por alta traición por el infame «Tribunal del Pueblo» el 2 de febrero de 1945. Fue Schwärzel quien denunció a Gördeler a las autoridades, y recibió una sustanciosa compensación

económica y reconocimiento público por hacerlo. El 14 de noviembre de 1946 fue condenada a quince años de cárcel por un jurado basándose en que su denuncia provocó directamente la muerte de Gördeler. Más adelante el veredicto fue anulado por el tribunal de apelación, que dictaminó que no se había demostrado de forma concluyente que Schwärzel hubiera actuado por lealtad política al régimen nazi al denunciar a Gördeler. Se ordenó un segundo juicio. En él, la acusación cambió la línea de ataque y argumentó que Schwärzel había actuado por motivos puramente egoístas y personales. Se insinuó que había denunciado a Gördeler para despertar admiración, y esperaba que su denuncia la convirtiera en una persona popular entre el público general. Fue condenada a seis años de cárcel al final de su segundo juicio el 1 de noviembre de 1947. El veredicto fue considerado demasiado indulgente. Se presentó otra apelación, esta vez del fiscal general, que reinstauró la sentencia original de quince años para Schwärzel. Este caso de gran popularidad puso el tema de las denuncias en el centro del debate público y abrió la veda para más acusaciones.[18]

Un caso procesado por el tribunal regional de Siegen era contra un hombre que había denunciado a un compañero de trabajo a la Gestapo por contar chistes políticos. Durante las últimas etapas de la guerra, la Gestapo se volvió más dura en su forma de tratar acusaciones que antes había considerado triviales. Esta denuncia se hizo por puro rencor, sin tener en cuenta las posibles consecuencias. El hombre denunciado fue llevado a juicio en el «Tribunal del Pueblo» por «minar los esfuerzos bélicos» el 10 de marzo de 1944, condenado a muerte y luego ejecutado en la guillotina. En el juicio de este caso, la denuncia se definió como «censurable», pues el denunciante sabía que al informar de las inofensivas bromas de aquel hombre a la Gestapo su colega podía ser encarcelado como mínimo. El tribunal consideró que sus acciones constituían un «crimen contra la humanidad» que causó un sufrimiento inhumano a otro ser humano. Fue condenado a cinco años de cárcel.[19]

Otro caso tuvo lugar en el tribunal regional de Hamburgo en mayo de 1948. Los dos acusados eran un padre y su hermana. El padre tenía una esposa judía. Según la versión del hombre, la pareja llevaba muchos años en conflicto y él ya había iniciado los procedimientos de divorcio. Su

hermana, que vivía con la pareja, dijo que su cuñada era extremadamente conflictiva. Al parecer la esposa perturbaba constantemente la armonía familiar. A principios de 1944, la mujer judía supuestamente dijo durante una conversación en el hogar que «pronto llegará el día de la venganza de los judíos» y que los niños fallecidos en ataques aéreos «eran asesinados por Hitler». El marido lo comunicó a la Gestapo, reacción que tendría graves consecuencias para su esposa. La mujer judía fue detenida, enviada a Auschwitz y allí murió a finales de octubre de 1944. El tribunal acusó al marido y su hermana de un crimen contra la humanidad. La acusación argumentó que el único fin de sus denuncias era la persecución y que eran plenamente conscientes de las graves consecuencias que sin duda se sucederían. Habían denunciado a una mujer judía a la Gestapo para resolver un conflicto doméstico menor por motivos puramente vengativos. El marido fue condenado a seis meses de cárcel y la cuñada a ocho. Un tribunal de apelación confirmó las sentencias el 9 de noviembre de 1948.[20]

La viuda de un hombre que había sido ejecutado por «minar los esfuerzos bélicos» el 5 de enero de 1944 interpuso una queja contra los dos hombres que habían denunciado a su marido después de oírle decir: «Hitler, Göring y Goebbels deberían ser descuartizados por todas las calamidades que han provocado en el pueblo». El caso se presentó en un tribunal de desnazificación de Fráncfort. En el juicio, celebrado el 10 de marzo de 1947, uno de los acusados fue condenado a cuatro años en un campo de trabajo y el otro a seis meses de cárcel por provocar la detención y el asesinato de un opositor al nacionalsocialismo con pleno conocimiento de que su denuncia probablemente desembocaría en la cárcel y la muerte.[21]

También hubo un proceso de desnazificación en la Alemania del Este comunista. La RDA afirmaba que había llevado a cabo una purga más extensa de nazis de la que se produjo en Alemania Occidental. Durante la guerra fría se consideró que formaba parte de la propaganda comunista de Alemania del Este, y en gran medida era cierto. En la RDA, cualquiera que estuviera mancillado por cualquier tipo de relación con el Partido Nazi se quedaba sin empleo. La mayoría de antiguos nazis que quedaban en Alemania del Este fueron perseguidos y llevados ante la justicia. También era un mito creer que la célebre policía secreta de Alemania del Este, la

Stasi, estuviera compuesta por antiguos agentes de la Gestapo. Cuesta encontrar a agentes de la Stasi que hubieran trabajado para la Gestapo. Tampoco los antiguos miembros del Partido Nazi ocupaban puestos clave en el sistema judicial de Alemania del Este después de la guerra. En 1950, de los mil jueces de Alemania del Este, solo uno había sido miembro del Partido Nazi. Tan solo el 3% de los funcionarios de prisiones habían sido miembros del Partido Nazi en 1947.

Los juicios más célebres contra nazis en Alemania del Este fueron los diez «juicios de Waldheim», que tuvieron lugar entre abril y julio de 1950. Los noventa y un procesados eran acusados de haber cometido «crímenes homicidas» mientras servían al régimen de Hitler, y todos fueron declarados culpables. Un total de veinticuatro fueron condenados a muerte, y diecisiete ejecutados, otros treinta y uno recibieron condenas de cadena perpetua y los treinta y seis restantes largas condenas de prisión. A finales de 1957, solo cinco de los acusados en esos juicios seguían en la cárcel.[22] Entre los acusados de crímenes de guerra en Alemania del Este se encontraban antiguos jueces, agentes de la Gestapo, denunciantes, informantes, empleados de campos de concentración y los que habían participado en los atroces asesinatos de los Einsatzgruppen en la Unión Soviética. En total hubo 4.000 condenas en la RDA por crímenes de guerra en 1950 en juicios rápidos. Una vez finalizados estos juicios, la persecución de los criminales de guerra en Alemania del Este vio reducida su intensidad.

El gobierno de la RDA obtuvo un gran rendimiento propagandístico del hecho de pagar subsidios y pensiones adicionales a los que habían sido víctimas del terror de la Gestapo, mientras que en Alemania Occidental los miembros de la resistencia a Hitler en general quedaron condenados al ostracismo y les resultó difícil conseguir empleo. La RDA publicaba con frecuencia acusaciones dañinas sobre hasta qué punto Alemania Occidental seguía contaminada por el nazismo. En 1965, el Frente Nacional de la RDA publicó un libro conocido como el *Libro Marrón*: *La guerra y los criminales de guerra nazis en Alemania occidental: Estado, economía, administración, justicia, ciencia*. En él se mencionaba y avergonzaba a 1.800 antiguos dirigentes nazis que aún ocupaban cargos clave en Alemania Occidental. La lista incluía a 15 ministros del gobierno, 100 generales y

almirantes, 828 jueces decanos y fiscales generales, 245 miembros de los servicios en el extranjero y diplomáticos y 297 agentes de policía de alto rango, entre ellos antiguos agentes de las SS, el SD, la Kripo y la Gestapo. Un comunicado del gobierno de Alemania Occidental en el momento de la publicación describía el *Libro Marrón* como «pura falsificación», y la policía de Alemania Occidental confiscó los ejemplares en la Feria del libro de Fráncfort de 1967.[23] El contenido del libro no solo era cierto, sino que subestimaba seriamente la cantidad de antiguos nazis que habían conservado posiciones destacadas en Alemania Occidental.[24]

La creación de la República Federal de Alemania en 1949 provocó una serie de cambios importantes en el trato de los antiguos criminales nazis. El deseo de los aliados occidentales de rehabilitar Alemania Occidental como baluarte contra el comunismo soviético desembocó en una notable moderación de la actitud hacia el trato de los criminales de guerra nazis. Se culpaba a «Hitler y sus secuaces» de la tragedia alemana, y el papel de los demás quedaba suavizado. Según la ley de Alemania Occidental, solo los individuos podían ser acusados de asesinato, no las organizaciones. Al parecer, eso descartó un juicio a gran escala a la Gestapo.

En 1949, el general John McCloy, alto comisionado de Estados Unidos responsable de los criminales de guerra alemanes condenados, creó una comisión para revisar las sentencias originales en los principales juicios por crímenes de guerra. El 31 de enero de 1951, McCloy anunció una enorme reducción de las sentencias en cincuenta y dos casos, lo que resultó en que treinta y dos personas fueron puestas en libertad de inmediato. Redujo diecisiete de las veinte condenas a cadena perpetua, y cambió diez de las quince penas de muerte pendientes a condenas de cárcel. De una cifra original de 800 penas de muerte por crímenes de guerra, 300 fueron conmutadas por cadenas perpetuas. Las penas de muerte solo se confirmaron contra el jefe de la sede central de las SS Oswald Pohl, y cuatro de los condenados en el juicio de los Einsatzgruppen: Paul Blobel, Werner Braune, Erich Naumann y el infame y no arrepentido agente de las SS Otto Ohlendorf. Los cinco, ejecutados el 7 de junio de 1951, fueron los

últimos criminales de guerra ajusticiados por la República Federal de Alemania.[25] En 1955, solo ochenta personas condenadas por crímenes de guerra y contra la humanidad seguían en prisión.

El 31 de diciembre de 1949 el gobierno de Alemania Occidental aprobó una «Ley de Inmunidad» que concedía una amnistía general para todos los crímenes nazis por los que el castigo habría sido seis meses de cárcel o menos. Según el artículo 131 de la Ley Básica de la RFA, cualquier persona que hubiera trabajado para los servicios públicos durante el período nazi podía solicitar la «rehabilitación profesional». Se estima que solo 55.000 personas habían perdido el trabajo debido a su afiliación al régimen nazi. Solo los que habían sido condenados por un crimen de guerra «grave» quedaron excluidos de la posibilidad de rehabilitación.

En principio, el artículo 131 excluía a los agentes de la Gestapo y los antiguos miembros de las Waffen-SS; pero si un individuo podía demostrar que había entrado en la policía antes de 1933 y luego trasladado a la Gestapo, podía solicitar la rehabilitación. Los antiguos agentes de la Gestapo se acogieron a esa tregua legal. Se ofrecieron prestaciones sociales, y en casos concretos se tomaron decisiones finales. Se estima que alrededor del 50% de los antiguos agentes de la Gestapo fueron recolocados en puestos de funcionarios. Solo ocho miembros de la Oficina IV en la sede central de Berlín fueron designados para cargos importantes de funcionariado. La gran mayoría de antiguos oficiales de la Gestapo de alto rango con licenciaturas en derecho reanudaron su carrera como abogados privados. Incluso se aplicaron unas cuotas especiales en los puestos gubernamentales y el sector privado, que en la práctica constituían un sistema de discriminación positiva con los individuos «rehabilitados». Ni siquiera los agentes que no fueron recolocados tuvieron dificultades para recuperar sus generosas pensiones.[26]

Un ejemplo típico es el de Karl Löffler, antiguo jefe de la «sección judía» en la Gestapo de Colonia, responsable de organizar las deportaciones de los judíos de la ciudad a los campos de la muerte nazis durante la guerra. Gracias a los testimonios de una serie de personas a las que había interrogado, entre ellos curas, socialistas y judíos, Löffler logró que su categoría de desnazificación se redujera de «criminal menor» a

«exonerado». Su pasado nazi desapareció por arte de magia. Eso significaba que podía recuperar su generosa pensión final según el salario. Al principio, en 1950, recibió una pensión que no tenía en cuenta el período como jefe de la «sección judía» en Colonia. Se quejó de que precisamente durante ese período fue cuando recibió el salario más alto, y organizó una campaña de cinco años de presión para recuperar su pensión completa. En 1956, el gobierno de Renania del Norte-Westfalia concedió a Löffler su pensión completa.[27]

El 1 de enero de 1950 se otorgó a los tribunales alemanes completa autonomía para realizar juicios por crímenes de guerra. No tuvieron un exceso de trabajo. Entre 1951 y 1955, los tribunales de Alemania Occidental condenaron a un total de solo 636 criminales de guerra nazis.[28] Los pocos casos populares que llegaron a los tribunales durante la década de 1950 que implicaban a agentes de la Gestapo tuvieron como resultado sentencias extraordinariamente leves. Kurt Lindow, que había sido el jefe del Departamento IV-A en la sede central de Berlín, que se ocupaba de los comunistas, fue detenido en 1950 por su implicación en el asesinato de prisioneros de guerra soviéticos, pero fue absuelto en su posterior juicio en Fráncfort por falta de pruebas.[29]

En 1954 hubo dos casos de gran calado con agentes de la Gestapo. El primero se produjo en Colonia, donde más de cien agentes fueron investigados en un principio por el fiscal general. Al final, solo tres individuos fueron a juicio: Emanuel Schäfer, Franz Sprinz y Kurt Matschke. De los 13.500 judíos deportados de Colonia, solo seiscientos sobrevivieron, pero el juicio duró solo cuatro días y las sentencias fueron muy leves. Schäfer cumplió casi siete años en prisión. A Sprinz le cayeron tres años y a Matschke dos. El tiempo que pasaron en la cárcel antes del juicio les fue deducido de las sentencias.[30]

El segundo caso tuvo lugar en Darmstadt y su resultado fue aún más desconcertante. Había dos agentes de la Gestapo implicados: Waldemar Eissfeld y Heinrich Lorenz, acusados de organizar las deportaciones de miles de judíos de Turingia a los campos de la muerte. Los testigos testificaron sobre la brutalidad que Eissfeld había empleado con los judíos durante los interrogatorios. El juez concluyó que las acusaciones de

brutalidad habían prescrito y el cargo fue desestimado. Luego absolvió a los dos hombres de todos los cargos basándose en que no sabían cuál sería el destino de los judíos cuando ordenaban su traslado.[31] Los dos hombres demostraron tener muy pocos remordimientos y no admitieron ninguna responsabilidad durante todo el juicio.

El 5 de octubre de 1955, Bruno Streckenbach, jefe del Departamento 1 de la RSHA, que daba órdenes a los Einsatzgruppen de la Unión Soviética para la «Solución Final», regresó a Alemania Occidental gracias a una amnistía concedida a los antiguos prisioneros de guerra alemanes encarcelados en la Unión Soviética. En el juicio a los Einsatzgruppen de 1948 se dio por hecho que Streckenbach había sido capturado por el Ejército Rojo y ejecutado. Su regreso supuso un gran dilema para las autoridades de Alemania Occidental. Nadie dudaba de que era un importante criminal de guerra, pero la judicatura de Alemania Occidental no mostraba muchos deseos de organizar un gran juicio por crímenes de guerra con una figura tan destacada. Había dos acusaciones criminales pendientes, relacionadas con graves palizas que Streckenbach había propinado a los comunistas durante los interrogatorios mientras era jefe de la Gestapo de Hamburgo. Ambos cargos fueron desestimados debido a las leyes de prescripción legal. El fiscal de Hamburgo concluyó que no había pruebas que demostraran que Streckenbach hubiera cometido crímenes de guerra dentro de la Alemania nazi. En cuanto al asesinato en masa de judíos en la Unión Soviética, el fiscal argumentó que Streckenbach ya había cumplido una pena por ello. En septiembre de 1956, la investigación quedó suspendida y nunca se reanudó.[32]

A finales de la década de 1950 los trece estados de Alemania Occidental fueron adquiriendo conciencia de que para perseguir con eficacia a los criminales de guerra nazis era necesario un enfoque coordinado. El resultado fue la creación el 1 de diciembre de 1958 de la «Oficina Central de Autoridades Judiciales de Administraciones Estatales para la Investigación de Crímenes Nacionalsocialistas», con base en Luisburgo.[33] La oficina central, donde trabajaban sobre todo enérgicos abogados jóvenes y archivistas, fue diseñada para ayudar en la acusación de

crímenes de guerra recopilando pruebas contra los supuestos criminales nazis. Se creó un enorme archivo que ahora contiene 1,6 millones de documentos de la época nazi y sigue en funcionamiento.[34]

Al principio, la oficina central tenía la misión de investigar todas las acciones de los criminales nazis fuera de Alemania. Más tarde se corrigió, de manera que los crímenes cometidos por individuos dentro de la Alemania nazi podían ser perseguidos.[35] Incluso cuando se reunían pruebas suficientes para organizar un juicio, los hábiles abogados de la defensa cuestionaban su autenticidad. La mayoría de condenas se basaban en pruebas testimoniales aportadas por personas que describían hecho ocurridos muchos años antes. A menudo, los recuerdos carecían de los detalles necesarios para obtener condenas. Con frecuencia los acusados coordinaban su defensa, y ofrecían lo que parecía la versión de los hechos más fiable.

En 1960 ya estaba claro que el gobierno de Konrad Adenauer quería evitar los juicios por crímenes de guerra de gran repercusión porque perjudicaban la floreciente reputación económica y política de la Alemania Occidental democrática en el plano internacional. El gobierno utilizó sutiles enmiendas legales para restringir las acusaciones de criminales de guerra nazis durante la década de 1960. Una ley de Alemania Occidental de marzo de 1960 establecía un límite de quince años, a partir del 1 de enero de 1950, en todos los crímenes salvo los definidos como «asesinato intencionado». Eso significaba que en 1965 sería imposible juzgar crímenes de la época nazi. La maniobra legal más controvertida para dificultar aún más la acusación de criminales de guerra nazi la constituyó una enmienda menor al artículo 50, párrafo 2, del código penal de Alemania Occidental, llamada «Ley de Introducción a las Infracciones Reglamentarias de 1968».[36] Decretaba que si se podía demostrar que un individuo había participado en un asesinato por motivos básicos claros como placer en el asesinato, odio racial o por venganza podía ser acusado, pero afirmaba que las personas definidas como «cómplices» de los crímenes debían recibir un castigo más leve por parte de los jueces al dictar sentencia. En principio esta enmienda legal no estaba pensada para los crímenes de guerra, pero los astutos abogados de la defensa de los criminales de guerra se acogieron a ella para

detener o anular acusaciones. El 20 de mayo de 1969, el Tribunal Federal de Justicia de Alemania Occidental dictaminó que en los futuros juicios por crímenes de guerra sería necesario demostrar que los individuos actuaban por «motivos personales para el asesinato» para imponer las penas máximas. De lo contrario, debían ser tratados como cómplices ante quienquiera que emitiera órdenes relativas a ellos.[37]

Dadas las crecientes restricciones legales para llevar a juicio a criminales de guerra en Alemania Occidental, no es de extrañar que el juicio más popular de un destacado criminal de guerra nazi tras 1948 no tuviera lugar ni en Alemania Occidental ni en la Oriental. Se celebró en Israel. El 11 de mayo de 1960, un equipo de ocho agentes de los servicios secretos israelíes siguieron y capturaron al criminal de guerra número uno de la Gestapo nazi que seguía en libertad, Adolf Eichmann, que vivía en una casa en las afueras de Buenos Aires, Argentina. Lo trasladaron a Israel para llevarlo ante la justicia.

El sensacionalista juicio de Adolf Eichmann empezó en Jerusalén el 11 de abril de 1961. La transcripción del proceso se extiende en 3.500 páginas. Era el oficial administrativo de mayor rango en la Gestapo que se enfrentaba a un proceso desde los juicios de Núremberg. Sus superiores directos eran Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, y Heinrich Himmler, jefe de las SS. Durante el juicio, Eichmann afirmó que él solo era un burócrata que acataba órdenes. El proceso fue objeto de una enorme cobertura mediática. El juicio se emitió por televisión en todo el mundo. Un total de 112 testigos aportaron pruebas, entre ellos numerosas víctimas del Holocausto. Eichmann tenía aspecto de administrativo «normal y corriente», más bien anodino. Hablaba en un tono plano, bajo, monótono, sin entonación. Respondía a las preguntas de la acusación con naturalidad. Al describir su vida doméstica y su trabajo en la sede central de la Gestapo, parecía un miembro de la clase media. Incluso se llevaba el bocadillo para comer en el trabajo, disfrutaba jugando con sus hijos en casa por la tarde y esperaba con ilusión las vacaciones familiares de verano. No parecía en absoluto violento. Era una imagen muy desconcertante para los telespectadores. Admitió haber organizado la deportación de los judíos, pero no sentía ninguna responsabilidad personal por las consecuencias de

sus acciones. No paraba de repetir que sus superiores eran los auténticos criminales. La escritora judía Hannah Arendt resumió de forma memorable el comportamiento de Adolf Eichmann durante su juicio, que representaba «la banalidad del mal». En el fallo, redactado el 12 de diciembre de 1961, fue declarado culpable de organizar el traslado de judíos y de las terribles condiciones que tuvieron que soportar durante el trayecto al olvido. Al cabo de dos días, el juez dictó pena de muerte.[38] Fue ahorcado a la medianoche del 31 de mayo de 1962.

El juicio de Eichmann supuso un necesario estímulo para un pequeño grupo de fiscales de Alemania Occidental, decididos a llevar a los criminales de guerra nazis ante la justicia. Su esfuerzo desembocó en el juicio de Auschwitz de Fráncfort, que tuvo lugar entre el 20 de diciembre de 1963 y el 19 de agosto de 1965. Fue el juicio por crímenes de guerra de mayor calado jamás celebrado en Alemania Occidental. Declararon un total de 359 testigos, entre ellos 248 supervivientes de Auschwitz. El juicio duró 183 días y fue objeto de una extensa cobertura mediática. Los veintidós sospechosos fueron acusados, según la ley de Alemania Occidental sobre asesinato y otros crímenes graves cometidos mientras trabajan en el infame campo de concentración de Auschwitz-Birkenau. A pesar de que 7.000 empleados de las SS habían trabajado allí en algún momento, solo 63 fueron llevados a juicio tras 1945.

El juicio salió adelante en gran medida gracias a la obstinada y valiente determinación del abogado radical Fritz Bauer, nacido el 16 de julio de 1903 de padres judíos. Durante el período de Weimar, Bauer fue un miembro activo del SPD socialista y abogado en ejercicio. En 1933 fue detenido por la Gestapo y enviado al campo de concentración de Heuberg. Tras su liberación en 1935, se exilió en Dinamarca y sobrevivió al Holocausto. Regresó a Alemania Occidental tras la guerra y se convirtió en el fiscal jefe del estado de Hesse, cuya capital es Fráncfort am Main. Bauer descubrió pruebas de que Eichmann estaba viviendo en Argentina y presionó a las autoridades de Alemania Occidental para que actuaran para llevarlo ante la justicia. Cuando se convenció de que jamás lo harían, transmitió esa información al servicio secreto israelí Mossad, que pasó directamente a capturar a Eichmann.

La determinación de Bauer de capturar a los criminales de guerra nazis lo convirtió en una figura controvertida en los círculos jurídicos de Alemania Occidental, pues muchos jueces y abogados tenían relación con el sistema judicial criminal de los nacionalsocialistas. Uno de los acusados clave del juicio de Auschwitz fue el célebre oficial de la Gestapo, Wilhelm Boger. Tras afiliarse al Partido Nazi en 1929, en 1933 pasó a ser agente de la policía política para luego ser trasladado a la Gestapo. En 1936 fue acusado de maltratar a los presos durante los interrogatorios, y cumplió una breve condena de cárcel por su conducta. Sin embargo, eso no supuso un obstáculo para su carrera. En 1937, Boger fue nombrado comisario de policía en la Kripo. En 1942 lo destinaron a dirigir el «departamento político» de Auschwitz en nombre de la RSHA. Su principal tarea en el campo era actualizar los expedientes de los presos políticos y realizar interrogatorios. La señora Braun, testigo de la acusación en el juicio, trabajaba de administrativa en la oficina de Boger en Auschwitz. Describió sus técnicas de tortura con detalles muy gráficos:

> Cuando llevaban a un preso para un «interrogatorio», lo desnudaban y lo esposaban a una barra de hierro de un metro de largo que colgaba del techo con unas cadenas ... Un guardia a un lado lo empujaba hasta que dibujaba un arco lento, mientras Boger hacía preguntas, al principio con calma, luego a gritos o como mínimo dando voces. Con cada regreso [cuando el preso oscilaba en la barra], otro guardia, armado con una barra de hierro, golpeaba a la víctima en las nalgas. Mientras el balanceo continuaba y los gemidos de la víctima se debilitaban, lo reanimaban para que volvieran los alaridos y los golpes continuaban, hasta que delante de ellos colgaba solo una masa de carne ensangrentada. La mayoría fallecían durante el suplicio, unos antes y otros después. Al final sacaban un saco de huesos y carne desollada y grasa por ese suelo de cemento y se lo llevaban a rastras.[39]

La meticulosa y tenaz acusación de Bauer logró seis cadenas perpetuas, entre ellas la de Wilhelm Boger, y las penas máximas de prisión disponibles en los demás casos. Bauer se lamentaba de que la cobertura mediática del juicio en Alemania Occidental mostrara a los acusados como personas que se limitaban a seguir las órdenes de un régimen nazi que parecía un grupo de alienígenas que hubiera aterrizado en Alemania y hubiera hecho preso al pueblo alemán. Reivindicaba que, en realidad, el régimen de Hitler había gozado de un amplio apoyo popular y que los agentes de la Gestapo como Boger eran la norma, no la excepción.[40]

El juicio de Auschwitz en Fráncfort suscitó un debate político dentro de Alemania Occidental sobre por qué tanto destacados criminales de guerra nazis seguían en libertad. En febrero de 1963, el fiscal jefe del Tribunal Supremo de Berlín abrió una gran investigación sobre las actividades de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) en la que se inscribían la Gestapo, el SD y las SS. Hasta el momento, solo cuatro ex miembros de la RSHA han sido condenados por crímenes de guerra en tribunales de Alemania Occidental.

Se celebraron varios juicios importantes para juzgar a las principales figuras de la RSHA de Heinrich Himmler. Los fiscales identificaron a 7.000 sospechosos potenciales, pero luego se centraron en 3.000 individuos que desempeñaron papeles esenciales en la RSHA durante la época nazi. Al final, solo se llegó a celebrar un juicio importante en el Tribunal Regional de Berlín, en 1969. El principal acusado fue Otto Bovensiepen, jefe de la Gestapo en Berlín, que organizó la deportación de 40.000 judíos de la capital entre 1941 y 1943.

Bovensiepen nació en Duisburgo el 8 de julio de 1905. Se afilió al Partido Nazi en 1925, se licenció en derecho en la Universidad de Bonn en 1933 y luego entró en el departamento político de lo que más tarde se convertiría en la Gestapo en Düsseldorf. Ocupó puestos destacados en las oficinas de Dortmund, Koszalin, Bielefeld y Halle antes de asumir el cargo de jefe de la Gestapo en Berlín. Fue crucial en la persecución de los grupos de resistencia comunista de la ciudad, y era conocido por fomentar los infames «interrogatorios ampliados» para desmantelarlos. En 1944 se convirtió en el jefe de la policía de seguridad de la Dinamarca ocupada por los nazis, bajo las órdenes de Werner Best. Han sobrevivido hasta hoy los detalles de cómo llevaba a cabo los interrogatorios. Durante un interrogatorio de los Aliados admitió haber ordenado «la aplicación de tortura en determinados casos» relacionados con personas hostiles al gobierno nazi en Dinamarca, con el fin de «obtener la confesión de un preso si era necesario aclarar algo con celeridad».[41] En septiembre de 1948 fue condenado a muerte durante un juicio por crímenes de guerra en Dinamarca. En 1951 fue liberado de la cárcel gracias a una amnistía general

para los criminales de guerra y regresó a Alemania Occidental. Consiguió un trabajo bien remunerado en una importante compañía de seguros de Alemania Occidental y ascendió hasta llegar a ser director general.

El juicio de Otto Bovensiepen y dos acusados clave más empezó en diciembre de 1969.[42] Durante el proceso, Bovensiepen sufrió un ataque al corazón. En 1970 fue declarado «no apto para afrontar un juicio» por una serie de médicos. El juicio se suspendió de repente el 19 de noviembre de 1971. Las suspensiones por mala salud eran muy poco habituales para acusados de asesinato en los juicios ordinarios. Una vez más, un criminal de guerra nazi recibía un trato especial. El juicio contra Bovensiepen nunca se reanudó. Vivió con holgura durante ocho años más antes de morir en 1979.

Un destacado oficial de la Gestapo que logró huir de la justicia en la Alemania Occidental de la posguerra fue Werner Best, que desempeñó el papel de hábil burócrata profesional mientras trabajó para la Gestapo. Best fue una figura clave en la contratación del personal de alto rango que llevó a cabo el Holocausto y los asesinatos en masa de los Einsatzgruppen. Consideraba que el asesinato de los judíos era «históricamente necesario», y que el racismo biológico del régimen nazi era «racional y lógico». En 1941 escribió un libro en el que elogiaba los métodos de la Gestapo llamado *Die Deutsche Polizei* («La policía alemana»), donde presentaba a la Gestapo como un conjunto de policías profesionales que siempre trataba a los sospechosos con el máximo respeto y dignidad. Best fue condenado a muerte en un juicio por crímenes de guerra en Dinamarca en 1948, por su papel de gobernador de Dinamarca durante la ocupación nazi. La sentencia jamás se cumplió. Fue liberado en 1951 y regresó a Alemania Occidental. En 1958 un tribunal de desnazificación le ordenó pagar una multa de 70.000 marcos alemanes por sus actividades como destacado oficial de la Gestapo. Para entonces trabajaba como asesor legal bien remunerado para la gran empresa alemana Stinnes.[43]

En marzo de 1969 la policía registró su espléndido piso en la ciudad de Mülheim, en el Ruhr, y lo trasladó a Berlín para un interrogatorio detallado. El fiscal de Berlín había reunido una enorme cantidad de pruebas incriminatorias contra él, y estaba convencido de que sería declarado culpable en un juicio. Gracias a sus numerosos contactos políticos y legales

en las más altas esferas de la sociedad alemana occidental, a Best le aconsejaron que se declarara demasiado enfermo, viejo y frágil para afrontar un juicio por crímenes de guerra, largo y emocionalmente difícil. En agosto de 1972, las autoridades de Alemania Occidental suspendieron el caso. El juicio jamás llegó a celebrarse.[44]

El 23 de junio de 1989 falleció Werner Best, sin haber pagado jamás por sus numerosos crímenes contra la humanidad durante la era nazi.

Tampoco pagó la Gestapo.

Glosario de términos
en alemán y organizaciones

Abitur Certificado de bachillerato necesario para entrar en la universidad.

«Asocial» Persona clasificada como antisocial y de raza inferior.

Bekennende Kirche Iglesia Confesante. Grupo de pastores protestantes que defendían principios luteranos.

Führer Líder.

Gauleiter Dirigente nazi regional.

Gestapo Policía secreta del estado.

Gestapa Oficina administrativa que respaldaba las actividades de la Gestapo.

Jude Judío.

KPD Partido Comunista Alemán.

Kripo Sección de investigación criminal de la policía criminal.

Luftwaffe Fuerzas aéreas.

NSDAP Partido Nazi.

Orpo Policía ordinaria alemana uniformada.

Kristallnacht Noche de los cristales rotos (9 y 10 de noviembre de 1938). La noche del mayor ataque contra la comunidad judía dentro de Alemania.

Reichstag Parlamento alemán.

RSHA Oficina Central de Seguridad del Reich (creada en 1939) (*Reichssicherheitshauptamt*).

SA Tropas de asalto nazis (*Sturmabteilung*).

Schutzhaft Custodia preventiva. Normativa que permitió que la Gestapo detuviera a personas y las retuviera en prisión o en un campo de concentración sin pasar por un juicio.

SD Servicio de Seguridad de las SS (*Sicherheitsdienst*).

Sipo Departamento que controló la Gestapo y la Kripo entre 1936 y 1939.

SPD Partido Socialdemócrata.

Spruchkammer Tribunales especiales de desnazificación creados por los Aliados durante la ocupación de Alemania tras la segunda guerra mundial.

SOPADE Informes secretos del Partido Socialdemócrata en el exilio sobre la opinión pública durante la época nazi.

SS (*Schutzstaffel*) Cuerpo de seguridad personal de Hitler de élite. Dirigido por Heinrich Himmler, se convirtió en la organización nazi más poderosa dentro de Alemania.

Volksgemeinschaft Comunidad nacional. El término solía destacar una suerte de solidaridad étnica sin clase.

Volksgenossen Camarada nacional. Término usado para describir a un miembro leal y fiable de raza de la Alemania de Hitler.

Wehrmacht Ejército alemán.

Fuentes y bibliografía

Archivos

Archivo central del estado de Renania del Norte-Westfalia, Düsseldorf (HStAD). En la actualidad el archivo se encuentra en Duisburgo.
RW-58 Expedientes personales de la Gestapo (citados como RW-58 seguido del número de expediente del caso).
Proyecto Avalon. Universidad de Yale (AP).
Archivo en línea de los juicios de Núremberg (citados como AP-IMT, seguidos del nombre y la fecha).
Bundesarchiv de Berlín (BA).
Archivo de fotografía.
Institut für Zeitgeschichte, Múnich (IfZ).
Ficheros sobre Rupert Mayer
(material relacionado con la persecución de criminales de guerra nazis en los juicios de Núremberg).
Staatsarchiv de Múnich (SM).
Ficheros de la Polizeidirektion de Múnich.
Museo de la Resistencia, Berlín (MR).
Wiener Library, Londres.
Informes de testigos de la persecución de judíos.

Periódicos y otras publicaciones

Der Angriff
Der Stürmer
Jüdische Rundschau
Völkischer Beobachter

Entrevistas

Claus Moser
Cecile Lowenthal-Hensel

Libros

Adler, H., *Der verwaltete Mensch: Studien zur Deportation der Juden aus Deutschland*, Mohr-Verlag, Tubinga, 1974.

Adorno, T., *et al*., *The Authoritarian Personality,* Harper, Nueva York, 1950.

Allen, W., *The Nazi Seizure of Power: The Experience of a Single German Town, 1922-1945,* Franklin Watts, Nueva York, 1984.

Aly, G., *Aktion T4 1939-1945: Die 'Euthanasie'-Zentrale in der Tiergartenstrasse 4*, Rotbuch, Berlín, 1989 (hay trad. cast.: *Los que sobraban*, Crítica, Barcelona, 2014).

—, *«Final Solution»: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Arnold, Londres, 1999.

—, *Hitler's Beneficiaries: Plunder, Racial War and the Nazi Welfare State*, Henry Holt, Nueva York, 2007.

Aly, G., P. Chroust y C. Pross, *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Hygiene*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1994.

Anónimo, *The Persecution of the Catholic Church in the Third Reich: Facts and Documents,* Pelican, Gretna, 2003.

Arad, Y., S. Krakowski y S. Spector, (eds), *The Einsatzgruppen Reports: Selections from the Dispatches of the Nazi Death Squads,* US Holocaust Museum, Washington, DC, 1990.

Arendt, H., *The Origins of Totalitarianism,* André Deutsch, Londres, 1951 (hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Anaya, Madrid, 2015).

—, *Eichmann in Jerusalem: A Report on the Banality of Evil*, Penguin, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *Eichmann en Jerusalén*, Lumen, Barcelona, 2012).

—, *Eichmann and the Holocaust,* Penguin, Nueva York, 2006 (hay trad. cast.: *Eichmann y el Holocausto,* Taurus, Barcelona, 2012).

Aronson, S., *The Beginnings of the German Gestapo: The Bavarian Model in* 1933, Israel Universities Press, Jerusalén, 1970.

Ayçoberry, P., *The Social History of the Third Reich, 1933-1945*, The New Press, Nueva York, 1999.

Bajohr, F., *«Aryanisation» in Hamburg: The Economic Exclusion of the Jews and the Confiscation of their Property in Nazi Germany*, Berghahn, Oxford y Nueva York, 2002.

Baldwin, P. (ed.), *Reworking the Past: Hitler, the Holocaust and the Historians' Debate*, Beacon Press, Boston, 1990.

Bankier, D., *The Germans and the Final Solution: Public Opinion under Nazism*, Blackwell, Cambridge, 1996 (hay trad. cast.: *La Europa nazi y la solución final*, Losada, Madrid, 2005).

— (ed.), *Probing the Depths of German Anti-Semitism: German Society and the Persecution of the Jews, 1933-1941*, Berghahn, Nueva York y Oxford, 2000.

Baranowsky, S., *The Confessing Church: Conservative Elites and the Nazi Elite*, Lewiston, Edward Mellen Press, 1986.

Barkai, A., *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews, 1933-1943*, Harrisburg, Brandeis University Press, 1990.

Barnett, V., *For the Soul of the People: Protestant Protest against Hitler*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

—, *Bystanders: Conscience and Complicity during the Holocaust*, Westport, Greenwood Press, 2000.

Bar-On, D., *Legacy of Silence: Encounters with Children of the Third Reich*, Cambridge, Harvard University Press, 1989.

Bartov, O. (ed.), *The Holocaust: Origins, Implementation, Aftermath*, Oxon, Routledge, 2000.

Bauer, Y., *The Holocaust in Historical Perspective*, Seattle, University of Washington Press, 1978.

Baumann, Z., *Modernity and the Holocaust*, Polity Press, Cambridge, 2000 (hay trad. cast.: *Modernidad y holocausto*, Sequitur, Madrid, 2006).

Baynes, N. (ed.), *The Speeches of Adolf Hitler*, Oxford University Press, Oxford, 1942.

Beck, G., *An Underground Life: Memoirs of a Gay Jew in Berlin*, Madison, University of Wisconsin Press, Madison, 1999.
Beevor, A., *Berlin: The Downfall 1945*, Penguin, Nueva York, 2007.
Berenbaum, M. (ed.), *A Mosaic of Victims: Non-Jews Persecuted and Murdered by the Nazis*, New York Press, Nueva York, 1992.
Bergen, D., *Twisted Cross: The German Christian Movement in the Third Reich*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1996.
Berkley, G., *Hitler's Gift: The Story of Theresienstadt*, Branden Publishing, Boston, 2002.
Bernadotte, Count F., *The Curtain Falls: The Last Days of the Third Reich*, Knopf, Nueva York, 1946.
Bernstein, R., *Hannah Arendt and the Jewish Question*, Polity Press, Cambridge, 1996.
Berschel, H., *Bürokratie und Terror: Das Judenreferat der Gestapo Düsseldorf, 1935-1945*, Klartext Verlag, Essen, 2001.
Bessel, R., *Political Violence and the Rise of Nazism: The Stormtroopers in Eastern Germany, 1925-1934*, Yale University Press, New Haven, 1984.
— (ed.), *Life in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford, 1987.
Best, W., *Die Deutsche Polizei*, L.C. Wittlich Verlag, Darmstadt, 1941.
Bielenburg, C., *The Past is Myself*, Corgi, Londres, 1984.
Biesold, H., *Eugenics and Deaf People in Nazi Germany*, Washington, DC, Gallaudet University Press, 1999.
Black, P., *Ernst Kaltenbrunner: Ideological Soldier of the Third Reich*, Princeton University Press, Princeton, 1984.
Blass, T., *The Man Who Shocked the World: The Life and Legacy of Stanley Milgram*, Perseus Press, Oxford, 2004.
Bloxham, D., *Genocide on Trial: War Crimes Trials and the Formation of Holocaust History and Memory*, Oxford University Press, Oxford, 2001.
Bluel, H., *Strength through Joy: Sex and Society in Nazi Germany*, Secker & Warburg, Londres, 1973.
Boehm, E., *We Survived: Fourteen Histories of the Hidden and Hunted of Nazi Germany*, Westview Press, Boulder, 2004.

Bosworth, R., *Explaining Auschwitz and Hiroshima: History Writing and the Second World War 1945-90*, Routledge, Londres, 1993.

Bowder, G., *The Foundation of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and S. D.*, University of Kentucky Press, Lexington, 1990.

—, *Hitler's Enforcers: The Gestapo and S.S. Security Service in the Nazi Revolution*, Oxford University Press, Nueva York, 1996.

Bracher, K., *The German Dictatorship: The Origins, Structures, and Effects of National Socialism*, Pelican, Londres, 1973 (hay trad. cast.: *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Alianza, Madrid, 1974).

Bramstead, E., *Dictatorship and Political Police: The Technique of Control by Fear*, Oxford University Press, Nueva York, 1945.

Breitman, R., *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Grafton, Londres, 1992.

Breyvogel, W. (ed.), *Piraten, Swings und Junge Garde: Jugendwiderstand im Nationalsozialismus*, Dietz, Bonn, 1991.

Bridenthal, R., A. Grossmann y M. Kaplan, (eds.), *When Biology Became Destiny: Women in Weimar and Nazi Germany*, Monthly Review Press, Nueva York, 1984.

Broszat, M., *The Hitler State: The Foundation and Development of the Internal Structure of the Third Reich*, Longman, Londres, 1981.

— (ed.), *Kommandant in Auschwitz: Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Höss*, Deutche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1958.

— *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*, 6 vols., Oldenbourg, Múnich, 1977-1983.

Browning, C., *Fateful Months: Essays on the Emergence of the Final Solution*, Holmes & Meier, Teaneck, 1985.

—, *The Path to Genocide: Essays on Launching the Final Solution*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

—, *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Penguin, Nueva York, 2001.

—, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Jewish Policy 1939-1942*, Heinemann, Portsmouth, 2004.

Brustein, W., *Roots of Hate: Anti-Semitism in Europe before the Holocaust*, Cambridge University Press, Cambridge, 2003.
Brysac, S., *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
Bullock, A., *Hitler: A Study in Tyranny*, Penguin, Londres, 1952 (hay trad. cast.: *Hitler: estudio de una tiranía*, Grijalbo, Barcelona, 1974).
Burleigh, M., *Death and Deliverance: 'Euthanasia' in Germany 1900-1945*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994.
—, *Ethics and Extermination: Reflections on Nazi Genocide*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
—, *The Third Reich: A New History*, Macmillan, Londres, 2000 (hay trad. cast.: *El Tercer Reich: una nueva historia*, Taurus, Barcelona, 2013).
— y W. Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge University Press, Cambridge, 1991.
Burrin, P., *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Arnold, Londres, 1994.
—, *Nazi Anti-Semitism: From Prejudice to the Holocaust*, The New Press, Nueva York, 2005.
Caplan, J., *Government without Administration: State and Civil Service in Weimar and Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1989.
Cesarani, D., *Eichmann: His Life and Crimes*, Heinemann, Londres, 2004.
—, *Becoming Eichmann: Rethinking the Life, Crimes and Trial of a Desk Murderer*, Da Capo Press, Washington, 2006.
— (ed.), *The Final Solution: Origins and Implementation*, Routledge, Oxon, 1994.
Childers, T., *The Nazi Voter: The Social Foundations of Fascism in Germany, 1919-1933*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1983.
— y J. Caplan, (eds.), *Re-Evaluating the Third Reich*, Holmes and Meier, Teaneck, 1993.
Choumov, P., E. Kogon, H. Langbein y A. Ruckerl, (eds.), *Nazi Mass Murder: A Documentary History*, Yale University Press, New Haven, 1994.

Cohen, E., *Human Behaviour in the Concentration Camp*, Free Association Books, Londres, 1988.

Conway, J., *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-1945*, Basic Books, Nueva York, 1968.

Cornwell, J., *Hitler's Pope: The Secret History of Pius XII*, Penguin, Nueva York, 1999 (hay trad. cast.: *El Papa de Hitler: la verdadera historia de Pío XII*, Planeta, Barcelona, 2006).

—, *Hitler's Scientists*, Viking, Nueva York, 2003 (hay trad. cast.: *Los científicos de Hitler*, Paidós, Barcelona, 2005).

Crankshaw, E., *Gestapo: Instrument of Tyranny*, Four Square, Londres, 1966.

Crew, D. (ed.), *Nazism and German Society 1933-1945*, Routledge, 1994.

Crowe, D. y J. Kolsti, (eds.), *The Gypsies of Eastern Europe*, Sharpe, Nueva York, 1992.

Dams, C. y M. Stolle, *The Gestapo: Power and Terror in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford, 2014.

Dawidowicz, L., *The War against the Jews 1933-45*, Pelican, Londres, 1979.

—, *The Holocaust and the Historians*, Harvard University Press, Cambridge, 1981.

Dedencks, M., *Heydrich: The Face of Evil*, Greenhill, Londres, 2006.

Delarue, J., *The Gestapo: A History of Horror*, Viking Press, Nueva York, 1962 (hay trad. cast.: *Historia de la Gestapo*, Esfera de los Libros, Madrid, 2010).

Deschner, G., *Heydrich: The Pursuit of Total Power*, Orbis, Londres, 1981.

Diels, R., *Lucifer ante portas*: *Es spricht der erste Chef der Gestapo*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1950.

Dunke, H., *Die KPD von 1933 bis 1945*, Kiepenheuer & Witsch, Colonia, 1972.

Dwork, D. y J. van Pelt, *Holocaust: A History*, John Murray, Londres, 2002 (hay trad. cast.: *Holocausto, una historia*, Algaba, Madrid, 2004).

Ebbinghaus, A. (ed.), *Opfer und Täterinnen: Frauenbiographien des Nationsozialismus*, Delphi Politik, Nördlingen, 1987.

Eley, G. (ed.), *The 'Goldhagen Effect': History, Memory, Nazism-Facing the German Past*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2000.
Engelmann, B., *In Hitler's Germany: Daily Life in the Third Reich*, Pantheon Book, Nueva York, 1986.
Evans, R. J. (ed.), *The German Underworld: Deviants and Outcasts in German History*, Oxford University Press, Oxford, 1988.
—, *In Defence of History*, Norton, Nueva York, 1999.
—, *Telling Lies about Hitler: The Holocaust, History and the David Irving Trial*, Verso, Nueva York, 2002.
—, *Rituals of Retribution: Capital Punishment in Germany 1600-1987*, Oxford University Press, Oxford, 1996.
—, *The Third Reich*, 3 vols.; vol. 1: *The Coming of the Third Reich*; vol. 2: *The Third Reich in Power*; vol. 3: *The Third Reich*, Allen Lane, Nueva York, 2003-2008 (hay trad. cast.: *La llegada del Tercer Reich*, *El Tercer Reich en el poder*, *El Tercer Reich en guerra*, Península, Barcelona, 2013).
—, *The Third Reich in History and Memory*, Little, Brown, Londres, 2015.
Fahlbusch, M. e I. Haar, (eds.), *German Scholars and Ethnic Cleansing, 1920-1945*, Berghahn, Nueva York, 2004.
Feldman, M. (ed.), *A Fascist Century: Essays by Roger Griffin*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2008.
Fest, J., *Plotting Hitler's Death: The Story of the German Resistance*, Metropolitan Books, Nueva York, 1996.
Finkelstein, N. y R. Birn, (eds.), *A Nation on Trial: The Goldhagen Thesis and Historical Truth*, Holt and Co., Nueva York, 1998.
Fischer, C., *Stormtroopers: A Social, Economic and Ideological Analysis, 1929-1935*, Routledge, Londres, 2014.
— (ed.), *The Rise of National Socialism and the Working Classes in Weimar Germany*, Berghahn, Oxford, 1996.
Fleming, G., *Hitler and the Final Solution*, Oxford University Press, Oxford, 1986.
Fraenkel, E., *The Dual State: A Contribution to the Theory of Dictatorship*, Lawbook Exchange, 2006.
Frei, N., *National Socialist Rule in Germany*, Blackwell, Oxford, 1993.

—, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Columbia University Press, Nueva York, 2002.
Friedlander, H., *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1995.
Friedländer, S., *Memory, History and the Extermination of the Jews of Europe*, Indiana University Press, Bloomington, 1993.
—, *Nazi Germany and the Jews*, vol. 1: *The Years of Persecution 1933-39*, HarperCollins, Nueva York, 1997 (hay trad. cast.: *El Tercer Reich y los judíos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2010).
—, *The Extermination of the Jews*, vol. 2: *Nazi Germany and the Jews*, HarperCollins, Nueva York, 2007.
Garbe, D., *Zwischen Widerstand und Martyrium: Die Zeugen Jehovahs in 'Dritten Reich'*, Oldenbourg, Múnich, 1994.
Gebauer, T., *Das KPD-Dezernat der Gestapo Düsseldorf*, Disserta Verlag, Hamburgo, 2011.
Gellately, R., *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy 1933-1945*, Clarendon Press, Oxford, 1990 (hay trad. cast.: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi*, Paidós, Barcelona, 2003).
—, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 2001 (hay trad. cast.: *No solo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Crítica, Barcelona, 2002).
— y S. Fitzpatrick, (eds.), *Accusatory Practices: Denunciations in Modern European History, 1789-1989*, University of Chicago Press, Chicago, 1997.
— y N. Stolfus, (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton University Press, Princeton, 2001.
Gerlach, W., *And the Witnesses were Silent: The Confessing Church and the Persecution of the Jews*, University of Nebraska Press, Lincoln, 2000.
Gerwarth, R., *Reinhard Heydrich*, Siedler, Múnich, 2011 (hay trad. cast.: *Heydrich: el verdugo de Hitler*, Esfera de los Libros, Madrid, 2013).
Gilbert, M., *Kristallnacht: Prelude to Destruction*, HarperCollins, Nueva York, 2006.

Gill, A., *The Journey Back from Hell: Conversations with Concentration Camp Survivors*, HarperCollins, Nueva York, 1989.

Glass, J., *Life Unworthy of Life: Racial Phobia and Murder in Hitler's Germany*, Basic Books, Nueva York, 1997.

Goldhagen, D., *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*, Abacus, Auckland, 1996 (hay trad. cast.: *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Taurus, Barcelona, 1998).

—, *A Moral Reckoning: The Role of the Catholic Church in the Holocaust and its Unfulfilled Duty of Repair*, Little Brown, Londres, 2002 (hay trad. cast.: *La Iglesia Católica y el Holocausto*, Taurus, Barcelona, 2002).

Gordon, S., *Hitler, Germans and the Jewish Question*, Princeton University Press, Princeton, 1984.

Graber, G., *History of the SS*, Robert Hale, Ramsbury, 1978.

Graml, H., *Antisemitism in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford, 1992.

Grau, G. (ed.), *Homosexualität in der NS-Zeit: Dokumente einer Diskriminierung und Verfolgung*, S. Fischer Taschenbuch Verlag, Fráncfort, 1993.

— (ed.), *Hidden Holocaust? Gay and Lesbian Persecution in Germany 1933-45*, Continuum, Londres, 1995.

Gregor, N. (ed.), *Nazism, War and Genocide: Essays in Honour of Jeremy Noakes*, University of Exeter Press, Exeter, 2005.

Gross, L., *The Last Jews of Berlin*, Simon & Schuster, Nueva York, 1988.

Gross, M., *The War against Catholicism: Liberalism and the Anti-Catholic Imagination in Nineteenth-Century Germany*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2004.

Gruchmann, L., *Justiz im Dritten Reich*, Oldenbourg, Múnich, 1988.

Grunberger, R., *A Social History of the Third Reich*, Penguin, Oxford, 1971 (hay trad. cast.: *Historia social del Tercer Reich*, Destino, Barcelona, 1976).

Gutermuth, F. y A. Netzbandt, *Die Gestapo*, Nicolai, Berlín, 2005.

Gutman, Y., Y. Arad. y A. Margaliot, *Documents on the Holocaust*, Yad Vashem Publications, Jerusalén, 1999.

Hamilton, R., *Who Voted for Hitler?*, Princeton University Press, Princeton, 1964.

Harris, W., *Tyranny on Trial: The Evidence at Nuremberg*, Southern Methodist University, Dallas, 1999.

Heger, H., *The Men with the Pink Triangle: The True Life and Death Story of Homosexuals in the Nazi Death Camps*, Alyson Press, Nueva York, 1994 (hay trad. cast.: *Los hombres del triángulo rosa: memorias de un homosexual en los campos de concentración nazi*, Amaranto, Pozuelo de Alarcón, 2002).

Helmreich, E., *The German Churches under Hitler: Background, Struggle and Epilogue*, Wayne State University Press, Detroit, 1979.

Henry, F., *Victims and Neighbours: A Small Town in Nazi Germany Remembered*, Bergin & Garvey, South Hadley, 1984.

Herbert, U., *Best: Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft, 1903-1989*, Dietz, Bonn, 1996.

—, *Hitler's Foreign Workers*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997.

— (ed.), *National Socialist Extermination Policies: Contemporary German Perspectives and Controversies*, Berghahn, Nueva York, 2000.

Herf, J., *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys*, Harvard University Press, Cambridge, 1997.

Hett, B., *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery*, Oxford University Press, Oxford, 2014.

Heydrich, L., *Leben mit einem Kriegsverbrecher*, Ludwig Verlag, Pfaffenhofen, 1976.

Hilberg, R., *The Destruction of the European Jews* (3 vols.), Holmes and Meier, Teaneck, 1985 (hay trad. cast.: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Tres Cantos, 2005).

—, *Perpetrators, Victims, Bystanders: The Jewish Catastrophe 1933-1945*, Harper, Nueva York, 1992.

Hildebrand, K., *The Third Reich*, Allen & Unwin, Crows Nest, 1984.

Höhne, H., *The Order of the Death's Head: The Story of Hitler's SS*, Penguin, Nueva York, 2000.

Hoffmann, P., *Stauffenberg: A Family History, 1905-1995*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Höss, R., *Death Dealer: Memoirs of the Kommandant at Auschwitz*, Da Capo Press, Washington, 1992.

Housden, M., *Resistance and Conformity in the Third Reich*, Routledge, Abingdon, 1997.

IMT, *Trials of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*, 42 vols., Government Printing Press, Washington, 1947-1949.

Johannes, J., P. Pechel y D. Showalter, (eds.), *Voices from the Third Reich: An Oral History*, Da Capo Press, Washington, 1994.

Johnson, E., *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, John Murray, Londres, 1999 (hay trad. cast.: *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós, Barcelona, 2002).

— y K-H. Reuband, *What We Knew: Terror, Mass Murder and Everyday Life in Nazi Germany*, John Murray, Londres, 2005.

Kaplan, M., *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1998.

Kater, M., *Doctors under Hitler*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1989.

—, *Different Drummers: Jazz in the Culture of Nazi Germany*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

Kenrick, D. y G. Puxon, *The Destiny of Europe's Gypsies*, Basic Books, Nueva York, 1972 (hay trad. cast.: *Gitanos bajo la cruz gamada*, Editorial Presencia Gitana, Madrid, 1997).

Kershaw, I., *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford University Press, Oxford, 1983.

—, *The Hitler Myth: Image and Reality in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford, 1987 (hay trad. cast.: *El mito de Hitler: imagen y realidad en el Tercer Reich*, Crítica, Barcelona, 2006).

—, *Hitler*, vol. 1*: Hubris, 1889-1936*, Penguin, Oxford, 1998 (hay trad. cast.: *Hitler, 1889-1936*, Península, Barcelona, 2007).

—, *Hitler*, vol. 2*: Nemesis, 1936-1945*, Penguin, Oxford, 2000 (hay trad. cast.: *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2007).

—, *The Nazi Dictatorship: Problems and Perspectives of Interpretation*, Arnold, Londres, 2000.
Kirkpatrick, C., *Women in Nazi Germany*, Jarrold Publishers, Nueva York, 1939.
Klee, E., *'Euthanasie' im NS-Staat: Die 'Vernichtung lebensunwerten Lebens'*, Fischer Taschenbuch Verlag, Fráncfort, 1983.
Klemperer, V., *I Shall Bear Witness: The Diaries of Victor Klemperer*, vol. 1: *1933-41*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2004).
—, *To the Bitter End: The Diaries of Victor Klemperer*, vol. 2: *1942-45*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1998 (hay trad. cast.: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Galaxia Gutemberg, Barcelona, 2004).
Koch, H., *In the Name of the Volk: Political Justice in Hitler's Germany*, I.B. Tauris, Londres, 1997.
Koehl, R., *The Black Corps: The Structure and Power Struggles of the Nazi SS*, University of Wisconsin, Madison, 1983.
Kogon, E., *The Theory and Practice of Hell: The German Concentration Camps and the System Behind Them*, Berkley Books, Nueva York, 1964.
Koonz, C., *Mothers in the Fatherland: Women, the Family and Nazi Politics*, Methuen, Londres, 1988.
Krausnick, H. y M. Broszat, *Anatomy of the SS State*, Paladin, Londres, 1973.
Lang, J. von, *Die Gestapo: Instrument des Terrors*, Rasch und Röhring, Hamburgo, 1990.
— y C. Sibyll, (eds.), *Eichmann Interrogated: Transcripts from the Archives of the Israeli Police*, Da Capo Press, Washington, 1999.
Laska, V. (ed.), *Women in the Resistance and in the Holocaust: The Voices of Eyewitnesses*, Greenwood Press, Westport, 1983.
Levine, A., *The Strategic Bombing of Germany, 1940-1945*, Greenwood Press, Westport, 1992.
Lewy, G., *The Catholic Church and Nazi Germany*, Da Capo Press, Washington, 2000.

—, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Oxford University Press, Oxford, 2000.
Lifton, R., *The Nazi Doctors: A Study of the Psychology of Evil*, Macmillan, Londres, 1986.
Lochner, P. (ed.), *The Goebbels Diaries 1942-1943*, Doubleday, Nueva York, 1948.
Longerich, P., *Heinrich Himmler: A Life*, Oxford University Press, Oxford, 2012 (hay trad. cast.: *Heinrich Himmler*, RBA, Barcelona, 2009).
Lozowick, Y., *Hitler's Bureaucrats: The Nazi Security Police and the Banality of Evil*, Continuum, Londres, 2000.
MacDonogh, G., *Berlin: A Portrait of its History, Politics and Society*, St Martin's Press, Nueva York, 1999.
—, *After the Reich: From the Liberation of Vienna to the Berlin Airlift*, John Murray, Londres, 2008 (hay trad. cast.: *Después del Reich: crimen y castigo en la posguerra alemana*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2010).
Machtan, L., *The Hidden Hitler*, Perseus Press, Oxford, 2001 (hay trad. cast.: *El secreto de Hitler*, Planeta, Barcelona, 2002).
Mallmann, K., *Die Gestapo im Zweiten Weltkrieg*, Primus Verlag, Darmstadt, 2000.
Mann, R., *Protest und Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialistische Herrschaft im Alltag einer rheinischen Großsdadt*, Campus Verlag, Fráncfort, 1987.
Marrus, M., *The Nuremberg War Crimes Trial of 1945-46: A Documentary History*, Bedford Books, Londres, 1997.
—, *The Holocaust in History*, Key Porter, Toronto, 2000.
Mason, T., *Social Policy in the Third Reich: The Working Class and the 'National Community'*, Oxford University Press, Oxford, 1993.
McDonough, F., *Hitler and the Rise of the Nazi Party*, Pearson, Londres, 2012.
—, *Opposition and Resistance in Nazi Germany*, Cambridge University Press, Cambridge, 2001.
— con J. Cochrane, *The Holocaust*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2008.

—, *Sophie Scholl: The Real Story of the Woman Who Defied Hitler*, The History Press, Stroud, 2010.
McKale, D., *The Nazi Party Courts: Hitler's Management of Conflict in his Movement*, University Press of Kansas, Lawrence, 1974.
Merson, A., *Communist Resistance in Nazi Germany*, Lawrence & Wishart, Londres, 1985.
Michelson, M., *City of Life, City of Death: Memories of Riga*, Colorado University Press, Boulder, 2001.
Milgram, S., *Obedience to Authority: An Experimental View*, Pinter and Martin, Londres, 1995.
Moorhouse, R., *Killing Hitler: The Third Reich and Plots against the Führer*, Vintage, Londres, 2007 (hay trad. cast.: *Matar a Hitler: conspiraciones y atentados contra el Führer*, Debate, Barcelona, 2008).
—, *Berlin at War: Life and Death in Hitler's Capital, 1939-1945*, Vintage, Londres, 2011.
—, *The Devil's Alliance: Hitler's Pact with Stalin, 1939-1941*, The Bodley Head, Londres, 2014.
Moszkiewiez, H., *Inside the Gestapo: A Jewish Woman's Secret War*, Macmillan, Toronto, 1985.
Müller, I., *Hitler's Justice: The Courts of the Third Reich*, Harvard University Press, Cambridge, 1991.
Müller-Hill, B., *Murderous Science: Elimination by Scientific Selection of Jews, Gypsies and Others in Germany 1933-45*, Oxford University Press, Oxford, 1997.
Neave, A., *Nuremberg*: *A Personal Record of the Trial of the Major Nazi War Criminals*, Hodder & Stoughton, 1978.
Noakes, J. y G. Pridham, (eds.), *Nazism 1919-1945: A Documentary Reader*; 4 vols., Exeter University Press, Exeter, 1984-1998.
Oakshott, M. (ed.), *The Social and Political Doctrine of Contemporary Europe*, Cambridge University Press, Cambridge, 1953.
Overy, R., *Interrogations: Inside the Minds of the Nazi Elite*, Penguin, Londres, 2002 (hay trad. cast.: *Interrogatorios: el Tercer Reich en el banquillo*, Tusquets, Barcelona, 2003).

—, *Göring: Hitler's Iron Knight,* I. B. Tauris, Londres, 2011.
Owings, A., *Frauen: German Women Recall the Third Reich*, Penguin, Londres, 1995.
Padfield, P., *Himmler: Reichsführer-SS*, H. Holt, Nueva York, 1990 (hay trad. cast.: *Himmler: el lider de las SS y de la Gestapo*, Esfera de los Libros, Madrid, 2006).
Palmier, J.-M., *Weimar in Exile: The Anti-Fascist Emigration in Europe and America*, Verso, Londres, 2006.
Papen, F. von, *Memoirs*, E. P. Dutton & Co., Nueva York, 1953.
Pätzold, K. y E. Schwartz, *Tagesordnung Judenmord: Die Wannsee-Konferenz am* 20 *Januar* 1942, Metropol, Berlín, 1992.
Paul, G. y K. Mallmann, (eds.), *Die Gestapo: Mythos and Realität*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1995.
Pehle, W. (ed.), *November 1938: From 'Kristallnacht' to Genocide*, Oxford University Press, Oxford, 1991.
Pendas, D., *The Frankfurt Auschwitz Trial, 1963-65: Genocide, History and the Limits of Law,* Cambridge University Press, Cambridge, 2006.
Penton, M., *Jehovah's Witnesses and the Third Reich: Sectarian Politics under Persecution,* University of Toronto Press, Toronto, 2004.
Peukert, D., *Die KPD im Widerstand: Verfolgung und Untergrundarbeit an Rhein und Ruhr, 1933-1945*, Hammer, Wuppertal, 1980.
—, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Batsford, Londres, 1987.
Pine, L., *Nazi Family Policy 1933-1945*, Berg, 1997.
—, *Hitler's 'National Community': Society and Culture in Nazi Germany*, Bloomsbury, Londres, 2011.
Plant, R., *The Pink Triangle: Nazi War Against Homosexuals,* Holt & Co., Londres, 1996.
Pohl, D., *Justiz in Brandenburg, 1945-1955*, Oldenburg, Múnich, 2001.
Pringle, H., *The Master Plan: Himmler's Scholars and the Holocaust,* Harper Perennial, Nueva York, 2006 (hay trad. cast.: *El plan maestro: arqueología fantástica al servicio del régimen nazi*, Debate, Barcelona, 2007).

Proctor, R., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Harvard University Press, Cambridge, 1988.

Quinn, G., *Hidden Beneath the Thorns: Growing Up Under Nazi Rule, A Memoir of Ingeborg Tismor*, iUniverse, Nueva York, 2009.

Reed, D., *The Burning of the Reichstag*, Convici Friede, Nueva York, 1934.

Reynard, M. y S. Graffard (eds.), *The Jehovah's Witnesses and the Nazis: Persecution, Deportation and Murder, 1933-1945*, Cooper Square Press, Nueva York, 2001.

Rittner, R. y J. Roth (eds.), *Different Voices: Women and the Holocaust*, Paragon House, Nueva York, 1994.

Roseman, M., *The Villa, The Lake, The Meeting: Wannsee and the Final Solution*, Allen Lane, Londres, 2002.

Rosenhaft, E., *Beating the Fascists? The German Communists and Political Violence, 1929-1933*, Cambridge University Press, Cambridge, 2008.

Roth, J. y C. Rittner (eds.), *Pope Pius XII and the Holocaust*, Continuum, Londres, 2002.

Rückerl, A., *The Investigation of Nazi Crimes, 1945-1978: A Documentation*, Archon Books, Hamden, 1980.

Rürup, R. (ed.), *Topographie des Terrors: Gestapo, SS und Reichssicherheitshauptamt auf dem 'Prinz-Albrecht-Gelände': Eine Dokumentation*, Willmuth Arenhövel Verlag, Berlín, 2005.

Rüter, A. y C. Rüter (eds.), *Justiz und NS-Verbrechen: Sammlung Westdeutscher Strafurteile wegen nationalsozialstischer Tötungsverbrechen*, 20 vols., Amsterdam University Press, Ámsterdam, 1945-1979.

Sanford, G., *From Hitler to Ulbricht: The Communist Reconstruction of East Germany, 1945-1946*, Princeton University Press, Princeton, 1983.

Safrain, H., *Eichmann's Men*, Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

Schellenberg, W., *The Schellenberg Memoirs*, André Deutsch, Londres, 1956 (hay trad. cast.: *Al servicio de Hitler: memorias del jefe del espionaje nazi*, Belacqva, Barcelona, 2005).

Schleunes, K. A., *The Twisted Road to Auschwitz*, University of Illinois Press, Champaign, 1970.
Schoppmann, C., *Days of Masquerade: Life Stories of Lesbians during the Third Reich*, Columbia University Press, Nueva York, 1996.
Shirer, W., *Berlin Diary: The Journal of a Berlin Correspondent*, Bonanza Books, Nueva York, 1941 (hay trad. cast.: *Diario de Berlín*, Debate, Barcelona, 2008).
—, *The Rise and Fall of the Third Reich*, Folio, Londres, 2004 (hay trad. cast.: *Auge y caída del Tercer Reich*, Caralt Editores, Barcelona, 1971).
Smith, H., *Last Train from Berlin: An Eye Witness Account of Germany at War*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1941.
Smith, M., *Dachau: The Harrowing of Hell*, State University of New York Press, Albany, 1995.
Sofsky, W., *The Order of Terror: The Concentration Camp*, Princeton University Press, Princeton, 1993.
Speer, A., *Inside the Third Reich*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1970.
Stargardt, N., *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis*, Pimlico, Londres, 2006.
Steinacher, G., *Nazis on the Run: How Hitler's Henchmen Fled Justice*, Oxford University Press, Oxford, 2011.
Steinert, M., *Hitler's War and the German Public Mood during the Second World War*, Ohio University Press, Athens, 1977.
Stollies, M., *Law under the Swastika*, Chicago University Press, Chicago, 1998.
—, *A History of Public Law in Germany 1914-45*, Oxford University Press, Oxford, 2004.
Stoltzfus, N., *Resistance of the Heart: Intermarriage and the Rosenstrasse Protest in Nazi Germany*, W. W. Norton, Nueva York, 1996.
Stephenson, J., *Women in Nazi Society*, Croom Helm, Londres, 1975.
—, *Women in Nazi Germany*, Longman, Londres, 2001.
Stone, D. (ed.), *The Historiography of the Holocaust*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2004.
Szanada, A., *Indirect Perpetrators: The Prosecution of Informers in Germany, 1945-1965*, Lexington Books, Plymouth, 2010.

Tarrant, V., *The Red Orchestra: The Soviet Spy Network inside Nazi Europe*, Random House, Nueva York, 1995.

Tent, J., *Mission on the Rhine: Reeducation and Denazification in AmericanOccupied Germany,* Chicago University Press, Chicago, 1982.

Tetens, T., *The New Germany and the Old Nazis*, Random House, 1962.

Thalmann, R. y E. Feinermann, *Crystal Night: 9-10 November 1938,* Thames & Hudson, Londres, 1974.

Theilen, F., *Edelweisspiraten,* Emons H. J., Colonia, 2003.

Tobias, F., *The Reichstag Fire,* Enigma Books, Nueva York, 1964.

Todorov, T., *Facing the Extreme: Moral Life in the Concentration Camps*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1999 (hay trad. cast.: *Frente al límite*, Siglo XXI, México, 2004).

Vandana, J., *Gender and Power in the Third Reich: Female Denouncers and the Gestapo, 1933-1945*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2003.

Wachsmann, N., *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, Yale University Press, New Haven, 2004.

—, *KL: A History of the Concentration Camps,* Little Brown, Londres, 2015.

Walton-Kerr, P., *Gestapo: The History of the German Secret Police*, Senate, Londres, 1996.

Weindling, P., *Health, Race and German Politics between National Unification and Nazism 1870-1945,* Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

Weinreich, M., *Hitler's Professors: The Part of Scholarship in Germany's Crimes against the Jewish People,* Yale University Press, New Haven, 1999.

Weitz, E., *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protest to the Socialist State,* Princeton University Press, Princeton, 1997.

Whiting, C., *The Search for 'Gestapo' Müller: The Man Without a Shadow*, Leo Cooper, Barnsley, 2001.

Wildt, M., *An Uncompromising Generation: The Leadership of the Reich Security Main Office*, The University of Wisconsin Press, Madison, 2009.

ARTÍCULOS Y CAPÍTULOS

Abrams, L., «Prostitutes in Imperial Germany, 1870-1918: Working Girls or Social Outcasts?» en R. J. Evans, (ed.), *The German Underworld*, pp. 189-209.

Adam, U., «An Overall Plan for Anti-Jewish Legislation in the Third Reich», *Yad Vashem Studies*, n.º 11 (1976), pp. 33-55.

Angress, T. y B. Smith, «Diaries of Heinrich Himmler's Early Years», *Journal of Modern History*, n.º 31 (1959), pp. 206-224.

Ayass, W., «Vagrants and Beggars in Hitler's Reich», en R. J. Evans (ed.), *The German Underworld*, pp. 210-237.

Barnett, V., «The Role of the Churches: Compliance and Confrontation», *Dimensions*, n.º 14 (2000), pp. 9-12.

Benedict, S., «Nurses' Participation in the Nazi Euthanasia Programme», *Western Journal of Nursing*, n.º 21 (1999), pp. 246-263.

Bergman, J., «The Jehovah's Witnesses' Experience in the Nazi Concentration Camps: A History of their Conflicts with the Nazi State», *Journal of Church and State*, n.º 38 (1996), pp. 87-113.

Best, W., «*Die Geheime Staatspolizei*», *Deutsches Recht*, n.º 6 (1936), pp. 125-128.

Breitmann, R., «Himmler and the "Terrible Secret" among the Executioners», *Journal of Contemporary History*, n.º 26 (1991), pp. 431-451.

Conway, J., «Coming to Terms with the Past: Interpreting the German Church Struggles, 1933-1990», *German History*, n.º 16 (1998), pp. 377-396.

Czarnowski, G., «Women's Crimes, State Crimes: Abortion in Nazi Germany», en M. Arnot. y C. Usborne, (eds.), *Gender and Crime in Modern Europe*, UCL Press, Londres, 1999, pp. 238-256.

Frommer, B., «Denunciations and Fraternisers: Gender Collaboration and Revolution in Bohemia and Moravia during World War II and After», en N. Wingfield y M. Bucur, (eds.), *Gender and War in Twentieth-Century Eastern Europe*, Indiana, 2006, pp. 111-132.

Gellately, R., «Rethinking the Nazi Terror System: A Historiographical Analysis», *German Studies Review*, n.º 14 (1991), pp. 23-38.

—, «Situating the "SS-State" in a Social-Historical Context: Recent Histories of the SS, the Police and the Courts in the Third Reich», *Journal of Modern History*, n.º 64 (1992), pp. 338-365.

—, «Denunciations in Twentieth-Century Germany», *Journal of Modern History*, n.º 68, 1996, pp. 747-767.

—, «Denunciations and Nazi Germany: New Insights and Methodological Problems», *Historical Social Research*, n.º 22 (1997), pp. 228-239.

Giles, G., «"The Unkindest Cut of All": Castration, Homosexuality and Nazi Justice», *Journal of Contemporary History*, n.º 27 (1992), pp. 4161.

Goeschel, C., «Suicides of German Jews in the Third Reich», *German History*, n.º 25 (2007), pp. 22-45.

Graf, C., «The Genesis of the Gestapo», *Journal of Contemporary History*, n.º 22 (1987), pp. 419-435.

Griech-Pollele, B., «Image of a Churchman Resister: Bishop von Galen, the Euthanasia Project and the Sermons of Summer 1941», *Journal of Contemporary History*, n.º 36 (2001), pp. 41-57.

Hall, C., «An Army of Spies? The Gestapo Spy Network, 1933-1945», *Journal of Contemporary History*, n.º 44 (2009), pp. 247-265.

Herbert, U., «The Real Mystery in Germany: The Working Class During the Nazi Dictatorship», en M. Burleigh, (ed.), *Confronting the Nazi Past*, Collins and Brown, Londres, 1996, pp. 23-36.

Johnson, E., «German Women and Nazi Justice: Their Role in the Process from Denunciation to Death», *Historical Social Research*, n.º 20 (1995), pp. 33-69.

Kater, M., «Forbidden Fruit? Jazz in the Third Reich», *American Historical Review*, n.º 94 (1989), pp. 11-43.

Kundras, B., «Forbidden Company: Romantic Relationships between Germans and Foreigners, 1939-1945», en D. Herzog, (ed.), *Sexuality and German Fascism, Nueva York*, 2005, pp. 67-94.

Lewy, G., «Himmler and the "Racially Pure Gypsies"», *Journal of Contemporary History*, n.º 34 (1999), pp. 201-214.

Mallmann, K. y G. Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance», en Crew, D. (ed), *Nazism and German Society,* Routledge, Londres, 1994, pp. 166-196.

Noakes, J., «Leaders of the People? The Nazi Party and German Society», *Journal of Contemporary History*, n.º 39 (2004), pp. 189-212.

Oosterhous, H., «Medicine, Male Bonding and Homosexuality in Nazi Germany», *Journal of Contemporary History*, n.º 32 (1999), pp. 187-205.

Peukert, D., «Youth in the Third Reich», en R. Bessel, (ed.), *Life in the Third Reich*, Oxford University Press, Oxford, 1987, pp. 25-40.

Pine, L., «Hashude: The Imprisonment of "Asocial" Families in the Third Reich», *German History*, n.º 13 (1995), pp. 182-197.

Piper, F., «Estimating the Number of Deportees to, and the Victims of Auschwitz-Birkenau Camp», *Yad Vashem Studies*, n.º 21 (1991), pp. 49-103.

Reiche, E., «From "Spontaneous" to Legal Terrorism: SA, Police and Judiciary in Nuremberg, 1933-1934», *European Studies Review*, n.º 9 (1979), pp. 237-264.

Szobar, P., «Telling Sexual Stories in Nazi Courts of Law: Race Defilement in Germany, 1933 to 1945», en D. Herzog, (ed.), *Sexuality and German Fascism*, Berghahn, Oxford y Nueva York, 2004, pp. 133-163.

Time, A., «The Ambivalent Outsider: Prostitutes, Promiscuity and VD in Nazi Berlin», en Gellately y Stolfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, pp. 192-211.

Vandana, J., «The "Private" becomes "Public": Wives as Denouncers in the Third Reich», *Journal of Contemporary History*, n.º 37 (2002), pp. 419-435.

Wachsmann, N., «From Indefinite Confinement to Extermination: Habitual Criminals and the Third Reich», en Gellately y Stolfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, pp. 165-191.

—, «Annihilation through Labour: The Killing of State Prisoners in the Third Reich», *Journal of Modern History*, n.º 71 (1999), pp. 624-659.

Welch, D., «Nazi Propaganda and *Volksgemeinschaft*: Constructing a People's Community», *Journal of Contemporary History*, n.º 39 (2004), pp. 213-238.

Weyrauch, W., «Gestapo Informants: Facts and Theory of Undercover Operations», *Columbia Journal of Transnational Law*, n.º 24 (1986), pp. 554-596.

Lista de ilustraciones

Bundesarchiv, Bild 183-K0108-0501-008
Colección privada
Bundesarchiv, Bild 183-R97512 (1)
Bundesarchiv, Bild 102-14367
Bundesarchiv, Bild, 183-R96954
Bundesarchiv, Bild, 102-183-50
Bundesarchiv, Bild 102-15282
Bundesarchiv, Bild 183-2002-0624-503
Bundesarchiv, Bild 152-01-26
Bundesarchiv, Bild, 152-50-10
Bundesarchiv, Bild 194-5268-24
Bundesarchiv, Bild 121-0916
Bundesarchiv, Bild, 183-B22627
Bundesarchiv, Bild 146-1991-014-09
Bundesarchiv, Bild, 1788/ 004
Bundesarchiv, Bild 183-78612-0003
Bundesarchiv, Bild, R32484
Bundesarchiv, Bild, 183-308517
Bundesarchiv, Bild, 146-1970-083
Bundesarchiv, Bild, 183-R986860
Landesarchiv Nordhein-Westphalen, RW 58/1959, Abb.3
Landesarchiv Nordhein-Westphalen, RW 58/288 Abb. 44
Landesarchiv Nordhein-Westphalen, RW 58/47309. Abb. 4

Agradecimientos

He invertido cuatro años de mi vida en la investigación y escritura de este libro, y me gustaría dar las gracias a una serie de personas que me han ayudado a lo largo del camino.

En primer lugar debo dar las gracias a mi agente literaria Georgina Capel. Agradezco mucho la confianza que ha depositado en mí, y que me animara a elaborar la detallada planificación que el libro necesitaba. Mark Booth de Coronet, parte de Hodder & Stoughton, es uno de los mejores editores del sector. Ha sido un auténtico placer trabajar con él: sus comentarios mejoraron el manuscrito original. También me gustaría dar las gracias a Fiona Rose, la asistente editorial de Hodder, con la que también ha sido un inmenso placer trabajar. Me gustaría agradecer a Nick, el corrector, su buen ojo. Es un honor pensar que mi libro lleva la misma marca que las novelas de James Bond, como tantos otros libros emblemáticos.

Mención especial merece Peter Bierl, por su inestimable ayuda en el estudio de los archivos de la Gestapo en Düsseldorf. Es un excelente periodista en el *Süddeutsche Zeitung*, con sede en Múnich, y una persona muy especial. También me gustaría dar las gracias a Christian Gropp, el encargado de los archivos de la Gestapo en Düsseldorf y Duisburgo, por responder a mis numerosas consultas con amabilidad y paciencia. Un hombre encantador. Agradezco mucho la hospitalidad de Klaus y Magda Schlaier por alojarme en su casa durante mis viajes de investigación a Múnich. Klaus fue de gran ayuda con mi libro sobre Sophie Scholl y ahora es un buen amigo, como Magda. La pequeña Sophie también tiene un nuevo tío. Mi buen amigo Jakob Knab me proporcionó valiosos contactos durante todo el proyecto. Su esposa Steffi es médico, lo que significa que el hígado de Jakob está bajo un férreo control. También examinó las pruebas

del libro con su buen tino. Tiene la agenda de contactos alemana más grande que he visto nunca. Además toca muy bien la guitarra. Es un gigante en muchos sentidos.

Me gustaría agradecer al Departamento de Historia de la John Moores University de Liverpool, dirigido por Alex Miles, por ofrecer los fondos de investigación que subvencionaron mis viajes a Alemania y Londres durante el transcurso del proyecto. El doctor Joe Yates, director de la Escuela de Humanidad y Ciencias Sociales, ha sido un apoyo constante en mi trabajo.

Me gustaría dar las gracias a la multitud de estudiantes que han escuchado mis opiniones sobre el Tercer Reich en mis clases en la universidad durante tantos años.

Las siguientes personas me han ofrecido un apoyo profesional y personal de valor incalculable: el doctor Mike Benbough-Jackson, un gran apoyo para mí, el gran Richard J. Evans, cuyos libros me inspiran, el profesor John Charmley, cuyo trabajo sobre el apaciguamiento me inspiró, igual que el libro de Andrew Roberts sobre lord Halifax. Me gustaría dar las gracias a mi amigo Paul McGann, y a la increíble familia McGann, incluida mamá Claire por su apoyo y amistad. He solicitado mi entrada en la familia como miembro honorario. El profesor Joe Moran me dio muy buenos consejos sobre la estructura. Don Boyd me dio recomendaciones útiles sobre el desarrollo de la narrativa. También me gustaría agradecer la ayuda de las siguientes personas, ya sea por sus consejos o por los buenos ratos: Kate Williams, Edward Harcourt, Phil Rothwell, Paul McDonough, Michael McDonough, mi maravilloso hermano, Lorie Charlesworth, Tom Webber, Stuart Maconie, Janet Suzman, Melanie Sykes, Clare Mulley, Matt Feldman, Emma Vickers, Lucie Matthews-Jones, Alan Sharp, Sonny Kandola, lord David Alton, Cat Lewis, Roger Moorhouse, Kate Haldane y Pete Wylie.

También he disfrutado haciendo nuevos amigos a través de mi cuenta de Twitter @FXMC1957, con los que empiezo el día con tweets de historia.

Ante todo, me gustaría dar las gracias a mi maravillosa esposa Ann, que ha sido la base y los cimientos de mi vida desde 1983. Amo su cuerpo y su alma. Por último, me gustaría dar las gracias a mi encantadora hija

Emily, a la que he dedicado este libro, su valiente marido James y nuestra preciosa nieta Martha. Otro nieto está en camino.

A alguien allí arriba le gusto.

Rudolf Diels, primer jefe de la Gestapo.

El valiente pastor protestante Paul Schneider, retratado cuando era estudiante en 1921.

Sede central de la Gestapo en el número 8 de la Prinz Albrecht Strasse, Berlín. El edificio fue destruido por los bombardeos de los Aliados en 1945.

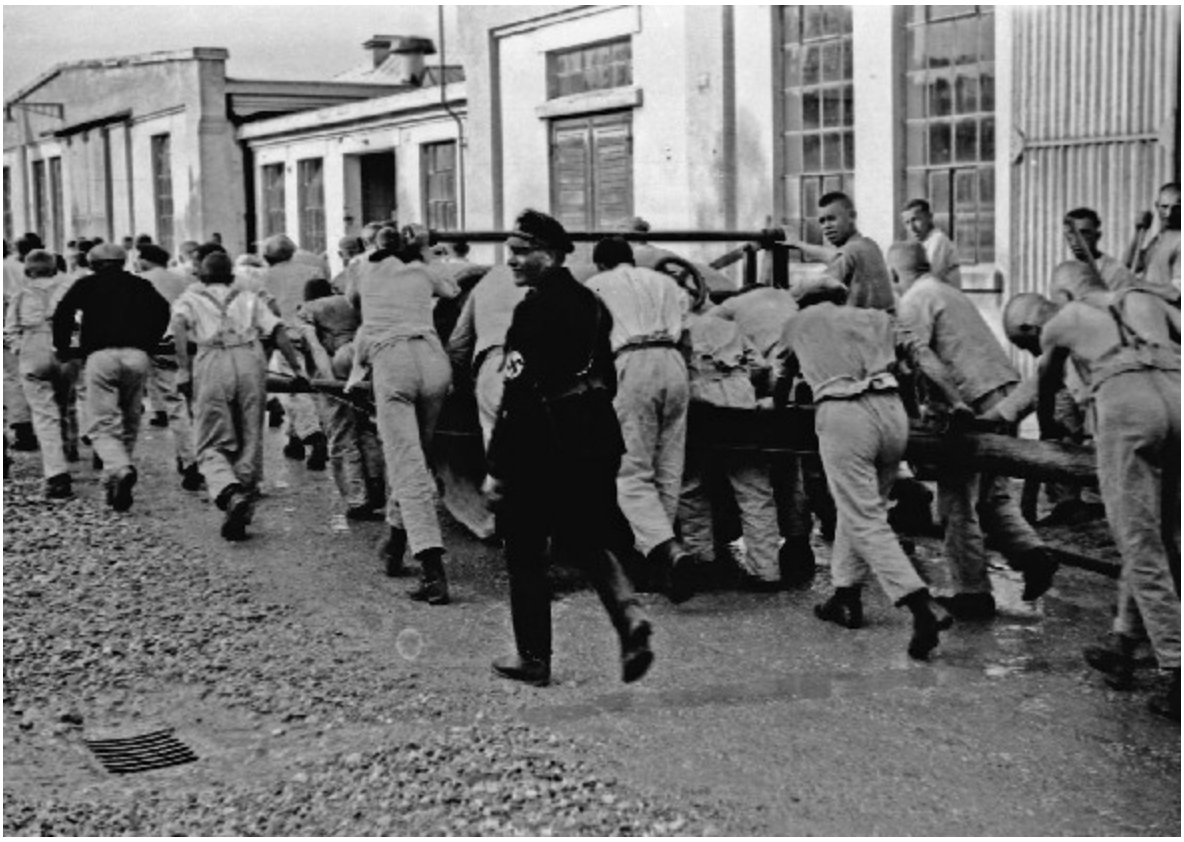
Dos agentes de policía inspeccionan los daños causados por el fuego tras el incendio del Reichstag en febrero de 1933.

Heinrich Himmler, jefe de las SS (izquierda) saluda al creador de la Gestapo, Hermann Göring.

Ernst Thälmann, jefe del Partido Comunista de Alemania (KPD). Fue asesinado por orden de Hitler en 1944.

Heinrich Himmler (izquierda) con Ernst Röhm, jefe de las tropas de asalto, las SA.

El antiguo canciller alemán Franz von Papen dando un discurso en Austria.



Presos políticos realizando trabajos forzosos en el campo de concentración de Dachau, 1933.

Reinhard Heydrich, figura destacada en la dirección de la Gestapo, las SS y el SD.

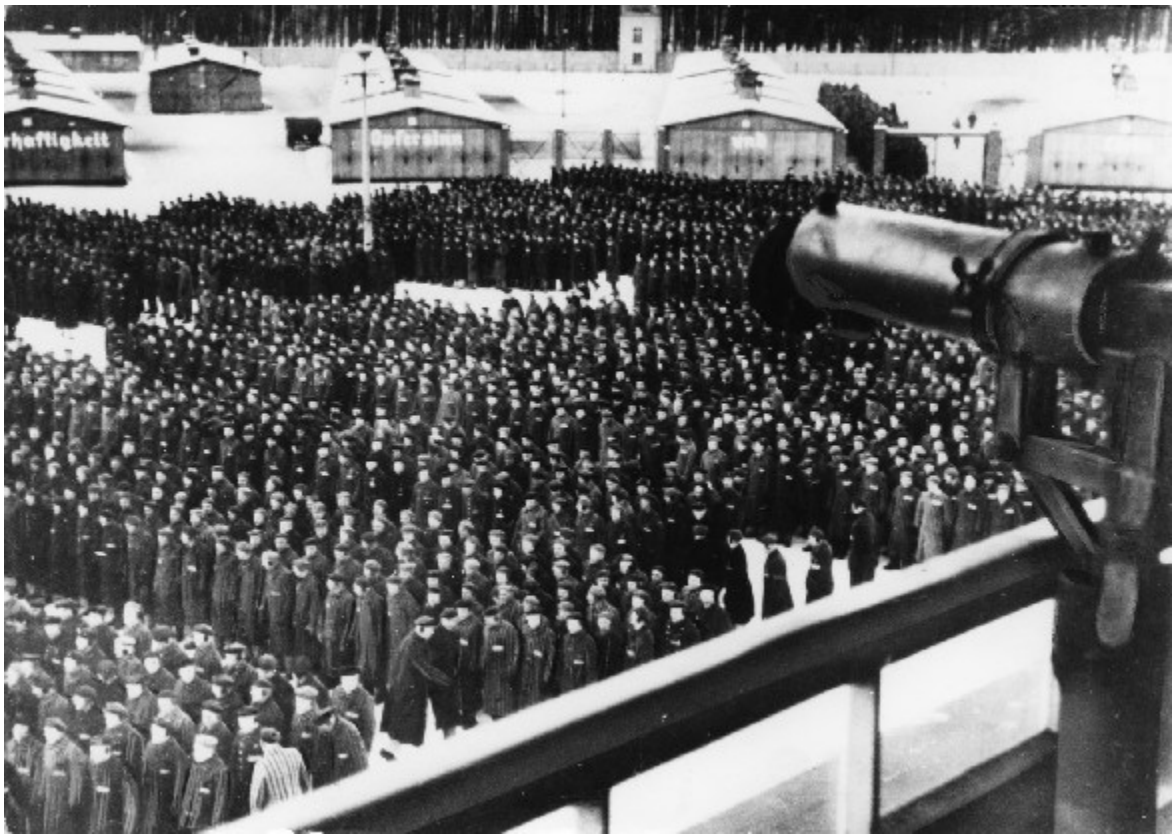
El líder de la Iglesia Confesante, el pastor Martin Niemöller.

Wilhelm Frick, ministro del Interior nazi entre 1933 y 1943. Fue ejecutado en 1946.

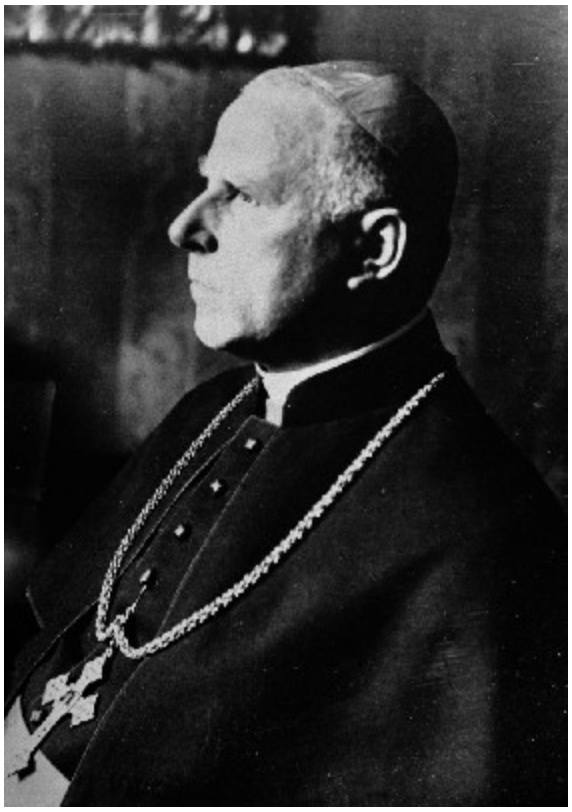
El Dr. Werner Best, figura destacada en la administración de la Gestapo.

El Dr. Robert Ritter, ayudado por Eva Justin, extrae una muestra de sangre a un gitano.

Campo de concentración de Buchenwald.



Formación matutina de los internos en el campo de concentración de Sachsenhausen, 1936.



Clemens Graf von Galen, obispo de Münster. Encabezó las protestas católicas contra la eutanasia nazi.

Otto Ohlendorf, jefe del SD nacional y comandante de los Einsatzgruppen D, el escuadrón que perpetró asesinatos en masa en la Unión Soviética.

Ciudadanos alemanes pasan por delante de una tienda judía destrozada en Magdeburg, al día siguiente de la Kristallnacht en noviembre de 1938.

Reunión de miembros destacados de la Oficina Central de Seguridad del Reich (RSHA) en Berlín en 1939 (de izquierda a derecha: Franz Huber, jefe de la Gestapo en Viena, Arthur Nebe, jefe de la Kripo, Himmler, Heydrich y Heinrich Müller, jefe de la Gestapo).

Fotografías de la Gestapo de Peter Penk, acusado de simpatizar con los comunistas.

Fotografías de la Gestapo de Luise Vögler, denunciada por supuestas simpatías soviéticas.

Fotografías de la Gestapo de Helmut Hesse, valiente pastor protestante y disidente.

Notas

1. Esta historia se basa en los siguientes relatos:

Dietrich Bracher, *The Conscience in Revolt Portraits of German Resistance, 1933-1945*, pp. 320-322; Dean Stroud, *Preaching in Hitler's Shadow*, pp. 94-105; cita de Alfred Leikam en Rudolf Wentorf y Paul Schneider, *Witness of Buchenwald*, p. 20.

2. Hannah Arendt, *The origins of Totalitarianism*, pp. 434-435.

3. La expresión clásica de esta visión es el gran éxito de ventas de 1961 de William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*. Véase también E. Bramstead, *Dictatorship and Political Police: The Technique of Control by Fear*, Oxford University Press, Nueva York, 1945.

4. La biografía más famosa fue la de Alan Bullock, *Hitler: A Study in Tyranny*, Londres, Penguin, 1952. El énfasis que Bullock ponía en que a Hitler le interesaba más el poder que su ideología ha sido ampliamente rebatida por los expertos modernos en el Tercer Reich.

5. Véase Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*.

6. Véase *The Trials of the Major War Criminals before the International Military Tribunal*.

7. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. ix.

8. Véase Martin Broszat, *The Hitler State: The Foundations and Development of the Internal Structure of the Third Reich*.

9. Esta obra se editó en seis volúmenes. Véase Martin Broszat *et al*. (eds.), *Bayern in der NS-Zeit*.

10. Véase Reinhard Mann, *Protest and Kontrolle im Dritten Reich: Nationalsozialisctische Herrschaft im Alltag einer rheinischen Großstadt*. Sarah Gordon examinó solo los expedientes de la Gestapo relacionados con la «deshonra de la raza judía» en la ciudad de Düsseldorf, pero entró en detalles de casos individuales. Véase Sarah Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*. Joshi Vandana estudió casos en los que estaban implicadas mujeres denunciantes, también en la ciudad de Düsseldorf. Véase Joshi Vandana, *Gender and Power in the Third Reich: Female Denouncers and the Gestapo, 1933-1945*.

11. Véase Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy*, 1933-1945, Oxford, Clarendons Press, 1990. *La Gestapo y la sociedad alemana: la política racial nazi (1933-1945)*.

12. La tendencia a examinar las denuncias queda patente en las siguientes obras: Robert Gellately, «Denunciations and Nazi Germany: New Insights and Methodological Problems», *Historical Social Research*, vol. 22, pp. 228-239; Robert Gellately y Sheila Fitzpatrick, *Accusatory Practices: Denunciations in Modern European History, 1789-1989*; Robert Gellately, *No solo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*; Benjamin Frommer, «Denouncers and Fraternisers: Gender Collaborations and Revolution on Bohemia and Moravia during World War II and After», en Nancy Wingfield y Maria Bucur (eds.), *Gender and War in Twentieth-Century Eastern Europe*, pp. 111-132.

13. Véase Eric Johnson, *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*. Véase también Eric Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What We Knew: Terror, Mass Murder and Everyday Life in Nazi Germany*; Eric Johnson, «German Women and Nazi Justice: Their Role in the Process from Denunciation to Death», *Historical Research*, vol. 20, pp. 33-69.

14. Véase Frank McDonough, *Sophie Scholl: The Real Story of the Woman Who Defied Hitler*.

15. Debido a la ley de protección de datos en Alemania, hay que modificar los nombres de personas incluidos en los expedientes de la Gestapo, excepto los de los agentes nazis. Los demás detalles incluidos en los casos son idénticos a lo que ocurrió en realidad.

1. Philip Walton-Kerr, *Gestapo: The History of the German Secret Police*, pp. 15-30.

2. *Ibid*, pp. 32-33.

3. Wilhelm Stieber, *The Chancellor's Spy: The Revelations of the Chief of Bismarck's Secret Service*, pp. 25-38.

4. Christoph Graf, «The Genesis of the Gestapo», *Journal of Contemporary History*, vol. 22 (1987), p. 422.

5. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo: Power and Terror in the Third Reich*, p. 2.

6. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 32.

7. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 25.

8. Citado en Lothar Machtan, *The Hidden Hitler*, p. 196.

9. *Ibid*, p. 68.

10. Max Williams, *Reinhard Heydrich: The Biography-Volume* 1*: The Road to War*, pp. 22-30.

11. Philip Walton-Kerr, *Gestapo*, p. 97.

12. *Ibid*, p. 101

13. *Ibid*, pp. 102-103.

14. *Ibid*, pp. 181-230.

15. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, p. 5.

16. Proyecto Avalon, Universidad de Yale. Archivo en línea de los juicios de Núremberg del Tribunal Militar Internacional de Núremberg (en adelante AP-IMT). Acta de Rudolf Diels.

17. Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, p. 332.

18. *Ibid*, p. 34. Göring negó haber dado jamás a las SA o la policía la orden de matar a nadie. Véase AP-IMT. Testimonio de Göring, 18 de marzo de 1946.

19. Nikolaus Wachsmann, «The Dynamics of Destruction: The Development of the Concentration Camps, 1933-1945», en Jane Caplan y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Germany: The New Histories*, pp. 18-19.

20. AP-IMT. Acta de Rudolf Diels.

21. Citado en Michael Wildt, *An Uncompromising Generation: The Leadership of the Reich Security Main Office*, p. 89.

22. AP-IMT. Testimonio de Werner Schäfer, 13 de abril de 1946.

23. *Ibid*.

24. Jacques Delarue, *Historia de la Gestapo*, pp. 35-36.

25. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 166.

26. William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, p. 256. Un estudio reciente ha aportado nuevas pruebas que indican la participación nazi en el incendio del Reichstag, que según Shirer era evidente. Véase Benjamin Hett, *Burning the Reichstag: An Investigation into the Third Reich's Enduring Mystery*.

27. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 34.

28. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, pp. 27-28.

29. El término Gestapo está formando por las letras destacadas en el título: GEheime STAatsPOlizei (Policía secreta estatal).

30. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, p. 7.

31. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, pp. 57-58.

32. Citado en George Bowder, *Foundations of the Nazi Police State: The Formation of Sipo and S. D.*, pp. 88-89.

33. *Ibid*, p. 117.

34. Esta interpretación aparece con frecuencia en muchas historias generales del Tercer Reich, así como en algunos estudios de la Gestapo. Véase, por ejemplo, Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, pp. 57-72.

35. Citado en Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 106.

36. *Ibid*, p. 105.

37. Citado en William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, p. 260.

38. Richard J. Evans, *The Third Reich in Power*, p. 24.

39. Véase Rudolf Diels, *Lucifer ante Portas: Es spricht der erste Chef der Gestapo*. Son unas memorias olvidadas pero importantes sobre los inicios de la Gestapo, aunque hay que leerlas junto otras pruebas.

40. George Bowder, *Foundations of the Nazi Police State*, p. 127.

41. Leon Goldensohn, *The Nuremberg Interviews: Conversations with Defendants and Witnesses*, p. 207.

42. Philip Walton-Kerr, *Gestapo*, p. 123.

43. George Bowder, *Foundations of the Nazi Police State*, p. 140.

44. Leon Goldensohn, *The Nuremberg Interviews*, p. 207.

45. Citado en William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, pp. 270-271.

46. George Bowder, *Foundations of the Nazi Police State*, p. 141.

47. William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, p. 273.

48. Richard J. Evans, *Third Reich in Power*, p. 26.

49. *Ibid*, pp. 30-31.

50. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 113.

51. *Ibid*, pp. 114-117.

52. William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, p. 279.

53. Citado en Edward Crankshaw, *Gestapo: The Instrument of Terror*, p. 84.

54. Richard J. Evans, *Third Reich in Power*, pp. 33-34.

55. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 123.

56. Richard J. Evans, *Third Reich in Power*, p. 40.

57. William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, pp. 278-279.

58. Citado en Michael Wildt, *An Uncompromising Generation*, p. 133.

59. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 129.

60. George Bowder, *Foundations of the Nazi Police State*, pp. 154-158.

61. *Ibid*, pp. 163-186.

62. Carl Hammer (traductor), *The Gestapo and SS Manual*, Boulder, p. 61.

63. Michael Wildt, *An Uncompromising Generation*, pp. 134-136.

64. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, pp. 136-137.

65. Michael Wildt, *An Uncompromising Generation*, p. 9.

66. Jacques Delarue, *The Gestapo: A History of Horror*, p. 139.

67. Citado en George Bowder, *Foundations of the Nazi Police State*, p. 229.

1. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 44.

2. *Ibid*, p. 45.

3. Eric Johnson, *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, p. 47.

4. AP-IMT. Declaración del doctor Merkel, abogado defensor de la Gestapo, 19 de agosto de 1946.

5. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 63.

6. *Gestapo and SS Manual*, pp. 28-29.

7. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo: Power and Terror in the Third Reich*, p. 45.

8. Charles Whiting, *The Search for 'Gestapo Müller': The Man Without a Shadow*, pp. 39-52.

9. Rupert Butler, *An Illustrated History of the Gestapo*, pp. 71-72.

10. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, p. 178.

11. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 56.

12. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, pp. 42-43.

13. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 189.

14. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, pp. 42-43.

15. *Ibid*, p. 42.

16. Rupert Butler, *Gestapo*, p. 79.

17. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 196.

18. *Ibid*, pp. 191-192.

19. *Ibid*, p. 203.

20. Eric Johnson, *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, pp. 53-56.

21. *Ibid*, p. 32.

22. En España corresponde al nivel de bachillerato.

23. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, p. 46.

24. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 53.

25. *Ibid*, pp. 53-54.

26. Eric Johnson, *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, p. 47.

27. *Ibid*, pp. 59-65.

28. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, pp. 58-59.

29. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, p. 51.

30. *Gestapo and SS Manual*, p. 91.

31. *Ibid*, p. 87.

32. Nikolaus Wachsmann, «The Dynamics of Destruction», p. 21.

33. Citado en Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons: Legal Terror in Nazi Germany*, p. 179.

34. AP-IMT. Circular sobre la normativa para detener sospechosos para la Gestapo, 25 de enero de 1938.

35. Para consultar un análisis detallado de cómo solían desarrollarse los casos de la Gestapo, véase Eric Johnson, *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, pp. 29-46.

36. AP-IMT. Carta de Franz Gürtner, ministro de Justicia del Reich, a Wilhelm Frick, ministro del Interior, 14 de mayo de 1935.

37. Darius Rejali, *Torture and Democracy*, p. 96.

38. Edward Crankshaw, *Gestapo*, pp. 128-129.

39. Citado en Shareen Blair Brysac, *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra*, p. 341.

40. George Bowder, *The Nazi Police State*, pp. 234-235.

Capítulo 3

1. Citado en Michael Oakshott (ed.), *The Social and Political Doctrine of Contemporary Europe*, pp. 192-193.

2. John Conway, *The Nazi Persecution of the Churches, 1933-1945*, p. 232.

3. Eric Johnson, *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, pp. 228-229.

4. Citado en John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 15.

5. Diario de Goebbels, 29 de diciembre de 1939: citado en Fred Taylor (ed.), *The Goebbels Diaries, 1939-1941*, p. 77.

6. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 20.

7. Pacelli se convertiría más tarde en el papa Pío VII.

8. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 287.

9. Heinrich Himmler en *Die Schutzstaffel als antibolschewistische Kampforganisation*, p. 27. Véase también John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 363.

10. Según Hubert Mohr, la cifra era 260. Véase Hurbert Mohr, *Katholische Orden und Deutscher Imperialismus*, p. 135. En la barraca 26 de Dachau solo había curas católicos y pastores protestantes.

11. Para consultar un análisis detallado, véase Michael Gross, *The War against Catholicism: Liberalism and the Anti-Catholic Imagination on Nineteenth-Century Germany*.

12. Citado en John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 112.

13. Era conocido como el «párrafo ario», que en realidad estaba pensado para eliminar a todos aquellos cristianos que estuvieran casados con judíos o a los judíos asimilados convertidos al cristianismo.

14. Karl Barth fue despojado de su cátedra en 1935, cuando huyó al exilio en Suiza.

15. William Shirer, *The Rise and Fall of the Third Reich*, p. 296.

16. HStAD. RW 58/16977. Información personal de Enke Hansse (nacido en enero de 1896).

17. HStAD. RW 58/16977. Expediente de la Gestapo del caso de Enke Hansse.

18. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 433.

19. Citado en Holocaust Encyclopaedia, página web del US Holocaust Museum, Washington, DC.

20. Richard Rubenstein, «The Dean and the Chosen People», en *After Auschwitz: Radical Theology and Contemporary Judaism*, pp. 46-58.

21. Citado en John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, pp. 264-265.

22. HStAD. RW 58/47308. Información personal de Helmut Hesse (nacido en mayo de 1916).

23. Karl Dietrich Bracher (ed.), *The Conscience in Revolt*, p. 326.

24. HStAD. RW 58/47308. Expediente de la Gestapo del caso de Helmut Hesse.

25. HStAD. RW 58/1211. Información personal de Wilhelm Kenath (nacido en febrero de 1896).

26. HStAD. RW 58/1211. Expediente de la Gestapo del caso de Wilhelm Kenath.

27. Citado en Shlomo Aronson, *The Beginnings of the German Gestapo: The Bavarian Model in 1933*, p. 40.

28. HStAD. RW 58/17253. Información personal de Joseph Broch (nacido en marzo de 1907).

29. Eran conocidas como las «canciones *Fahrtenlieder*» y se usaban en las excursiones. Muchas de ellas ridiculizaban a los nazis.

30. HStAD. RW 58/17253. Expediente de la Gestapo sobre el caso de Joseph Broch.

31. Richard Evans, *The Third Reich in Power*, p. 244.

32. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 90.

33. Karl Dietrich Bracher (ed.), *The Conscience in Revolt*, pp. 333-335, p. 319.

34. Richard Evans, *The Third Reich in Power*, p. 245.

35. Ernst Bramstead, *Dictatorship and Political Police*, pp. 200-201.

36. Este caso se analiza en detalle en Eric Johnson, *The Nazi Terror: The Gestapo, Jews and Ordinary Germans*, pp. 212-219. Johnson apunta que casos como este eran raros, y que el cura recibió un trato muy benévolo teniendo en cuenta el amplio alcance de su abuso homosexual.

37. Citado en John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, pp. 113-114.

38. Karl Dietrich Bracher (ed.), *The Conscience in Revolt*, pp. 333-335.

39. «Transcript of Trial of Rupert Mayer», en James Donohue, *Hitler's Conservative Opponents in Bavaria*, pp. 230-245.

40. Karl Dietrich Bracher (ed.), *The Conscience in Revolt*, pp. 333-335.

41. *Mit Brennender Sorge* («Con ardiente inquietud»), Vaticano, Roma, 14 de marzo de 1937.

42. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 166.

43. Discurso de Clemens von Galen, 9 de marzo de 1936.

44. Anónimo, *The Persecution of the Catholic Church in the Third Reich: Facts and Documents*, p. 19.

45. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, pp. 168-173.

46. *The Persecution of the Catholic Church in the Third Reich*, p. 45.

47. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 279.

48. *Ibid*, p. 167.

49. *Ibid*, p. 234.

50. Informe de la Gestapo, marzo de 1943. Citado como Documento 3.15 en Martyn Housden, *Resistance and Conformity in the Third Reich*, pp. 46-67.

51. John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, pp. 235-236.

52. Karl Dietrich Bracher (ed.), *The Conscience in Revolt*, pp. 339-340.

53. Era conocido como el Programa de Eutanasia T-4.

54. Sermón de Clemens von Galen, 3 de agosto de 1941.

55. La hostilidad del público hacia la eutanasia obligó a Hitler a detener el programa dentro de las fronteras alemanas el 28 de agosto de 1941. A partir de entonces se llevó a cabo en el más absoluto secreto, y en su mayor parte en los centros de exterminio de Polonia.

56. Angelika Ebbinghaus (ed.), *Opfer und Täterinnen: Frauenbiographien des Nationalsozialismus*, pp. 237-238.

57. HStAD. RW 58/19795. Información personal de Seline Winter (nacida en marzo de 1873).

58. Véase Philipp Demand, *Luisenkult*.

59. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, pp. 196-197.

60. HStAD. RW 58/19795. Expediente de la Gestapo del caso de Seline Winter.

61. Citado en John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 286.

62. También eran conocidos en Alemania como Internationale Bibelforschergesellschaft (IBV).

63. En los archivos de la Gestapo se usaban los términos «Erneste Bibelforsche» (Estudiosos Serios de la Biblia) y «Bibelforscher-VereingungIBV» (Asociación Internacional de Estudiosos de la Biblia). Aquí se usa el término Testigos de Jehová.

64. Detlef Garbe, *Between Resistance and Martyrdom; Jehovah's Witnesses and the Third Reich*, p. 508.

65. Citado en John Conway, *Nazi Persecution of the Churches*, p. 197.

66. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 249.

67. Los números sobre cuántos testigos de Jehová murieron en cárceles y campos de concentración no están claros. La cifra de mil doscientos se indicaba en Detlef Garbe, *Jehovah's Witnesses and the Third Reich*. Richard Evans apunta una cifra menor de novecientos cincuenta.

68. Richard Evans, *The Third Reich in Power*, p. 255.

69. Detlef Garbe, *Jehovah's Witnesses and the Third Reich*, p. 508.

70. Citado en Michael Reynard y Sylvie Graffard, *The Jehovah's Witnesses and the Nazis: Persecution, Deportation and Murder, 1933-1945*, p. 75.

71. HStAD. RW 58/17508. Información personal de Wilhelm Gerres (nacido en noviembre de 1901).

72. Era obligatorio firmar esta declaración para todos los testigos de Jehová antes de ser liberados de la cárcel. La traducción al inglés a partir de la cual se ha traducido al castellano procede de James Penton, *Jehovah's Witnesses and the Third Reich: Sectarian Politics under Persecution*, p. 362.

73. *Preussische Landeszeitung*, 14 de febrero de 1937.

74. Véase James Penton, *Jehovah's Witnesses*, p. 188.

75. HStAD. RW 58/17508. Expediente de la Gestapo del caso de Wilhelm Gerres.

76. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 244.

77. *Ibid*, p. 71.

78. HStAD. RW 58/1142. Información personal de Heinrich Winten (nacido en mayo de 1905).

79. HStAD. RW 58/1142. Expediente de la Gestapo del caso de Heinrich Winten.

80. HStAD. RW 58/15472. Información personal de Paul Schlemann (nacido en febrero de 1882).

81. HStAD. RW 58/15472. Expediente de la Gestapo del caso de Paul Schlemann.

82. Citado en Eugen Kogon, *The Theory and Practice of Hell: The German Concentration Camps and the System Behind Them*, p. 43.

83. Citado en Eric Johnson, *The nazi terror*, p. 241.

84. Michael Reynard y Sylvie Graffard, *The Jehovah's Witnesses and the Nazis*, p. 76.

1. Citado en Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds), *Nazism 1919-1945*, vol. 4*: The German Home Front in World War II: A Documentary Reader*, p. 588 (en adelante *Nazism: A Documentary Reader*, seguido del número de volume y de página).

2. Allan Merson, *Communist Resistance in Nazi Germany*, p. 55.

3. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 162.

4. Allan Merson, *Communist Resistance*, pp. 13-15.

5. Eric Weitz, *Creating German Communism, 1890-1990: From Popular Protest to the Socialist State*, p. 189.

6. Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, p. 20.

7. Larry Peterson, *German Communism: Workers' Protest and Labour Unions-The Politics of the United Front in Rhineland-Westphalia*, p. 258.

8. Muchael Burleigh, *The Third Reich*, pp. 666-667.

9. En alemán: Roter Frontkämpferbund-RFB.

10. En alemán: Revolutionäire Gewerkschaftsoppostion-RGO.

11. Allan Merson, *Communist Resistance*, pp. 91-92.

12. *Ibid*, p. 27.

13. *Ibid*, p. 34.

14. *Ibid*, p. 120.

15. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, p. 97.

16. Allan Merson, *Communist Resistance*, p. 41.

17. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 172-173.

18. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, pp. 122-123.

19. *Ibid*, p. 105.

20. Jeffrey Herf, *The Nazi Past in the Two Germanys*, p. 13.

21. Jean-Michel Palmier, *Weimar in Exile: The Anti-Fascist Emigration in Europe and America*, p. 172.

22. Catherine Epstein, *The Last Revolutionaries: German Communists and their Century*, p. 54.

23. HStAD. RW 58/288. Información personal de Luise Vögler (nacida en noviembre de 1904).

24. Ahora se llama Lugansk.

25. HStAD. RW 58/288. Expediente de la Gestapo del caso de Luise Vögler.

26. Orlando Figes, *Los que susurran*, pp. 171-172.

27. La Gestapo puso al grupo el apodo de «Orquesta Roja» y los acusó de pasar información confidencial a la Unión Soviética. En verano de 1942, la Gestapo hizo un seguimiento de sus principales miembros. Nunca quedó probado del todo que pasaran información secreta. No obstante, los miembros del grupo fueron acusados de «alta traición». La mayoría fueron torturados, ejecutados o se enfrentaron a prolongadas penas de cárcel.

28. Citado en Karl Dietrich Bracher (ed.), *Conscience in Revolt*, p. 304.

29. Allan Merson, *Communist Resistance*, p. 182.

30. *Ibid*, p. 139.

31. Informe de la Dirección General de la Policía, Darmstadt, 21 de abril de 1937. Citado en Timothy Mason, *Arbeiterklasse und Volksgemeinschaft*, pp. 315-316.

32. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, pp. 124-125.

33. Allan Merson, *Communist Resistance*, p. 183.

34. *Ibid*, p. 187.

35. Informe SOPADE, julio de 1938. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 387.

36. HStAD. RW 58/17801. Información personal de Karoline Krupp (nacida en junio de 1905).

37. HStAD. RW 58/17801. Expediente de la Gestapo de Karoline Krupp.

38. HStAD. RW 58/1959. Información personal de Peter Penk (nacido en mayo de 1915).

39. La ciudad se llamó Münchengladbach durante la época nazi. Se rebautizó como Mönchengladbach en 1960. Aquí la llamamos Münchengladbach.

40. En el expediente de Peter Penk no se detalla qué pena recibió por este delito, si se le impuso alguna.

41. HStAD. RW 58/1958 y RW 58/19428. Expedientes de la Gestapo del caso de Peter Penk.

42. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 112.

43. Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, p. 257.

44. Informe de la Gestapo, Düsseldorf, 1937. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 398.

45. HStAD. RW 58/22533. Información personal de Anton Kendricks (nacido en 1887).

46. La empresa de construcción Züblin sigue siendo una de las más grandes de Alemania.

47. HStAD. RW 58/22533 y RW 58/55166. Expedientes de la Gestapo de Anton Kendricks.

48. HStAD. RW 58/37523. Información personal de Heinz Wasschermann (nacido en diciembre de 1921).

49. HStAD. RW 58/37523 y RW 58/52505. Expedientes de la Gestapo del caso de Heinz Wasschermann.

50. Citado en Allan Merson, *Communist Resistance*, p. 213.

51. HStAD. RW 58/18552. Información personal de Erich Weiss (nacido en septiembre de 1900).

52. HStAD. RW 58/18552. Expediente de la Gestapo del caso de Erich Weiss.

53. HStAD. RW 58/1544. Información personal de Aloys Vock (nacido en junio de 1891).

54. HStAD. RW 58/1544. Expediente de la Gestapo del caso de Aloys Vock.

55. HStAD. RW 58/17606. Información personal de Wilhelm Struck (nacido en junio de 1905).

56. HStAD. RW 58/17606. Expediente de la Gestapo del caso de Wilhelm Struck.

57. HStAD. RW 58/17060. Información personal de Friedrich Grossmann (nacido en septiembre de 1899).

58. El viejo camarada se llama Böhme en el expediente de la Gestapo.

59. HStAD. RW 58/17060. Expediente de la Gestapo del caso de Friedrich Grossmann.

60. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 223.

61. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 126.

62. A las esposas de los soldados las llamaban *Kriegsfrauen*.

63. Citado en Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 236.

64. Joshi Vandana, *Gender and Power in the Third Reich: Female Denouncers and the Gestapo, 1933-1945*, pp. 151-152.

65. Ulrich Herbert, *Hitler's Foreign Workers: Enforced Labour in Germany under the Third Reich*, p. 335.

66. *Ibid*, p. 129.

67. *Ibid*, p. 335.

68. HStAD. RW 58/9196. Información personal de Hermann Haus (nacido en septiembre de 1892).

69. Hay pruebas que indican que esas dos trabajadoras extranjeras eran belgas.

70. HStAD. RW 58/9196. Expediente de la Gestapo del caso de Hermann Haus. El expediente de la Gestapo RW 58/45278 contiene información idéntica sobre el caso.

71. Estos descubrimientos añaden peso a la obra tanto de Robert Gellately como de Eric Johnson.

72. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 137.

1. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 134.

2. La denuncia era una actividad minoritaria entre la población alemana en general. Eric Johnson demuestra que en la ciudad de Krefeld, con una población de ciento setenta mil habitantes, los denunciantes representaban solo entre un 1 y un 2% de la población. La cifra se aplica a otras zonas.

3. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 149.

4. Joshi Vandana, *Gender and Power in the Third Reich*, pp. 183-185.

5. En zonas ocupadas por el regimen nazi durante la segunda guerra mundial, las mujeres realizaban la mayoría de las denuncias, sobre todo en Checoslovaquia y determinadas zonas de Francia. Véase Benjamin Frommer, «Denunciations and Fraternisers: Gender Collaboration and Revolution in Bohemia and Moravia during World War II and After», en Nancy Wingfield y Maria Bucur (eds.), *Gender and War in Twentieth-Century Eastern Europe*, p. 113.

6. *Ibid*, p. 146.

7. Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, p. 150.

8. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 284.

9. Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, p. 146.

10. *Ibid*, p. 286.

11. Richard Evans, *The Third Reich in Power*, p. 115.

12. HStAD. RW 58/71336. Información personal de Heinrich Veet (nacido en agosto de 1876).

13. La fábrica de cobre se llamaba Duisburger Kufternütte.

14. HStAD. RW 58/71336. Expediente de la Gestapo del caso de Heinrich Veet.

15. Ryan Stackhouse, *Gestapo Interrogations*, p. 83.

16. *Ibid*, p. 80.

17. HStAD. RW 58/16829. Información personal de Karl Vort (nacido el 4 de octubre de 1904).

18. HStAD. RW 58/16829. Expediente de la Gestapo del caso de Karl Vort.

19. HStAD. RW 58/30555. Información personal de Karl Feedler (nacido en marzo de 1903). Declaró pertenecer a la religión «católica».

20. HStAD. RW 58/30555. Expediente de la Gestapo del caso de Karl Feedler.

21. Richard Grunberger, *A Social History of the Third Reich*, p. 151.

22. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 148.

23. Joshi Vandana, *Gender and Power in the Third Reich*, p. 50.

24. *Ibid*, pp. 52-55.

25. *Ibid*, pp. 149-150.

26. *Ibid*, p. 80.

27. HStAD. RW 58/1098. Información personal de Rosa Deeser (nacida en octubre de 1916). Declaró pertenecer a la religión «católica».

28. HStAD. RW 58/1098. Expediente de la Gestapo del caso de Rosa Deeser.

29. HStAD. RW 58/5186. Información personal de Walter Remmer (nacido en agosto de 1913). Declaró pertenecer a la religión «protestante».

30. HStAD. RW 58/5186. Expediente de la Gestapo del caso de Walter Remmer.

31. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 313.

32. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 122.

33. *Ibid*, p. 126.

34. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 323.

35. Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 141.

36. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, pp. 127-128.

37. Roger Moorhouse, *Berlin at War: Life and Death in Hitler's Capital*, p. 214.

38. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 127.

39. Para consultar más detalles sobre este caso, véase Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 329-331.

40. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 196.

41. HStAD. RW 58/17801. Información personal de Peter Holdenberg (nacido en febrero de 1875).

42. HStAD. RW 58/17801. Expediente de la Gestapo del caso de Peter Holdenberg.

43. Entrevista con Maria von Lingen. Citada en Alison Owings, *Frauen: German Women Recall the Third Reich*, pp. 122-123.

44. HStAD. RW 58/1183. Información personal de Karl Kesler (nacido en abril de 1904).

45. HStAD. RW 58/1183. Expediente de la Gestapo del caso de Karl Kesler.

46. Richard Evans, *The Third Reich in Power*, p. 103.

47. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 286.

48. HStAD. RW 58/58532. Información personal de Rudolf Henning (nacido en abril de 1909). Declaró que su ocupación era «barbero» y su religión «creyente en Dios». Era un grupo nazi que se mantenía al margen de los principales grupos religiosos. Antes había sido católico.

49. HStAD. RW 58/58532. Expediente de la Gestapo del caso de Rudolf Henning.

50. HStAD. RW 58/61051. Información personal de Johann Konte (nacido en febrero de 1902). Declaró pertenecer a la religion «católica».

51. HStAD. RW 58/61051. Expediente de la Gestapo del caso de Johann Konte.

52. Jacques Delarue, *Nazi Terror*, pp. 86-87.

53. Llamado *Winterhilfswerk*. Este encuentro de beneficiencia nazi, anual y muy popular, recogía donaciones del público y luego repartía cestas de alimentos a los ancianos y pobres en Navidad.

54. Gabriele Quinn, *Hidden Beneath the Thorns: Growing Up Under Nazi Rule, A Memoir of Ingeborg Tismor*, p. 54.

55. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 228.

56. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 324.

57. Ahora se llama Töniverst y está a unos cinco kilómetros de la ciudad de Renania de Krefeld.

58. HStAD. RW 58/17511. Información personal de Johann Hack (nacido en marzo de 1888). Declaró pertenecer a la religión «católica».

59. HStAD. RW 58/17511. Expediente de la Gestapo del caso de Johann Hack.

60. HStAD. RW 58/18453. Información personal de Adam Lipper (nacido en julio de 1892). Declaró pertenecer a la religión «católica».

61. HStAD. RW 58/18453. Expediente de la Gestapo del caso de Adam Lipper.

62. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 545.

63. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 228.

64. Este caso se analiza en Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 309-312.

65. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 227.

66. Nicholas Stargardt, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis*, p. 237.

67. HStAD. RW 58/21829. Información personal de Walter Needen (nacido en agosto de 1903). Declaró pertenecer a la religión «protestante».

68. HStAD. RW 58/21829. Expediente de la Gestapo del caso de Walter Needen.

69. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 201.

70. Robert Gellately fue quien avanzó esta visión de manera más convincente y con más éxito.

71. Richard J. Evans, *The Third Reich in Power*, p. 104.

72. Citado en Robert Gellately, *The Gestapo and German Society*, p. 142.

1. Citado en Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 149.

2. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 221.

3. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 264.

4. Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, pp. 507-554.

5. Entrevista con Greta. Citado en Bernt Engelmann, *In Hitler's Germany*, p. 39.

6. Richard J. Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 507-508.

7. Horst Biesold, *Eugenics and Deaf People in Nazi Germany*, p. 5.

8. Para un análisis detallado, véase Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, pp. 333-381.

9. Robert Proctor, «The Collaboration of Medicine and Nazism», en John Michalcyzk (ed.), *Medicine, Ethics and the Third Reich: Historical and Contemporary Issues*, p. 36.

10. Entrevista con Maria von Lingen. Citado en Alison Owings, *Frauen*, p. 133.

11. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, p. 371.

12. Citado en Richard J. Evans, *The Third Reich in Power*, p. 510.

13. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, pp. 212-213.

14. Gunter Lewy, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, pp. 40-41.

15. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 265.

16. Para un análisis detallado, véase Lisa Pine, «Hashude: The Imprisonment of “Asocial” Families in the Third Reich», *German History*, vol. 13, n.º 2, (1995), pp. 182-197.

17. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 140-143.

18. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 136.

19. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 95.

20. Citado en Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 137.

21. *Ibid*, p. 132.

22. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 96.

23. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 226.

24. *Nazism*: *A Documentary Reader*, vol. 4, p. 136.

25. *Ibid*, p. 135.

26. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 154-156.

27. *Ibid*, p. 218.

28. *Ibid*, p. 288.

29. Para un análisis detallado véase Nikolaus Wachsmann, «From Indefinite Confinement to Extermination: Habitual Criminals and the Third Reich», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds), *Social Outsiders in Nazi Germany*, pp. 165-191.

30. Gunter Lewy, *Nazi Persecution of the Gypsies*, p. 29.

31. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 99.

32. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 135.

33. Nicholas Stargardt, *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis*, p. 62.

34. *Ibid*, p. 60.

35. *Ibid*, p. 64.

36. Citado en *Nazism: A Documentary Reader*, Vol. 4, p. 452.

37. *Ibid*, p. 450.

38. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 160.

39. *Ibid*, pp. 162-165.

40. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 455.

41. Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 161.

42. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 276.

43. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 166.

44. Véase Annette Timm, «The Ambivalent Outsider: Prostitutes, Promiscuity and VD in Nazi Berlin», en Robert Gellately y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders*, pp. 192-211.

45. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 111.

46. Lisa Pine, *Hitler's 'National Community': Society and Culture in Nazi Germany*, pp. 144-148.

47. Expediente de la Gestapo del caso. Citado en Ebbinghaus (ed.), *Opfer und Tatterinnen*, p. 91.

48. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 112.

49. Nanda Herbermann *et al*., *The Blessed Abyss: Inmate #*6582 *in Ravensbrück Concentration Camp for Women*, pp. 32-34.

50. Las leyes sobre homosexualidad siguieron en vigor en Alemania Occidental hasta 1969 y en Gran Bretaña hasta 1967.

51. Richard J. Evans, *The Third Reich in Power*, p. 530.

52. Richard Plant, *The Pink Triangle: The Nazi War against Homosexuals*, p. 89.

53. *Ibid*, p. 50.

54. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 4, p. 390.

55. Para más detalles véase Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 292-294.

56. Citado en Gad Beck, *An Underground Life*, pp. 22-24.

57. Richard Plant, *The Pink Triangle*, pp. 133-136.

58. *Ibid*, p. 163.

59. Citado en Lisa Pine, *National Community*, p. 143.

60. Richard Plant, *The Pink Triangle*, p. 164.

61. *Ibid*, pp. 176-178.

62. *Neues Volk*, septiembre de 1937, pp. 21-27.

63. Nicholas Stargardt, *Witnesses of War*, p. 75.

64. Gunter Lewy, *Nazi Persecution of the Gypsies*, pp. 38-43.

65. *Ibid*, p. 50.

66. *Ibid*, p. 28.

67. *Ibid*, p. 67.

68. *Ibid*, p. 137.

69. *Ibid*, p. 140.

70. *Ibid*, p. 141.

71. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 216.

72. Gunter Lewy, *Nazi Persecution of the Gypsies*, p. 144.

73. *Ibid*, p. 189.

74. Entrevista con Hilda. Citado en Dan Bar-On, *Legacy of Silence: Encounters with Children of the Third Reich*, p. 103.

1. En 1933 Breslau era una ciudad alemana de la Baja Silesia. Ahora se llama Wroclaw y está en Polonia.

2. Archivo Yad Vashem, Tel Aviv, 033/72, testimonio de Ludwig Förder, marzo de 1933.

3. Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, p. 119.

4. Entrevista del autor con Claus Moser, Londres, 3 de agosto de 2009.

5. Entrevista con Klaus Scheurenberg. Citada en Johannes Steinhoff, Peter Pechel y Dennis Showalter (eds.), *Voices from the Third Reich: An Oral History*, p. 53.

6. Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, pp. 7-49.

7. Entrevista con Ursula Meyer-Semlies. Citada en Alison Owings, *Frauen*, p. 55.

8. Entrevista con Ellen Frey. Citada en Alison Owings, *Frauen*, p. 174.

9. Entrevista con Erna Tiertz. Citada en Alison Owings, *Frauen*, p. 280.

10. Citado en Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, p. 316.

11. Entrevista con Arnold Biegeleisen. Citada en *Voices from the Third Reich*, p. 44.

12. *Jüdische Rundschau*, 4 de abril de 1933.

13. Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, p. 288.

14. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 133.

15. Entrevista del autor con Claus Moser, Londres, 3 de agosto de 2009.

16. Gad Beck, *An Underground Life*, p. 17.

17. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 96.

18. *Ibid*, pp. 101-102.

19. Los nazis utilizaban el término «ario» para definir a una persona «de raza pura».

20. *The Times*, 8 de noviembre de 1935.

21. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 106.

22. Entrevista del autor con Cecile Lowenthal Hensel, Berlín, 4 de septiembre de 2009.

23. Entrevista con Dorothea Schlosser. Citada en *Voices of the Third Reich*, p. 45.

24. Entrevista del autor con Claus Moser, Londres, 3 de agosto de 2009.

25. Citado en Carol Rittner y John Roth, *Different Voices: Women and the Holocaust*, p. 199.

26. Escribo «deshonra de la raza» entre comillas para hacer hincapié en que era una invención nazi.

27. Véase Patricia Szobar, «Telling Sexual Stories in Nazi Courts of Law: Race Defilement in Germany, 1933 to 1945», en Dagmar Herzog (ed.), *Sexuality and German Fascism*, pp. 133-163.

28. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, p. 346.

29. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, pp. 134-135.

30. Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, p. 213.

31. *Nazism: A Documentary Reader*, vol. 2, pp. 346-347.

32. Joshi Vandana, *Gender and Power in the Third Reich*, p. 123.

33. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 111-114.

34. HStAD. RW 58/8869. Información personal del doctor Siegfried Kleff (nacido en diciembre de 1882).

35. HStAD. RW 58/8869. Expediente de la Gestapo del caso del doctor Siegfried Kleff.

36. HStAD. RW 58/1252. Información personal de Michael Steinbeck (nacido en agosto de 1880).

37. HStAD. RW 58/1252. Expediente de la Gestapo del caso de Michael Steinbeck.

38. HStAD. RW 58/55406. Información personal de Josef Kahn (nacido en septiembre de 1886).

39. HStAD. RW 58/55406. Expediente de la Gestapo del caso de Josef Kahn.

40. Citado en Richard Evans, *The Third Reich in Power*, pp. 582-583.

41. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, pp. 126-127.

42. Bundesarchiv, Berlín, teletipo de Heydrich, 10 de noviembre de 1938.

43. Informe SOPADE, noviembre de 1938. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 58.

44. HStAD. RW 58/64364. Información personal de Leopold Funk (nacido en marzo de 1879).

45. HStAD. RW 58/64364. Expediente de la Gestapo del caso de Leopold Funk.

46. Informe SOPADE, diciembre de 1938. Citado en Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany*, p. 59.

47. Citado en Gad Beck, *An Underground Life*, pp. 38-39.

48. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 292.

49. Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, p. 188.

50. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 431.

51. Citado en Joshi Vandana, *Gender and Power in the Third Reich*, p. 136.

52. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 292.

53. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, p. 129.

54. Citado en Michael Burleigh, *The Third Reich: A New History*, p. 300.

55. Testimonio de Valerie Wolfenstein. Citado en Eric Boehm, *We Survived: Fourteen Histories of the Hidden and Hunted in Nazi Germany*, p. 81.

56. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 398.

57. Robert Gellately, *The Gestapo and Germany Society*, p. 212.

58. Testimonio de Rolf Joseph. Citado en Eric Boehm, *We Survived*, p. 153.

59. *Ibid*, p. 155. Rolf Joseph logró escapar de un campo de concentración, increíblemente nunca fue trasladado a Polonia y sobrevivió a la guerra.

60. HStAD. RW 58/4186. Información personal de [Sara] Martha Peet (nacida en mayo de 1892).

61. HStAD. RW 58/4186. Expediente de la Gestapo del caso de [Sara] Martha Peet.

62. Citado en Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, p. 189.

63. *Ibid*, p. 193.

64. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 414-415.

65. Robert Gellately, *The Gestapo and Germany Society*, p. 191.

66. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 422-426.

67. Robert Gellately, *Backing Hitler: Consent and Coercion in Nazi Germany*, pp. 144-145. El destino final de los denunciantes de este caso se comenta en el capítulo 8.

68. HStAD. RW 58/52490. Información personal de Helene Krabs (nacida en septiembre de 1906).

69. HStAD. RW 58/52490. Expediente de la Gestapo del caso de Helene Krabs.

1. Charles Whiting, *The Search for Gestapo Müller*, pp. 11-35.

2. Peter Longerich, *Heinrich Himmler*, pp. 734-736.

3. AP-IMT. Acusación contra la Gestapo. Presentada por el coronel Robert Storey, 20 de diciembre de 1945 y 2 de enero de 1946.

4. AP-IMT. Testimonio de Werner Best, 31 de julio de 1946, 1 de agosto de 1946.

5. AP-IMT. Testimonio de Karl-Heinz Hoffmann, 1 de agosto de 1946.

6. *Ibid*.

7. AP-IMT. Discurso final para el Consejo de defensa de la Gestapo, Rudolf Merkel, 23 de agosto de 1946.

8. AP-IMT. Juicio de Núremberg, 30 de septiembre de 1946 y 1 de octubre de 1946.

9. Para consultar un análisis detallado, véase Gerald Steinacher, *Nazis on the Run: How Hitler's Henchmen Fled Justice*.

10. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, pp. 371-377.

11. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, p. 479.

12. Sarah Ann Gordon, *Hitler, Germans and the Jewish Question*, pp. 197-209.

13. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 375.

14. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons*, pp. 342-347.

15. Me llamó la atención este individuo gracias al libro de Eric Johnson sobre el terror nazi, así que decidí consultar el expediente de su caso con más detenimiento. Véase también Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 240-241, 249, 244-247, 292, para consultar los casos en los que participó Dihr durante el período nazi.

16. HStAD. Rep. 8, n.º 10. Expediente de Otto Dihr.

17. Andrew Szanajanda, *Indirect Perpetrators: The Persecution of Informers in Germany, 1945-1965*, p. 289.

18. *Ibid*, pp. 55-60.

19. *Ibid*, pp. 114-115.

20. *Ibid*, pp. 135-137.

21. *Ibid*, p. 43.

22. Existen traducciones al inglés de los juicios en Alemania Oriental en *DDR-Justiz und NS-Verbrechen*.

23. El 26 de octubre de 1965 el ministro de Justicia de Alemania Occidental presentó un informe al Bundestag alemán donde se afirmaba que el gobierno llevaba persiguiendo a los criminales de guerra nazis desde 1945. Mencionaba que 61.761 personas habían sido investigadas, y 6.115 condenadas. La mayoría de las investigaciones se habían llevado a cabo durante el período de la ocupación de los Aliados.

24. Véase *National Front des Demokratischen Deutschland*, Alemania (Este), *Staatliche Archivverwaltung Dokumentationszentrum*, Berlín, Zeit im Bild, 1965.

25. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 376.

26. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, p. 175.

27. Para más detalles, véase Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 463-487.

28. Nikolaus Wachsmann, *Hitler's Prisons*, p. 344.

29. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, p. 406.

30. Eric Johnson, *The Nazi Terror*, pp. 3-8.

31. *American Jewish Yearbook*, vol. 56 (1955), p. 379.

32. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, pp. 404-405.

33. En alemán se conocía como *Zentral Stelle der Landesjustizverwaltungen zur Aufklärung Nationalsozialistischer Verbrechen*.

34. Véase el catálogo del Bundesarchiv, Registro de la Oficina Central de las Autoridades Judiciales de los Estados Federales para la Investigación de los Crímenes Nacionalsocialistas para más detalles del contenido de los archivos.

35. Esta estipulación se fue modificando progresivamente para poder examinar hechos acaecidos dentro de Alemania.

36. *Einführungsgesetz zum Ordungswidrigkeitengesetz*.

37. Michael Wildt, *Uncompromising Generation*, pp. 414-416.

38. Este análisis se basa en las siguientes obras: David Cesarani, *Eichmann: His Life and Crimes*; Deborah Lipstadt, *The Eichmann Trial*; Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*.

39. Testimonio de la señora Braun en el juicio de Auschwitz. Citado en Jascha Kessler, «The Boger Swing: Frau Braun and the Tiger of Auschwitz», *California Literary Review*, 26 de marzo de 2007, Callitreview.com.

40. Este análisis de los juicios de Auschwitz en Fráncfort se basa en Devin Pendas, *The Frankfurt Auschwitz Trial*.

41. Transcripción del interrogatorio de Otto Bovensiepen, 20 de agosto de 1945. Citado en: archivo en línea de la Universidad de Cornell: http://ebooks.library.cornell

42. La transcripción del juicio de Bovensiepen se puede consultar en el archivo en línea Yad Vashem, número 58/3756400.

43. Para un análisis detallado de la vida de Best véase U. Herbert, *Best*.

44. Carsten Dams y Michael Stolle, *The Gestapo*, pp. 170-171.

La Gestapo. Mito y realidad de la policía secreta de Hitler
Frank McDonough

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Gestapo*

© Frank McDonough 2015

© de la traducción, Ana Guelbenzu 2016

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Vladimir Wrangel

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-9892-984-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com